



JUNTAR LAS LETRAS

LA ALFABETIZACIÓN EN EL CAMPO:

DEL AFÁN DE SABER A LA AUTOGESTIÓN

BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ

Acuarela de Ana Sánchez Trujillo

JUNTAR LAS LETRAS

LA ALFABETIZACIÓN EN EL CAMPO:
DEL AFÁN DE SABER A LA AUTOGESTIÓN

Investigación en Memoria Oral
Municipio de Tarifa (Cádiz), siglo ~~XX~~

Beatriz Díaz Martínez

*Juntar las letras. La alfabetización en el campo:
del afán de saber a la autogestión*

Del texto: Beatriz Díaz Martínez
beatrizlalombriz@gmail.com
<http://memoriaoral.detarifa.net/>

Colabora: CGT

Acuarela de portada: *Bosque de la Almoraima*,
de Ana Sánchez Trujillo
Dibujo de contraportada: Pla Cargol, Joaquín (1932).
Ideas, hechos y ejemplos. Segundo libro.
Edita Dalmau Carles Pla. Gerona.

Autoedición. Bilbao, 2023

Diseño cubierta e interior:
Rasgo Audaz, Sdad. Coop.
hola@rasgoaudaz.com
rasgoaudaz.com

Depósito Legal: BI-00854-2023
ISBN: 9788412727005

CONTENIDOS

CONSTRUYENDO MEMORIA	9
EL MEDIO SOCIAL Y EL ANALFABETISMO	19
LA ENSEÑANZA FORMAL EN TARIFA	27
1. LA ESCUELA DURANTE LA GUERRA	27
Edificios escolares al servicio de la guerra	30
La nueva Junta Local de Educación Primaria	31
La biblioteca del Patronato de Misiones Pedagógicas	31
De la escuela al frente	33
La depuración ideológica	34
Maestro Juan José García Domínguez	37
2. LAS ESCUELAS RURALES	43
Inspección de Educación y los alcaldes	44
Intentando averiguar las condiciones de los edificios	46
Transferencia de recursos de las escuelas rurales a los núcleos	51
Las escuelas de Facinas	52
Escuelas rurales en el municipio de Tarifa	53
Casas de Porro	54
Alumna Isabel Aragón	57
Maestra Feliciano Rodríguez	59
Tahivilla y La Dehesilla	65
El Almarchal	70
La Zarzuela	73

Bolonia	74
Betis	79
El Bujeo	82
Guadalmesí	87
3. LAS ESPERADAS MEJORAS EDUCATIVAS	90
Una encuesta de necesidades	91
Las niñas dejan la escuela para trabajar	93
Nuevas escuelas rurales	95
Nuevos maestros y maestras	100
LA ENSEÑANZA NO FORMAL EN TARIFA	105
1. BUSCANDO LA FORMA DE APRENDER	105
Josefina Pérez del Blanco	110
Servanda Bustelo García	112
María Valiño Ramos	113
2. LAS ESCUELAS PARTICULARES	116
Impacto de las escuelas particulares	118
Las migas o escuelas de amigas	121
Escuelas particulares en Facinas	122
Escuelas particulares en Tarifa	125
Maestra Ana Rodríguez Centeno	125
Maestra Leonor Alba Lozano	128
3. LOS MAESTROS DE CAMPO	139
4. MAESTROS DE CAMPO EN TARIFA	147
A. Las Canteruelas, la Sierra de Retín y la campiña	151
Maestro Pepe Serrano Guerrero	151
Alumno Antonio Casas Villalba	152
Alumno Manolo Salado	155
Maestro Lorenzo Vázquez Zardain	158
Maestro Fausto Ruiz Galán	159
B. De la campiña a la Sierra de la Plata	165
Maestro Sebastián Muñoz Sevilla	165
Maestro Curro Jiménez Rodríguez	168
Maestro Antonio del Castillo Altemburg	168
Maestro Francisco García Gavira	175

C. De Bolonia a la Sierra de San Bartolomé	177
Maestro Sanabria	177
Maestro Isidoro Otero	178
Alumno Gaspar Pérez Romero	179
Maestra Dolores Ruiz Jiménez	181
Maestro José Tejado Navarrete	182
Alumna Carmen Jiménez Trujillo	185
D. Sierra de San Bartolomé, Las Piñas y Los Algarbes	191
Maestro Pedro Gómez Opellón	191
Maestro Iluminado Rodríguez	192
Antonio Morando Ruiz: hijo y nieto de maestros	192
Alumna Camila Jiménez Trujillo	195
Maestro José Vázquez Fernández	197
E. El Pedregoso, Saladavieja y Venta de Ojén	201
Maestro Pepe Rondón Pelayo	201
Maestro Antonio Ojeda Benítez	205
Maestro Alfonso Santander Castilla	206
F. De La Peña a Puertollano	211
Alumno Antonio Escribano Pacheco	211
Alumno Manolo Lara Ríos	213
Maestro Salvador Santana Escalona	216
Maestro Sebastián Romero Delgado	220
Maestro Juan Rodríguez Pérez, el Jopúo	222
Maestro Juan Ruiz Ríos	223
G. Caheruelas, Poblana y La Ahumada	225
Maestro Francisco Salmerón Fernández	225
Maestro Andrés Señor Gallego	226
Maestro Antonio López Núñez, Requena	231
Alumno Alfonso Alba Escribano	235
Alumna Luz Alba Gómez	238
Alumna Candelaria Ibáñez Atanasio	239
Alumno Juan Atanasio Moya	242
Maestro Diego Lozano Meléndez	244
Maestro José Pecino Ríos	251
H. De La Tabla a Matatoros, y de Arroyo Viña a Arenillas	257
Alumno Juan Díaz Vasallo	257

Alumno Paco Díaz Castro	259
Alumna Luisa González Lozano	260
Alumna Juana Iglesias Muñoz	260
Maestro Jerónimo Rodríguez Cabrera	262
Alumno Curro Gutiérrez Fernández	265
5. LAS MUJERES SABEN, APRENDEN Y ENSEÑAN	270
6. DEL CAMPO A LA ESCUELA DEL PUEBLO	277
7. EL IMPACTO DE LOS MAESTROS DE CAMPO	282
El afán de saber y la motivación de aprender	283
La transmisión del saber en generaciones y décadas	285
Una enseñanza integrada	288
Una enseñanza laica	289
La represión a los maestros ambulantes	291
VOCABULARIO	297
BIBLIOGRAFÍA	303
ANEXOS	313
Anexo 1. Guión de entrevista	313
Anexo 2. Entrevistas realizadas	315
Anexo 3. Lista de maestros de campo	325

CONSTRUYENDO MEMORIA

Se acuerda una ya de muchas cosas
y ya no quiere una acordarse de nada.

ANTONIA GIL SERRANO
Molinos de Puertollano, 1927

Buena parte de las personas mayores que pasaron su infancia en aldeas y diseminados del campo se arregla mal que bien con la lectoescritura en su vida cotidiana: leen novelas, prensa y otras formas de literatura, pueden tomar notas, hacer listas y dejar recados por escrito, y escriben y leen cartas. ¿Cómo aprendieron a leer y escribir? Muchos lograron superar exámenes de acceso a cuerpos militares, municipales o administrativos, o hacer estudios técnicos y universitarios. ¿Dónde se prepararon? La escuela pública no fue diseñada para el contexto de vida en el campo y su cobertura era muy deficiente. Entre la población que contaba con una escuela cercana, muchas personas nunca pudieron asistir, y otras tuvieron que abandonarla por necesidades familiares. En archivos y actas municipales se citan escuelas religiosas y escuelas privadas de élite, así como maestros particulares que enseñaban en casa de las familias ricas, pero, ¿cómo aprendía la gente sin recursos?

Entre el siglo XIX y los años setenta del siglo XX se hizo común el uso de manuales de aprendizaje tanto en casas particulares como en escuelas; estaban diseñados para facilitar su uso autónomo, y sus dibujos representaban escenas de la vida en el campo. Esto sugiere que en ese tiempo la enseñanza no for-

mal estaba muy extendida¹. Juan Quero, labrador, pastor y *recovero* criado en el cortijo de El Moro (Sierra de la Plata) se atrevió a construirse a sí mismo como hombre culto. A pesar de que no tuvo opción de escuela, él insistía en que no era autodidacta: cuando tenía cuatro años, hacia 1921, ya aprendía con el maestro de campo Sebastián Muñoz. En los años diez a cuarenta de su siglo, este maestro sin título que trabajaba al margen de la administración recorría la sierra «rescatando a los niños de las garras de la ignorancia», como decía Quero.

Yo acababa de empezar mi periplo en Tarifa cuando entrevisté a Juan Quero. Después inicié el taller la Historia de mi Vida y conocí a muchas mujeres que habían aprendido a leer y escribir por su cuenta. En agosto de 2010 fui a visitar a Francisca García Fernández, una de las participantes en estos talleres. Vivía en el cortijo de El Pedregoso, donde había trabajado como casera durante décadas². Paseamos juntas por el monte y paramos en el lugar conocido como Santa Genoveva, donde me presentó a su cuñado Alfonso Rebolo, nacido en 1932 y que siempre trabajó en el monte. «¿Usted conoció a algún maestro de campo?», le inquirí en busca de conversación. Alfonso Rebolo empezó a hacer memoria y yo tuve que sacar de la mochila a toda prisa mi libreta de notas: un tal Cortés, Antonio Ojeda Benítez El Melero, Pepe Rondón Pelayo, Antonio del Castillo Altemburg, uno a quien llamaban Joselito el de las Gafas y Alfonso Santander enseñaron por las dehesas de El Pedregoso, Saladavieja y Puertollano entre las décadas cuarenta a setenta del siglo XX. Salí de aquella casa convencida de que esta realidad era mucho más amplia de lo que yo suponía, y que merecía un nuevo proyecto personal.

Empecé a entrevistar en la primavera de 2012. Mi investigación se hizo noticia de boca en boca. Un día Lucrecia Marín Delgado me abordó por la calle. Me había visto en el Centro de Adultos cuando impartía talleres de memoria oral y había asistido a las presentaciones de mis libros. Con la complicidad que da compartir saberes silenciados, a medio camino entre su casa y la mía, Lucrecia me dio detalle de nueve maestros de campo a quienes había conocido en Puertollano, donde se crió. El maestro de Instituto Javier Mohedano me comentó que durante la dictadura franquista varios maestros comunistas habían trabajado en esa zona, y el historiador José Luis Gutiérrez Molina me dio referencia de maestros anarquistas en la campiña de Jerez y en la Sierra de Cádiz. La diversidad de referencias me invitaba a seguir profundizando.

1 La enseñanza no formal se define como intencional, organizada y no regulada por el Estado. No considera el espacio físico de la escuela como eje, aunque puede incluirlo.

2 Los topónimos y entidades mencionados en este trabajo se ubican en el término de Tarifa (Cádiz) por defecto. Se añade detalle de las situadas en otros municipios.

Las entrevistas concertadas se cruzaban con iniciativas espontáneas. Juan Antonio Notario me buscó para darme copia de documentos seleccionados de su archivo particular, junto a una larga lista manuscrita de maestros de campo. Las nietas del maestro Sebastián Muñoz me llamaron por teléfono; querían contarme más sobre la vida de su abuelo. Sebastián (Chan) Álvarez lanzó un aviso en la web de Facinas (principal aldea del municipio) al que respondieron facinenses residentes en Sevilla y en Barcelona. La maestra de adultos Carmen Sánchez propuso a sus alumnas de informática que escribieran sobre el tema...

Semana a semana tomaba forma en mi mente una realidad insospechada. Los relatos constataban el afán y el impulso humano por aprender. Dibujaban el aprendizaje de la gente más olvidada como una búsqueda activa y permanente. Los encuentros con alumnos y alumnas de maestros ambulantes me apasionaban. ¿Aprender sin escuela? ¿Enseñar sin preparación en magisterio y sin salario? Mientras que para ellos y ellas ha sido la forma natural y efectiva de aprender, para mucha gente del ámbito urbano esto resulta difícil de concebir. Descubrí que los nombres y biografías de estos maestros se habían transmitido en las familias de generación en generación, y que los recordaban con cariño y agradecimiento.

El tiempo pasa y en el ciclo natural de vida muchas personas entrevistadas dejaron de estar entre nosotras. Esta realidad ineludible me pesaba enormemente, pero me veía obligada a supeditar mi proyecto personal a las dedicaciones que me permitían sobrevivir económicamente. A finales de 2013, cuando me trasladé a Bilbao, recibí varias llamadas de Alfonso Alba, a quien había entrevistado, interesándose por la publicación de los resultados. Su pregunta repicaba en mi interior. «Si estas experiencias no salieran a la luz quedarían enterradas por el olvido», me escribió Teresa Catalá desde Tarifa al finalizar la lectura de mi anterior libro.

En 2021 empecé a barajar los centenares de imágenes, grabaciones, transcripciones, bibliografía y notas guardadas años atrás. Con la inestimable ayuda de las bibliotecarias y archiveras de Tarifa consulté los legajos 65L (antiguo 27), 5843 (antiguo 381), 5940 (antiguo 370), 6011 (antiguo 529), 6022 (antiguo 346) y 7049 (antiguo 579) del Archivo Municipal de Tarifa. Me interesó especialmente la correspondencia entre Alcaldía, Inspección, y maestros y maestras: las cartas recibidas y los duplicados de las cartas enviadas. Una vez conseguí orientarme entre las carpetillas y atadillos de esos seis frágiles legajos, tuve la convicción de que hacía falta develar siquiera una parte de lo que rezuman. En la mayor parte de los procesos revisados se echa en falta alguna comunicación o adjunto; por eso escogí analizar aquellos más completos y cuyo contenido, en todo caso, permite deducir lo ausente.

La última vez que visité el archivo varios documentos descartados tiempo atrás captaron mi atención, a la luz de la información recogida en las entrevistas. Por ejemplo, las demandas vecinales de escuelas rurales y las peticiones de salario para maestros ambulantes. La intención inicial de mi investigación no era hablar de la escuela rural pública, pero comprendí que un acercamiento a ésta ayudaría a encuadrar en su justo lugar la enseñanza no formal en el ámbito rural.

A partir de la guerra de 1936-1939, la mayor parte de los duplicados de misivas enviadas fueron escritas en el reverso de documentos municipales de fecha anterior. Esto nos habla de la escasez de papel en el Ayuntamiento, no sólo en la guerra sino en la larga posguerra: en los años cincuenta todavía se reutilizaba papel del propio Archivo. Las hojas más antiguas están agrupadas con engrudo de harina, que ha perdurado por décadas. No así las grapas, que están oxidadas y rotas, ni el moderno celofán, que hace tiempo que perdió su adherencia.

Se aprovecharon, entre otros documentos, cédulas de empadronamiento de 1872, citaciones de alistamiento para el reemplazo de 1897, impresos de la década 1910 para la matrícula escolar, la portada del censo de habitantes del campo de 1915, declaraciones de tenencia de bienes agrícolas en 1918, documentos de arbitrios de 1926, impresos de solicitud de inscripción en el censo obrero de 1930 y documentos firmados por el último alcalde republicano, Amador Mora Rojas.

Los evidentes vacíos de información en el Archivo Municipal relativos a fechas concretas indican que éste se purgó de forma selectiva, con una intención expresa. En lo que respecta a esta investigación, existen contados documentos fechados en el siglo XIX, y hay un gran vacío respecto al primer tercio del siglo XX hasta julio de 1936, fecha de la ocupación golpista de Tarifa. Parte de estos documentos y de otros de décadas posteriores estuvieron fuera del Archivo y desorganizados hasta los años noventa, lo que significa que hubo una intención expresa de hacerlos desaparecer. Y actualmente hay archivos privados en Tarifa que incluyen documentos municipales, resultado evidente de una apropiación indebida. El expolio nos habla del desprecio a la Historia y al saber, y representa un intento por borrar la memoria de formas y experiencias no aceptadas³.

La enseñanza no formal ha sido históricamente infravalorada y soterrada frente a la enseñanza oficial, cuando no perseguida. Al fin y al cabo es un irreverente ejemplo de autogestión. Su sola existencia rompe la magnificación de la enseñanza formal y, al transgredir sus límites, de algún modo la pone en cuestión, ya que viene a sugerir que es posible vivir sin ésta. Esto explica en

3 En torno al fin de la dictadura franquista se recurrió también al expolio de los archivos, en este caso en busca de impunidad.

parte por qué en la literatura y en las investigaciones de archivo hay escasas referencias a las vidas de los maestros de campo.

Muchos maestros de campo no convivían con sus familiares y la mayoría no tenía vivienda; trabajaban de forma itinerante, sin título ni salario, y en geografías muy aisladas. En consecuencia sus vidas dejaron poco rastro admi-

Entrevista a José y Juan
Carpinter, junto con Mabel
Carlos, en Venta Carpinter
(Tarifa), 2012.
/ FOTOGRAFÍAS DE
NORA JADYANE DÍAZ



Entrevista a Curro Gutiérrez, de Guadalmesí, en La Caleta (Tarifa), 2012.

nistrativo. Afortunadamente imprimieron una profunda huella en la memoria de su alumnado, y por eso numerosos escritos que parten de fuentes orales (autobiografías, relatos de vida e investigaciones a partir de historias de vida) describen su quehacer cotidiano.

En cada valle, cañada, loma o sierra del extenso término de Tarifa la mayoría de las familias se conocían y se apoyaban en cuestiones básicas cuando era necesario⁴. Estos hábitos de relación constituyen un excelente apoyo en la investigación en Memoria Oral: me facilitaron el rastreo de personas y me permitieron profundizar en los perfiles de algunos maestros. Utilicé un guión de entrevista abierta, que con el tiempo fui ampliando. Añadí preguntas sobre los trabajos de las mujeres, sobre la choza o vivienda donde se daban las clases, sobre la enseñanza de la religión, sobre la alfabetización de familiares mayores y sobre el uso de la lectoescritura en la vida cotidiana.

En el tiempo estudiado los hombres se relacionaban con mujeres en ámbitos muy limitados, de modo que ellos recuerdan más los hechos de su vida en los que estaban presentes otros hombres. Este sesgo también existe para las mujeres, aunque de forma más reducida. Ellas convivían en su día a día con otras mujeres, tanto en trabajos dentro de casa como en las fábricas o en el campo; pero su labor asignada de crianza y cuidados en la comunidad les permitió acercarse también a la realidad de los hombres.

Realicé la mayoría de las entrevistas en la casa o en el patio familiar. Para no despreciar las oportunidades del azar hice entrevistas en la calle y, ocasionalmente, en la terraza o en el interior de un bar. En muchas ocasiones estaban también presentes familiares como un esposo o esposa, hijos, sobrinos o hermanos. Incluí a todos en la entrevista, lo que enriqueció el debate. Y puesto que las mujeres son invisibilizadas en los relatos de los hombres, en el propio espacio de la entrevista traté de compensar su participación y darles voz a ellas expresamente.

Cada nueva entrevista añadía solidez a la investigación, me aclaraba ciertas preguntas y me abría nuevas interrogantes, como las piezas de un puzle multidimensional. Unas entrevistas resultaron breves, aunque no por ello estaban faltas de contenido y análisis clave; otras se convirtieron en verdaderas autobiografías o en emotivas historias de vida de sus maestros de campo. Muchas personas entrevistadas mostraron su orgullo por haber aprendido con un maestro de campo. Como testigos privilegiados de una experiencia única, desean

4 Tarifa, con 419 kilómetros cuadrados, es el municipio de mayor superficie en la comarca del Campo de Gibraltar. Fuente: Instituto Nacional de Estadística.

que sus historias salgan a la luz para que se reconozca el gran esfuerzo de sus maestros, así como su sufrimiento innecesario. Su inquietud ha sido una de las mayores motivaciones en mi trabajo.

Hice 112 entrevistas, que recogen la voz de 131 personas: 56 mujeres y 75 hombres. La mayor parte corresponde a 2012 y 2013, pero las fechas abarcan desde 2005 a 2021. Al final del libro hay un anexo con detalle de cada entrevista, y sus fotografías se distribuyen en el texto.

Para conseguir una lectura fluida he cambiado el orden y eliminado repeticiones de los relatos transcritos, manteniendo en lo posible el léxico y el estilo. Los testimonios orales son también un legado del habla local, con la diversidad y los rasgos etnográficos que ésta encierra. La larga lista de palabras de uso local o en desuso recogidas en el vocabulario e indicadas en cursiva en el texto son muestra de ello.

Al tratarse de la vida de personas reconocidas, como lo fueron los maestros de campo allí donde trabajaron, a veces la memoria de su alumnado transita hacia la literatura. Circulan asimismo muchos rumores, debidos a la represión y la forzada clandestinidad de muchos enseñantes por el campo. Por otra parte, quedan rincones del extenso término de Tarifa sin explorar, y doy por seguro que aparecerán nuevos nombres de maestros y maestras que enseñaban por su cuenta. Esto sería una señal inequívoca de que este trabajo se ha leído con interés. Yo realizo cuidadas ediciones de mis investigaciones precisamente para que el fruto, una vez compartido, invite a seguir haciendo memoria.

Una vez hecho el acercamiento a la realidad social, la obra se divide en dos grandes bloques. El primero se refiere a la enseñanza formal: la realidad de la escuela en Tarifa durante la guerra de 1936-1939 (¿cómo afectó la guerra y la depuración consiguiente?), las escuelas rurales (¿qué condiciones tenían? ¿qué hicieron los educadores, Inspección y las diversas alcaldías para sostenerlas?) y las pretendidas mejoras en las últimas décadas de la dictadura franquista.

El segundo bloque pone el foco en la enseñanza no formal: un repaso a formas autogestionadas de alfabetizarse, el caso de las escuelas particulares en Facinas y en Tarifa, y un bloque central sobre la actividad de los maestros de campo en el municipio, dividido por áreas geográficas. Con la perspectiva que dan los capítulos precedentes, los últimos apartados presentan el aprendizaje de las mujeres y su protagonismo en la alfabetización de su comunidad, el traslado de la población infantil rural a la Residencia Escolar y, como cierre y conclusión, el impacto de los maestros de campo en el aprendizaje de la población rural.

En los diversos capítulos he insertado pequeños perfiles biográficos que aportan valiosos detalles del contexto de vida y dibujan la red de vínculos

entre la experiencia personal y la realidad sociocomunitaria. Siempre que ha sido posible he conservado el relato en primera persona y las expresiones y el estilo del narrador o narradora, lo que nos transmite su forma de concebir el mundo.

Me he esforzado por relacionar informaciones de tres tipos de fuentes: la memoria de los y las protagonistas y de algunos maestros que aún viven, los estudios sobre esta realidad y los documentos de archivo. No me interesa detallar todo lo que sucedió sino dar a conocer las dinámicas de vida cotidiana y de trabajo de enseñantes y alumnado, para entender cómo fue posible la enseñanza no formal en el mundo rural aislado y qué alcance tuvo en la población. Se trata de un intenso ejercicio de memoria que permite asimismo constatar el saber del pueblo y su capacidad de análisis de lo vivido.

Mi trabajo busca, por encima de todo, reconocer y dignificar a las mujeres y a los hombres del campo que aprendieron a pesar del desprecio y la marginación imperantes en su tiempo, a aquellas personas que en su destierro político optaron por luchar contra el analfabetismo en el mundo rural, y en general a quienes dedicaron su vida a enseñar en su comunidad.

LA PARTICIPACIÓN

Esta investigación ha sido posible gracias a las tarifeñas y tarifeños que confiaron en mí, especialmente aquellas amistades y familiares de las personas entrevistadas que mediaron y se hicieron presentes en la entrevista.

Muchas gente se interesó por el motivo de mi investigación, hizo averiguaciones y me pasó contactos con alumnos y alumnas de maestros de campo: Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez (de la Asociación LitOral), Ana Muñoz, Ana Pereda, Antonio Alba, Antonio Ruiz, Chan Álvarez Cabeza, Chari Blanco, Josefa Pérez, Gema Álvarez, Gertrudis (directora de la residencia San José de Tarifa), Mari Carmen Sánchez (del Centro de Educación de Adultos de Tarifa), José Meléndez, Juanlu González, Juan Navarro Corteceto, Juan Pérez Cerillo, María José Santander, María Ramos, Miriam Trujillo, Paco Pérez, Paqui Araújo, Paqui Gil, Paqui y Marisa Román, Pepi Vasallo, Pili Casas y Wenceslao Segura.

Aziz Jadyane, Félix Díaz, Natalia Díaz, Ana Gomar, Antonio Ruiz, Chema Acero, José Meléndez, José Sierra, Mabel Carlos y Miriam Oteiza me llevaron

en coche y me acompañaron en entrevistas por el campo. Paco Guirola e Isabel Salés entrevistaron a sus vecinos y me dieron fotos de la escuela rural El Bujeo. Curro Racero hizo averiguaciones en Bolonia y Betis, Mabel Carlos y Juan Gámez colaboraron en algunas entrevistas, Laura Gavilán me guió a la casa de Candelaria Ibáñez en el monte Ahumada y Nora Jadyane me acompañó e hizo fotografías en múltiples ocasiones.

Teresa Catalá, Teresa Ojeda y Mari Mar Roca me ayudaron a bucear en el Archivo Municipal de Tarifa, y Juan Gámez fotografió parte de la documentación a consultar. Manuel Santander descifró algunos documentos de Inspección de Educación y Ángel López revisó el apartado referente a las escuelas rurales. Y Juan Manuel Pizarro e Inés Díaz me ayudaron a ubicar los lugares de vida y trabajo y prepararon los mapas.

Fernando Sígler Silvera, Antonio Morales Benítez, Ángel García-Villarco Gómez, José Luis Gutiérrez Molina y Juan Manuel Pizarro Sánchez me facilitaron expedientes de represión del Archivo Militar de Sevilla y detalles sobre algunos represaliados por el franquismo en el Campo de Gibraltar. Luis García Bravo me dio información sobre Manuel Ojeda, enlace de la guerrilla anti-franquista y hermano del maestro Antonio Ojeda Benítez. Y René Pacheco, de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, me localizó el expediente de Lorenzo Vázquez Zardain.

Pepa Cobo me regaló una pizarra y su *pizarrín*, objetos que en las entrevistas constituyeron, para mi asombro, increíbles estimulantes de la memoria. Natalia Díaz me asesoró para grabar en vídeo, Vicente Araújo fue imprescindible apoyo en la creación del archivo oral *Maestros de Campo* e Ignacio Soriano lo difundió entre bibliotecarios⁵. Enrique Díaz me aclaró dudas sobre Geología y Antonio Escolar sobre Salud Pública.

En mi sondeo más allá de Cádiz, Luisa Alcaraz y Eduardo Gordillo, de la Biblioteca de Morillejo (Trillo, Guadalajara), me dejaron libros de enseñanza usados en los años veinte a sesenta; y Mercedes del Amo me mostró los cuadernos de ejercicios de su madre, Pilar Guerrero, cuando asistía a la escuela de esta aldea en los primeros años treinta.

Begoña Isusi y Paco Hernández canalizaron entrevistas en Barakaldo y Bilbao (Bizkaia). Begoña Isusi y Carlos Alberdi entrevistaron a Servanda Bustelo en Vilanova d'Ozcos, Asturias Occidental, Eva Bañales llevó un libro a Servanda en agradecimiento por su participación; e Iván Iglesias Fernández y Ángela Ferreira Martínez, técnicos de la Oficina Cultural y Lingüística de la

5 Ver <http://maestrosdecampo.detarifa.net/>

Fundación Parque Histórico del Navia, me asesoraron e hicieron los arreglos de escritura de su lengua, el gallego-asturiano.

Joseba Aiartza y Begoña Isusi hicieron traducciones de dialectos del euskera recogidos en la web *Ahotsak* al castellano, para que yo pudiese valorar su interés. Joxe Garmendia Larrañaga me envió su libro *La enseñanza rural en Gipuzkoa (1900-1950)* y Santiago me regaló el libro *Viaje por las Escuelas de Galicia*. Narciso de Gabriel y Antonio Viñao Frago me hablaron de los maestros de ferrado en Galicia, Cristina Bernis Carro de los maestros de hogaza en la Maragatería (León) y de la alfabetización en Castilla, y Segundo Pascual Toledo de los maestros de Periana (Axarquía, Málaga).

Y en la edición y difusión del libro conté con el respaldo del sindicato CGT.

EL MEDIO SOCIAL Y EL ANALFABETISMO

No les interesaba que aprendiéramos.
Aquellos señoritos preferían mantenernos
en la ignorancia.

MANUEL REINÉ JIMÉNEZ
Barranco Hondo, 1933

Situada en el extremo sur de la Península Ibérica, la comarca gaditana del Campo de Gibraltar está atravesada por varias sierras de fuerte pendiente y su ubicación geográfica condiciona una elevada humedad ambiental. Está formada por ocho municipios: Algeciras, Los Barrios, La Línea de la Concepción y San Roque, en el arco de la Bahía de Algeciras; Tarifa, más orientada hacia el océano Atlántico; y Castellar, Jimena y San Martín del Tesorillo, en el interior.

En parte de la comarca, especialmente el municipio de Tarifa, la tierra está concentrada en manos de pocos y grandes propietarios, lo que constituye uno de los vectores principales de la historia social de la zona, sumado a la presencia de la colonia de Gibraltar, como se verá más adelante. En 1974 y según el catastro de rústica los propietarios de parcelas de menos de 5 hectáreas suponían el 67,3% y sumaban el 3% de la tierra, mientras que los propietarios de fincas de más de 200 hectáreas suponían el 2% y sumaban el 73,6% de la tierra.

Hablamos de un espacio social hiper estratificado donde la vida de la mayoría de las familias dependía de los dueños de las grandes fincas y de los caciques. Paco Díaz Castro (Matatoros, 1933) usa la expresión «servir amos» para referirse

al trabajo para los amos o dueños del ganado y de las tierras, que era extremadamente servil. Y María Márquez (Medina Sidonia, Cádiz, 1942) explica: «Antes había que quitarse el sombrero delante del señorito. ¡Yo conocí a un hombre que hasta para hablar por teléfono con el señorito se quitaba el sombrero!».

En ese año el 28,8% del municipio eran montes de propios declarados de utilidad pública, en gran parte bosques en sierras y piedemonte en los que el aprovechamiento del corcho suponía más del 75% del beneficio económico. Estos son Sierra de la Plata, Saladavieja, Betis, La Peña, Puertollano, Caherueñas, Longanilla, Los Zorrillos y El Bujeo. El reparto de la tierra condiciona a su vez la forma de poblamiento: a finales de los años sesenta un 25% de los montes públicos estaba ocupado ilegalmente por familias que subsistían de los recursos naturales, especialmente del carboneo⁶.



Encuadre geográfico de la zona estudiada. FOTO DE IBERPIX.

A fines del año 1919 la población de Tarifa era de unas 12.224 personas. Había 260 casas censadas en el propio pueblo de Tarifa, 202 en Facinas, 145 entre Bolonia y El Lentiscal, 85 en Guadalmesí y otras 2.740 viviendas entre cortijos y casas de campo dispersas por el todo el municipio⁷. Y en 1927 un colaborador de la revista local *Unión de Tarifa* afirmaba que casi la mitad de

6 Ibarra Benlloch, Paloma (1993). *Naturaleza y hombre en el sur del Campo de Gibraltar. Un análisis paisajístico integrado*. Junta de Andalucía, Agencia de Medio Ambiente. Sevilla. Págs 327-329.

7 Criado Atalaya, Francisco Javier (2003). «La situación de la iglesia tarifeña a principios del siglo XX. Los informes parroquiales de 1919». *Almoraima, revista de estudios campogibraltareños* 29 (445-456).

la población de Tarifa vivía diseminada en el campo⁸. Datos que dejan claro que el motivo del aislamiento y abandono de la población rural no era precisamente su bajo peso poblacional. La mayor parte de las viviendas mencionadas, llámense cortijillos, casas de campo, caseríos o chozas, eran construcciones de muros de piedra y techado hecho con *castañuela*, *barrón* y otras plantas. En algunas zonas no se usaba piedra: las chozas eran sólo de *castañuela*.

Entre aquellos escritos municipales que aprovechan el reverso de documentos previos encontramos fichas del censo profesional de los trabajadores de Tarifa realizado en 1933, que recogen información de la edad, estado civil, instrucción, profesión, sueldo y lugar en que trabajaba cada persona. He aquí dos ejemplos representativos: la ficha de Fernando Gutiérrez Ríos dice que tenía sesenta y nueve años, estaba casado, con instrucción «regular» y trabajaba como carbonero con sueldo «variable». La de Cristobalina Selva Iglesias reza que tenía cuarenta y seis años, era viuda, no tenía instrucción, trabajaba como sirvienta y llevaba treinta años ejerciendo la profesión. En el apartado «sueldo» de su ficha no escribieron nada⁹.

No era extraño trabajar a cambio sólo de techo y comida. Alfonso Barrios Manso (El Almarchal, 1922) afirma que los sueldos eran míseros: «Entonces se cobraba *ná y menos*. Una familia de un cortijo cercano tenía a diez u once hombres arando, escardando y lo que tuvieran que hacer. Hacia 1945 le pregunté a uno de aquellos hombres que cuánto ganaba, ¡y me dijo que una peseta al día!».

Algunas expresiones relacionadas con salir adelante son muy indicativas de la extrema situación que se vivía: «buscar la *comía*», «buscar la peseta» y «escapar» (escapar de la pobreza). El día a día consistía en sobrevivir con trabajos muy precarios. Josefa Cote Rodríguez (El Realillo, 1941) recuerda a su abuelo «... hincado de rodillas arrancando cepas para hacer carbón» y a su abuela «... con una piara de cabras». Ella tuvo nueve hijos y durante varios años en que su marido estuvo enfermo, sacó adelante a sus hijos vendiendo productos del campo: «Yo criaba pavos. Yo cogía *cojollo*s, cogía caracoles y cogía *tagarninas* para vender».

Rafael Meléndez Medina (Puertollano, 1934) recuerda sus diversos trabajos:

En el campo hambre no pasamos, porque matábamos un cerdo, se amasaba pan y cultivábamos cosillas, pero había que trabajar desde pequeñito. Éramos siete hijos. Con siete años yo estaba guardando ovejas y las llevaba a comer la bellota del alcornoque a una dehesa municipal. Yo no las podía dominar, se *empicaban* y

8 Troya (pseudónimo) (1927). «Cartas a un paisano. El problema escolar». *Revista Unión de Tarifa* 120. Tarifa, 26 de febrero de 1927.

9 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

se metían donde no debían. Los guardias daban la queja a mi padre y él cuando yo regresaba a casa me pegaba. Yo era un muchacho y quería ser hombre; quería segar trigo cuando eso se hacía a mano, y arar con una yunta de vacas. Más mayor también hacía carbón. Y trabajé en el cortijo de Las Lomas cogiendo algodón. Después de casarme me marché tres años a Valencia y hacia 1964 me fui a Bélgica. Estuve cuatro años y medio en una mina y nueve y pico en una fábrica de aluminio.

Juan Carpinter Brenes (Las Canteruelas, 1941) afirma que casi todos sus trabajos apenas le daban para sobrevivir:

Lo primero fue estar en el monte, con el pavito, la cabrita y el cochinito. Luego, coger poleo y llevarlo en unos burritos a vender a la carretera. Arrancar leña y hacer de todo menos ganar dinero. A finales de los cincuenta estuve de *ditero* con la bicicleta por los campos llevando platos, vasos y tazas para vender a plazos. En esto sí gané. Y me fui un tiempo a la finca Tapatana con los Bohórquez, a cultivar algodón con las bestias, que es lo que había.

Algunas familias arrendaban tierras. María Dolores Lobón Jiménez (Los Algarbes, 1928) explica cómo organizaban el trabajo en su familia:

Éramos ocho hermanos, seis varones y dos *hembras*. Mi padre tenía animales de todas clases. Un hijo estaba con las cabras, otro con las vacas y otro con los cochinos. *Echaban arados* y sembraban en la huerta de cuatro fanegas que arrendaron. Mi madre, además, criaba muchos pavos. Las hijas ayudábamos con los animales, amasando, lavando ropa y todo lo que se podía. En la huerta sembrábamos melones, sandías, higueras con brevas... La vereda que comunicaba las casas donde vivían los militares pasaba por medio de nuestra huerta y nos compraban las cosas. Y los *cargueros* también venían con mulos o caballos a comprarnos.

Y Victoria Marín Delgado (Puertollano, 1939) detalla cómo gestionaban el pasto del ganado familiar:

Además de gallinas, pavos y conejos teníamos vacas, cabras, cerdos y ovejas. Estos animales pastaban en dehesas municipales, porque no era suficiente con la tierra propia. Teníamos que pagar al Ayuntamiento los *rebozos*, según la cantidad de animales que salieran de tu terreno y el tiempo que estuvieran. Un encargado tenía un poder del Ayuntamiento para contar los animales de los vecinos y casi siempre se dejaba por seis meses el cupo de animales, para que todos pudieran usarlo.

Las verduras y lo que daban los animales llegaba casi para el sustento, pero teníamos que comprar algunas cosas que no podíamos producir.

Los trabajos generaban algunos bienes básicos y poco dinero. Quien trabajaba para otros era retribuido con comida, se le daba alojamiento quizás, una cantidad establecida de granos o legumbres, y un pequeño salario. Como había poca moneda circulando, parte de los bienes se destinaban al trueque. Así hacía la familia de Carmen Jiménez Trujillo (El Chaparral, 1959):

Mis padres vivían de lo que sacaban de la tierra y teníamos una cabreriza: llegamos a tener hasta cien cabras. El queso no se vendía, se cambiaba por *mandaos* que traía el *recovero*: café, azúcar... Lo único que se vendía eran las cabras. Mi padre mataba varios cochinos para el gasto de casa y el tocino, morcilla y otras chacinas también servían para el intercambio. Y el pan que hacíamos, parte se daba en intercambio.

Algunas familias de Bolonia que cogían *pescaítos* los llevaban a hombros hacia lugares sin costa. Estábamos lavando y veíamos llegar a una mujer muy pobre de Bolonia a quien llamaban la Pilula: «Mira, te traigo boquerones». O sardinas, o calamares... Mi madre le daba a cambio algo.

En el término de Tarifa hay dos ámbitos biogeográficos con recursos y formas de sustento diferenciados: la costa y el monte. En su supervivencia, las familias transitaban de un espacio a otro y el trueque se transformaba en necesario apoyo mutuo. Antonio Morando Ruiz (Betijuelo, 1931) lo recuerda bien:

Entonces muchísimos marineros, a quienes decían *jabegotes*, vivían en las ruinas de Bolonia, en una choza hecha con lo que fuese. Cuando venía el viento de levante o había mucha lluvia no podían salir a pescar y no sacaban nada para comer¹⁰. Esos días venían por el campo pidiendo un pedacito de pan. Una mujer a quien llamaban la Miruja venía a pedir a mi abuela Matilde, la madre de mi padre, y ella le hacía un poquito de café o le daba cualquier cosita. Y la Miruja al despedirse le decía a mi abuela, «Matilde, cuando tú veas que está la tardecita buena manda al niño (que era yo) para abajo, para que se traiga pescado». Ese día bajábamos unos cuantos chicos y nos traíamos cinco o seis kilitos de jureles o de caballa.

Los padres y abuelos de muchas familias campesinas de Tarifa proceden de las provincias de Granada y de Málaga. Llegaron para trabajar como *segaores* o como carboneros y acabaron por asentarse. Los suegros de Manolo Lara Ríos (Los Majales, 1936) vinieron de Ubrique (Málaga) a *echar carbón*. El abuelo paterno de Mari Luz Ruiz Araújo (Los Algarbes, 1943) vino a trabajar como

10 La lluvia y los vientos de levante y de poniente, con temporales intensos, son los agentes meteorológicos característicos del clima en Tarifa. Las lluvias se concentran en el periodo de octubre a mayo.

segaor desde Sorvilán (Granada). Manolo Lara conoció las condiciones de trabajo de los *segaores*:

El *manijero* contrataba todos los años la siega de seis o siete cortijos y se traía cien hombres de Fuengirola. Otros venían de Algar (Cádiz), de Alcalá de los Gazules (Cádiz) y de Jubrique (Málaga). En un cortijo tenían viviendo y trabajando todo el año unas veinte personas, pero si sembraban ciento cincuenta fanegas de trigo, cuando llegaba la siega hacían falta muchos más trabajadores para segar, armar las carretas, trillar...

Como el rocío del verano es malo, en el mismo sitio donde estaban los rastros hacían un *chozo* con las gavillas que habían preparado levantándolas por abajo. Ahí guisaban y ahí dormían durante unos dos meses. Yo recuerdo que traían lo puesto y que la camisa se les rompía del sudor. ¡Era como el mismo pellejo! Sólo si estaban cerca de un arroyo enjuagaban un poco la ropa.

Cuando el trabajo finalizaba unos iban a trabajar a un huertecillo, otros a coger uvas... Nosotros hemos conocido *segaores* de fuengirola que hacían *alpargates*; que eran todas de *esparte*, también la suela y la tira con la que se amarraban.

El analfabetismo existe y se alimenta en un contexto de abandono. Muestra de ello es el aislamiento en el término de Tarifa, que no era sólo geográfico, porque ni los propietarios latifundistas ni la administración se preocuparon por facilitar accesos y comunicaciones rodadas a la población rural dispersa. La parte montañosa era accesible sólo a pie y en bestia, en la prolongada época de lluvias los escasos caminos quedaban inaccesibles y si los ríos bajaban crecidos no era fácil cruzarlos. Muchos accesos rodados que hoy en día conocemos se hicieron por intereses ajenos a la población local: la fortificación del Estrecho motivó nuevas vías en los años cuarenta, el necesario acceso a los cortijos y el turismo hizo lo propio desde los años cincuenta y sesenta; y la industria eólica a partir de los años ochenta.

A inicios de los años 1940 dentro del Plan defensivo del Campo de Gibraltar se construyeron en Tarifa diez baterías de costa, en parte con trabajo esclavo de prisioneros de batallones de trabajadores. Se hizo también una amplia red de galerías con búnqueres y nidos de ametralladoras, polvorines, barracones y pistas de comunicación. Se instalaron dos regimientos de artillería y un regimiento de infantería en la Isla de las Palomas, un campamento militar en Facinas para instrucción de reclutas y almacén, y campamentos de comunicación y logística en San José del Valle y en El Mastral. El término municipal se convirtió en un fortín con una importante presencia militar, lo que tuvo gran impacto en la sociedad tarifeña.

El medio social está ligado estrechamente a las oportunidades educativas, y como la realidad social es un asunto que atraviesa nuestras vidas, cada relato sobre el aprendizaje, cada perfil de una alumna o de un maestro incluido en este trabajo, es un recordatorio de este vínculo. La brecha de oportunidades en el aspecto educativo mantiene a su vez la estratificación social, puesto que el analfabetismo condiciona las opciones laborales y dificulta que el pueblo ejerza derechos y reclame.

Desde su cargo como senador, el terrateniente Carlos Núñez y Manso, impulsor del periódico *La Unión de Tarifa* y dirigente del partido Unión Patriótica Tarifeña, había mediado para que se abrieran escuelas rurales en el término de Tarifa. En 1927, cuando esto se empezaba a hacer realidad, Núñez y Manso disertó en su periódico sobre la necesidad de supervisión ideológica de los maestros que atendiesen estas escuelas, «... para que en la soledad de los campos no incendien las espesuras de las vírgenes inteligencias con nocivas enseñanzas». Y finalizó su artículo sentenciando: «... Sería preferible la ceguera de la ignorancia a la confusión del error, y sobre todo a los estragos sociales del odio de clases»¹¹.

Núñez y Manso poseía grandes fincas en este municipio y bien sabía que no estaban deshabitadas. La expresión «la soledad de los campos» era un eufemismo de la falta de control por el Estado en las extensas fincas. Le asaltaba el temor de que los maestros rurales, en su libre ejercicio, transmitieran ideas sobre la lucha de clases a las familias que trabajaban en los cortijos. Motivos tenía. Desde décadas precedentes el anarquismo había asumido la enseñanza como un objetivo político de lucha; tenían claro que la reivindicación obrera y la educación debían estar unidas. José Luis Gutiérrez Molina, investigador del anarquismo en Andalucía, explica:

Los anarquistas supieron ver que era preciso tener unos medios para formar al mundo obrero, no solamente por la necesidad de autodefensa (un obrero analfabeto era más fácilmente manipulable), sino también para ir formando ese nuevo hombre. El hombre necesita aprender para ser capaz de elegir, para poder ser libre y establecer voluntariamente los límites de su libertad con respecto a la convivencia con los demás. Dedicaron muchos esfuerzos a la elevación de la instrucción y de la capacidad cultural. El verano de 1936 no es explicable sin la labor propagandística y educativa de los anarquistas desde 1870 en adelante. Un ejemplo de ello son los maestros anarquistas que trabajaban de forma ambulante por *gañanías* y cortijos; y otro son las escuelas de las sociedades obreras¹².

11 Artículo «El maestro y la escuela en nuestro campo». *Revista Unión de Tarifa* 2 de abril de 1927, número 125.

12 Comunicación personal por correo electrónico.

El relato de Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) redundaba en la necesidad de formarse:

Yo he estado en Barcelona muchos años. He estado con muchas personas juntas y he sufrido en mis carnes que no podía seguir una conversación. ¡Qué pena que uno se haya criado tan ignorante en la vida! Yo tengo el sentir, pero no sé desarrollar una conversación y explicarme. A mí me interesa saber, con todo lo mayor que sea.

Una persona siempre debe de tener estudios. A lo mejor no va a saber todo, pero con algo que aprenda empieza a pensar, se orienta y... ¡Por lo menos que sepamos lo que sucede! ¿Cómo va a ser uno analfabeto? ¡Me cago en la madre que me parió! ¡La cultura de un pueblo es lo más grande que hay!

Salvador Santana Escalona (Los Boliches, Fuengirola, 1931) explica por qué las familias de Los Majales y Puertollano tenían interés en aprender y acogían a quienes, como él, enseñaban de forma ambulante:

Éste ha sido siempre un pueblo de señoritos y de caciques. A ellos no les interesaba que el pobre supiera porque les iba a reclamar. Yo he trabajado en los años cincuenta saliendo de casa antes de asomar el sol y volver con noche cerrada, por nueve pesetas y un kilo de pan. Por eso la gente de campo estaba muy interesada en que sus niños supieran, y los mismos padres hacían lo posible por aprender.

Yo me salvé de la serie borreguil porque tuve un padre que me empujó y me inculcó saber. El *manijero* me decía que yo *tenía mucha letra menúa*, porque cuando él decía cualquier cosa yo le respondía, «tú serás el capataz, pero en eso que dices no llevas razón». Él no estaba acostumbrado a que un trabajador le respondiese así.

Un cabo de un destacamento militar cercano a la casa de Juan Díaz (Oliveros, 1931) daba clases a los niños de la zona. Impresionado por la inteligencia e interés que ponía el hermano mayor de Juan Díaz, el cabo comentó a su padre, «es una lástima que usted tenga a este niño en el campo, porque el día de mañana *puede ser*». Carmen Jiménez (Las Coronillas, El Chaparral, 1959) reflexionó durante la entrevista: «Si yo hubiese seguido estudiando *podía haber sido algo*». La expresión «poder ser» se refiere a las opciones de ascenso social de ese niño o de esa niña; y presupone que ellos, los pobres, *no son nada*.

LA ENSEÑANZA FORMAL EN TARIFA

1. LA ESCUELA DURANTE LA GUERRA

Yo no sé explicarme sobre la guerra y esas cosas.
Yo lo sé por dentro, pero por fuera no me sale.

JUAN ATANASIO MOYA
La Ahumada, 1938

La guerra de 1936-1939 es un punto de partida obligado para acercarnos a la historia reciente de la Escuela en Tarifa. Deberíamos considerar también los movimientos sociales y experiencias educativas previas, pero allí apenas alcanza la memoria de las personas entrevistadas ni las fechas de los documentos del Archivo Municipal. Con el apoyo de los testimonios trazaremos unas pinceladas sobre los años de guerra en Tarifa.

Pocos días después del intento de golpe de estado, el 24 de julio de 1936, las tropas franquistas ocuparon Tarifa. En octubre de ese año la provincia de Cádiz ya estaba en manos de los golpistas, salvo puntuales núcleos de resistencia en Jimena de la Frontera y en Grazalema. Muchos hombres tuvieron que optar entre el reclutamiento forzoso, la participación voluntaria en alguno de los ejércitos o el exilio. En octubre de 1937 llamaron a filas a José Cózar Valencia

(Salaviciosa, 1920): «Era tan joven que ni me afeitaba. Yo no sabía escribirle una carta a mi madre; un vecino llamado Curro Tapia que estaba conmigo me escribió a mí las cartas. Porque allí en el frente no enseñaban nada más que a estar bajo tierra».

Eduardo del Río (Tarifa, 1944) explica sobre su padre: «Como era huérfano desde chico y cuando empezó la guerra tenía dieciocho años, se fue voluntario con la Falange¹³. Estuvo de cabo en Infantería por Málaga, con unos doce marroquíes a su cargo». Algunos campesinos voluntarios fueron incorporados a las patrullas falangistas. El padre de Alfonso Barrios Manso (El Almarchal, 1922) participó en uno de estos grupos paramilitares. Mientras, Alfonso lo suplió en el trabajo:

¿No me voy a acordar yo de la guerra? ¡Peleando hermano con hermano! Mi padre era de derechas y, como ya había otros hermanos en la guerra, a él lo echaron para atrás, *lo hicieron falange* y lo tuvieron una temporada entre Los Barrios y Algeciras a caballo. Yo tenía que arar, ¡pero con catorce años no podía ni amarrar la yunta de reses! Mi madre me despertaba: «Alfonso, levántate hijo mío, que ya es la hora».

A medida que avanzaba la ocupación y el control de territorios se implementó una dura represión que buscaba cercenar los movimientos populares y los proyectos iniciados en años precedentes, y ejemplificar para evitar todo intento de resistencia. Los padres de Pepa Muñoz (Cortijo La Angostura, 1944) supieron de los fusilamientos en Tarifa: «¡A cuántos inocentes mataron! A un vecino de mi madre sin hacer nada lo metieron en la cárcel. De allí los subían en un camioncillo y los sacaban para fusilarlos. Mi padre por las mañanas desde el cortijo de La Tabla sentía los disparos sobre la tapia del cementerio».

Manolo Lara Ríos (Los Majales, 1936) entendió algunas cosas escuchando a los mayores de su familia:

Mi padre no fue a la guerra porque en esas fechas ya tenía cuatro hijos, y el mayor tenía seis años. Su hermano Juan Lara estuvo en la guerra en la *zona roja*. Ellos no se daban cuenta pero cuando se ponían a hablar yo estaba ahí escuchando. Él estaba trabajando en el cortijo de La Palmosilla. La derecha mandaba en los cortijos y los de la izquierda eran los que estaban trabajando ahí. En el cortijo había un encargado a quien le decían el Jardinero, y los encargados, ¿a quién le van a rendir? Al dueño, que los está pagando.

Mi tío diría algo defendiendo sus intereses porque quería un cambio y el Jardinero se lo dijo al señorito. En aquellos años por eso nada más iban a por ellos y los

13 Se refiere al partido fascista Falange Española.

mataban. Se fue de aquí en la noche junto con otros caminando hasta *el otro lado*. Eran gente humilde y trabajadora. Algunos no han aparecido.

A los que no valían para el trabajo casi nadie los quería y además eran unos chivatos; y cuando saltó lo que saltó *se hicieron falanges*. Y se murieron solos... Cuando se terminó todo el Jardinero ya no tenía sociedad con nadie. *Escapó* malamente y murió sin nadie a su lado, porque no lo quería ni la familia.

La extensa y ejemplarizante represión a las ideas dejó también huella en la forma de recordar y de hablar de lo vivido. Por eso algunas personas entrevistadas evitan referirse a lo sucedido durante la guerra y durante la dictadura franquista, o lo exponen con suma cautela. Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) es consciente de que el aislamiento y las pocas oportunidades de aprendizaje condicionaron su ignorancia en el ámbito de las ideas. Él rememora su despertar a la realidad social siendo joven:

Recién acabada la guerra y durante muchos años después las personas del campo estábamos dormidos completamente, ignorantes de tanta maldad como sucedía. Cuando yo era un crío de doce años me iba de *ganaderillo* con Antonio Espigao, un vecino ya mayor que tenía unas cabras. A ese hombre le gustaba mucho la política: no se quedaba un día sin leer el periódico; lo encargaba como fuera. Él me explicaba qué pasó cuando la guerra de Alemania, y con los rusos. Todo el que siente una cosa se desahoga y él a lo mejor no tenía con quien. Yo era muy joven y no entendía de lo que me hablaba, pero tanto me inculcaba, ¡que me fui yo interesando y vi que me gustaba la política!

Yo siempre estaba pendiente de la radio. Ponía yo la Pirenaica, cuando entonces estaba muy perseguida por la Guardia Civil... Yo estaba *empicaíto*. Me quedaba hasta muy tarde y mis padres tenían siempre aquel miedo... ¡porque había que tenerlo! Cuando yo estaba acostado con la radio mi padre abría la puerta y me decía, «¡ay *opá*, ponme eso más bajito, hijo!»¹⁴.

La represión franquista dotó de carga negativa cualquier acción de compromiso o militancia política, empezando por algo tan elemental como la expresión de las ideas propias. Esto explica por qué algunas personas entrevistadas evitan pronunciar la palabra «izquierdas» y la reemplazan con circunloquios; por qué confunden los vocablos «desterrado», «desertado», «exiliado» y «asilado»; y por

14 La Pirenaica fue una emisora clandestina creada por el Partido Comunista de España activa de 1941 a 1977. Su nombre real era Radio España Independiente, y su sede estuvo en Moscú primero y en Bucarest después. Fue de las pocas emisoras que rompieron el monopolio informativo del franquismo, y el sólo hecho de sintonizarla se consideraba un gesto de oposición a la dictadura.

qué la población asumió términos del discurso franquista como «ser político» para referirse a personas comprometidas por sus ideas (frente a «ser apolítico»), o «los rojos» para los guerrilleros antifranquistas o maquis.

Respecto a las partes en el conflicto bélico, la dirigida por el gobierno legítimo es llamada eufemísticamente «la otra banda» o «el otro bando», y la zona que controlaba el gobierno se denomina «el otro lado», o «la zona roja». A quienes huyeron o se escondieron en el contexto del enfrentamiento armado y la represión, como reacción humana de supervivencia, se les llama «huidos», con un significado criminalizador. Todas estas expresiones asumen y parten del referente de los golpistas.

La guerra de 1936-1939 marcó un punto de inflexión en las incipientes mejoras sociales de los años previos. En la educación, como en otros ámbitos de la vida, se dio una vertiginosa regresión; y no sólo fue debida al enfrentamiento militar (destinos de maestros al frente, destrucción de edificios, y trauma y fractura social) sino que fue propiciada por las instituciones franquistas que tras la ocupación se instauraron en la zona, a través de la represión, el abandono institucional y el fomento del caciquismo.

Edificios escolares al servicio de la guerra

Tras la ocupación del municipio, en los grupos escolares y las escuelas unitarias de niños y de niñas del núcleo de Tarifa se instalaron fuerzas militares de la 102 División, y lo mismo en la Escuela Unitaria número 1 de Facinas¹⁵.

El chalet de San José del Valle, en la carretera local a Cádiz, fue cedido al ejército por su dueña. Hay en el archivo Municipal una carta del 20 de septiembre de 1937 en la que el alcalde presidente de la recién creada comisión gestora en Tarifa propone al gobernador militar de la comarca que cedieran este chalet al Ayuntamiento para usarlo como escuela. El alcalde sería consciente de la escasez de edificios escolares en el término municipal, pero la intención de los señores de la guerra no era precisamente crear escuelas. El 25 de octubre le trasladaron la respuesta del general Gonzalo Queipo de Llano, Jefe del Ejército Sur: no procedía dedicarlo a escuela¹⁶.

15 En la escuela unitaria se atendía a alumnado de varios niveles en el mismo aula. En la escuela graduada había aulas diferenciadas por niveles y con un maestro o maestra por cada una. Y el grupo escolar era una escuela graduada con seis o más aulas.

16 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

El General Jefe del Ejército del Sur en escrito Sección 4ª, Negociado A.C. nº 73, fecha 16 del actual me dice:
 "Como resolución a su escrito nº 8 de fecha 23 de Septiembre p.p. manifiesto a V.S. que no procede dedicar el chalet de San José del Valle, cedido por la Sra. Vda de D. José Martí a escuela de niños como en el referido escrito propone, debiendo dicho chalet ser puesto a disposición de la Junta Administradora de bienes donados al Ejército."

Detalle de la comunicación con la respuesta del general jefe del Ejército Sur a la petición de ceder el chalé de San José del Valle para su uso como escuela. Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

La nueva Junta Local de Educación Primaria

El 25 de septiembre de 1936 Jesús Aparicio Marcos, maestro y secretario del Consejo Local de Primera Enseñanza, entregó al Ayuntamiento documentación de este organismo, que acababa de ser disuelto: el libro de actas del Consejo, el registro de ingreso de los niños en las escuelas, el registro de correspondencia y el sello del consejo¹⁷. Estos documentos no se han encontrado en el Archivo Municipal.

A primeros de diciembre de 1939 se creó en Tarifa la Junta Local de Educación Primaria, siguiendo la orden del 19 de junio de 1939. Esta junta tenía una estructura y funciones diferentes al Consejo Local de Primera Enseñanza, al que reemplazaba. El Consejo Local ejercía como intermediario entre Inspección de Primera Enseñanza y el alcalde, y solía trasladar a Inspección directamente sus iniciativas. En cambio, el presidente de la nueva Junta Local era el alcalde designado, quien mantendría comunicación directa con Inspección¹⁸. El control de la información y la toma de decisiones quedaban a partir de ese momento centralizadas en la persona del alcalde. De hecho los documentos apenas aluden a reuniones de la junta o a procesos internos de toma de decisiones.

La biblioteca del Patronato de Misiones Pedagógicas

La Orden Ministerial del 4 de septiembre de 1936 disponía la depuración de libros de texto y de bibliotecas escolares y prohibía la coeducación; menos en el ámbito rural, donde se consideraba inevitable debido al reducido tamaño de los grupos.

¹⁷ Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

¹⁸ Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

El 6 de octubre de 1936 el maestro Emilio Piqueras Macías comunicó por escrito que en la escuela graduada de niños Miguel de Cervantes que él dirigía había una biblioteca del Ayuntamiento y otra biblioteca escolar remitida por el Patronato de Misiones Pedagógicas. Ambas estaban clausuradas, a la espera de que fuesen retirados los libros que pudiesen ser «dañosos para los lectores»¹⁹.

¿En qué consistía la biblioteca del Patronato de Misiones Pedagógicas? Tras declararse la Segunda República y en el contexto de los esfuerzos por impulsar la educación en el ámbito rural, ese Patronato había creado bibliotecas escolares públicas en núcleos menores de cinco mil habitantes. Estas bibliotecas daban la opción de hacer préstamos, cuestión inusitada en ese tiempo. Años después se amplió la cobertura a núcleos mayores de cinco mil habitantes, como era el caso de Tarifa.

*una Biblioteca perteneciente a
ese Excmo. Ayuntamiento, y otra
escolar, remitida por el "Patro-
nato de Misiones Pedagógicas"
las cuales no funcionan, en espe-
ra de que se haga la revisión
de los volúmenes por la Autori-
dad competente y se reparen*

Detalle del escrito de Emilio Piqueras Macías el 6 de octubre de 1936, constatando la existencia en Tarifa de una biblioteca del Patronato de Misiones Pedagógicas. Legajo 5843, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

El 30 de junio de 1938 el inspector jefe de Primera Enseñanza solicitó información sobre las bibliotecas escolares del Patronato de Misiones Pedagógicas de cada localidad. El 16 de julio de ese año Emilio Piqueras adjuntó una lista de los libros que componían la biblioteca de ese patronato en Tarifa, que había sido clausurada al final del curso 1935-1936 y estaba bajo su custodia²⁰.

No se ha encontrado en el Archivo Municipal la lista de los libros que componían la biblioteca creada en Tarifa por el Patronato de Misiones Pedagógicas. ¿Qué suerte correrían esos fondos? Dado que el Patronato sellaba cada ejemplar de cada biblioteca, hoy día podríamos investigar qué libros de los actuales fondos públicos o privados del municipio de Tarifa pertenecieron a esta biblioteca.

19 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

20 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

Quando acabes tu trabajo, lávate las manos y coge el libro que has pedido en la Biblioteca. Busca un sitio tranquilo y lee. Recordarás siempre con placer estos ratos.

Guarda luego el libro cuidadosamente hasta que puedas volver a seguir leyendo. Procura que, al devolver el libro, ya leído, esté tan limpio como cuando te lo entregaron.

¡Buena idea se tendrá de un pueblo donde los libros se leen mucho y se conservan limpios y cuidados!

Marcapáginas editado por el Patronato de Misiones Pedagógicas, procedente de un expurgo de una biblioteca escolar de Tarifa. ARCHIVO DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



Sellos del Patronato de Misiones Pedagógicas (con el escudo de la Segunda República) y de la Biblioteca del Colegio Público Nuestra Señora de la Luz, de Tarifa (con el escudo constitucional vigente). En el libro: *Cómo se elige un arado. Catecismos del agricultor y del ganadero* núm 5; de José C. Lapazarán, editado por ESPASA CALPE en 1933.

De la escuela al frente

Varios maestros de Tarifa se incorporaron al frente voluntarios o bien fueron llamados a filas en los primeros meses de guerra: Benito Flores Millán, José Ruiz Dorado, Rafael Casaleiz y Juan Martín Trapero. A medida que la guerra se prolongaba y faltaban soldados en el frente se fue convocando a los hombres pertenecientes a reemplazos de años previos:

- Joaquín Outón Sánchez, maestro propietario de la escuela de Facinas número 2, se incorporó a Marina un año después, en el verano de 1937, como parte del reemplazo de 1931.
- Francisco Giraldez Rodríguez, maestro en la escuela de Tahivilla, fue movilizado en enero de 1938 como parte del reemplazo de 1929, en el que había salido excedente²¹.

Algunos interinos que cubrieron los puestos vacantes de maestros en el frente serán a su vez llamados a filas en pocos meses. Por ejemplo:

21 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

- Bernardo Moreno Montero había sido nombrado maestro interino en Facinas a primeros de febrero de 1937 y fue llamado a filas en marzo de ese año.
- Eduardo Lara Díaz fue nombrado maestro interino en marzo de 1937 para sustituir al maestro y alcalde Amador Mora Rojas (que huyó tras la ocupación y participó en el frente del gobierno republicano, como veremos). Poco después fue llamado a filas por el reemplazo de la quinta de 1930²².

Los frecuentes cambios de destino desembocaron en la ausencia de maestros y en el consiguiente cierre temporal de muchas escuelas.

La depuración ideológica

Dos maestros de Tarifa no volvieron a su plaza con el comienzo del primer curso escolar en guerra: Juan José García Domínguez, que desde meses atrás se encontraba en Ceuta por motivos personales, y Amador Mora Rojas, alcalde de Tarifa en el momento del golpe militar. Amador Mora Rojas, al saber de asesinatos de compañeros concejales e impulsado por sus ideas, marchó al frente de Málaga. Allí se reunió con otros tarifeños y fue Capitán del Batallón Pablo Iglesias, formado por refugiados de El Campo de Gibraltar. Falleció en el frente el 12 de marzo de 1937.



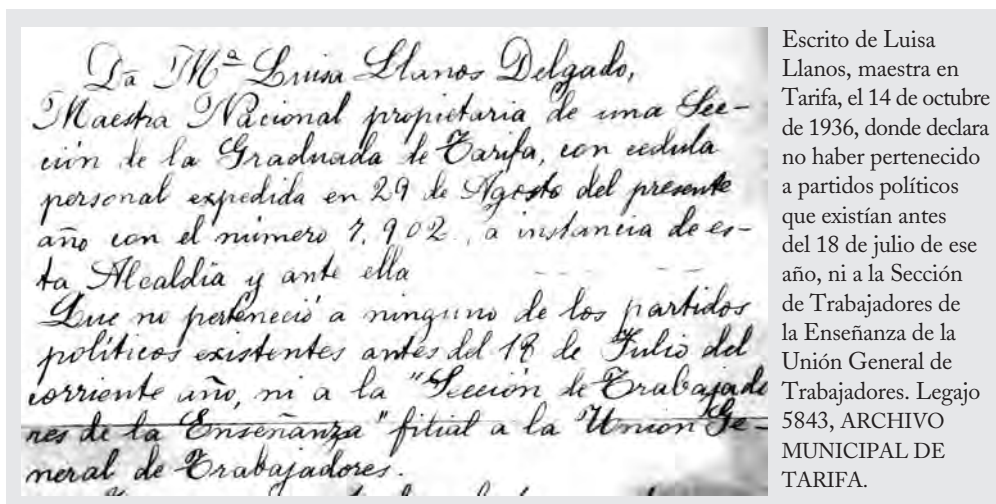
Desde el momento de la ocupación de cada localidad se ponían en marcha minuciosos mecanismos represores, también en el ámbito educativo. La regulación de la represión aseguraba el control del oponente en las zonas ocupadas, y se activó desde un inicio como parte de la estrategia de guerra.

Los requerimientos y normativas se sucedían con rapidez. El 31 agosto

de 1936 Inspección Provincial solicitó información sobre todos los maestros: dónde estaban, si «eran apolíticos» y en caso contrario a qué partido pertenecían²³. En septiembre de 1936 reiteró la solicitud. En octubre pidieron una

²² Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

²³ El término «apolítico» se refería a la no vinculación con la izquierda. Por oposición «ser político» significaba ser de izquierdas.



lista de los maestros que no estaban en su escuela y motivos de su ausencia, y se exigió que todos los maestros mostrasen su identificación con el ideario de los golpistas. También se pidió información de los maestros que pudiesen «crear un clima contra nuestra religión»²⁴.

La depuración ideológica se asentó con la creación de comisiones revisoras del Magisterio en cada provincia, cuya presidencia era designada de oficio. Para la Comisión Revisora en Cádiz se designó a Agustín Lahuerta, catedrático de Física y Química de sesenta y seis años de edad. A su vez Lahuerta propuso como vocales a Teresa Izquierdo, que era inspectora provincial de Primera Enseñanza, y a dos personas más.

Teresa Izquierdo fue vocal designada de la Comisión Revisora del Magisterio en Cádiz por lo menos hasta 1942. Resaltamos su nombre entre el de otros vocales porque, como inspectora de Primera Enseñanza, al tiempo que ejercía en esta comisión hacía seguimiento de la situación de las escuelas rurales de Cádiz, entre ellas las del término de Tarifa.

Para emprender su misión el 12 de enero de 1937 la Comisión Revisora del Magisterio solicitó información sobre la conducta profesional, social, particular y de las «actuaciones políticas» de una lista de veintitrés maestros y maestras del municipio de Tarifa²⁵. En el primer informe manuscrito elaborado por Alcaldía se anotó que todos tenían buena conducta, salvo Amador Mora (se decía de él:

24 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

25 Aludía al artículo 2 de la orden de la Junta Técnica del Estado de 10 de noviembre 1936 (BOE de Burgos de 11 de noviembre de 1936).

«tendencia disoluta irregular») y Amparo Sotelo (se decía de ella: «dudosa»). Respecto a su «actuación política»:

- Juan José García y Amador Mora eran definidos como socialistas.
- Sobre Amparo Sotelo figuraba «se ignora».
- De Jesús Aparicio Marcos, Emilio Piqueras Macías y Rafael Casaleiz se afirmaba que tuvieron relación con el Frente Popular.
- De José Martín Trapero se decía que fue concejal del Frente Popular por Izquierda Republicana.

En el Archivo Municipal hay una segunda lista manuscrita adjunta a la primera. No tiene fecha, pero suponemos que fue realizada con gran inmediatez, pues contiene importantes cambios en las valoraciones de los cuatro últimos maestros citados:

- Jesús Aparicio figura como «apolítico».
- De Emilio Piqueras y Rafael Casaleiz se indica que participaron en el Frente Popular «coaccionados» por Amador Mora.
- Respecto a Martín Trapero se aclara que fue concejal de Izquierda Republicana «por imposición del gobernador civil de la provincia»²⁶.

En esos primeros meses de guerra había quedado suficientemente claro qué alcance podía tomar la represión sobre las personas que habían participado o apoyado en debates y reformas durante la Segunda República, como sería el caso de estos cuatro maestros. En este contexto, todo apunta a que las correcciones a la primera lista tenían el objetivo de protegerlos frente a una depuración de consecuencias inciertas. Y, como se verá, lo consiguieron.

Tras la investigación sobre cada maestro o maestra que aparecía en la citada lista, el resultado de la depuración fue el siguiente:

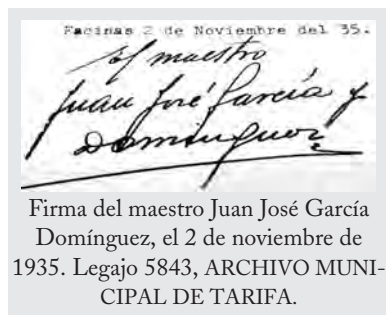
- Juan José García Domínguez y Amador Mora Rojas fueron destituidos como maestros en enero de 1940.
- Emilio Piqueras, quien había tenido una participación más clara durante la primera etapa de la Segunda República como miembro de la candidatura republicana socialista presentada en Tarifa en abril de 1931, fue suspendido de empleo y sueldo por seis meses.

26 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

- Rafael Casaleiz permaneció en su puesto, pero fue inhabilitado para cargos directivos y de confianza en julio de 1939.
- José Martín Trapero fue absuelto y repuesto en su cargo en marzo de 1938. En 1938 Martín Trapero era delegado local de las Juventudes de Falange Española en Tarifa. Pero su cargo no se prolongó mucho: en 1942 pidió su traslado voluntario a una escuela de Larache, en la colonia española de Marruecos.
- Los demás maestros y maestras en la lista fueron repuestos, algunos con cargos y otros sin cargos.

La historia del maestro Juan José García Domínguez muestra diversos mecanismos de la represión al Magisterio, sus consecuencias y las formas de enfrentarla.

MAESTRO JUAN JOSÉ GARCÍA DOMÍNGUEZ



Hijo de Patrocinio y de Ricardo, Juan José García Domínguez nació en Nogales (Badajoz) el 11 de julio de 1884. Obtuvo el título de maestro elemental en julio de 1914. Su hoja de servicios indica que empezó como maestro interino con treinta y tres años en Osuna (Sevilla). Era el mes de abril de 1917 y cobraba 500 pesetas al mes. Cuatro meses después se trasladó a Lora del Río (Sevilla), donde trabajó poco más de tres años.

Después estuvo en pueblos de Cádiz: Arcos de la Frontera, El Puerto de Santa María, Vejer de la Frontera y Medina Sidonia. En junio de 1924 consiguió plaza de propiedad en Herrán (Burgos), donde trabajó dos años y seis meses.

Llegó a la escuela número 1 de Facinas por concurso de traslados en enero de 1927, con cuarenta y cuatro años. Entonces tenía cuatro hijos. Por lo menos dos de ellos, José María y Ricardo, vivieron con él en Facinas. En 1930 García Domínguez pidió media beca de estudios para su hijo Ricardo, y se comprometió a pagar el resto a través de su sueldo, que eran dos mil pesetas anuales²⁷.

En 1933 Juan Notario Rondón entró en la escuela unitaria de niños de Facinas, donde enseñaba «don Juan García, un señor mayor». Notario recuerda a su maestro con cariño y afirma que le debe el inicio en su formación. Ricardo García, hijo del maestro, fue su padrino de confirmación²⁸.

27 Delgado Fernández, Ascensión (2010). «La residencia normalista de Cádiz (1922-1936)». *Revista TAVIRA* núm 26.

28 Web Facinas.

En esas décadas los estudios primarios se empezaban con seis años y acababan con doce; a partir de esa edad se podía asistir a las clases nocturnas de adultos. José Cozar (Salaviciosa, 1920) se apuntó a estas clases en la escuela donde enseñaba García Domínguez: «Con catorce años estaba guardando animales en Las Cabrerizas, a dos kilómetros de Facinas. De noche veníamos hasta el pueblo para aprender con él. Le decíamos Cara Ancha. Cuando el padre no podía venir nos daba clase su hijo José María».

El 12 de febrero de 1936 la inspectora Izquierdo pidió al presidente del Consejo Local de Primera Enseñanza un informe técnico sobre el edificio de la escuela número 1 de Facinas. El maestro García Domínguez le había comunicado que había peligro de ruina inminente. Al mes siguiente avisó de que los padres habían retirado a sus hijos de la escuela. El alcalde Amador Mora Rojas aseguró que realizaría las obras necesarias y que mientras tanto ubicaría la escuela en instalaciones provisionales²⁹.

miar a JTM, que debido a
las lluvias, el local escuela n.º
1, se halla en ruina, y he tem-
do que reunir a los padres de
los alumnos, los cuales han re-
tirado sus hijos, ante el peligro
que ofrece dicho local.
Agradezco años de vida le
desa, en bien de la República.

Detalle de la carta del maestro Juan José García Domínguez al presidente del Consejo Local de Primera Enseñanza el 3 de marzo de 1936 explicando la situación de la escuela 1 de Facinas. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Juan José García marchó a Ceuta el 6 de mayo porque un hijo suyo estaba enfermo, y a la espera de que arreglasen el local escuela, para poder retomar las clases.

Dos meses y medio después comenzó la guerra. La ciudad de Ceuta, ocupada tiempo atrás por España, tenía una estrecha relación con Cádiz. El Estrecho de Gibraltar fue un importante escenario de guerra en esas semanas y Ceuta se estableció como punto de paso del Ejército del Norte de África, liderado por Francisco Franco. El 15 de septiembre García Domínguez envió al alcalde un

29 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

telegrama: «Imposible traslado Facinas día 15 sin vías comunicaciones marítimas; ruego me de por presentado; justificaré certificado de estas autoridades».

Los hechos se precipitaron: el día anterior el alcalde de Tarifa había remitido al Gobierno Civil y a Inspección una carta de Miguel Navarro Acuña, nuevo alcalde pedáneo de Facinas, que decía recoger información del comandante del puesto de la Guardia Civil de Facinas sobre este maestro:

Don Juan García Domínguez, Maestro Nacional de la Escuela Pública nº 1. Se sabe que este señor está afiliado al Partido Socialista desde la instauración de la República, ha asistido personalmente a todos los mítines y reuniones celebrados por la Unión General de Trabajadores de la Enseñanza y asistido al último mitin dado por Llopis en Algeciras³⁰ y se ha destacado bastante por su propaganda de izquierda tanto en su escuela como públicamente, por cuyos datos y manifestaciones públicas contrarias al espíritu tradicional Católico que debe inspirar la enseñanza cuenta con la desaprobación en la opinión pública de esta aldea.

Considerando por los puestos (sic) que dicho señor no debe ocupar su plaza hasta tanto que por la superioridad se disponga lo que proceda³¹.

En esas fechas acababan de asesinar a varios vecinos y vecinas de Facinas, entre ellos al alcalde pedáneo Juan Pérez Álvarez, cuyo puesto había ocupado Miguel Navarro Acuña³². Navarro, de origen tarifeño y maestro de profesión, había llegado a Facinas en el verano de 1936 y era jefe local del partido fascista Falange Española.

Navarro propuso el cese de su compañero de profesión García Domínguez acogiendo a la Orden Ministerial del 19 de agosto de 1936, que disponía la obligación de los alcaldes de informar al rector del distrito universitario sobre la conducta de los maestros de la localidad: si el maestro no seguía un ideario considerado patriótico y moral el rector lo separaría de su cargo. Esta primaria fórmula de depuración no daba garantías de defensa ni de reclamación a la persona afectada.

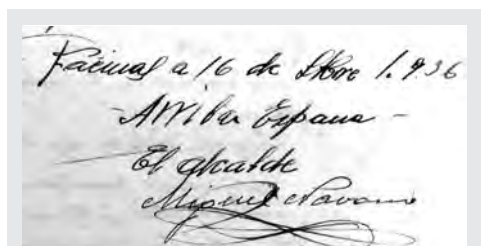
Juan José García fue suspendido de empleo y sueldo de forma provisional.

30 Rodolfo Llopis, dirigente socialista y pedagogo español, fue diputado en Cortes durante la Segunda República, cofundador de los sindicatos Federación de Trabajadores de la Enseñanza (FTE) de la Unión General de Trabajadores (UGT) y director general de Primera Enseñanza desde 1931.

31 Se trata de una carta manuscrita firmada por Navarro el 13 de septiembre de 1936.

32 Juan Pérez Álvarez fue asesinado el 30 de agosto de 1936 en Algeciras. Tenía entonces treinta y cuatro años.

Una vez propuesta la suspensión de plaza y dado que García Domínguez no podía venir de Ceuta, Navarro se apresuró a buscar un sustituto para su escuela en Facinas. El 16 de septiembre, sorteando al Consejo Local de Primera Enseñanza y a Inspección, Navarro comunicó al alcalde de Tarifa que había dispuesto «... que el maestro de Tahivilla Francisco Giráldez se haga cargo provisionalmente de la escuela 1 de esta aldea hasta que la superioridad disponga»³³. Como maestro que era Navarro conocía los procedimientos de Educación y sabía que ese tipo de decisiones no estaban en sus manos.



Firma del alcalde de Facinas Miguel Navarro
Acuña el 16 de septiembre de 1936. Legajo
6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

García Domínguez sería sometido a un segundo proceso depurador. Tras el primer año de guerra en España y de ocupación franquista en la provincia de Cádiz, llegaron los informes a la Comisión Depuradora del Magisterio de Cádiz. El presidente de la comisión, Agustín Lahuerta, firmó la transcripción de éstos con fecha 23 julio de 1937 y la añadió a su expediente. El informe del alcalde se apoyaba

en los ya emitidos por las autoridades de Facinas y reiteraba que García Domínguez «desplegó gran actividad en su campaña socialista, tanto en la escuela como en sus relaciones privadas y públicas». El párroco de Tarifa consideraba que no era «nada recomendable» y el padre de familia Vicente Vivar opinaba que era «muy deficiente en la enseñanza de los niños».

La Guardia Civil del puesto de Facinas anotó que militaba en el Partido Socialista y que se reunía con sus líderes. Como «prueba fehaciente» adjuntaba una carta del socialista Antonio Roma Rubiés a García Domínguez fechada el 30 de septiembre de 1933, que es de suponer habría sido robada de su vivienda en su ausencia.

Roma Rubiés fue elegido Diputado a Cortes por el Partido Socialista Obrero Español en Cádiz en 1931 y participó en el proceso autonómico andaluz durante la Segunda República³⁴. Previamente había sido profesor en el Instituto de Jerez de la Frontera, donde ocupó la cátedra de lengua latina³⁵. En su carta

33 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

34 Centro de Estudios Andaluces, *Fuentes de la Autonomía de Andalucía*.

35 Web *Fundación Pablo Iglesias*.

Roma Rubíes confirmaba a García Domínguez que haría la recomendación que le solicitaba, siempre dentro de los márgenes legales; y en una postdata le aconsejaba que leyese el periódico *El Socialista*³⁶.

El 11 de septiembre de 1937 la Comisión Depuradora propuso su destitución y su baja definitiva en el escalafón. Y el 15 de abril de 1939 la Comisión Superior Dictaminadora de Expedientes de Depuración confirmó la propuesta. García Domínguez envió pliego de descargo el mes siguiente. Alegaba que nunca perteneció al Partido Socialista ni a ningún otro partido y que la escuela siempre estuvo bien atendida, como indicaban los informes de sus superiores. Pero, ¿qué peso podían tener sus modestos argumentos en el severo proceso depurador?

El 19 de enero de 1940 el jefe de la Sección Provincial de Educación Manuel Juliá y Blanco comunicaba al maestro «... su separación definitiva del servicio de la enseñanza y su baja en el escalafón».

Juan José García Domínguez tenía cincuenta y seis años en 1940. Siguió viviendo en Ceuta con su esposa, María del Pilar Díaz Correa. Díaz Correa había entrado a la Escuela Normal de Maestras de la Universidad de Sevilla hacia 1891³⁷, y en 1935, fecha en que trabajaba como maestra en Facinas, le habían adjudicado la escuela de párvulos número 1 de Ceuta³⁸.

Poco antes de cumplir sesenta y nueve años, el 5 de agosto de 1953, García Domínguez solicitó al Ministro de Educación Nacional que revisara su expediente de depuración, para reingresar en el escalafón a efectos de jubilación. Adjuntaba la comunicación de baja que recibió en 1940, declaración firmada de su situación, una certificación del cura de la parroquia Santa María de los Remedios de Ceuta de su buena conducta «moral y religiosa», su hoja de servicios en el Magisterio con más de veintiún años de trabajo registrados, y certificados de buena conducta firmados por el inspector de la Policía de Ceuta y por el alcalde de la ciudad.

En los siguientes meses se trasladó la solicitud al Juzgado Superior de Revisiones. El juez consultó el expediente archivado en 1940 y pidió informes a diversas instancias de Facinas. Sus valoraciones fueron mucho más benévolas que las de sus homónimos en 1937:

- Antonio Campos Álvarez, alcalde pedáneo de Facinas, anotó que García «... observó buena conducta y moralidad tanto pública como privada, sin demostrar actividades político sociales».

36 El periódico *El Socialista*, fundado en 1886 por Pablo Iglesias, era el órgano de difusión del Partido Socialista y del sindicato Unión General de Trabajadores.

37 Archivo Histórico de la Universidad de Sevilla.

38 *Gaceta de Madrid* núm 330, 26 noviembre de 1935.

- José Mena Bonilla, de la parroquia Divina Pastora de Facinas, afirmó que este maestro tuvo siempre «... buena conducta religiosa».
- Y el comandante del puesto de la Guardia Civil de Facinas recordó sus ideas «izquierdistas» y «antirreligiosas», pero añadió a título compensatorio que su esposa «... era muy amante de la Iglesia, sin que se sepa que dicho señor contradijese a la misma en este aspecto».

García Domínguez declaró que había vivido en Calle Canalejas número 7 de Ceuta durante diecisiete años, dedicándose a dar clases particulares. La enseñanza privada fue el medio de sustento de buena parte de los maestros y maestras represaliados por el franquismo: el maestro de origen catalán y diputado a Cortes Antonio Roma Rubiés, que había conocido a García Domínguez en Cádiz durante la Segunda República, fue condenado a varios años de prisión y al acabar su condena también sobrevivió dando clases particulares.

El 10 junio de 1954, un año después de recibir la solicitud, el juez propuso que García Domínguez fuese readmitido en el servicio de Magisterio, pues consideraba que había sido separado de la enseñanza tomando sólo como referente lo que decían los informes de las autoridades de Facinas³⁹. El maestro comenzó a cobrar una jubilación de 1.200 pesetas mensuales⁴⁰.

La readmisión se sumó a una sanción de traslado fuera de la provincia durante tres años y de inhabilitación para el ejercicio de cargos directivos y de confianza; lo cual poco podía ya afectarle. En la parte superior de la resolución el juez anotó a lápiz: «Cumplió 70 años en julio»⁴¹.

39 No contamos con suficiente información para interpretar esta decisión, que de facto pone en cuestión el trabajo de la comisión de depuración.

40 BOE 294, del 21 de octubre de 1955.

41 Información de la revisión de su expediente: Expediente de depuración del maestro Juan José García Domínguez. Caja 32/12447, exp. 97-21. Expedientes de depuración político-social de maestros nacionales. Archivo General de la Administración.

2. LAS ESCUELAS RURALES

Díganse las cosas como son: maestros competentes, laboriosos y entusiastas tienen que estrellarse contra la desidia oficial.

LUIS BELLO

Viaje por las escuelas de Andalucía, 1926

El *Diccionario Geográfico de España*, promovido por el político y empresario Pascual Madoz, da detalle sobre los maestros y maestras que trabajaban en la década de 1840 en cada población estudiada. Algunas escuelas eran mixtas y otras eran segregadas por sexo, independientemente del tamaño de la población. A veces el maestro o maestra contaba con una habitación o una vivienda cedida por el municipio. De algunos maestros se anota que eran «examinados», se entiende que por una autoridad del pueblo. En cuanto a las escuelas de niñas, recoge que enseñaban costura y, casi siempre, lectoescritura y operaciones básicas.

El exhaustivo detalle de este diccionario muestra que la mayoría de las escuelas de ese tiempo (si no todas) no eran públicas, tal como hoy día concebimos lo público: el salario o el local podía ser costeadado por fundaciones u órdenes religiosas, y los enseñantes eran retribuidos con fondos del Ayuntamiento, con dinero de las familias de alumnos y alumnas, o con ambos. Con frecuencia el Ayuntamiento o las familias aportaban además una cantidad de grano: treinta y seis fanegas de centeno del común daban anualmente al maestro de Aguatón (Teruel), seis celemines de trigo por alumno al de Adra (Burgos) y en Alba (Pontevedra) el maestro recibía un cuarto de fanega de maíz por alumno. En Acula (Granada) el maestro comía cada día en casa de una familia y además recibía un real diario por alumno⁴².

La llamada Ley de Claudio Moyano o Ley de Instrucción Pública del 9 de septiembre de 1857 pretendía llevar la educación a manos del Estado ordenando

42 Madoz, Pascual (1845-1850). *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Edición por Madoz y Sagasti. Primer tomo, preparado en 1843.

su obligatoriedad y su gratuidad, reconocía el aprendizaje tanto en escuelas como en el hogar, aceptaba la enseñanza privada y priorizaba la religiosa. Cambiado el siglo, el Real Decreto 26 noviembre de 1920 abrió la posibilidad de que el Estado se encargase de la construcción de escuelas. Se trataba de escuelas mixtas. Durante el franquismo se mantuvieron como tales en el ámbito rural disperso por cuestión operativa, al tiempo que en los núcleos de población concentrada se hizo obligatoria la segregación por sexos⁴³.

La escuela rural oficial, definida por sucesivas leyes desde la segunda mitad del siglo XIX, no se adaptó a las necesidades de la supervivencia en el campo, donde para garantizar el proyecto de vida familiar los niños y las niñas habían de participar de las tareas agrícolas y ganaderas y ayudar en la casa. Sólo fórmulas de horarios y ubicaciones flexibles podían compaginar la escuela con esta forma de vida.

Hay que decir que las reformas educativas de la Segunda República tuvieron un limitado impacto en el ámbito rural tarifeño, pero la precariedad se agudizó hasta extremos imprevisibles a partir de la ocupación golpista del término municipal y, más incisivamente, desde el fin de la guerra. Se desmontó el modelo de escuela pública y laica, y se intentó afirmar una escuela patriótica y religiosa. No hubo nuevos enfoques educativos ni debates pedagógicos. Las instituciones franquistas estuvieron ocupadas en la limpieza ideológica a través de la vigilancia, el castigo y la destrucción; pues los maestros y maestras no eran considerados agentes transmisores de saber sino personas objeto de sospecha que era necesario tener bajo control.

Inspección de Educación y los alcaldes

La inspectora de Educación Teresa Izquierdo Izcue fue designada vocal en la Comisión Revisora del Magisterio en Cádiz, organismo encargado de la depuración del cuerpo docente. No cabe duda de que el sistema franquista pudo asentarse gracias a la participación de muchos funcionarios de la Segunda República que escogieron permanecer en sus plazas y seguir las imposiciones del nuevo régimen, pero esta responsabilidad de Izquierdo Izcue no fue óbice para su buen hacer como inspectora, dentro de las limitaciones que el nuevo régimen impuso.

43 El artículo 20 de la Ley de Educación Primaria de 17 de julio de 1945 establecía que las escuelas de Educación Primaria serían segregadas, que las de niños estarían a cargo de maestros y las de niñas a cargo de maestras. Y que serían mixtas y atendidas por maestras si en la localidad no hubiera más de treinta alumnos entre los seis y doce años.

Teresa Izquierdo nació en Castellón en 1886 y falleció en 1955. Según comenta la historiadora Consuelo Flecha en su artículo *Soñando el futuro*, el historial profesional de Teresa Izquierdo dibuja a una mujer activa y convencida de la necesidad de mejorar la educación en la provincia. Izquierdo acabó sus estudios de Magisterio en 1918 y en julio de 1920, con treinta y cuatro años, ingresó en Inspección de Cádiz. Desde que asumió su cargo participó en la organización de cursillos de perfeccionamiento para el Magisterio, organizó colonias escolares y abrió cantinas escolares⁴⁴.

La correspondencia de las diferentes alcaldías y de los maestros y maestras de Tarifa con Inspección desde 1934 (fecha de las primeras misivas supervivientes al expolio del archivo) hasta mediados de 1939 (fecha en que la inspectora fue relevada) evidencia que Teresa Izquierdo buscó siempre dar solución a las demandas de mejora de las escuelas rurales en el término. Año tras año y en cada misiva esta rigurosa inspectora dejó constancia de su preocupación por conocer detalles de los problemas expuestos, dando veracidad a ambas partes. Sus escritos muestran profesionalidad, perseverancia, respeto y empatía hacia los maestros y maestras, e interés en facilitar sus penosas condiciones de trabajo.

Los sucesivos alcaldes franquistas sortearon las órdenes de Inspección siempre que les fue posible, ya ocupase el cargo Teresa Izquierdo o los sucesivos nombramientos tras el final de la guerra. En cualquier caso, las misivas que los alcaldes recibían del Gobierno Civil, de la Comandancia del Campo de Gibraltar o del Ministerio de Educación surtían mayor efecto que las de Inspección Provincial.

Es necesario aclarar que, por lo general, los maestros y maestras rurales vivían allí donde trabajaban, casi siempre en una casa que era a la vez escuela y vivienda. Las condiciones de su vivienda no eran mucho mejores que las de sus convecinos: una pequeña casita de piedra y teja, una choza con techumbre vegetal o parte de la casa de un convecino. Las deficientes comunicaciones en grandes distancias y los bajos sueldos no permitían vivir en el pueblo. A veces transcurrían meses entre el envío de una carta por un maestro o maestra y la recepción de la respuesta del Ayuntamiento. Y cuando un maestro podía trasladarse al pueblo era una oportunidad para hablar en persona con el alcalde, por lo que anticipaba su visita por carta.

Las comunicaciones de los alcaldes transmiten nula conciencia de la urgencia de la situación y una gran falta de confianza en la palabra de los sufridos

44 Flecha García, Consuelo (2021). «Soñando el futuro. Mujeres estudiantes y profesionales en Cádiz en torno a 1900». *RESED, Revista de Estudios Socioeducativos* 9 (17-40).

maestros y maestras. Las reclamaciones de mejoras en las escuelas eran interpretadas como formas de rebeldía de los maestros. Varios alcaldes designados acusaron a los maestros rurales de faltar a la verdad con el fin de obtener beneficio personal; hábito que más bien practicaban los propios alcaldes. Y en ocasiones se intentó criminalizar al maestro demandante, convirtiéndolo en sujeto de sospecha.

Los alcaldes tomaron medidas claramente encaminadas a cerrar escuelas. Desoyeron las indicaciones u órdenes de Inspección, incluso se permitieron mentir a esa institución educativa. Avanzadas las décadas esta actitud se hizo menos explícita, pero no cesó. En los años sesenta aún encontramos en la correspondencia despreciativas respuestas a iniciativas de algunos maestros, y persistía la revisión ideológica por parte de los alcaldes sobre quienes optaran a plazas como maestros idóneos en escuelas rurales.

Intentando averiguar las condiciones de las escuelas

Salpicados por los montes de Tarifa quedan en pie algunos edificios que cumplieron la función de escuelas rurales durante una década o varias décadas del siglo XX:

- Las escuelas de El Bujeo y El Almarchal, viviendas alquiladas a sus dueños por el Ayuntamiento que funcionaron, mal que bien, entre los años treinta y los cincuenta.
- Escuelas de los años cincuenta a sesenta como las de La Peña, Puertollano y el Santuario de Nuestra Señora de la Luz.
- Y escuelas de cortijo como la de San Francisco Javier, construida por la propietaria de la finca Tapatana. Entre las décadas cincuenta y sesenta, durante unos pocos años, esta escuela estará incorporada a un patronato como escuela rural.

A lo largo del texto incluimos imágenes y ubicaciones de algunos edificios escuela, pues son memoria y huella de formas de aprender y de enseñar.

Periódicamente Inspección hacía visitas a las escuelas rurales y se entrevistaba con los maestros o maestras a su cargo y con la población local. Sabemos que Teresa Izquierdo visitó las escuelas del término de Tarifa en torno al 6 de diciembre de 1930, y lo hizo de nuevo cinco años después, en octubre y noviembre de 1935. Tras su diagnóstico aconsejó a vecinos y maestros sobre cómo demandar nuevas escuelas o mejoras de los locales, según el caso, e hizo

sugerencias a los responsables municipales. La guerra y la ocupación franquista truncaron esta pauta de trabajo.

A partir de 1936 no hay constancia de que Inspección ni ningún cargo provincial o municipal se trasladase para comprobar el estado de las escuelas o para buscar alternativas. En contadas ocasiones Alcaldía pidió una inspección visual a guardas municipales de montes, a la Guardia Civil o al propio Ejército acuartelado en las cercanías de la escuela motivo de investigación. Y no es casualidad que los testimonios de éstos siempre negaran la palabra del maestro o maestra.

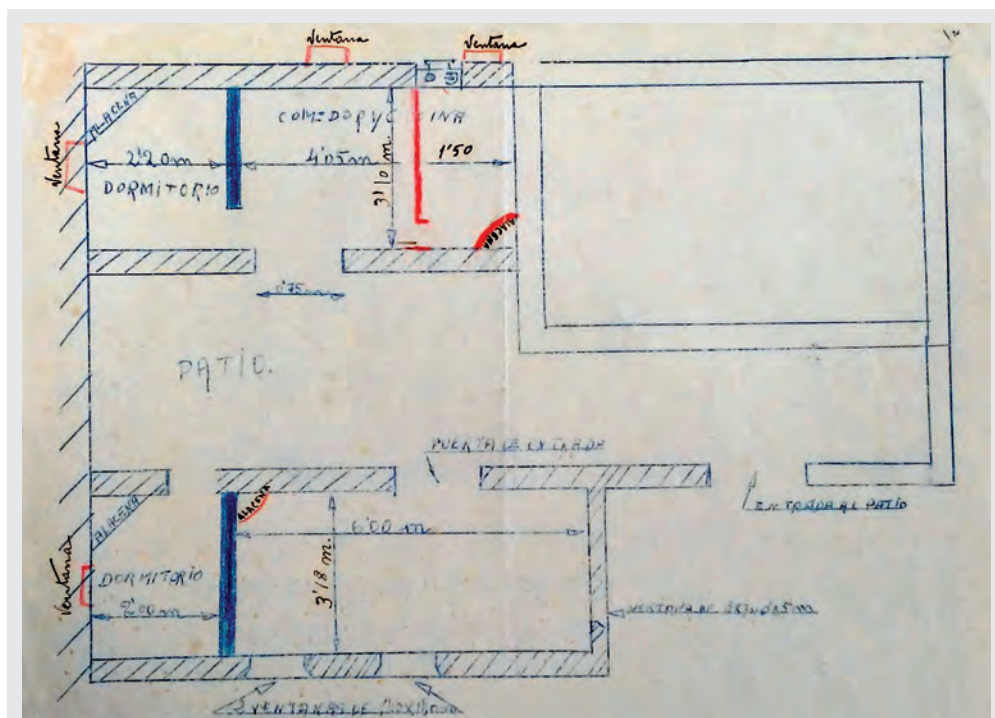
En el otoño de 1936 no se cerraron escuelas del municipio por la cercanía al frente, y la población no fue evacuada, como sí sucedió en otras zonas de España; sin embargo para el año 1940, de las ocho escuelas rurales que habían funcionado en Tarifa desde 1927, sólo había cuatro activas. Las otras cuatro se habían cerrado por falta de mantenimiento de sus edificios.

El desprecio hacia la educación por parte de los alcaldes designados convirtió en un tremendo escollo los intentos de Inspección por averiguar las condiciones de las escuelas. Detrás de esta resistencia a informar estaba la falta de voluntad en mejorar las condiciones de las escuelas rurales, o lo que es lo mismo, la falta de interés en la alfabetización de la población rural.

Un croquis y un informe

En octubre de 1936, iniciado el primer curso escolar en guerra y ante la dificultad para trasladarse, la inspectora Teresa Izquierdo hizo un encargo a dos maestros de confianza, Francisco Giráldez en Tahivilla y Joaquín Outón en Facinas: habían de preparar un croquis y un informe sobre las condiciones pedagógicas de la escuela rural de Betis, tomando como referencia la normativa recogida en el Estatuto de Magisterio. Teresa Izquierdo tenía constancia de que esta escuela llevaba tiempo inactiva porque el edificio no cumplía unas mínimas condiciones, y necesitaba confirmar los detalles antes de elaborar una propuesta de remodelación.

Los eficientes maestros remitieron a Inspección los resultados de su investigación en el plazo de una semana. Según se desprende de su informe y del croquis que adjuntaron, la estructura de la vivienda que servía de casa y escuela en Betis era similar a las tradicionales en la zona: dos piezas o habitaciones rectangulares independientes situadas en paralelo, a las que se accedía por un pequeño patio. La habitación que hacía de escuela era de 6 por 3.18 metros. La otra habitación, llamada *casa de la candela* por los lugareños, se usaba de comedor cocina. En cada una de las dos piezas un tabique habilitaba un dormitorio sin ventana de poco más de 6 metros cuadrados. El comedor cocina tampoco tenía ventana.



Copia del plano remitido por los maestros Francisco Giráldez y Joaquín Outón a Inspección el 5 de noviembre de 1936. Inspección añadió sugerencias de reforma en tinta negra y en lápiz rojo. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

En pocos días Teresa Izquierdo indicó al alcalde las modificaciones necesarias: había que abrir ventanas en los dos dormitorios, en el comedor y en la cocina; había que hacer un tabique entre el comedor y la cocina, y además era necesario poner alacenas en la cocina y en el aula, porque no había armarios para el material escolar. Una vez hechos los cambios, el maestro podría reincorporarse a la escuela.

En enero de 1937 el alcalde respondió a Inspección que ya se había reparado «lo indispensable» para retomar las clases, y sugirió que quizás el maestro exigía otros arreglos porque no quería seguir en esa escuela; alusión infundada y gratuita que estaba fuera de las atribuciones del alcalde como presidente de la Comisión de Primera Enseñanza.

Ante la insistencia de Inspección a Alcaldía para que hiciesen todos los arreglos propuestos, en abril de ese año el alcalde le aseguró que ya se habían hecho. Lo cierto es que a comienzos del curso siguiente el maestro José Luis Capote avisó de que no podía habitar la casa porque las ventanas eran inadecuadas y la entrada estaba en tan malas condiciones «... que deja pasar el agua y el viento».

En enero de 1938 el maestro reiteró a Inspección que no se habían hecho obras y que las ventanas seguían sin cristales.

En vista de que el Ayuntamiento no hacía las obras necesarias, ese mes de enero Inspección cerró provisionalmente la escuela de Betis, ordenó el traslado del maestro a la escuela 2 de Facinas y pidió que un miembro del Consejo Local de Enseñanza visitase Betis e informase de las condiciones de la casa habitación. Izquierdo subrayaba en su misiva que ella tenía por norma exigir a los maestros que cumplieran con su deber, «...pero respetando sus derechos».

Tres días después el guarda municipal Antonio Trujillo, que trabajaba en la zona, comunicaba por escrito a Alcaldía que el local estaba «... en perfecto estado de sanidad, no faltándole cristales ni reconociéndose humedad excesiva»; lo que se trasladó a Inspección⁴⁵.

Teresa Izquierdo tomó buena nota del nefasto resultado de su propuesta de diagnóstico: que tengamos constancia, será la última vez que solicite planos e informes sobre una escuela de Tarifa.

¿Sobran escuelas?

El 25 de enero de 1939 Manuel Juliá y Blanco, jefe de la sección de Primera Enseñanza de Cádiz, pidió información sobre las escuelas y los maestros del municipio, en nombre del ministro de Educación Nacional. El objetivo del Ministerio era determinar si cabía cerrar escuelas y, en caso afirmativo, decidir qué escuelas se cerrarían. Y es que, al decir del ministro, sobran escuelas; y esto era debido a los efectos de la guerra en la población infantil⁴⁶ y a que en la Segunda República se habían creado demasiadas escuelas: según él, unas «... no respondían a la necesidad de atender a la enseñanza» y otras estaban destinadas a sustituir la enseñanza de las congregaciones religiosas.

El alcalde de Tarifa comunicó al jefe de la sección de Primera Enseñanza que había veintitrés maestros y maestras en el término municipal. De ellos, siete no ocupaban su plaza porque se habían incorporado al ejército, y en sus escuelas el Ayuntamiento costeaba un auxiliar sustituto.

La realidad no era precisamente esa: en el informe de escuelas y maestros que el alcalde adjuntaba a su comunicación no había datos de matrícula de

45 Comunicaciones relacionadas con la escuela rural de Betis entre 1936 y 1938: Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

46 La cita de la petición ministerial recogida en la carta no aclara a qué efectos se refiere. ¿A la mortalidad infantil como consecuencia directa de la guerra? ¿Al aumento de la incidencia de enfermedades infantiles? ¿A los desplazamientos forzosos en el contexto de la guerra?

las escuelas rurales de Guadalmesí, Betis y Bolonia. Estas escuelas estaban inactivas debido a la falta de condiciones de sus locales, como se verá⁴⁷. Asimismo, y a la luz de la correspondencia entre Alcaldía e Inspección, es más que dudoso que el Ayuntamiento estuviese pagando sustitutos en las otras cuatro escuelas.

En su carta al jefe de Primera Enseñanza en Cádiz el alcalde también le explicaba que no tenía propuestas de creación o supresión de escuelas, porque «... consideraba perfecta la actual organización de escuelas nacionales en el término». ¡Extraño concepto de la perfección tenía este alcalde! Su irrisoria valoración dejaba claro que no le preocupaba la mejora de las escuelas del municipio.

Planos y fotografías de cada escuela

En enero de 1943 el jefe de la Sección Administrativa de Primera Enseñanza solicitó al alcalde de Tarifa planos y fotografías de cada escuela, fuera pública o privada, y un croquis de cada distrito escolar, «... para adquirir un conocimiento completo del estado de la Enseñanza Primaria en ese municipio»; petición que tuvo que reiterar varias veces.

Alcaldía no tenía el menor interés en secundar la propuesta, pero sí dedicó esfuerzos en excusarse. En la parte inferior de una de las solicitudes de enero de 1943 el alcalde indicó a lápiz al secretario la respuesta que debía dar: «Decir que como se carece de técnico no se puede dar el croquis, pero sí las fotografías de los locales, siendo muy difícil las del término»⁴⁸. En mayo de 1943 el alcalde se justificó de nuevo diciendo que el aparejador estaba fuera y que no tenían presupuesto para hacer fotos.

Ante la insistencia del jefe de sección, el 18 junio de 1943 el alcalde remitió un croquis de la escuela de niños Miguel de Cervantes en Tarifa, popularmente llamada La Ranita. Además explicó que no enviaría los de las escuelas rurales, «... en vista de que dichas clases son en extremo reducidas por las pocas condiciones de los locales que las ocupan, y no se adaptan a ello».

En diciembre de 1944, dos años después de su primera demanda de información sobre todas las escuelas del término, Educación seguía reiterando su petición y el alcalde se resistía a darle la información solicitada⁴⁹.

47 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

48 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

49 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

Transferencia de recursos de las escuelas rurales a los núcleos

El repaso de la documentación del Archivo de Tarifa referente a las décadas treinta a cincuenta nos lleva a una conclusión, entre otras: se abandonaron escuelas rurales en áreas de gran necesidad según el censo escolar y a un mismo tiempo los alcaldes propusieron que los maestros asignados a esas escuelas, consideradas «sin utilidad», se trasladasen a destinos de su personal preferencia. Los intentos de derivar recursos seguían siempre la misma dirección: de zonas rurales aisladas a núcleos de población concentrada y mejor comunicados (Tarifa o Facinas). Ilustramos estas dinámicas con el caso de la aldea de Facinas.

En general los alcaldes de Tarifa no se hicieron cargo de la situación provocada por la llamada a filas y ausencia de muchos maestros, pero hubo una excepción: se preocuparon especialmente por cubrir la plaza del falangista Joaquín Outón Sánchez, maestro de la Escuela Unitaria número 2 de Facinas incorporado al ejército golpista en el verano de 1937. Con el comienzo del nuevo curso escolar, el 25 de septiembre de 1937, el alcalde de Tarifa propuso a Inspección que Javier Vélez, maestro de la escuela rural de Bolognia, cerrada temporalmente por falta de condiciones, ocupase el puesto de Joaquín Outón. Pero Vélez había sido citado para revisión militar y no podía aceptar el cargo.

Más de un año después, en enero de 1939, un nuevo alcalde sugirió clausurar la escuela rural de La Zarzuela, que sus alumnos y alumnas caminasen más de dos kilómetros para asistir a las clases en el caserío El Almarchal y que su maestro cubriese la vacante de Joaquín Outón. La escuela de La Zarzuela estaba activa y tenía una considerable matrícula, pero eso al alcalde no le importaba. Inspección rechazó su propuesta con un obvio argumento: si la escuela de La Zarzuela funcionaba bien no había motivo para cerrarla.

La tercera propuesta en relación con la plaza de Joaquín Outón fue formulada por la propia Inspección un mes después. Tras una compleja historia en busca de soluciones para el edificio de la escuela rural El Bujeo, en febrero de 1939 la inspectora Teresa Izquierdo ordenó cerrarla y trasladar a su maestro, Montilla Ordóñez, a la escuela donde Outón enseñaba. Pero al alcalde no le interesaba que ese maestro trabajase en Facinas, y logró que Inspección anulase esta orden⁵⁰.

50 En los apartados referidos a cada escuela rural daremos detalle y referencia documental de estos hechos.

¿Por qué urgía encontrar un sustituto para la plaza de este maestro falangista, incluso a costa de cerrar una escuela rural activa, mientras ignoraban las vacantes en las escuelas rurales? ¿Por qué a Alcaldía no le convenció la propuesta de Inspección para cubrir esa plaza? La falta de respuesta documental a estas preguntas sugiere que se pusieron en juego conveniencias personales y que el contexto de actuación era de una gran impunidad.

Finalizada la guerra, un joven recién licenciado en Infantería de Marina en San Fernando (Cádiz) cubrió la plaza de Joaquín Outón en Facinas: se llamaba José Sánchez García⁵¹ y con los años será conocido en Tarifa como José el Gordo.

En febrero del año 1941, precisamente el maestro Joaquín Outón Sánchez firmaba como alcalde pedáneo de Facinas. En ese mes propuso al alcalde de Tarifa que trasladasen alguna escuela rural cerrada al lugar denominado Vico. Dos días después el alcalde de Tarifa solicitó a Inspección trasladar a Vico la escuela de Betis, «... actualmente sin utilidad alguna por no funcionar»⁵². Efectivamente la escuela rural Betis no funcionaba, y como veremos más adelante esto se debía a la negligencia del propio alcalde firmante.

Joaquín Outón ocupó por breve tiempo su puesto designado: en octubre de 1942 empezó a trabajar en la escuela de Xauen (Marruecos), que entonces era parte de la colonia española⁵³.

Las escuelas de Facinas

Dejando a un lado las propuestas puntuales e ineficaces de algunos alcaldes por trasladar maestros a las escuelas de esta aldea, en general las escuelas de Facinas no recibieron mucha mejor atención que las escuelas rurales. La situación de abandono previa a la guerra se prolongó durante el franquismo. Por ejemplo, Juan José García Domínguez había reclamado mejoras para la escuela número 1 de esa aldea en febrero y en marzo de 1936, y no parece que hubiera cambios en años sucesivos.

En junio de 1946 Sebastián Álvarez Campos, alcalde pedáneo de Facinas, remitió dos cartas manuscritas al alcalde de Tarifa, Salvador Pérez: en una de ellas Armando Ortiz Bautista, maestro de la escuela de niños número 2 de

51 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

52 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

53 Revista *Escuela Española*.

Facinas, explicaba que el fuerte viento había provocado desprendimientos en las paredes, que afectaban a la seguridad de la techumbre. En la otra carta Juan Cuesta Serrano, dueño del local, incidía en el riesgo de derrumbamiento de su techo y su mojinete. El alcalde no se hizo cargo de la reparación; simplemente dio orden al arrendatario para que lo hiciese.

Iniciado el curso 1946-1947 una escuela de Facinas no tenía maestro y la otra necesitaba de importantes reparaciones. Un vecino de Facinas llamado Antonio del Castillo Altemburg, indignado ante la inoperancia del alcalde en atender las escuelas de su aldea, acudió al Gobierno Civil de la provincia. Del Castillo Altemburg trabajaba como maestro de campo y era conocido por su habilidad para redactar denuncias dirigidas a altas instancias. En esas fechas tenía varios hijos en edad escolar, así que conocía de primera mano la situación de las escuelas.

El 11 de noviembre el gobernador civil de Cádiz solicitó al alcalde de Tarifa explicaciones sobre las escuelas de Facinas. El alcalde respondió con una premura que no practicaba en las comunicaciones con Inspección. Le explicó que el maestro de la escuela número 1 había cambiado de destino y que su sustituto había pedido una licencia. Y respecto a las averías de la escuela número 2, le informó de que ya estaban reparadas; ¡venturosa casualidad!⁵⁴.

Escuelas rurales en el municipio de Tarifa

Contamos con un amplio abanico de informaciones sobre las escuelas rurales en Tarifa: la memoria oral, la documentación del Archivo Municipal, de otros archivos y de la prensa de la época. Como comentamos, la información de archivo está muy desordenada y no siempre podemos concluir qué decisión se tomó o ejecutó. Presentaremos algunos detalles significativos y contrastados sobre cada escuela rural, que creemos son suficientes para entender sus circunstancias y devenir.

A principios de 1927 la prensa de Tarifa ya mencionaba el compromiso institucional de abrir varias escuelas rurales en el término. En ese año se abrió la escuela de Casas de Porro y en fechas cercanas se inauguraron otras siete⁵⁵.

54 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

55 Revista *Unión de Tarifa*, 5 de febrero de 1927, núm 117; y 2 de abril de 1927, núm 125.

Sabemos que en 1935 existían ocho escuelas rurales alojadas en viviendas particulares alquiladas por el Ayuntamiento de Tarifa: Casas de Porro, El Almarchal, La Zarzuela, Tahivilla, Bolonia, Betis, Guadalmesí y El Bujeo. Hacia 1947 se sumaría una nueva escuela en La Dehesilla. Nueve escuelas rurales fueron del todo insuficientes para el extenso y poblado ámbito rural de Tarifa, como se demostrará.

Las informaciones que hemos reunido sobre estas nueve escuelas muestran claramente que unas recibieron más atención que otras. En buena medida estas diferencias están asociadas con la geografía, con las comunicaciones rodadas y con la propiedad de la tierra en el área donde se ubicaban:

1. Las escuelas rurales de Casas de Porro, El Almarchal y La Zarzuela estaban mejor comunicadas con la carretera local y tuvieron más estabilidad.
 - Las escuelas de El Almarchal y La Zarzuela estaban en la campiña de La Janda, entre grandes fincas, lo que también pudo facilitar su permanencia.
2. Las escuelas de Tahivilla y La Dehesilla, situadas en poblados de colonización, fueron especialmente protegidas por la institución que promovía estos poblados.
3. Las escuelas de Bolonia, Betis, El Bujeo y Guadalmesí, ubicadas entre montes públicos o en pequeñas propiedades, fueron abandonadas en los años de la guerra.
 - Betis y El Bujeo, algo mejor comunicadas, quedaron inactivas por más de veinte años.
 - Las escuelas rurales más aisladas, Bolonia y Guadalmesí, nunca volvieron a abrirse.

ESCUELA RURAL CASAS DE PORRO

Casas de Porro⁵⁶ fue la primera escuela rural creada en Tarifa, en el contexto de las reformas de la dictadura de Primo de Rivera (1923 a 1930). A principios de 1925 ya existía el proyecto y se había escogido el local para la escuela⁵⁷, y en abril de 1927 se publicó la creación de la escuela de Casas de Porro en el diario *Gaceta de Madrid*.

Sabemos que a finales del curso siguiente enseñaba en esta escuela el maestro José Luis Garratón. La pista merece ser mencionada: en el diario nacional *El Sol* publicado el 18 de julio de 1928 aparecieron los nombres de veintiséis

56 En los escritos más antiguos figura Casas de Porro, sin ese. Actualmente en muchos ámbitos se escribe Casas de Porros, con ese. Hemos optado por la primera forma.

57 *Revista Unión de Tarifa* 2 de octubre de 1926, núm 99; y 5 de febrero de 1927, núm 117.

alumnas y alumnos de la escuela de Casas de Porro que habían donado entre veinticinco céntimos y una peseta en una colecta nacional organizada para comprar una casa al periodista Luis Bello. Luis Bello venía publicando en ese diario una serie de artículos sobre las escuelas de España, y en uno de éstos había mencionado el municipio de Tarifa y el lugar de Casas de Porro, lo que motivaría la participación del alumnado y del profesor de la escuela en la colecta⁵⁸.

En 1929 otro maestro empezó a trabajar en esa escuela. Se llamaba José Partida Fernández. Al parecer, la asistencia a las clases era muy reducida, y en 1935 la inspectora provincial Teresa Izquierdo le propuso unificar las sesiones de clase, hasta entonces dobladas⁵⁹. El motivo de la falta de asistencia no era el reducido censo, sino el horario. María Dolores Lobón, que nació en Los Algarbes, a dos kilómetros de esta escuela, nació en 1928 y tendría siete años en 1935, pero no asistía a las clases porque tenía que atender los animales y la huerta. Los hermanos de María Dolores tampoco asistieron a esa escuela; ellos aprendían por las noches en su propia casa, con un maestro ambulante.

José Partida se mantuvo en su plaza durante diez años, hasta su fallecimiento en febrero de 1939. La Corporación Municipal de Tarifa dejó constancia de «...los relevantes méritos contraídos por dicho maestro desde los primeros momentos en que estalló el glorioso Movimiento Nacional» y acordó sufragar los gastos de su entierro.

Las condiciones del edificio escuela dejarían que desear, pues el Ayuntamiento propuso a Inspección retrasar la sustitución de José Partida lo necesario para reparar la escuela⁶⁰. Lo cierto es que en mayo de 1939 ya había una nueva maestra, Luisa Gomar Rodríguez, quien había sido repuesta en 1938 tras el obligado proceso de depuración⁶¹.

Luisa permaneció poco tiempo en su plaza. Unos meses después otro nuevo maestro, Miguel Collado Lobato, tomó posesión de la escuela. En 1940 Miguel



58 *El Sol, diario nacional* (1928). «Homenaje nacional. La casa para Luis Bello». 18 de julio de 1928. Madrid.

59 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

60 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

61 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.



Feliciano Rodríguez Gil hacia 1941. Fotografía tomada de su tarjeta de identidad como maestra de Primera Enseñanza en Cádiz. ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

Collado avisó de que faltaban algunos pupitres en la escuela, y en diciembre de 1944 informó al alcalde de las malas condiciones de la casa donde vivía: «Se hace imposible su permanencia en ella durante el periodo invernal». Lo que sugiere que en 1939 no se realizaron las reparaciones necesarias. Tres meses después del aviso del maestro Miguel Collado (en marzo de 1945) el alcalde pidió al dueño de la casa, Juan Jiménez Salas, que la reparase cuanto antes⁶².

En el curso 1946-1947 Feliciano Rodríguez Gil ocupó la plaza, que mantuvo durante diez años⁶³.

A principios de los años cincuenta Mari Luz Araújo (Los Algarbes, 1943) iba a las clases de Feliciano: Mis primas y yo íbamos caminando por la carretera a la escuela de Casas de Porro. Lo que más me gustaba era dibujar, escribir y la caligrafía. Entonces en los pueblos chicos llevaban huevos y cosas a la maestra para congraciarse con ella. Ella tenía sus alumnas preferidas y yo, como quería que se portara mejor conmigo, le llevaba morcilla y longaniza que hacíamos en casa.

Para completar su formación por las tardes Mari Luz Araújo estudiaba con un maestro de campo; el mismo que diez años antes había enseñado a los hermanos de su vecina, María Dolores Lobón.

La matrícula de la escuela oscilaba según los años. A modo de ejemplo: en noviembre de 1947 la matrícula era de 48 alumnos, con una asistencia media de 35. Por los informes manuscritos de la maestra a petición de Alcaldía, sabemos que en ese curso ningún alumno faltaba a clase por no tener alimento, pero unos diez no asistían porque no tenían ropa adecuada⁶⁴. Pasados ocho cursos, en diciembre de 1955, había una matrícula de 24 niñas y 24 niños. Y en el curso 1959-1960 había 24 niñas y 19 niños.

Feliciano Rodríguez también reclamó reparaciones en la casa escuela, al igual que el maestro que la precedió. Antes de 1950 Feliciano debía de estar preocupada por las condiciones de la puerta, pues en ese año su amiga María Galiana, entonces inspectora zonal, le sugirió en una carta privada: «Insiste con

62 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

63 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

64 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

Detalle de la carta manuscrita de Feliciano Rodríguez Gil al presidente de la Junta Municipal de Enseñanza Primaria, el 12 de noviembre de 1947, donde le informa sobre la situación del alumnado. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

cia de 35; que no hay ningún alumno que por falta de alimentos dejen de asistir, aunque si por falta de ropa hay unos diez

el alcalde en lo de la puerta, que yo también le diré algo». Cinco años después, en 1955, la situación no había mejorado, y Feliciano recurrió al recién creado Consejo de Protección Escolar del Campo de Gibraltar, con la esperanza de que mediara con Alcaldía. Pero éste sólo le indicó que debía dirigirse al alcalde de Tarifa, «... a fin de que se pague al dueño de la casa lo que se le adeuda y éste haga la reparación».

En el marco de la construcción de nuevos edificios para las escuelas del municipio, en 1962 se autorizó el traslado de la escuela Casas de Porro a un local nuevo⁶⁵.

Presentamos los perfiles de Isabel Aragón, alumna de Casas de Porro, y de su maestra Feliciano Rodríguez:

ALUMNA ISABEL ARAGÓN

Yo nací en 1939 en Chiclana. Mi abuelo paterno era arriero y mi padre era comerciante: compraba y vendía productos. Cuando vinieron a Tarifa ya mis padres se defendían bien, así que mi madre puso una tienda en Tarifa. Ella había nacido en Conil y era una mujer culta para su época. Era huérfana y se había criado con una tía suya que estaba en buena posición. Ella leía y escribía muy bien, sabía mucho de cuentas y era muy religiosa.

También teníamos tierras, pero no vivíamos del campo sino del negocio. Con el tiempo, mi padre compró una casa en Tarifa y nos vinimos al pueblo.

Mi madre llegó a Casas de Porro en 1927. Nosotros vivíamos enfrente de la escuela. Era una habitación grande con una pizarra y pupitres para tres, pero en cada pupitre nos sentábamos más de tres. Feliciano y su madre vivían en esa misma casa. Además de la sala que hacía de escuela tenía una cocina y dos habitaciones. ¡Para aquellos tiempos era un palacio! Su madre iba todas las mañanas para Tarifa y Feliciano se quedaba allí de lunes a viernes. Llegado el mediodía del viernes, Feliciano se iba en el *correo* de Cádiz o con algún conocido, y el lunes volvía por la mañana.

⁶⁵ Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.



Josefa Marset, Carmela Carrillo y Feliciano Rodríguez en Casas de Porro, en el año 1949.

Tras de ellas se ve lo que probablemente sería la vivienda y la escuela.

ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

Allí teníamos muchos tomates y vituallas que traíamos de Vejer. La gente hacía la matanza, preparaban la morcilla y la longaniza, y siempre alguien decía, «¡toma, llévale esto a la maestra!». La que tenía cabras le daba leche y otra le traía los huevos.

Casi todos íbamos a la escuela. Aprendimos a leer y escribir lo mismo los varones que las *hembras* y no somos nada borricos. Si un chiquillo no venía era porque estaba enfermo o porque la madre se había puesto mala. Como allí se conocían todos avisaban a la maestra. Los que vivían lejos se tenían que levantar antes de las ocho para llegar andando. Si un día llovía muchísimo uno que vivía en Carretas o en lo alto de la Garganta de Juan Francisco, ¿cómo iba a bajar? Eso sí era un motivo justificado de falta.

Los que sabían más se sentaban delante, los que sabían menos en medio, y los más chiquitillos los últimos del todo. A uno le explicaba una cosa y a otro le daba otra. Cada uno tenía su pizarra donde hacía las cuentas, y cuando estaban bien hechas se pasaban al cuaderno en limpio. Por la tarde los muchachos se quedaban ayudando a sus padres y ella les ponía los deberes. Las chiquillas entrábamos a las tres y nos enseñaba vainica y encajes. Cuando yo era más mayor dijo Feliciano, «algunas tardes en vez de hacer vainica vamos a dar Sociales». Recuerdo que estudiábamos las plantas y los árboles que había en cada época. A veces íbamos a la playa a jugar a la pelota.

Unos pocos de días antes de la primera comunión iban las catequistas a la escuela a preparar a los chiquillos. El día de la celebración uno llevaba leche, mi

madre ponía pasteles, otro ponía la olla de chocolate y el Ayuntamiento pagaba los bollos de leche.

Antes en la escuela te daban con la regla o con el palo. Me acuerdo yo que me pasaba horas aguantando dos torres de libros en las manos. Yo no me aprendía lo que es una circunferencia porque andaba distraída; es una línea curva cerrada cuyos puntos equidistan de otro en el mismo plano llamado centro. Feliciano perdió la paciencia y alargó el palo para pegarme. ¡Yo me retiré a tiempo y no me dio!

Feliciano *se llevó* mucho tiempo enferma y tenía que buscar suplentes; por eso he tenido muchos maestros cuando era chiquitita. Había unas mujeres de Facinas que venían a darnos clase, y también Pereíta, que tiene un bar en Tarifa.

Pasado el tiempo nos trasladamos a Facinas. Me casé con veintitrés años y emigré a Barcelona. Entonces Feliciano me hizo un certificado explicando que había asistido al colegio, por si me lo solicitaban para colocarme. Pero nadie nunca me preguntó por mis estudios y nadie nunca me pidió el carné de identidad. Yo me llevé muchos años en Cataluña. Había mucha gente analfabeta en aquellos días, y cuando salía la conversación porque me veían escribir o leer, yo siempre decía que en el campo donde me crié, en dos kilómetros a la redonda todos los chiquillos salimos para adelante, gracias a Dios.

MAESTRA FELICIANA RODRÍGUEZ GIL

En el otoño de 1946 Feliciano Rodríguez Gil tomó posesión de su plaza en Casas de Porro, y la ocupó durante diez cursos. Esta maestra siempre permaneció activa y responsable respecto a las necesidades de su alumnado y a las condiciones de la escuela, a pesar de que en estos años estaba enferma, afectada por un fibroma uterino.

Hija de Antonio Rodríguez Centeno y de María Gil Gil, Feliciano nació en Tarifa en 1907. Era la menor de ocho hijos, de los cuales seis llegaron a adultos. Su familia tenía cierta estabilidad económica: su padre era talabartero, su tío Lucas era fotógrafo y su tía Ana trabajaría como maestra. Su sobrina Mari Luz Díaz Rodríguez, hija de su hermana Ana, anotó en sus memorias: «Nuestros padres tenían alguna formación y un trabajo mejor, y nosotros teníamos la posibilidad de salir de Tarifa para estudiar. Veíamos la pobreza en la que vivía la mayoría de la gente en Tarifa, pero no queríamos darnos cuenta»⁶⁶.

Feliciano Rodríguez fue la única hermana que pudo hacer estudios superiores, pues para entonces en la casa no faltaba el dinero. Sus hermanos, que ya trabajaban,

66 Díaz Rodríguez, Mari Luz (2003). *Mi infancia y juventud*. Documento multicopiado.



Feliciano Rodríguez Gil (con un niño en su regazo) junto a sus familiares en la feria de Facinas de 1930. Fotografía de LUCAS RODRÍGUEZ CENTENO. ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

la apoyaron para que su padre se decidiese a darle permiso. Su hermana Ana se había trasladado con sus hijos a Sevilla, donde su cuñado Enrique Díaz consiguió trabajo como contable en una fábrica. Feliciano se reunió con ellos en 1931. La ciudad de Sevilla le abría un mundo de oportunidades que en su lugar de nacimiento no podía imaginar. En las horas libres que los estudios le dejaban Feliciano ayudaba a su hermana en la casa, atendía a sus tres sobrinos y jugaba con ellos.

A principios del siglo XX Andalucía occidental era una de las regiones de España con mayor analfabetismo. A partir de 1930 la tasa de escolarización de las niñas iba aumentando significativamente, pero en los niveles superiores la presencia de las mujeres disminuía, dado que el proyecto de vida esperado era dedicarse al hogar y a la familia. La tasa de matrícula de mujeres en el Bachillerato, antesala de la Universidad, aumentaba lentamente, pero eran más las que escogían Magisterio. Feliciano fue una de las muchas mujeres que a inicios de la década de 1930 abrieron brecha: estudió Bachillerato en el Instituto Murillo de Sevilla y seguidamente inició la licenciatura de Ciencias Químicas en la Universidad⁶⁷.

67 Expósito Sosa, Matilde (1996). «Alumnas en los institutos sevillanos 1934-1939». En: *Pasado, presente y futuro de la educación secundaria en España*. María Nieves Gómez García (editora) (193-206), Sevilla: Kronos.

La guerra truncaría las aspiraciones de esta decidida estudiante. Varios familiares suyos que habían secundado los proyectos de cambio durante la Segunda República fueron objeto de la represión inicial, más impune e incisiva: un tío suyo, Vicente Gil Gil, fue asesinado en septiembre de 1936⁶⁸, y otros miembros de su familia fueron encarcelados en los primeros meses de guerra. Su cuñado Enrique Díaz perdió su trabajo y en 1937 fue destinado a un campo de concentración en La Algaba (Sevilla). Feliciano no contaba con recursos para vivir por su cuenta en Sevilla y, por otra parte, los acontecimientos no aconsejaban volver a una Universidad cuyos docentes estaban siendo severamente depurados, de modo que se decantó por empezar los estudios de Magisterio.

Entre 1938 y 1939 Feliciano Rodríguez prestó el servicio social femenino en el Auxilio Social de Jerez, que le permitiría obtener su titulación de Magisterio y ejercer como maestra⁶⁹. En julio de 1940 estaba tramitando su título de maestra de Primera Enseñanza. En octubre de 1942 realizó también en Jerez los cursos obligatorios de Instructora de Escuela Hogar e Instructora elemental de Juventudes, que impartía la sección femenina del Frente de Juventudes de Falange Española Tradicionalista.

Durante su tiempo de estudios y trabajo en Jerez, compartió piso con otras dos mujeres que también aspiraban a ser maestras. En marzo de 1943 Feliciano ya era propietaria provisional en la escuela graduada de niñas Generalísimo Franco de Jerez, en la nueva sección de párvulos. Iniciado el curso siguiente, en



Feliciano Rodríguez junto a Rosita León, compañera de estudios, en Sevilla.

Primeros años treinta.

ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

⁶⁸ Su cuerpo no ha aparecido aún.

⁶⁹ Se trataba de un servicio social para mujeres solteras de edades entre diecisiete y treinta y cinco años, obligatorio si querían optar a un trabajo remunerado, un título oficial, el pasaporte o el carné de conducir, entre otras posibilidades. Fue gestionado por la sección femenina de Falange Española y estuvo vigente entre 1937 y 1978.



Inauguración del ropero organizado por Feliciano Rodríguez en Jerez de la Frontera, en 1944.
ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

diciembre de 1944, se inauguró en Jerez un ropero escolar. Ella misma lo había organizado, y recibió por ello una mención especial.

En octubre de 1946 Feliciano se trasladó a la escuela rural Casas de Porro en Tarifa, donde había conseguido destino.

Desde marzo de 1943, cuando empezó a dar clases de párvulos en Jerez, hasta el 31 de diciembre de 1990, esta maestra anotó mes a mes en pequeñas libretas de espiral el detalle del dinero que cobraba, el que recibía para la escuela y el que gastaba en material. También llevó contabilidad de sus gastos personales. Sus minuciosas notas dejaron constancia de aspectos de su trabajo que de otro modo habría sido difícil rastrear.

Respecto a los ingresos de Feliciano Rodríguez, comprobamos que en los años 1943 y 1944 cobraba 364 pesetas al mes, en 1948 cobraba 509 pesetas y en 1951 recibía 728 pesetas mensuales; el doble de su primer sueldo en esta escuela rural. Recibía además una pequeña remuneración por la limpieza de la escuela. Y durante algunos años se le daba, como a los demás maestros y maestras, una cantidad fija por alumno o alumna adulto en clases de alfabetización. Además de mantener a su madre, ocasionalmente Feliciano daba dinero a varios miembros de su familia y a sus amigas más cercanas, que como ella eran solteras.

Hacia 1945 Mari Luz Díaz, sobrina de Feliciano Rodríguez, emigró a Madrid con su familia. Unos años después, en el verano de 1948, pasó un tiempo con Feliciano Rodríguez, Tita Feli, como ella la llamaba:

Cuando tenía unos dieciocho años me fui de vacaciones con Tita Feli a Casas de Porro. Su casa no era demasiado pequeña, pero me llamó mucho la atención porque era muy oscura y no tenía electricidad; teníamos un par de quinqués de petróleo. ¡Para mí eso de no poder leer por la noche era un problema! La cocina era un poyete con un agujero. Se metía el carbón y por abajo se soplaban. Y no tenía váter.

A mí me llamaba mucho la atención que había niños que venían desde Los Molinos y desde La Peña andando con los zapatos colgados al hombro. O los traía su padre en burro.

Empezó el curso pero yo no regresé a Madrid, porque mis padres no tenían dinero para pagar mi viaje en el tren. Así que me iba con Tita y la ayudaba con la clase. Tita me decía, «tú eliges a algunos niños y los sacas contigo». Yo procuraba que no fueran ni muy pequeños ni muy mayores. Los sentaba en unos escalones que había en la entrada del colegio y nos poníamos a cantar canciones.

Hasta que Tita le escribió a mamá: «No te preocupes por el dinero. Cuando quieras que la niña regrese yo le saco el billete»⁷⁰.

Entre 1943 y 1949 Feliciano dejó la escuela en varias ocasiones. Tenía un fibroma uterino que le provocaba dolores y hemorragias intensas con la menstruación, por lo que se puso en tratamiento con un ginecólogo en Madrid y hacia 1949 se operó. Feliciano contaría con el apoyo y acompañamiento de su hermana Ana, que había emigrado a esta ciudad años atrás. En su libreta de caja quedaron anotados los múltiples gastos que la enfermedad le supuso: compra de medicamentos como las hormonas Ovarina para tratar de contener el fibroma, y Veramón, compuesto por sedantes y analgésicos; gastos de viajes, pagos de análisis y consultas con especialistas médicos, y el salario de las personas que la sustituían en la escuela⁷¹.

Feliciano buscaba conseguir plaza en Tarifa, lo que facilitaría sobrellevar su enfermedad, atender a su madre y estar más cerca de sus amistades. En una carta manuscrita fechada el 3 de octubre de 1948, María Galiana, inspectora de zona y amiga suya, le comentaba:

70 Adaptado de: Díaz Rodríguez, Mari Luz (2003). *Mi infancia y juventud*. Documento multycopiado. Por otra parte, en la libreta de cuentas de Feliciano Rodríguez del año 1948, la última anotación de septiembre reza, «billete de Mari Luz, 9 pesetas».

71 En las licencias por enfermedad el maestro o maestra había de dejar la enseñanza «atendida por su cuenta», lo que significa que se hacía cargo de buscar sustitutos adecuados para la enseñanza y de pagarles lo acordado.

Estimada amiga y compañera, recibí tu carta y en el deseo de estudiar tu asunto por ver de favorecerte lo más posible he dejado la contestación hasta venir a Cádiz. Nada podemos hacer oficialmente aquí. Eso sería cosa de un nombramiento provisional, que siempre dependen de Madrid.

Por mi parte estoy dispuesta a darte las mayores facilidades para que puedas cumplir tus deberes profesionales, pues ya sabes que «el primer paso para la santificación es el cumplimiento del deber». Además son deberes de justicia. Por eso y porque estoy convencida que, como estás, es muy difícil que puedas sostener-te en Casas de Porro, te autorizo para que, en plan particular, hables con la que nombrarán nueva interina para los Párvulos y, gratificándola por tu parte, veas de conseguir que ella quede en tu escuela y tú vayas a la suya (...).

María Galiana finalizaba su carta enviando saludos para los familiares de Feliciano y para sus propios familiares residentes en Tarifa. También se preocupaba por la salud de Teresa Carrillo, maestra y directora de la escuela Nuestra Señora de La Luz en Tarifa: «También terminó enferma el curso, ¿no? Deseo que ya esté completamente bien», escribía⁷².

Las anotaciones en las libretas de ingresos y gastos referentes a sus últimos años en Casas de Porro dejan constancia de varias iniciativas que Feliciano emprendió en beneficio de la escuela:

- En los años 1952 y 1953 organizó una lotería en la escuela y dedicó el dinero a la decoración navideña del local y a preparar altares religiosos.
- En mayo de 1953 recogió 490 pesetas para el ropero de la escuela. Con este dinero compró 3 metros de tela de opal, 5 de tela de lienzo, 1.60 de tela de crepé, 11 metros de lanilla, 6 metros de cordón, 1.25 metros de tela de medio luto, hilos y botones, pañuelos, calcetines, tirantes y botones, 55 metros de lana verde y 77.65 metros de lana gris y lana marrón.
- En 1954 la escuela recibió una subvención de 4.000 pesetas para un comedor en beneficio de su alumnado. El dinero se agotó en tres meses, con la compra de pan, leche en polvo y un cubo para preparar la leche.

En 1956 Feliciano Rodríguez consiguió plaza en la escuela de niñas de Nuestra Señora de La Luz en Tarifa, donde llegaría a ser directora. En 1977, con setenta años, obtuvo la jubilación forzosa. Falleció en 1997, tras varios años de deterioro cognitivo en los que convivió con un sobrino suyo.

72 Archivo Hermanos Díaz Martínez.



Alumnas y alumnos de la escuela rural Casas de Porro, junto a su maestra Feliciano Rodríguez Gil. Año 1955. ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

ESCUELAS RURALES TAHIVILLA Y LA DEHESILLA



Sello de la escuela rural mixta de Tahivilla (Tarifa, Cádiz). Años de 1930. ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

En la larga posguerra se salvaron de la dinámica de abandono dos escuelas: Tahivilla y La Dehesilla; aunque ésta segunda sólo estuvo activa algo más de una década. Ambas escuelas estaban en la pedanía agrícola de Tahivilla, fundada a partir de las expropiaciones y colectividades realizadas en la Segunda República. La mayor parte de las expropiaciones se revirtieron a partir de los últimos años de la Segunda República, pero el régimen franquista mantuvo y protegió algunos poblados de colonización, entre ellos Tahivilla.

La finca de Tahivilla pertenecía al duque de Lerma, que la tenía arrendada. Los arrendatarios

a su vez subarrendaban lotes a vecinos de Tahivilla. Antes de su colonización los treinta y siete subarrendatarios de la finca vivían en un gran número de chozas construidas en torno a la Venta de Tahivilla, propiedad de la familia Gallego. Unas chozas tenían muros de piedra y techado de un junquillo llamado *castañuela*, y otras estaban construidas enteramente con *castañuela*. En 1934 los colonos se repartieron entre este núcleo y La Dehesilla⁷³.

Escuela rural Tahivilla

La escuela de Tahivilla fue gestionada por el Instituto de Reforma Agraria durante la Segunda República, y por el Instituto Nacional de Colonización (con delegación de Jerez) en la dictadura franquista. En 1935 ya enseñaba en la escuela el maestro Francisco Giráldez. Desde esa fecha a la actualidad la escuela



El maestro Francisco Giráldez rodeado de sus alumnos, ante la escuela rural de Tahivilla. Años 1960.
FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE ANA GIRÁLDEZ.

⁷³ Jiménez Perea, Francisco Javier (2003). *Tabivilla: de la política de colonización española al desarrollo rural de la Unión Europea*. Instituto de Estudios Campogibraltareños. Algeciras (Cádiz).

siempre permaneció activa; salvo en el período 1938 a 1939, en que el maestro fue llamado a filas⁷⁴.

Francisco Giraldez se casó con Sebastiana Álvarez Serrano el 7 de octubre de 1943. Unos días antes de su boda comunicó al alcalde de Tarifa que iba a vivir con su esposa en Tahivilla: como el único local propiedad del Instituto Nacional de Colonización que podían habitar estaba ocupado por un vecino y tenía reparaciones pendientes, aseguró que no volvería mientras esto no se solucionase⁷⁵.

En junio de 1944 el Instituto Nacional de Colonización planteó la necesidad de construir un poblado en Tahivilla. Tres años después (en junio de 1947) se aprobó el proyecto de la Escuela de Tahivilla, que contaba con dos aulas (de niños y de niñas), pórtico común, dos despachos y dos almacenes. Las obras se realizaron a destajo⁷⁶.

Escuela rural La Dehesilla

El cortijo y núcleo de La Dehesilla incluía varias viviendas, unas propiedad de la familia Franco, donde vivían cuatro familias, y otras de la familia Calderón, con cinco familias. La familia de Josefa Calderón Bermúdez (Conil, 1928) se trasladó a La Dehesilla hacia 1933. Josefa conoció allí una escuela particular llevada por tres hermanas:

En La Dehesilla había un cortijo de un señorito y varias chozas de piedra y techado de *castañuela*. Allí conocí una escuela llevada por tres hermanas mayores. Una de ellas recuerdo que se llamaba Curra. La mayor, que tenía un hijo, era quien llevaba la escuela, y las otras dos la ayudaban. Mi hermana Catalina lavaba ropa en ese cortijo, y aprendía escuchándolas mientras trabajaba. Yo me fui a *servir* con ocho años en casa de Pura y Feliciano, y una de esas maestras venía a la casa para enseñarme. Pero se murió la hermana que llevaba la escuela y las otras se tuvieron que marchar.

En diciembre de 1935, fecha en que aún estaría activa la escuela particular que conoció Josefa Calderón, los vecinos de La Dehesilla escribieron al Consejo Local de Primera Enseñanza de Tarifa solicitando la creación de una escuela rural:

74 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

75 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

76 Jiménez Perea, Francisco Javier (1997). «Tahivilla: el poblado» (I). *Revista de Estudios Tarifeños Aljaranda* 27. Tarifa (Cádiz).

Señor Presidente del Consejo Local de Primera Enseñanza de Tarifa

Los abajo firmantes vecinos del partido de «La Dehesilla», de este término municipal, mayores de edad y cabezas de familia a VS con el debido respeto exponen:

1º Que teniendo en cuenta la necesidad apremiante de la Creación de una Escuela Nacional mixta a cargo de maestra en este partido, por tener en la actualidad unos treinta niños en edad escolar y con tendencia a aumentar dicho número, por los vecinos que van agregando su residencia a los de este partido, por las viviendas nuevas que están haciéndose.

2º Sabiendo además, la situación económica de nuestro Ayuntamiento, que no puede aumentar cantidad alguna en los presupuestos para pago de alquileres de local y casa habitación para el maestro.

Los que firmamos a continuación nos comprometemos a cederle gratis ambos locales al Ayuntamiento, para los fines indicados, a cuyo efecto acompañamos a la presente, declaración de los propietarios de dichos locales concediéndolos, por todo lo expuesto, Suplicamos a Vd proponga dicha creación a la Superioridad, mediante los trámites reglamentarios.

Es gracia que esperamos alcanzar de VS cuya vida dure muchos años.

Dehesilla, 20 de diciembre de 1935

Firman Diego Franco, Fermín Franco, Feliciano Perea Manso, Pedro Perea, Ángel Alonso, Antonio España, José Serrano, Diego Perea, Juan Rodríguez, Clemencio Franco Gómez, Gonzalo Franco Gómez y José Serrano León.

Imprimen su huella digital Antonio Alba Lozano, José de Soto Oliva, José Sierra Centeno, José Manso Román, Antonio Sánchez Puente, Antonio Franco Gómez, Diego Bermúdez y José Ochoa Basallote⁷⁷.

Feliciano Perea Manso, en cuya casa servía la niña Josefa Calderón, redactó esta petición y adjuntó un compromiso de cesión de un local «... decente y capaz, como marca el estatuto de Magisterio», para la habitación de la maestra. Y Gonzalo Franco Acuña firmó un compromiso de cesión de un local adecuado como escuela, según las pautas que les había dado la inspectora Izquierdo en su visita en noviembre de ese año⁷⁸.

El 16 de julio de 1936 el Consejo Local de Primera Enseñanza pidió al Ayuntamiento que iniciase el expediente de creación de esta escuela y le remitió documentación al respecto. Dos días después se produjo el intento de

⁷⁷ Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

⁷⁸ Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.



Firmas y huellas digitales de los vecinos del partido Dehesilla en su solicitud de creación de una escuela al Consejo Local de Primera Enseñanza de Tarifa, el 20 de diciembre de 1935. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

golpe de Estado que desembocó en una guerra. Del subsecuente expolio en el Archivo Municipal se salvaron, quizás por descuido, unas pocas misivas de fechas anteriores a 1936; entre ellas están las anteriormente citadas, que dan testimonio de la documentación que se purgó⁷⁹.

Diez años después de la visita de la inspectora Izquierdo a La Dehesilla, en noviembre de 1946, el inspector de Primera Enseñanza Arbós y un ingeniero del Instituto Nacional de Colonización visitaron la finca de Tahivilla, comprobaron la necesidad de una escuela en el núcleo de La Dehesilla y consultaron si había algún local adecuado para ésta⁸⁰. El 16 de noviembre de 1946 se creó por orden ministerial una escuela nacional mixta de orientación agrícola «para ser servida por maestra» en el cortijo de La Dehesilla. Los trámites para su apertura se prolongarán por más de un año.

El alcalde comunicó a Inspección en mayo de 1947 que en La Dehesilla vivían ciento quince habitantes de hecho y uno más de derecho. ¡Cuántos núcleos y diseminados del término con censos parecidos o mayores no contaron nunca con escuela rural!

Pocos años duró la oportunidad de escuela en este poblado, pues en el curso 1959-1960 ya no existía.



Sello de la escuela rural mixta de El Almarchal (Tarifa, Cádiz) en octubre de 1936. Legajo 5843, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

ESCUELA RURAL EL ALMARCHAL

Iluminado Contreras Molina trabajó como maestro en esta escuela desde su apertura, y en 1933 le adjudicaron la plaza. Contreras había nacido en la segunda mitad del siglo XIX en un pueblo de Badajoz llamado Bodonal de la Sierra. Estudió en la escuela Normal de Maestros de Sevilla, y su expediente se creó en 1907⁸¹.

Sabemos que en el otoño de 1935 había 15 adultos matriculados en las clases nocturnas de la escuela El Almarchal y que en el inicio de curso de 1936 eran 20 los adultos matriculados. En octubre de 1936, estaban matriculados en esta escuela 35 niños y niñas⁸². Las cifras son similares a las de otras escuelas rurales de las que contamos con datos.

79 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

80 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

81 Archivo Histórico de la Universidad de Sevilla.

82 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

La escuela rural El Almarchal ocupaba parte de una casa en el cortijo del mismo nombre. La finca tenía unos 215 metros cuadrados e incluía una casa de mampostería, otra casa rústica y un horno de mampostería, y pertenecía a Adolfo del Castillo Canet⁸³ desde 1928. El Ayuntamiento arrendaba a Adolfo del Castillo la parte destinada a escuela y a casa del maestro.

El 24 de abril de 1938 Iluminado Contretas avisó al alcalde de que se había derrumbado un tabique medianero entre la escuela y la casa de un vecino, y que la escuela estaba llena de cascotes. El derrumbe indica que, en los diez años de existencia de la escuela hasta la fecha, ni el propietario ni Alcaldía se habían hecho cargo del mantenimiento del edificio.

En septiembre de 1938 la inspectora Izquierdo comunicó al alcalde que cerraba esa escuela hasta que Alcaldía tomase medidas para arreglar el local. El alcalde dejó anotado en el márgen izquierdo de la misiva de la inspectora lo que su secretario debía escribir a modo de respuesta: «Se ha dado orden de realizar las obras y que cuando terminen comunique a la Inspección para que se reanuden las clases».

Detalle del escrito del maestro Iluminado Contreras dirigido al alcalde de Tarifa en abril de 1938, comunicando el derrumbe de un tabique. Legajo 5843, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Se cae un tabique que separa la escuela de mi cargo con una casa de un vecino con familia en donde vive y lo que ó queda de el tabique amenando peligro para los niños, quedando la escuela llena de escombros de casi todo el tabique ca

En octubre de 1939 Adolfo del Castillo, dueño del cortijo El Almarchal, vendió su rancho a Dolores Barrios Jiménez, vecina de esa aldea. Poco después se levantó un embargo que pesaba sobre la finca y sobre el alquiler por el Ayuntamiento de la casa escuela. El propio maestro Iluminado Contreras había mediado entre el dueño, que a la sazón residía en Cádiz, y la futura compradora para lograr un acuerdo.

83 Adolfo del Castillo Canet era el padre de Antonio del Castillo Altemburg, que trabajó como maestro de campo en el término durante varias décadas.



Cortijo El Almarchal, una parte del cual alojó la escuela El Almarchal. Año 1939. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE ANTONIA RUIZ Y JUAN BARRIOS, dueños actuales del cortijo.

El 17 de noviembre de 1942 el maestro tuvo un mes de licencia por enfermedad⁸⁴ y un año después cesó. En junio de 1947, cuarenta años después de obtener su título de maestro, le concedieron la jubilación.

Un joven llamado José Sánchez García estaba destinado en esta escuela en 1945. Sánchez García, que sería conocido con el apodo de José el Gordo, había ocupado la plaza de Joaquín Outón Sánchez al finalizar la guerra⁸⁵. En 1945 José el Gordo renunció a su plaza⁸⁶. Poco después abrirá un colegio privado en Tarifa, donde enseñará a cientos de niños y niñas durante varias décadas.

Hacia 1948 Josefa Barrios Muñoz, nacida en El Almarchal en 1938, asistía a esta escuela rural, donde daban clases una maestra llamada Carmen y su hermana. Ambas eran solteras y venían de Sevilla.

En los años sesenta se había construido un nuevo edificio para esta escuela, donde aprendía Pepe Serrano (El Almarchal, 1960). Pilar Salazar, de Ceuta, era su maestra. Pepe Serrano recuerda que las maestras de El Almarchal y de la cercana escuela de La Zarzuela se apoyaban mutuamente: «En La Zarzuela también enseñaba una maestra. Las dos se ponían de acuerdo para comer juntas y acompañarse».

84 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

85 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

86 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

Como Pepe Serrano suspendió alguna asignatura, sus padres lo mandaron a las clases del maestro de campo Francisco García Gavira, que pasaba dos o tres días a la semana por el poblado de chozas de La Canchorrera, sierra arriba.

ESCUELA RURAL LA ZARZUELA

Antonio Ruiz García era el maestro de la escuela de La Zarzuela en el curso 1936-1937. En el comienzo de ese curso la escuela permaneció cerrada, porque él estaba en la ciudad de Málaga, bajo control gubernamental, y no podía retornar a Cádiz, territorio ocupado por los golpistas. Una semana después de la ocupación de Málaga por el ejército franquista, Antonio Ruiz García se presentó en el Ayuntamiento de Tarifa y demostró su identificación con los golpistas. Resuelta esta exigencia fue reintegrado a su escuela⁸⁷.

En 1938 Antonio Ruiz García y su mujer, Concepción Gallardo Álvarez, tuvieron un hijo. El 8 de noviembre de 1938 la inspectora Izquierdo avisó al Ayuntamiento: si no arreglaban la casa del maestro y no le cedían ciertas dependencias necesarias para la vida en el campo, cerraría la escuela provisionalmente y lo trasladaría interino a Facinas. Y añadió: «... No dudando que este Ayuntamiento de su digna presidencia dará solución a este sencillo problema»⁸⁸.

Alcaldía no tenía el mismo parecer que Inspección: en enero de 1939 sugirió a la inspectora que cerrase la escuela de La Zarzuela; su maestro ocuparía en Facinas la plaza de Joaquín Outón, llamado a filas, y sus alumnos se trasladarían a la cercana escuela de El Almarchal. La inspectora rechazó la propuesta, aseverando que la escuela de La Zarzuela era la mejor escuela rural del municipio y que no había motivos para cerrarla.

El maestro, por su parte, tampoco tenía interés en cerrar su escuela. Aclaró a Inspección y a Alcaldía que la distancia de La Zarzuela a El Almarchal era de dos kilómetros, «... intransitables para los niños en invierno por el mucho barro, y en verano por el excesivo calor». Respecto a la matrícula, aunque había disminuido desde el curso previo a la guerra, les recordó que las cifras eran considerables: en ese curso se habían matriculado 35 alumnos, con una asistencia media de 20. En el curso anterior había 40 alumnos, con una asistencia media de 28. Y en el curso previo al inicio de la guerra había 45 alumnos, con una asistencia media de 32.

87 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

88 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

Inquietado seguramente ante la posibilidad del cierre de la escuela y su traslado a Facinas, redefinió su reclamación de arreglos y de espacio disponible en la escuela: estaba dispuesto a seguir en la casa habitación mientras le permitiesen hacer uso del huerto, «... siempre que en el verano y según costumbre de esta localidad se realice la reparación de tejados para evitar que se lluevan», aclaró. Esto significa que la casa escuela, como la mayor parte de las casas de La Zarzuela, tenía un techado de haces de *castañuela* o de *barrón* cosidos, que se reparaban anualmente porque la fibra vegetal se deterioraba con la lluvia, el viento y el sol.

En esa vivienda vivió y dio clases el maestro Ruiz García durante siete años más. En 1946 él y su familia se trasladaron a Algeciras.

ESCUELA RURAL BOLONIA

Javier Vélez Santander era el maestro de la escuela rural de Bolonia en el curso 1935-1936. Como en otras escuelas rurales, de día enseñaba a niños y niñas menores de doce años y por las noches daba clases a adultos. María Román Escribano (El Lentiscal, 1927) estudió en la escuela rural de Bolonia desde principios de los años treinta:

Recuerdo que la escuela tenía el techo de uralita⁸⁹, y que había un salón para dar las clases, un dormitorio y una cocina. Yo conocí tres maestros: don Eugenio, don José y don Javier. Algunos maestros venían con su madre o con una hermana, que vivía con ellos⁹⁰. Estudiábamos con *El Catón*.

Todos íbamos a esa escuela: los hijos de los guardias civiles y del teniente Cantón, y los hijos de los pescadores, que entonces estaban muy mal. Mi madre me dejaba ir a la escuela caminando junto a los tres hermanos Berbejo, que eran hijos de un carabinero: eran una niña mayor, su hermana, que era de mi edad, y su hermano.

La escuela se cerró al empezar la guerra y no volvió a funcionar.



Sello de la escuela rural mixta de Bolonia en 1936. Legajo 5843, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

89 Uralita es la empresa que comercializó materiales de construcción de cemento con fibras de amianto o asbesto en España a partir de los años 1920. Estas fibras son altamente tóxicas al respirar. Su fabricación y uso están prohibidos en España desde 2002.

90 Los familiares que dependían económicamente del maestro o de la maestra compartían su alojamiento, ayudaban en la enseñanza y trabajaban cubriendo necesidades básicas de la familia como la higiene, la alimentación y el vestido.

Cuando María Román asistía a la escuela el edificio estaba muy deteriorado. La inspectora Teresa Izquierdo había visitado la escuela en 1935 y había comprobado que «... tanto por el techo como por las ventanas sin cristales entraba frío y lluvia». En enero de 1936 Teresa Izquierdo pidió al Consejo Local de Primera Enseñanza que arreglase los desperfectos o, como alternativa, que localizase un nuevo local. El Consejo le aseguró que se harían las reparaciones necesarias⁹¹.

El 22 de junio de 1936 Javier Vélez seguía al frente de la escuela. En esa fecha comunicó que se habían dado varios casos de viruela en su distrito escolar y que no se había tomado ninguna medida profiláctica. Su aviso se trasladó a Inspección Municipal de Sanidad⁹². Poco después, coincidiendo con el fin del curso escolar, comenzó la guerra. La escuela de Bolonia, como bien recuerda María Román, no volvería a funcionar.

Tres meses después de iniciada la guerra Lorenzo Jiménez, el nuevo alcalde designado, escribió a la dueña del local escuela, Francisca Cuchi Vidiella: le avisaba de que la vivienda estaba en ruinas y que la habían desocupado como escuela⁹³. Seguidamente el alcalde Jiménez pidió permiso al obispo de Cádiz para instalar esa escuela en una capillita de Bolonia cerrada al culto desde hacía muchos años. En su carta aseguraba al obispo que el Ayuntamiento se haría cargo de las reparaciones⁹⁴; compromiso llamativo, dado que había preferido desalojar el anterior local escuela, en vez de repararlo.

En el Archivo Municipal no se ha localizado la respuesta del obispado. Lo cierto es que Javier Vélez no se incorporó a la escuela porque ni se hicieron mejoras en el local antiguo ni se adecuó un nuevo local⁹⁵.

En abril de 1937 el alcalde barajó una segunda propuesta: pidió autorización para reemplazar la escuela de Bolonia por otra en el caserío El Lentiscal, a unos kilómetros de distancia. Él opinaba que sería más fácil encontrar un local y aumentar la matrícula escolar en ese nuevo emplazamiento⁹⁶. La inspectora Izquierdo se apresuró a aclararle que ni los Ayuntamientos ni la

91 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

92 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

93 Francisca Cuchi Vidiella era vecina de Isla Cristina (Huelva) y viuda de José Caballero Romeu, industrial catalán concesionario de la almadraza El Lentiscar de Tarifa. Ver: *Diario Oficial del Ministerio de Marina* (1925). Núm 212, 22 de septiembre de 1925. Biblioteca Virtual de Defensa.

94 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

95 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

96 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

Inspección podían trasladar escuelas fuera de su distrito escolar si la escuela tenía asistencia suficiente, como era el caso y le recordó que debía seguir buscando un local⁹⁷.

A finales del curso 1936-1937, como Alcaldía no había dado nuevos pasos, Francisco Giráldez, maestro de la escuela rural de Tahivilla, entregó el material de la escuela abandonada de Bolonia al maestro Antonio Cortés Ripoll. Ambos maestros registraron en el Ayuntamiento un justificante de entrega que reza así:

Se le entrega a Antonio Cortés Ripoll los efectos siguientes procedente (sic) de la Escuela Nacional de Bolonia, para usarlos dando clase:

- 6 cuadernillos de papel Iturzaeta
- 1 (libro) Tesoro de conocimientos útiles
- 2 (libros) Lecciones de cosas (de editorial) Dalmau⁹⁸
- 1 Manuscrito (de Editorial) Dalmau
- 3 Rayas tercera parte
- 1 Libro primero Aurora
- 6 Pizarrines
- 1 Pizarra mural
- 1 Paquete de tizas
- 3 Bancas
- 5 Tinteros
- 3 Cuadernillos de Iturzaeta de 1 raya

Bolonia, a 20 de junio de 1937

Entregué (firma) Francisco Giráldez

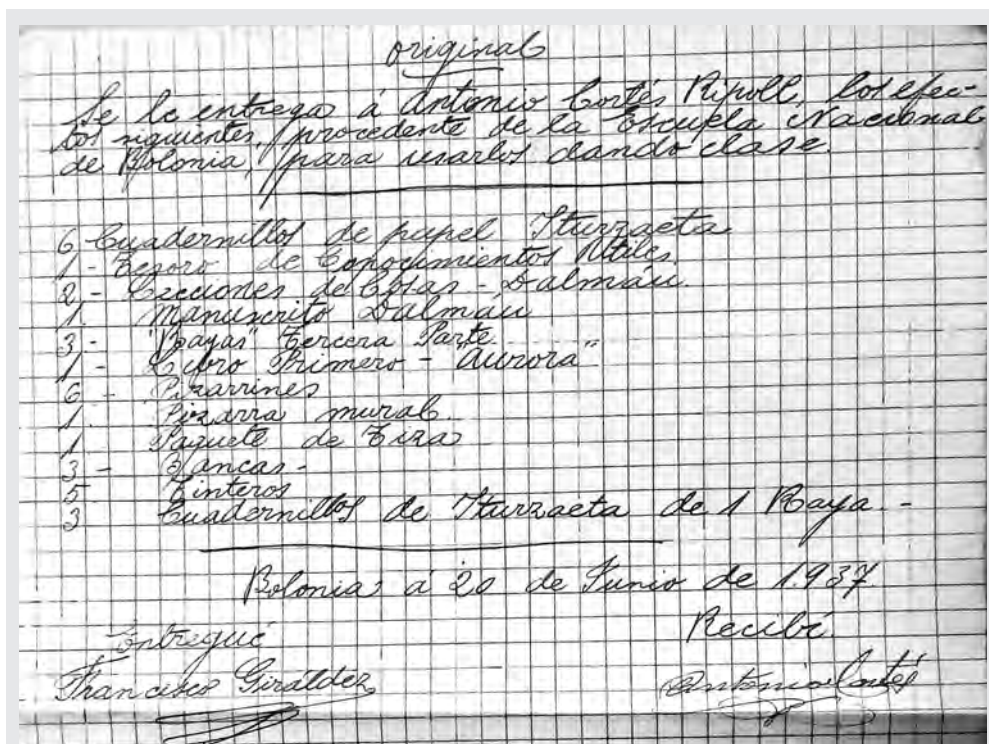
Recibí (firma) Antonio Cortés⁹⁹

¿Quién era Antonio Cortés Ripoll? Se trataba de un maestro de campo. Desde años atrás Antonio Cortés enseñaba por su cuenta y de forma ambulante en los poblados cercanos de El Chaparral, El Lentiscal, Bolonia, El Realillo y La Gloria. Sus alumnos lo habían apodado Cortés. Con el cierre de la escuela rural de Bolonia muchos alumnos de ésta se sumaron a sus clases. Éste fue el caso de María Román Escribano y de su hermano Manuel (El Lentiscal,

97 Cartas del 23 de abril y del 5 de mayo de 1937. Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

98 Editorial Dalmau Carles, fundada en Girona en 1904 por Josep Dalmau Carles y especializada en libros escolares y métodos pedagógicos. En 1919 pasaría a llamarse Dalmau Carles Pla.

99 Legajo 6022 del Archivo Municipal de Tarifa, y duplicado en Legajo 5843 del mismo archivo.



Detalle del justificante de entrega de material por Francisco Giráldez a Antonio Cortés Ripoll. Legajo 6022 del ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA; y duplicado en legajo 5843 del mismo archivo.

1933). ¡Qué contentos se pondrían Cortés y su alumnado al recibir el material de la escuela rural abandonada el curso anterior!

Andrés Iglesias Gallego (Bolonias, 1941) estudió con Cortés tiempo después, hacia 1954: «Cortés primero venía a cada casa. Después tenía un cuartillo en El Lentiscal donde nos reuníamos seis o siete chiquillos y chiquillas por las tardes cuando acabábamos de cuidar el ganado. Ya por último volvió a ir de casa en casa: iba donde nosotros, luego donde un primo mío, y así».

Antonio Cortés Ripoll venía de un pueblo de Alicante. Había sido carabiniero y por algún motivo a primeros de la década 1930 dejó ese oficio. Sabemos que dio clases por la zona de Bolonia y El Chaparral durante dos décadas por lo menos. Murió en Cádiz el 16 de abril de 1965. Él estaba separado y tenía un hijo. A su muerte su esposa Teresa Martí Mas, que vivía en Ondara (Alicante), consiguió una pensión de viudedad¹⁰⁰.

100 *Diario Oficial del Ministerio del Ejército* (1966). Núm 251, 6 de noviembre de 1966. Biblioteca Virtual de Defensa.

Este traspaso de material indica que el maestro de campo Antonio Cortés era digno de confianza del maestro Francisco Giraldez y del Ayuntamiento, donde se registró la cesión. Seguramente sobre el terreno los maestros ambulantes y los maestros y maestras de la escuela rural pública se conocían y se respetaban. Al fin y al cabo trabajaban por un mismo objetivo y no había competencia posible.

Once años después de ser abandonada, la escuela de Bolonia seguía apareciendo en las listas de destinos de maestros. En 1948 Carmen Rodríguez, maestra en la localidad de Espera (Cádiz), escribió al alcalde de Tarifa pidiendo información: en tanto se publicaran las listas de adjudicaciones ella estaba sopesando trasladarse a esa escuela. El alcalde le respondió que estaba «clausurada por falta de local»¹⁰¹.

Con el paso de los años la necesidad de escuela rural en Bolonia siguió siendo apremiante. En agosto de 1950 el cabo primero del puesto de la Guardia Civil 337 de Bolonia envió al alcalde de Tarifa esta solicitud:

Existiendo en esta casa cuartel así como en este poblado de Bolonia y Lentiscal numerosos niños y niñas en edad escolar que están privados de enseñanza por *carezer* (sic) de maestro para ello, ruego a su respetable autoridad si a bien lo tiene, de las órdenes oportunas a fin de dotar (a) este poblado de un maestro nacional que pudiera atender a la enseñanza de los niños de referencia, medida en la que colmaría los deseos de muchos padres que actualmente sufren por estas circunstancias. Rogándole participe si está lo expuesto dentro de sus facultades, para caso contrario solicitarlo de la Inspección Provincial.

Dios guarde a Vd muchos años

Bolonia, 22 de agosto de 1950

Firma el cabo primero comandante de puesto Ramón Wille Barragán¹⁰².

En 1955 Bolonia y El Lentiscal se consideraban «... núcleos de población rural con veinte o más niños desatendidos por estar a más de dos kilómetros de la escuela rural más cercana». Hasta la década de los sesenta no hubo escuelas rurales en esta zona. Durante más de veinte años decenas de familias con una numerosa descendencia sólo contaron para su alfabetización con maestros de campo ambulantes e improvisadas escuelas ermita, como a su tiempo veremos.

101 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

102 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

Existiendo en este caso escuela, así como en este poblado de Bolonia y Boentín, numerosos niños y niñas en edad escolar, que están privados de enseñanza por carecer de maestro

Detalle de la carta manuscrita del cabo primero comandante de puesto Ramón Wille Barragán al alcalde de Tarifa el 22 de agosto de 1950. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

GUARDIA CIVIL
337 COMANDA
PUESTO BOLOMIA
TARIFA - CADIZ
Nº 4

Sello del puesto de la Guardia Civil de Bolonia. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

ESCUELA RURAL BETIS

En 1935 José Luis Capote Pro trabajaba como maestro en la escuela rural de Betis. A primeros de mayo de ese año Capote pidió al Consejo Local de Primera Enseñanza que arreglase la escuela, y durante años insistió sobre esa necesidad. La inspectora Teresa Izquierdo por su parte hizo lo posible por aclarar la situación de esta escuela y por encauzar vías de mejora desde octubre de 1936, como se explicó en un apartado precedente.

Visto que sus propuestas no daban resultado, en enero de 1938 la inspectora ordenó el cierre de la escuela y el maestro Capote Pro fue trasladado a Facinas. Pero el alcalde de Tarifa aseguró a Inspección que la escuela no necesitaba ninguna reparación, y al mes siguiente el maestro tuvo que regresar a Betis.

Al igual que todos los maestros y maestras, Capote Pro fue depurado y en julio de 1939 fue repuesto sin cargo alguno. En 1943 este maestro trasladó su destino a Jimena¹⁰³. La correspondencia respecto a estos años sugiere que la escuela no volvió a estar activa.

Durante las décadas cuarenta a sesenta la población de Betis no dejó de reclamar oportunidades educativas. El 5 de julio de 1945, diez años después de la primera solicitud de arreglos de la escuela, una comisión de vecinos se trasladó al Ayuntamiento para pedir que reanudaran las clases en la escuela rural. Calculaban que había en su zona nada menos que setenta niños y niñas. El alcalde de Tarifa informó al inspector provincial de la demanda vecinal y le aseguró que estaba buscando un local¹⁰⁴.

Cinco años después, en septiembre de 1950, Julio Fernández López, teniente de la Guardia Civil de la línea de Facinas, pidió por escrito que

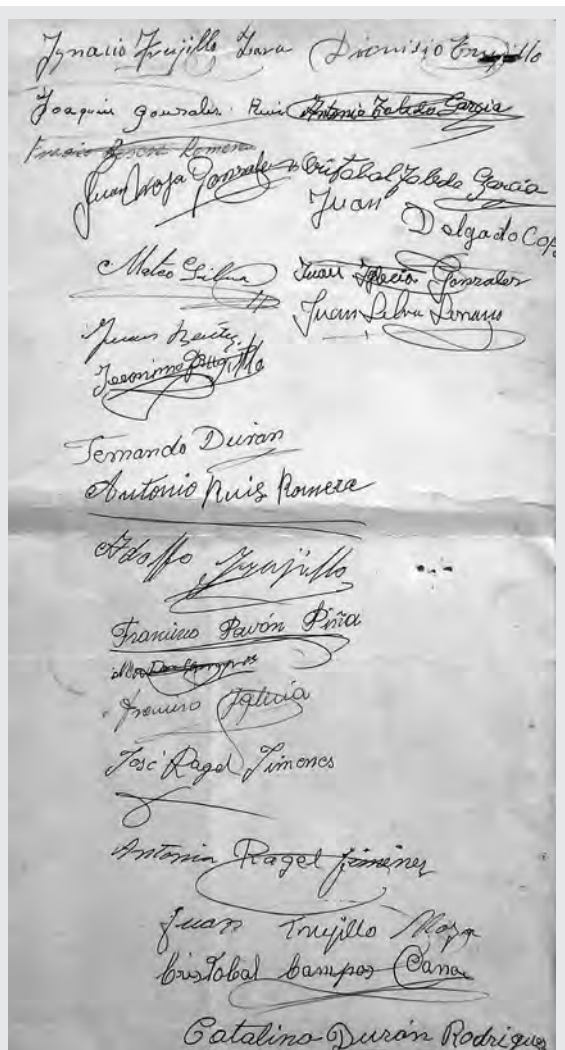
103 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa; y Revista *Escuela Española*, 1943.

104 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

asignasen maestro a la escuela, «... para que los huérfanos del Cuerpo que habitan la zona puedan obtener la instrucción primaria a que tienen derecho», explicó¹⁰⁵. El alcalde sencillamente le informó de que la escuela estaba clausurada.

En 1955 Betis se consideraba núcleo de población rural «... con veinte ó más niños desatendidos por estar a más de dos kilómetros de la escuela rural más cercana», y en 1959 se creó en la zona una escuela llamada Realillo de Betis¹⁰⁶. Hacia 1944 María Dolores Lobón (Los Algarbes, 1928) se trasladó a Paloma Alta, cerca de Betis, y sus dos hijas asistieron a la nueva escuela rural: «Al lado de la escuela había una casita para el maestro. A lo primero enseñaba uno llamado Navarrete, que no tenía título. Ya después vinieron otros. Pero unas veces había escuela y otras veces no había».

Efectivamente la nueva escuela estuvo inactiva por muchos períodos, pues a ninguna maestra le interesaba ese destino. El 31 de marzo de 1966 el maestro que Dolores Lobón recuerda, José Tejado Navarrete, solicitó a Benito Flores Millán, secretario de la



Detalle de las firmas en la carta que el maestro de campo José Tejado Navarrete envió por correo a Benito Flores Millán, secretario de la Junta Local de Educación Primaria de Tarifa, el 31 de marzo de 1966. Legajo 6011, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

105 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

106 Posiblemente su ubicación propuesta oficialmente era El Realillo, cerca de donde en tiempos estuvo la escuela de Bolonia. Como la escuela de hecho se localizó en Betis, derivó en ese nombre.

Junta Local de Educación Primaria de Tarifa, algo tan elemental como la continuidad de la plaza en la escuela:

Muy señor mío:

Después de saludarle, con el mayor respeto, y rogarle perdone este atrevimiento en dirigirme *ha Vd*, en los términos en que voy (a) hacerlo.

Soy el esposo de la que fue Maestra Idónea Sebastiana Campos Benítez, que durante dos cursos desempeñó la regencia de la Escuela Mixta Rural del Realillo de Betis.

Teniendo noción del abandono en que se encuentra la citada escuela, por no quererla ninguna Maestra Nacional, tanto en la enseñanza como del local, y haciéndome cargo de que eso es una pena, y en particular la pérdida (de un tiempo) tan precioso en la edad escolar de los niños pertenecientes a la citada unidad escolar, y siendo cosa de los vecinos la recogida de firmas que al respaldo del presente escrito le adjunto, y siendo el encargado por ellos para dirigirme a Vd en los términos en que voy a hacerlo, para que a vez haga lo que está de su mano para que estas pobres criaturas puedan aprender y dejar de ser analfabetos, como así mismo algunos adultos.

La petición propia y la de los padres de los niños, sería hacerme cargo de la escuela, pero por un tiempo ilimitado. Esa sería la forma de que no estuviera siempre cerrada, y los niños tuvieran todos los días clases, incluso en verano, y de esa forma se adelantaría el tiempo perdido, el local (estaría) cuidado y nosotros no estaríamos en constante pensar sobre el cese de todos los años al finalizar el curso. El hacer lo contrario es una equivocación, porque ninguna Maestra Nacional estaría más de un mes consecutivo y de esa forma no desaparecen los analfabetos del campo.

Perdóneme las molestias que pueda ocasionarle, y en el nombre de los padres de los niños y en el mío propio le damos las más expresivas gracias.

Firman:

Ignacio Trujillo Lara, Dionisio Trujillo, Joaquín González Ruiz, Antonio Toledo García, Cristóbal Toledo García, Francisco (Rosano) Romera, Juan Moya González, Juan Delgado Copo, Mateo Silva, Juan Silva (Serrano), Juan *Iglecia* González, Juan Benítez, Jerónimo Trujillo, Adolfo Trujillo, Fernando Durán, Antonio Ruiz Romera, Francisco Pavón Piña, (Ma...) Campos, Francisco *Iglecia*, José Ragel *Jimenes*, Antonia Ragel Jiménez, Juan Trujillo Moya, Cristóbal Campos Cana y Catalina Durán Rodríguez¹⁰⁷.

José Tejado Navarrete había trabajado en la escuela de Realillo de Betis como maestro idóneo y también había enseñado de forma ambulante desde los años cuarenta. La redacción de su escrito trasluce su apego hacia quienes

107 Legajo 6011, Archivo Municipal de Tarifa.

habían sido sus convecinos por muchos años y su preocupación por la alfabetización en la zona.

El secretario de la Junta de Educación Primaria Benito Flores consideró que el asunto no era de su competencia y lo derivó a Esteban Buñuel García, inspector de Enseñanza Primaria del Campo de Gibraltar. Y Esteban Buñuel le respondió que era el alcalde quien debía hacer la propuesta de maestra idónea, dado que no había maestras tituladas que aspirasen a esa plaza interina, y le recordó que le había sugerido al alcalde en tres ocasiones previas que abriese la escuela pagando a la maestra idónea con fondos municipales.

Como en el caso de Bolonia, las numerosas familias que vivían en Betis sólo contaron con escuela rural por una década. No obstante, pudieron alfabetizarse gracias a varios maestros de campo que vivían y trabajaban en la zona; entre ellos José Tejado Navarrete. Y en las décadas sesenta y setenta contaron con la escuela ermita de El Chaparral, donde enseñaban algunos de estos maestros.

ESCUELA RURAL EL BUJEO



La escuela rural El Bujeo¹⁰⁸ quedaba muy cerca de la carretera y estaba mejor comunicada que otras escuelas, ya que el autobús que hacía la ruta de Algeciras a Tarifa tenía y tiene una parada en el cercano caserío de Pelayo. El padre de Juana Alcaraz Gómez (El Bujeo, 1946) y sus hermanos y hermanas estudiaron en esa escuela a prime-

ros de los años treinta, seguramente con el maestro Pascual del Rincón, que dejó esa plaza en 1935.

Para la primavera de 1935 ya enseñaba allí Rafael Montilla Ordóñez. Su correspondencia con Inspección y con Alcaldía retrata a un maestro bien preparado, riguroso en su trabajo y sensible a la difícil supervivencia de las familias de El Bujeo. A riesgo de resultar algo tedioso resumimos las informaciones que se desprenden de esta correspondencia, dado que son un buen

¹⁰⁸ En los textos más antiguos figura escrito El Bugeo o El Bujeo indistintamente. A partir de los años cincuenta es más frecuente la escritura del nombre con jota. En este escrito he optado por la segunda.

indicador del hacer de las tres partes implicadas en el sostenimiento de las escuelas rurales: Inspección, Alcaldía y maestros.

En octubre de 1935, tras visitar esta escuela, la inspectora Teresa Izquierdo indicó a la Junta Local de Primera Enseñanza de Tarifa la necesaria ampliación del local¹⁰⁹. Por esas fechas comenzaron las clases nocturnas de adultos, con una matrícula de 15 alumnos.

En noviembre de 1935 Montilla Ordóñez redundó en las deficiencias del local escuela y propuso traer una conducción de agua. Ésto suponía un mínimo gasto, pues la conducción pasaba a unos metros de distancia. Dos décadas después aún no había agua corriente en la escuela: según recuerda la alumna Juana Alcaraz (El Bujeo, 1946), en los años cincuenta los alumnos mayores se encargaban de ir a por agua al chorro de El Juncal, monte arriba, antes de empezar la clase.

Cuando empezó la guerra Montilla Ordóñez pasaba sus vacaciones en Málaga, donde vivía su familia. Tras la ocupación de Málaga por las tropas franquistas a primeros de 1937 pudo regresar a su plaza, y enseguida comunicó al nuevo alcalde designado la necesidad de reforma de la escuela. Poco después Montilla abandonó las clases, pues en el monte El Bujeo había personal e instalaciones militares activas en el contexto de guerra. «La autoridad militar» de la zona informó al Ayuntamiento que el edificio estaba bien, y Artillería afirmó que no había peligro en el lugar, así que el maestro tuvo que regresar a su puesto.

En enero de 1938 Montilla Ordóñez envió un informe de asistencia escolar, donde los padres de los niños y niñas que faltaban a clase justificaban su ausencia por ser necesarios para tareas domésticas, agrícolas o ganaderas: en un caso porque la madre era dependiente, en otro porque sus dos hermanos estaban en el frente y en tres casos porque su padre había fallecido. Añadía asimismo una lista de veintiún niños y niñas que necesitaban baberos (babis) y alpargatas, «... para que no vengan descalzos a la escuela»¹¹⁰.

Con el inicio del curso siguiente, en septiembre de 1938, Montilla Ordóñez recordó al alcalde la baja matrícula en su escuela. En esta ocasión la justificó por la resistencia del vecindario «... a que sus hijos reciban los conocimientos religiosos y patrióticos que el Nuevo Estado exige». Inspección se preocupó de investigar las causas preguntando al alcalde, pero no obtuvo respuesta.

109 La correspondencia respecto a esta escuela se encuentra entre los legajos 346 y 381 del Archivo Municipal de Tarifa.

110 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

Juan Alcaraz Moreno = Teniendo dos hermanos
en el frente, es necesario al
padre en faenas ganaderas.
Padre = Bartolomé Román

Miguel González Barrio = Es necesario a su madre
viuda, para faenas ganaderas.
Padre (x), madre = Ana Barrio Velasco

Detalle del informe sobre la falta de asistencia escolar elaborado por el maestro Rafael Montilla el 26 de enero de 1938. Juan Alcaraz faltaba porque «... teniendo dos hermanos en el frente es necesario al padre en faenas ganaderas» y Miguel González porque «... es necesario a su madre viuda para faenas ganaderas». Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Hay que decir que durante los años de guerra Montilla Ordóñez se adhirió muy explícitamente al ideario de los golpistas: se apuntó al partido Falange Española, fue delegado local de esta organización en el caserío de Pelayo, hizo gestiones para que los niños y niñas de su escuela hiciesen la comunión, compró con su propio dinero una bandera española y una Virgen Inmaculada para el aula, y organizó con el Frente de Juventudes de Pelayo una misa de campaña en honor de «los caídos»¹¹¹. Poco significaban estas demostraciones para los alcaldes, ya que les importunaba enormemente que éste y otros maestros dieran parte a Inspección del abandono de las escuelas, exigieran reformas y suspendieran las clases, como era su derecho reconocido cuando no se cumplían los mínimos establecidos en el estatuto del Magisterio.

En enero de 1939 Montilla detallaba una vez más los inconvenientes del edificio escuela. Puso un ejemplo: cuando un familiar suyo necesitaba guardar cama por enfermedad él tenía que suspender las clases, pues el aula donde enseñaba era el mismo espacio donde dormían él y su familia.

La inspectora Izquierdo ordenó el cierre provisional de la escuela rural El Bujeo el 7 febrero de 1939, «... ya que debido a tantas irregularidades es casi nula la asistencia», y el traslado del maestro a la escuela 2 de Facinas, para ocupar la plaza provisional dejada por Outón. Pocos días después revocó la orden de cierre, pues el alcalde le había asegurado que tenía los materiales preparados

¹¹¹ La expresión se refiere a los fallecidos por el conflicto armado que estaban destinados en el ejército franquista.

para la reforma de la escuela y que el traslado de ese maestro a Facinas le causaba «perjuicio»¹¹².

Finalizada la guerra y ante la falta de noticias de Alcaldía, en abril de 1939 Federico Molina, inspector provincial recién nombrado, retomó la empresa de su predecesora: ordenó la clausura definitiva de la escuela de El Bujeo y el traslado de su maestro a la escuela 2 de Facinas. La historia se repitió: en pocos días y tras una llamada telefónica del alcalde, el inspector anuló su orden. El motivo debía de ser suficientemente importante y delicado para no recurrir a la habitual correspondencia postal.

A finales de abril de 1939 no se habían hecho reformas en la escuela de El Bujeo. Henchido de la prepotencia de los vencedores, el alcalde dio un paso más en la criminalización de este maestro: comentó al inspector que le resultaba extraño que Montilla Ordóñez reclamase tanto, cuando «... en todo el tiempo de actuación del nefasto Frente Popular» él no tenía constancia de que hubiese formulado quejas. La acusación falsa sobre la ausencia de quejas en tiempos de la Segunda República desacreditaba al maestro ante Inspección y, en el contexto de la depuración, generaba una sospecha que ponía en riesgo su plaza.

A primeros de mayo el pertinaz maestro comunicó al alcalde que, siguiendo las pautas de Inspección, se había trasladado a El Bujeo; pero que no daría clases, por la consabida falta de condiciones del edificio. El inspector Federico Molina pidió de nuevo al alcalde que reparase el edificio escuela de El Bujeo, y el alcalde José Escribano, no menos recurrente, le dijo que lo haría «tan pronto lo permitiesen las circunstancias».

Unos meses antes, en febrero de 1939, se había puesto en marcha el proceso depurador de Rafael Montilla Ordóñez. Se prolongó por más de un año: en agosto de 1939 la Oficina de Depuración registró el informe del alcalde José Escribano sobre Montilla y el 29 de marzo de 1940 confirmaron al maestro en su puesto sin cargo alguno. Para entonces Montilla ya no trabajaba en la escuela de El Bujeo y tampoco en la de Facinas: había cesado por traslado el 31 de agosto de 1939.

En septiembre de 1939 Josefa M. Luna Rendón figuraba como maestra interina de esa escuela. Unos meses después ya estaba otro maestro, José Romero Peralta, quien avisó al alcalde de la reducida asistencia. El alcalde le propuso que coordinase con el guarda municipal de montes José Ojeda Guerrero para obligar a los padres a llevar a sus hijos a la escuela, pero la medida tuvo sus limi-

112 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

taciones: a principios del curso siguiente Romero Peralta avisó que una familia no había pagado la multa impuesta y además había insultado al maestro.

A finales de mayo de 1942 un nuevo maestro, Antonio Pérez Jiménez, dio parte de varios casos de sarampión en alumnos¹¹³. En junio siguiente Pérez cesó. No obstante, preocupado por la continuidad de la escuela, sugirió a Alcaldía que aprovecharan las vacaciones para reparar el tejado, que en la época de lluvias tenía goteras.

Durante los tres cursos siguientes la escuela no funcionó. En septiembre de 1942 el maestro Arturo Ramírez, que vivía en Cádiz, fue nombrado propietario provisional de esa escuela pero el inspector de zona le informó de que estaba clausurada. Ante la desidia del alcalde Fernando Romero Pérez para reparar el edificio escuela, el inspector provincial y sacerdote José María Franco le recordó en febrero de 1943 que «... nadie más interesados que los propios municipios deberían estar en la cultura de sus convecinos»¹¹⁴.

Juana Alcaraz Gómez (El Bujeo, 1946) conoció esta escuela en los años cincuenta. Juana rememora:

Para ir a la escuela cruzábamos la carretera por un túnel que aún existe, por donde también pasaba el ganado. Un poco antes de llegar cruzábamos un regajito de agua donde lavaba la ropa Luz, la madre de una niña llamada Emilia. Se entraba al recinto por una reja verde, que cerraban cuando llegábamos todos los niños. Delante de la escuela había un campito con unas palmeras y detrás había otro patio.

La escuela era bastante grande. A su lado estaba la casa de las maestras, que tenía un cuarto de baño, dos dormitorios y una cocina. Para los niños había otro cuarto de aseo afuera. Dentro de la escuela había una alacena con una Virgen, que durante la clase estaba cerrada y los domingos cuando daban misa se abría. Yo hice ahí la comunión. La escuela se quedó en ruina e hicieron una nueva.

Venían tres o cuatro niños de El Cuartón en coche. Entrábamos a las 9 y salíamos a las 2. Después entrábamos a las 4 y hasta las 6. Una de las maestras se llamaba doña Paca y era viuda. Doña Lola, su hermana, nos daba clases de costura. Eran de Ceuta. La escuela estaba llena de niños, unos mayores y otros más chicos. Fueron a la escuela Juana y su hermana Antonia, que eran las mayores, Antonia y su hermana Pepi, Bartolo, Cristóbal, Antonia y su hermana Mari (más jóvenes que yo), Paca la de Arenas, María Antonia, la Paqui, Ojeda...

113 El sarampión es una enfermedad muy contagiosa. Es de declaración obligatoria desde 1900. A partir de 1944 bajó notoriamente su mortalidad. La vacuna se introdujo en España hacia 1968.

114 José María Franco Delgado, maestro y sacerdote conocido localmente como «el padre Franco», fue destinado a la parroquia tarifeña de San Mateo en 1945. En ese tiempo ejercía también como inspector de Educación. Falleció en 1951.

Yo en ese tiempo salí para *servir* en la casa del director del Hotel Reina Cristina, que vivía en El Bujeo. Mi madre trabajaba en esa casa lavando la ropa del Hotel y yo empecé a ayudarla. Allí tenían vacas y otro ganado, y huertos de verduras; todo para la comida que servían en el Hotel.



Restos del edificio que albergó la escuela rural El Bujeo. A la derecha pervive una de las palmeras que Juana Alcaraz conoció a primeros de los años cincuenta. Actualmente un ganadero usa el terreno y las ruinas para sus cabras y caballos. Año 2021. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

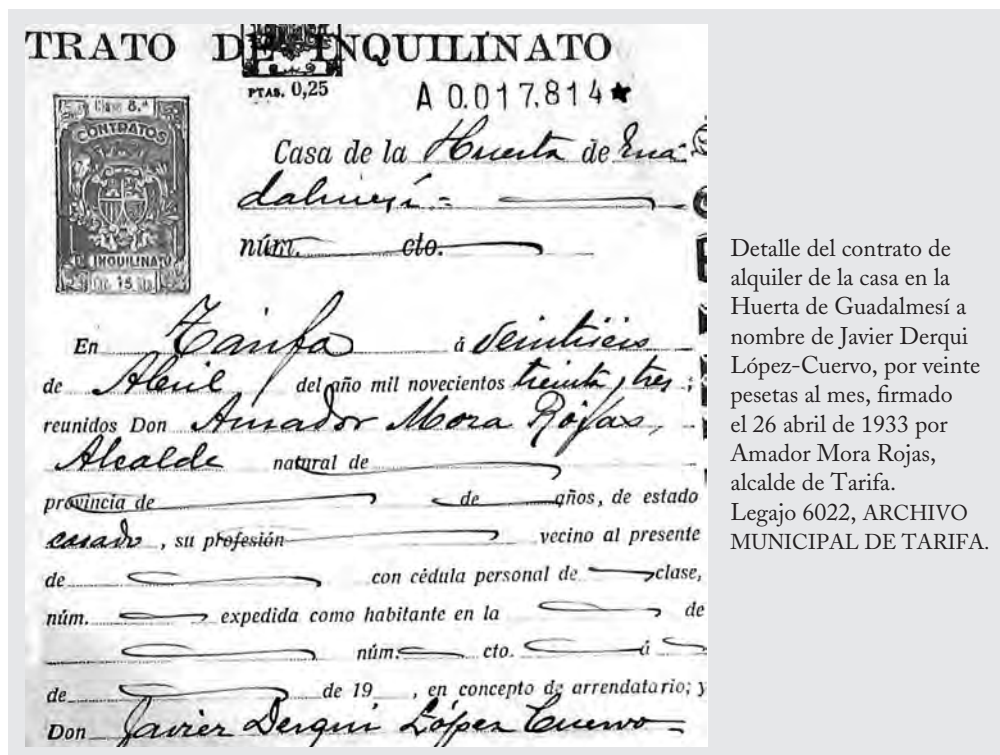
A partir del curso 1945-1946 la escuela estuvo activa de forma intermitente: en febrero de 1951 la inspectora María Galiana preguntó al alcalde por qué no le había comunicado que la escuela no funcionaba desde principios de curso, y en enero de 1956 la encuesta de necesidades pedía que funcionase esa escuela.

Por lo que recuerda Juana Alcaraz Gómez en los años cincuenta se habían hecho ciertas reformas en la escuela, pero no las suficientes, pues la escuela quedó en ruina. En el curso 1958-1959 se abrió una nueva escuela muy cerca de la antigua, a la que llamaron Guadalmesí Alto.

ESCUELA RURAL GUADALMESÍ

Manuel Vega Huerta fue maestro de esta escuela desde el 13 de noviembre de 1934. Nada más entrar avisó del mal estado del edificio escolar. Con el comienzo del curso siguiente, el 25 de septiembre de 1935 comunicó que interrumpía las clases, ya que el pasillo de acceso se había derrumbado y la vida de los escolares corría peligro. Un mes después la inspectora Teresa Izquierdo visitó la escuela y decretó su clausura durante quince días para ser reparada¹¹⁵.

115 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.



Para el 1 de febrero de 1936, fecha en que llegó el nuevo maestro José María Ruiz Dorado, la escuela no había sido reparada. A finales de ese año Ruiz Dorado se trasladó a la escuela graduada de niños de Tarifa.

Más de un año después, el 18 febrero de 1937, la inspectora Izquierdo pidió al alcalde designado Lorenzo Jiménez que buscara una solución para esa escuela. El 7 de abril de 1937 el Ayuntamiento decidió rescindir el contrato de alquiler de la casa escuela y comunicó a la inspectora que buscaría un nuevo local¹¹⁶. El contrato había sido firmado el 26 abril de 1933 por el dueño, Javier Derqui López-Cuervo y el entonces alcalde de Tarifa, Amador Mora Rojas.

La escuela de Guadalmesí no volvió a estar activa. En septiembre de 1939 un nuevo inspector comunicó su intención de cerrar la escuela¹¹⁷, pero en nada cambió la situación. En mayo de 1940 el gobernador civil de Cádiz, Manuel de Mora Figueroa y Gómez Imaz, preguntó al alcalde, Francisco Terán, por qué no funcionaba la escuela de Guadalmesí¹¹⁸.

116 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

117 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

118 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.

Detalle de la carta de Manuel Vega, maestro de la escuela rural Guadalmesí, al Consejo Local de Primera Enseñanza de Tarifa, el 26 de septiembre de 1935. Legajo 6022, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

nos días por culpa de la de-
rumbarse el pasillo que da
acceso a la repetición Escuela,
y se hace arriesgado entrar
y salir, estando en peligro
la vida de los escolares.

Si los alcaldes no resolvían estos «sencillos problemas», como la misma Inspección los calificaba, era obvio que no les preocupaba la alfabetización en Guadalmesí; pero tampoco les interesaba cerrar la escuela oficialmente, porque eso hubiera supuesto no contar con José María Ruiz Dorado, titular de la escuela de Guadalmesí a quien habían trasladado al núcleo de Tarifa.

Diez años después de quedarse inactiva, en el curso 1947-1948, José María Ruiz Dorado seguía figurando en las listas del Ayuntamiento como titular de esta escuela. El traslado de maestros con plaza en escuelas rurales abandonadas pero no clausuradas suponía una descarada transferencia de recursos a los núcleos, realizada a espaldas de la administración.

Francisco Gutiérrez Fernández (Guadalmesí, 1934) no conoció ninguna escuela en la zona: «Mi padre sabía leer y escribir, y mi madre también. De la edad de mis padres casi todos los vecinos sabían leer. Yo escuché hablar de un maestro llamado don Amador que enseñaba en una escuela de Guadalmesí. Debió de cerrarse cuando la guerra, porque cuando yo era chico allí no había escuela».

En enero de 1956 la encuesta de necesidades consideraba necesario que funcionase esa escuela. A pesar de ello Guadalmesí no se incluyó entre las escuelas de nueva creación. En febrero de 1960 la Delegación de Educación en Cádiz preguntó, una vez más, por la actividad de esa escuela; y el alcalde Juan Antonio Núñez Manso respondió lo mismo que los alcaldes precedentes: la escuela no funcionaba por carecer de edificio escuela¹¹⁹. Por más de dos décadas el Estado asignó personal a esta escuela sin local.

¹¹⁹ Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

3. LAS ESPERADAS MEJORAS EDUCATIVAS

Estudiábamos niños y niñas de todos los niveles. La asistencia era muy irregular, porque todos ayudábamos en la casa y en el campo. Y el día que llovía mucho no se podía cruzar el río para llegar. Otras veces era el maestro el que no venía.

PETRA BALLESTEROS BALLESTEROS
Molinos de Puertollano, 1962

Gran parte de la población de la comarca del Campo de Gibraltar vivía directa o indirectamente de las industrias de la colonia de Gibraltar. El contrabando de tabaco y otros productos, la construcción y el suministro y mantenimiento de los barcos e instalaciones militares, eran el ámbito laboral de los hombres. Los trabajos de las mujeres abarcaban el contrabando, y los cuidados y servicios para la población residente de la colonia y para la población flotante (militares, turistas, etcétera): en el hogar y en la calle, en la escuela, en la sanidad y en la industria del sexo.

Entre las localidades de la comarca, Tarifa era el municipio con poblamiento más disperso y más dependiente de los recursos naturales, ya que estaba fuertemente sometido al latifundio. Como afirman las propias personas entrevistadas, hubo una corriente migratoria desde las zonas rurales de la comarca hacia localidades cercanas a Gibraltar, en busca de oportunidades laborales.

A raíz del conflicto con Reino Unido por la colonia de Gibraltar, el Estado franquista impuso múltiples y paulatinas medidas encaminadas a cerrar la aduana, que afectaron severamente a la población local a ambos lados de la frontera. El Plan de Urgencia del Campo de Gibraltar y el Plan de Desarrollo Comarcal, implementados en las décadas cincuenta y sesenta, darían un empuje al desarrollo de esta abandonada comarca. Se pretendía así justificar el cierre de la frontera y compensar a la población, que veía desaparecer su principal sustento económico.

Una encuesta de necesidades

En este contexto se creó el Consejo de Protección Escolar en 1953, en La Línea¹²⁰. En 1955 se sumó Tarifa, Algeciras, San Roque y Los Barrios, y después el resto de localidades. Este consejo adoptó la fórmula de patronato para facilitar el diagnóstico de necesidades educativas, la selección de maestros idóneos y la planificación de construcciones escolares.

A partir de ese año se recogieron datos censales que ¡por fin! permitían evaluar con cierta precisión la situación de la educación en la comarca. En octubre de 1955 se recibió del Ministerio de Educación Nacional una encuesta de acercamiento a las necesidades educativas. La petición estaba firmada por Manuel Fraga Iribarne, secretario general técnico de ese ministerio. Fraga Iribarne explicitaba la voluntad real de crear nuevas escuelas y aseguraba que el Ministerio se haría cargo de los costes con prontitud, gran revulsivo contra la inacción de los alcaldes.

La respuesta del Ayuntamiento de Tarifa, fechada en enero de 1956¹²¹, indicaba que en el municipio había ocho fábricas de conservas y salazones de pescado con unos 40 empleados fijos, y durante cinco meses al año, época de normal producción, había empleados unos 250 hombres y unas 400 mujeres. Los hombres trabajaban en las mismas embarcaciones pesqueras desde muy jóvenes, por lo que sólo una minoría sabía leer y escribir. El informe no hacía referencias a la capacidad lectoescritora de las mujeres trabajadoras.

Se calculaba que había 800 campesinos que arrendaban tierras y las explotaban de forma autónoma, además algunos pequeños propietarios y de varias fincas de gran extensión que daban trabajo fijo a unos 500 empleados y eventualmente a unos 1.200 trabajadores más.

El informe contabilizaba en el término ocho «núcleos de población rural con veinte ó más niños desatendidos por estar a más de dos kilómetros de la escuela rural más cercana»: Betis (donde hubo una escuela), El Lentiscal, La Ahumada, San José del Valle, Aciscar, Pedro Valiente - El Pozuelo, Bolonia y Guadalmesí Costa (donde hubo una escuela)¹²².

En realidad había muchas más zonas desatendidas por la administración, donde las familias aprendían con maestros ambulantes y ocasionalmente en escuelas ermita y escuelas de cortijo: Patagalana (cuyos vecinos reclamarán una escuela), La Canchorrera, El Realillo, La Gloria, Los Boquetillos, El Puntal, El

120 Precursor del Consejo Escolar Primario del Campo de Gibraltar.

121 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

122 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

Pedregoso, Venta de Ojén, Las Caheruelas, Poblana, Los Zorrillos, Longanilla, Matatoros, Arroyo Viña (donde solicitarán un salario para un maestro ambulante), Los Alhelies...

Veinte años después de la ocupación de la provincia por las tropas franquistas la encuesta de necesidades en Tarifa afirmaba que había 850 niños que no asistían a la escuela por falta de ropa o de calzado. Constataba que no existía en el municipio ningún colegio o academia de Segunda Enseñanza; quienes querían seguir esa formación lo hacían en régimen libre y matriculados en el Instituto de Algeciras, con un gran gasto para sus familias. Y valoraba como muy necesaria la reparación de los edificios escolares de todo el término municipal y la creación de roperos, comedores sociales y colonias.

En febrero de 1947, nueve años atrás, la Junta de Educación Primaria de Tarifa calculó que se necesitaban cincuenta y nueve escuelas para la población de hecho del municipio, cifrada en 14.814 habitantes, cuando sólo había veintiséis escuelas en el municipio¹²³. Los cálculos de la Junta de Educación Primaria no desembocaron en mejora alguna. Nueve años después, el informe de enero de 1956 señaló que había 2.201 niñas y niños con edades entre seis y doce años, y que resultaba evidente la necesidad de crear escuelas para atender a este censo.

Grupos de edades	Varones	Hombres	Total
De 2 a 4 años	365	372	737
De 4 a 6 años	331	382	713
De 6 a 12 años	1.216	995	2.201
De 12 a 15 años	398	459	857
Totales.....	2.310	2.198	4.508

Censo de población infantil calculado para el término de Tarifa en enero de 1956.
Encuesta de necesidades. Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

El informe también avisaba de que era previsible el aumento de la población infantil. Efectivamente para octubre de 1958 había censadas en el término 1.599 niñas y 1.817 niños con edades entre seis y doce años: en menos de tres años la población infantil escolarizable había aumentado en 614 niñas y 601 niños.

Del censo de 1958 también se desprende que, del total de población infantil escolarizable (3.416), la porción rural era mucho mayor: 1.989 niños y niñas vivían en el campo y 1.427 estaban en la ciudad de Tarifa¹²⁴.

123 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

124 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

Las niñas dejan la escuela para trabajar

Tras detallar cuántos hombres y cuántas mujeres trabajan en las conserveras, la encuesta de necesidades de 1956 hacía referencia al analfabetismo de los trabajadores varones. No se mencionaba expresamente la situación de las mujeres, que componían en realidad la mayor parte de la plantilla en esta industria. El trabajo femenino sin garantías laborales, incluyendo el infantil, fue uno de los pilares del progreso de la industria conservera en la comarca. Los documentos y los testimonios en primera persona dejan constancia de la temprana edad de inicio en este trabajo y de los frecuentes abusos sexuales por los cargos de más poder hacia las trabajadoras.

El 13 de abril de 1957 Teresa Carrillo Pastor, directora del Grupo Escolar de Niñas de Tarifa, llamó la atención sobre una realidad silenciada hasta esa fecha. Sus palabras se transcribieron así: «Existe en esta ciudad en determinadas épocas del año, precisamente en las de actividad conservera, falta de asistencia a la escuela de un buen número de niñas, por acudir a trabajos de esta industria»¹²⁵. Una alerta poco reveladora, en una localidad de unos miles de habitantes donde una o varias mujeres de cada familia trabajaban en la industria conservera o en las casas de familias adineradas. ¡Cuán sangrante sería esta realidad para que esta maestra afín al régimen franquista decidiese ponerle nombre!

Teresa Carrillo hizo esa declaración en una sesión de la Junta Municipal de Educación Primaria donde Inspección se hizo presente, de modo que el alcalde, Juan Antonio Núñez Manso, se vio apremiado a dar respuesta, siquiera formal, a su inquietud. En mayo de ese año pidió a Delegación Sindical «... que con todos los medios a su alcance prohíba o evite con todo rigor el empleo de las menores en este trabajo industrial». El requerimiento resultó vacuo, como bien saben las trabajadoras tarifeñas de la industria conservera y sus familias.

Muchos años atrás, en 1943, ya se había sacado a la luz el problema específico de la escolarización de las niñas en Tarifa. No es casualidad que también fuese una mujer quien tomó la iniciativa. Se llamaba Catalina Vázquez Panadero y trabajaba en la Inspección de Primera Enseñanza, en la zona 3 femenina.



Sello de la Escuela Unitaria de niñas de Tarifa. Legajo 5843, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

125 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

La ley exigía que hasta los catorce años cumplidos las niñas (y los niños) habían de estar en la escuela y no podían trabajar, como subrayó Vázquez Panadero en una detallada misiva al alcalde el 17 de septiembre de ese año. Con el objetivo de cumplir esta ley, ella propuso el control expreso de la asistencia de las niñas a clase y que los dueños de comercios e industrias o las personas que tuvieran a su servicio a las niñas se hiciesen responsables de su absentismo¹²⁶.

Sin duda también los niños trabajaban en ese tiempo y lugar, pero Vázquez Panadero sabía que en los estudios las familias solían priorizar a los hermanos frente a las hermanas, y que las niñas tenían horarios de trabajo esclavos, que les obligaban a ausentarse más de la escuela: empezaban temprano a trabajar en casas o en la industria conservera y, si había tiempo, a continuación ayudaban a las mujeres mayores de la familia y cuidaban de sus hermanos.

En unas semanas el Ayuntamiento hizo un edicto para que la Policía Municipal sancionase el absentismo. Lo cierto es que el texto no consideraba la propuesta concreta sugerida por Vázquez Panadero y se refería tanto a los niños como a las niñas, englobados en el masculino, negando de facto la realidad específica de las niñas que esta progresista inspectora había subrayado.

gateria y con regularidad hasta los ~~14~~ años
cumplidos, teniendo en cuenta que ninguna
niña puede darse de baja en la Escuela, cual-
quiera que fuese el motivo que alegase, has-
ta cumplida la edad fijada anteriormente, ya
que antes de dicha edad no pueden dedicarse
al trabajo, siendo responsables los dueños
de comercios, industrias a personas que las
tuvieren a su servicio.
Con estas disposiciones no due-
nos sacaremos provechosos resultados en fa-

Detalle del escrito
de la inspectora
Catalina Vázquez
Panadero al alcalde
de Tarifa sobre
el absentismo y
el trabajo infantil
de las niñas, el
17 de septiembre
de 1943. Legajo
5843, ARCHIVO
MUNICIPAL DE
TARIFA.

Teresa Izquierdo Izcue fue inspectora general de Educación en Cádiz desde años previos a la Segunda República y hasta el final de la guerra. Catalina Vázquez Panadero y María Galiana fueron inspectoras durante la dictadura franquista, en 1943 y entre 1948 y principios de los cincuenta, respectivamente.

126 Legajo 5843, Archivo Municipal de Tarifa.



Firmas de las inspectoras Teresa Izquierdo Izcue (1935), Catalina Vázquez Panadero (1943) y María Galiana (1948).
ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Se trata de tres mujeres muy capaces que emprendieron su encomienda con profesionalidad y con gran motivación y creatividad, a la luz de sus escritos. Su actitud se topó con el inmovilismo caciquil de los alcaldes designados por el Gobierno Civil.

Nuevas escuelas rurales

En el contexto del Plan de Urgencia para la comarca se construyeron nuevos edificios para algunas escuelas que permanecían activas y se crearon nuevas escuelas.

Dos nuevas escuelas cubrían el vacío de una escuela abandonada décadas atrás: Guadalmesí Alto, ubicada junto a las ruinas de la antigua escuela El Bujeo, y Realillo de Betis, cerca de la antigua escuela de Betis. En Bolonia y en Guadalmesí, donde hubo escuelas rurales y también fueron abandonadas, no se abrieron nuevas escuelas.

En El Valle se creó una escuela curiosamente llamada Canchorrera del Valle, y hubo una nueva escuela en Tarifa con el nombre de Ahumada de Albacerrado. Ambas bebían de los recursos humanos asignados a dos escuelas rurales que nunca existieron donde fueron aprobadas por el Ministerio: el poblado de La Canchorrera y la dehesa La Ahumada respectivamente¹²⁷.

La población infantil de El Lentiscal, Salaviciosa (también llamada Salaviciosa), La Peña, el Santuario de Nuestra Señora de La Luz y Puertollano contó también con nuevas escuelas rurales. Tras varios años a la espera del material y el mobiliario, en el curso 1958-1959 las tres últimas por fin abrían sus puertas a las niñas y niños del entorno.

¹²⁷ Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.



Antigua escuela de Puertollano, ubicada en el lugar conocido como La Parrilla. Arriba, la vivienda del maestro o maestra, cuya superficie era menor a la actual. Junto a ella había un horno de pan independiente. Abajo, el edificio usado como escuela. Noviembre de 2021.

FOTOGRAFÍAS DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Doce años antes, en agosto de 1946, Pascual Cervera Jácome, dueño de la finca La Palmosilla, se había dirigido por escrito al alcalde Salvador Pérez para coordinar la creación de una escuela en las cercanías del Santuario de Nuestra Señora de La Luz. Lo hacía en estos términos:

Mi querido amigo,

Hace mucho tiempo que vengo trabajando por crear cerca de Palmosilla una escuela nacional *en que* puedan aprender los niños, no sólo de mis trabajadores, sino de todos aquellos contornos.

Pensé en La Luz, donde tanto espacio hay sin utilización. Hablado con la Hermandad, se está en ello, aunque aún nada se haya decidido. Hay ahora la feliz circunstancia de ser párroco de S Mateo el P. Franco, que es inspector de primera enseñanza y tiene deseos de ayudar en esto como en todo.

Si como la Hermandad no es rica el Ayuntamiento pagase un alquiler por la casa del maestro o maestra y escuela, sería un estímulo a crearla. ¿Qué paga en otras escuelas rurales? ¿Se podría hacer?

Si no venzo las dificultades posibles con la Hermandad, estoy dispuesto a construir vivienda o escuela, por lo que se dé de alquiler, con tal de crear la escuela, que en ese caso sería en El Mastral.

Le ruego me diga su opinión y punto de vista, para con arreglo a ello seguir mis gestiones.

Creo que el material lo da el Estado, más si así no fuese yo gestionaría me lo facilitase el General¹²⁸. Espero sus noticias y queda suyo afmo. amigo¹²⁹.

Pascual Cervera, reconocido militar y empresario, no estaba interesado en el procedimiento formal de creación de escuelas. Recursos económicos no le faltaban, pero tampoco se planteó habilitar un local por su cuenta y contratar a un maestro o maestra. Así se había hecho en otras fincas del término como Tapatana, Aciscar, Iruelas y Arráez, a cuyos dueños de seguro conocía. Él prefería ponerse de acuerdo con sus amigos el alcalde de Tarifa y el general de la comarca. En todo caso sus intenciones no fueron suficientes: los niños y niñas de la zona no contaron con una escuela hasta que la decisión gubernamental de cerrar la frontera con la colonia de Gibraltar exigió unas mínimas mejoras sociales en territorio español.

La escuela de San Francisco Javier, en el cortijo Tapatana o Bohorquez, se había creado hacia 1952 por iniciativa de los dueños de la finca. En sus comienzos contrataron a un maestro de campo que llevaba años trabajando en la zona y era muy apreciado: se llamaba Lorenzo Vázquez Zardain y era conocido como don Lorenzo. En 1956 los propietarios del cortijo decidieron incorporar esta escuela a las regentadas por el Consejo Escolar Primario de la comarca¹³⁰.

128 Se refiere al general de la comarca Sáez de Buruaga y Polanco.

129 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

130 Creación provisional de una Escuela Mixta servida por Maestra en la Finca Tapatana, incluida entre las Escuelas Rurales Católicas regentadas por el Consejo Escolar Primario o Patronato Unión Católica de Enseñanza Rural. BOE 28/07/56.

A partir de entonces serían maestras o maestros titulados quienes enseñarían en ella, con un salario del Ministerio. En 1961 la plaza quedó vacante, y en 1962 esta escuela ya no aparece en los listados de escuelas rurales en Tarifa.

Una vez llevado a cabo el novedoso plan de escuelas, quedaba mucha población del término sin atención escolar. De hecho seguían llegando al Ayuntamiento demandas vecinales y particulares. En 1959 se registró una solicitud de salario para Andrés Señor, maestro ambulante en los valles de Arroyo Viña y Arráez González, en la costa este, de la que daremos cuenta más adelante. Y el 15 de noviembre de 1960 entró un escrito redactado por varios padres del lugar conocido como Patagalana, junto a la sierra de Salaviciosa:

Los padres, que abajo firmantes se mencionan, solicitan de la reconocida *vondad* de VS que son los niños y niñas, que hicieron la primera comunión, por mediación del sr Maestro de Salaviciosa, de acuerdo con el Sr cura párroco de Facinas (TARIFA). El total de niños en Patagalana son 18, a VS

SE DIGNE. De si a bien, lo tiene de instalar un COLEGIO para los referidos niños.

Habiendo *locar* y (maestra) en condiciones de poderle dar a los niños y niñas lecciones.

Es por lo que esperamos de las órdenes oportunas de instalar el referido COLEGIO (el local es gratuito). Y la señorita Maestra, lo que VS se digne concederle.

Es *gracias* que no dudamos, alcanzar de su reconocida *vondad*, cuya vida guarde Dios muchos años, para bien de nuestra querida Patria.

Tarifa, 13 de noviembre de 1960

LOS FIRMANTES QUE A CONTINUACIÓN SE MENCIONAN:

Sebastián Canas p.o *suija*, Francisco Canas Capilla, Manuel Jiménez Lobón, Agustín Jiménez Lobón

José Benítez *Qero*, y dos más ponen su huella dactilar en tinta azul.¹³¹

Un mes después el alcalde preguntó al párroco de Facinas si la maestra propuesta por los vecinos era idónea para enseñar, solicitó nombres y edades de los dieciocho niños de Patagalana, y pidió al propietario del local su conformidad para cederlo como escuela. A pesar de esta declaración de buena voluntad y de que los vecinos ofrecían local gratuito y proponían una enseñante preparada, en Patagalana no llegó a crearse una escuela rural.

131 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

Detalle del escrito de vecinos de Patagalana al alcalde de Tarifa solicitando una escuela en el lugar, fechado el 15 noviembre de 1960. Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Los Padres, que abajo firmantes se mencionan, se solicitan de la reconocida bondad de V.S. que son los niños y niñas, que hicieron la primera comunión, por mediación del Sr. maestro de Salaviciosa, de acuerdo con el Sr. cura párroco de la Aldea de Facinas, (TARIFA). El total de niños en Patagalana, son 18., A V.S.

si a bien, lo tiene de instalar un COLEGIO, para los referidos niños.

Habiendo lugar y niñas en condiciones, de poderle dar a los niños y niñas lecciones.,

Es por lo que esperamos de las ordenes oportunas para instalar el referido COLEGIO. (El local es gratuito). Y la Señorita Maestra, lo que V. S. se digne concederle.,

Detengamos el paso para mirar hacia atrás con perspectiva: en el Archivo Municipal hay constancia de demandas de escuelas y de maestros rurales a lo largo de tres décadas; desde 1935 hasta 1966:

- En 1935 un grupo de vecinos de La Dehesilla reclamaron formalmente una escuela. Los trámites iniciados para su creación quedaron en el olvido con el comienzo de la guerra.
- En 1945 los vecinos de Betis pidieron al Ayuntamiento que se abriese la escuela abandonada.
- En 1946 Pascual Cervera sugirió crear una escuela en su finca de La Palmosilla.
- En agosto de 1950 la Guardia Civil solicitó una escuela para la comandancia y los poblados de Bolonia y El Lentiscal.
- En septiembre de 1950 la Guardia Civil de Facinas pidió maestro para la escuela de Betis.
- En 1959 los vecinos de Guadalmesí y Arráez González reclamaron un salario para el maestro de campo que los atendía, a falta de una escuela rural.
- En 1960 los vecinos de Patagalana ofrecieron un local y propusieron a una maestra para crear una escuela en su zona, y facilitaron los datos del censo escolar que se beneficiaría de la escuela.
- En 1966 un maestro de campo que también trabajaba como maestro idóneo pidió una plaza estable para la maestra en la nueva escuela, en nombre de vecinos de Betis.

Las necesidades eran obvias, así como la inquietud de diversos estamentos sociales respecto a esta realidad: las demandas están firmadas por vecinos, comandancias de

la Guardia Civil, maestros de campo y hasta un terrateniente. A veces los alcaldes mostraron aparente voluntad, pero de hecho no se hicieron las gestiones necesarias para dar curso a una sola de las demandas.

Sacerdotes de Bolonia y El Lentiscal apoyaron la creación de escuelas en ermitas habilitando éstas y pagando parte del salario a maestros o maestras idóneos, y un sacerdote de Facinas impulsó la enseñanza ambulante en una finca acordando con su dueño igual forma de pago para un maestro: respuestas operativas que ponen en evidencia la ineptitud de los alcaldes. En su momento conoceremos detalle de estas experiencias.

Nuevos maestros y maestras

A partir de la guerra se generó un gran vacío profesional por fallecimientos en el frente, asesinatos, renunciaciones, exilio forzoso y depuraciones. Esto afectó a la educación así como a otros ámbitos de la vida social. Con el paso de las décadas se contaba con más personal formado en Magisterio, pero como es natural las maestras y maestros optaban a plazas en lugares con unas mínimas condiciones de vida y comunicaciones, aspectos que no habían mejorado sensiblemente en el municipio. Muestra de ello son las cartas que las maestras optantes enviaban al Ayuntamiento.

El 5 de octubre de 1957 Carmen Torres, que trabajaba como maestra en la escuela rural de Río Viejo (Jerez), escribió a la Alcaldía de Tarifa preguntando por la escuela de El Bujeo. Estaba considerando trasladarse a esa escuela y quería saber si tenía casa, luz, agua, a qué distancia de Tarifa estaba, cómo se podría trasladar al pueblo, si los domingos había misa y, lo que más podía preocupar a las maestras en el contexto de la época, si era lugar adecuado para que una mujer viviese sola. A esta última inquietud el alcalde le respondió que no había temor, ya que cerca había vecinos, un puesto de la Guardia Civil y guardas forestales¹³².

En septiembre de 1958 la maestra Guillermina López Pérez, que vivía en Sanlúcar de Barrameda, preguntó por la nueva escuela del Santuario Nuestra Señora de la Luz. El secretario le respondió que allí no había luz y tampoco vivienda, pero podía ocupar alguna habitación del santuario, y que para llegar a Tarifa tenía que hacer cinco kilómetros de camino vecinal y tres de carretera utilizando alguna bestia o, si coincidía en su ruta, coches o camiones militares. Por último el secretario subrayó que «el lugar es muy bonito»¹³³.

132 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

133 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

Las expectativas de la maestra Dolores Peña Crespo cuando empezó a trabajar en la nueva escuela rural de El Lentiscal chocaron con la cruda realidad. El 3 octubre de 1962 escribió al alcalde una carta que destilaba su indignación por la escasa comunicación, la lentitud en los procedimientos y su falta de conocimiento de las necesidades en el ámbito rural:

Dolores Peña Crespo, ex maestra idónea de la Escuela Rural Mixta de El Lentiscal, desearía comunicaros personalmente lo que a continuación se expresa pero cada vez que tengo que ir a Tarifa el gasto casi siempre se eleva a las 50 pesetas y, a decir verdad, ahora no dispongo de recursos.

He recibido de la Junta Municipal de Educación Primaria un documento (nº 2341 y fecha 26 de septiembre de 1962) en el que se me indican las normas que rigurosamente debo seguir en el presente curso; pero no me indican si debo empezar a dar las clases ni si hay que hacer nuevas diligencias para ocupar nuevamente el cargo, pues sabido es que el Título Administrativo, así como cuatro copias de Diligencias de cese, están en poder de la Delegación, y creo que mientras no se hagan las Diligencias de posesión no recibiré sueldo alguno.

Respecto a la ayuda voluntaria sobre «permanencias», os confieso, Señor, que en este lugar no espero lo lleven a cabo, excepto dos o tres casas de familia. De este modo, sería conveniente no cobrar nada, siendo indispensable para obrar así el haber designado por el Estado.

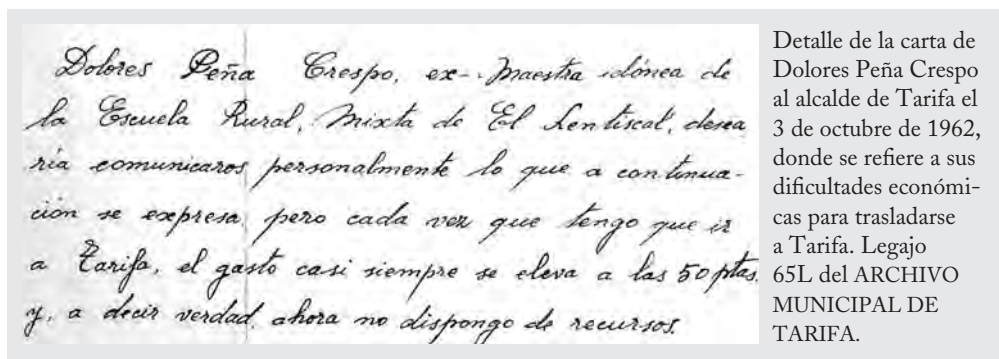
(sobre) Las demás disposiciones a que alude dicho documento, procuraré teneros al corriente todos los meses, aunque aquí la matrícula de niños de seis a doce años es escasa, hay niños en más cantidad, que frisan en los cuatro o cinco años y medio y que admito como párvulos, y otros que tienen más de los doce. También a estos hay que admitirlos, porque dieron clase el curso pasado y aún no están para darlos de alta.

Esta lucha contra el analfabetismo es muy distinta, en edades, en el campo que en la ciudad. Así que me creo en la obligación de comunicároslo, para su conocimiento y efectos¹³⁴.

Petra Ballesteros Ballesteros (molinos de Puertollano, 1962), maestra de primaria en una escuela de Tarifa, empezó a ir a la escuela rural de Puertollano cuando tenía seis años:

Allí estudiábamos niños y niñas de todos los niveles, de primero hasta octavo. Recuerdo que empezaban a dar tarea por el nivel más alto y luego pasaban a los más pequeños. La asistencia era muy irregular, porque todos ayudábamos en la casa y en el campo. Para llegar a la escuela había que pasar un río y el día que llovía mucho no se podía cruzar. Así que a veces no íbamos a la escuela. Otras veces era el maestro el que no venía. Si no se alojaba por aquí le suponía una complicación llegar. Los maestros cambiaban mucho.

134 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.



En muchas escuelas rurales las plazas se ocupaban por cortos períodos, pues una vez que el maestro o la maestra comprobaba las penosas condiciones de trabajo en cuanto le era posible pedía traslado. Por el mismo motivo quedaban muchas vacantes. Para tratar de resolver esta situación el Consejo de Protección Escolar de la comarca dispuso que la propia Alcaldía valorase y escogiese maestras o maestros idóneos para las escuelas rurales. José Antonio Campos Campos, nacido en los años treinta en Facinas, fue uno de ellos:

Se celebraron unos exámenes y los aprobados empezamos a impartir conocimientos en distintos lugares. Yo escogí Salaviciosa, donde estuve algo más de dos años. Las condiciones eran penosísimas. Mi escuela estaba en un local cedido por Antonio Durán Silva, un vecino apodado el Sable. Iba caminando diariamente desde Facinas, donde vivía con mis padres. Y como entonces en las escuelas había jornada partida, me llevaba la comida (sin táper). Ganábamos 600 pesetas mensuales y para cobrarlas tenía que desplazarme cada mes a Tarifa.

Si los maestros y maestras tituladas que tenían más recorrido profesional podían evitar estos destinos, no hay duda de que había muchas mujeres y hombres de la zona con cultura y habilidades para trabajar como idóneos. En todas las áreas donde había escuela rural trabajaban desde décadas atrás varios maestros de campo ambulantes, así que no es de extrañar que en los años cincuenta y sesenta algunos de ellos optaran como maestros idóneos. Éstos son, por orden cronológico, los casos que conocemos:

- El maestro Lorenzo Vázquez Zardain fue contratado de 1952 a 1956 en la escuela San Francisco Javier del cortijo de Tapatana. Cuando la escuela pasó a formar parte de la red de escuelas rurales Lorenzo dejó el lugar. Él llevaba años enseñando en esta zona, estaba bien preparado y mantenía vínculo con las familias de sus alumnos; pero optar a la plaza creada para esta escuela habría supuesto una investigación sobre su persona que posiblemente no deseaba.

- El maestro Sebastián Romero Delgado optó como idóneo para la nueva escuela rural de Puertollano, que se abrió en el curso 1958-1959. Sus antecedentes de participación en la guerra no jugaban a su favor, pero tras una reclamación a Alcaidía por parte de sus convecinos fue aceptado.
- En 1959 el Ayuntamiento concedió un salario mensual al maestro Andrés Señor, pues desde hacía tiempo él se hacía cargo de la enseñanza de los niños y niñas en los lugares de Arroyo Viñas y Arráez González.
- En 1960 el maestro Antonio del Castillo Altemburg optó a trabajar en la nueva escuela rural del Santuario de Nuestra Señora de La Luz. Lo solicitó a nombre de esposa, Ana Álvarez. Tras informes de la Guardia Civil de Facinas sobre el apoyo que Del Castillo brindaba a las familias campesinas, el alcalde rechazó su solicitud.
- A mediados de los años 1960 el maestro Fausto Ruiz Galán trabajó como maestro idóneo en la escuela rural de La Zarzuela. Su estancia en esta escuela fue breve.
- El maestro José Tejado Navarrete estuvo durante dos años en la nueva escuela rural Realillo de Betis; donde probablemente era titular su esposa Sebastiana Campos. En 1966, respaldado por los vecinos de Betis, Tejado Navarrete propuso trabajar de continuo en esa escuela, dado que no había maestras interinas que optaran a la plaza y que el alcalde no había querido designar idóneos.

Aquellos que fueron aceptados como idóneos permanecieron poco tiempo en esas escuelas rurales; posiblemente no les convenían las condiciones de trabajo ni el control ideológico. La mayor parte de ellos siguió trabajando como enseñantes durante mucho tiempo, bien por su cuenta, como hasta la fecha habían hecho, o en escuelas privadas o públicas de otros municipios.

Los resultados del Plan de Desarrollo Comarcal fueron muy limitados, los procedimientos no dejaron de ser largos e inoperantes. La falta de personal y de edificios adecuados para las escuelas rurales, un problema instalado en décadas precedentes, nunca llegó a resolverse: simplemente acabó cuando dejaron de existir estas escuelas. Entre las décadas cincuenta y sesenta la sociedad rural sufrió una profunda transformación, se aceleró la migración del campo a las ciudades y las escuelas rurales tal como se habían planificado dejaron de ser necesarias.

En los años sesenta y setenta aparte de la población rural infantil ingresó en la recién creada Residencia Escolar de Tarifa, y muchas familias del campo se trasladaron al pueblo para dar opción de estudios a sus hijos. Dicha transferencia de censo hizo más evidente la falta de plazas y de edificios escolares en Tarifa. Antonio Ruiz (Guadix, Granada, 1946) y Ana Giráldez Álvarez (Vico,

Facinas, 1949), maestros en Tarifa desde los años setenta, recuerdan que este problema perduró hasta los años ochenta:

La escuela pública empezó a valorarse hacia finales de los setenta. Vinieron niñas del colegio de las monjas y de otros colegios privados y escuelas particulares. Y llegaron niños del campo. El colegio de Nuestra Señora de La Luz unificó la escuela de niños de La Ranita y la de niñas de El Retiro; cuando llegamos de maestros a Tarifa tenía mil y pico alumnos. A medida que se cerraban escuelas privadas crecía la demanda de matrícula y el Ayuntamiento iba sumando espacios que hicieran las veces de aulas. En los dos colegios públicos de Tarifa se abrieron dos turnos de enseñanza, uno de mañana y otro de tarde.

Las aulas estaban diseminadas por todo el pueblo. Había unos módulos prefabricados en la barriada El Cerro. La maestra con plaza en la escuela rural de La Ahumada, que nunca llegó a instalarse allí, daba clases en una caseta en la barriada de Albacerrado. Había aulas en la barriada de El Congo, en el garaje frente al mesón La Garrocha y en lo que llamábamos las Mazmorras. Las Mazmorras era un edificio municipal situado en la plaza del Ayuntamiento donde no había luz y cuando llovía el agua bajaba en cascada por las mismas escaleras.

LA ENSEÑANZA NO FORMAL EN TARIFA

1. BUSCANDO LA FORMA DE APRENDER

Teníamos una pizarra de piedra en la pared de la cocina, escribíamos con unas piedras que mi padre buscaba en el río y se borraba con un trapo mojado.

MARÍA VALIÑO RAMOS

Roa de Golmar, Sobrado dos Monxes, A Coruña, 1933

Históricamente, las familias que vivían en geografías aisladas o en todo desatendidas por la administración buscaban por su cuenta el modo de alfabetizarse, pues eran conscientes del valor de la lectoescritura. Según la orografía y la organización social de cada comunidad se optaba por fórmulas diferentes. La cuestión era conseguir alguien con cierta preparación, contar con un espacio donde desarrollar las clases y convenir la fórmula de pago. Por ejemplo, en las décadas veinte y treinta del siglo XX buena parte de la población infantil y juvenil de los montes de Gipuzkoa no podía asistir a la escuela por incompatibilidad de horarios o porque no existía; pero aprendían operaciones sencillas, lectoescritura y a veces doctrina católica de formas diversas:

- El maestro que enseñó a Joxe Odria Osoro (Elgoibar, Gipuzkoa, 1913) ofrecía clases en su casa durante todo el día para que niños de diferentes edades pudiesen asistir. Los jóvenes si trabajaban iban de noche; y también asistían en épocas de menos trabajo.
- Joxe Mari Eizagirre Irure (Santa Engracia, Gipuzkoa, 1925) conoció a un maestro que se ganaba la vida enseñando por los caseríos a cambio de manutención; en el caserío donde le tocara ir le reservaban una habitación para dormir.
- Bitoriano Loiola Iriondo (Mutriku, Gipuzkoa, 1926) recuerda que la escuela de Mendaro era una casa construida a tal fin por la vecindad a la que acudían todos los niños y niñas del barrio. La profesora era una mujer bien instruida que también vivía en el barrio¹³⁵.

Aún cuando se hiciese presente la administración, las fórmulas de enseñanza tenían un gran componente de autogestión, como muestra el *Diccionario Geográfico* de Madoz. En Galicia, Asturias y León los propios Ayuntamientos o concejos regulaban algunas condiciones de trabajo de esas personas del pueblo o de un pueblo cercano que sabían un poco más y se dedicaban a enseñar en la temporada de menos dedicación agrícola. Ejemplo de ello son las ordenanzas concejiles de los pueblos de la comarca leonesa de la Maragatería, que establecían el pago al maestro en moneda, grano, leña y alojamiento:

... que en esta villa aiga todos los años maestro de primeras letras que dé escuela a los niños de ella y forasteros que quisieren concurrir desde mediados de octubre hasta final de marzo (...) y además de los estipendios acostumbrados de un real y seis libras de centeno por cada muchacho de leer, dos reales y otro tanto de centeno por cada uno de escribir, y tres reales y el mismo centeno por el de contar (...) Se le den de los efectos del concejo sesenta reales de vellón de salario y diez reales más para ayuda de la renta de la casa y dos carros de leña en cada invierno y por una vez¹³⁶.

En las regiones citadas y también en pueblos de Castilla y La Rioja y hay constancia de escuelas financiadas por los emigrantes del lugar, que emprendieron una nueva vida en América principalmente. A veces se les denominaba benefactores.

135 Testimonios recogidos en el proyecto *Ahotsak, Archivo Oral Vasco*. Web *Ahotsak*. Traducción y adaptación por Joseba Aiartza y Begoña Isusi.

136 *Ordenanzas concejiles de Lagunas de Somoza* (León). Fragmento del Cap. 121. Las ordenanzas concejiles, que partían de la tradición no escrita de siglos previos, se desarrollaron a lo largo de la Edad Moderna.

Una experiencia emblemática entre muchas es la de Camero Viejo (La Rioja). En la segunda mitad del siglo XVIII los emigrantes procedentes de esta comarca, conscientes de la importancia que había tenido la educación en su propia prosperidad, decidieron organizar escuelas en sus lugares de origen. Crearon fundaciones cuyos réditos permitían pagar los sueldos de los maestros, construir viviendas para ellos, mantener los edificios escuela y surtirlos de mobiliario y material. Como en el caso ya mencionado de los pueblos maragatos, a estas escuelas también podían asistir los niños de poblaciones próximas. En consecuencia durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX la comarca de Camero Viejo contó con los mejores edificios escolares de La Rioja y los maestros mejor pagados, tuvieron enseñanza gratuita y alcanzaron el más bajo índice de analfabetismo en España¹³⁷.

En un pequeño pueblo de Cádiz llamado Algar, los *pelaos* o ricos del pueblo promovieron la creación de una escuela privada; pues muchos niños y niñas quedaban sin opciones educativas. En esa escuela enseñó el maestro Paco Sánchez Vite, nacido en Vejer de la Frontera. Escribimos maestro porque esa era su preparación y su oficio, aunque no hubiese obtenido el título de Magisterio. Su sobrina María Márquez Sánchez (El Alburejo, Medina Sidonia, 1942) conoció esta escuela en los años cincuenta:

Desde que me quedé sin madre, con ocho años, me repartían entre los familiares. A veces me tocaba con mi tío Paco, hermano de mi madre. En la guerra a mi tío lo cogieron preso¹³⁸. Cuando salió libre, como él había estudiado en Vejer y sabía mucho, se fue a trabajar como *maestro escuela* a Algar. Allí les decían *los pelaos* a los que tenían animales y fincas y que, sin ser señoritos, reunían algo de dinerito. Esta gente se pusieron de acuerdo para hacer una escuela en el pueblo, que tenía sus bancas nuevas y todo. Cuando me tocaba estar con mi tío Paco iba yo a esta escuela.

Él siempre trabajó de maestro; no tuvo otro oficio. Tenían una casita allí cerca y mi tía criaba gallinas, pavos, cochinos y borregos. Cuando sus niños fueron mayores, hacia 1970, se fueron a Barcelona. Allí murió él.

137 Zapater Cornejo, Miguel (2007). *Escuelas de indios en La Rioja*. Edita Instituto de Estudios Riojanos.

138 Francisco Sánchez Vite estuvo en la prisión provincial de Las Palmas (Gran Canaria). Fue condenado a veinticuatro años, cinco meses y un día de prisión; pena posteriormente reducida. En noviembre de 1941 obtuvo la libertad condicional. Ver: Santos Silva, Alejandro (2022). *Aportaciones sobre la represión fascista en Vejer de la Frontera*. Beca de la Diputación de Cádiz para la recuperación de la memoria histórica en 2021.

Juan Gámez Cobo (Las Cabrerías, Córdoba) aprendió con el maestro Rosillas, que enseñó en Las Ramiras y Pesquera (Granada) y en Las Cabrerías y Cierzos (Córdoba) entre los años cuarenta y sesenta: Él era jornalero. Como sabía más que los otros hacía de maestro en los días de lluvia y al finalizar la *peoná*. Enseñaba a leer y escribir, las cuatro reglas y algunos procedimientos de medida y ventas. También redactaba documentos privados; arrendamientos y préstamos de dinero¹³⁹.

Manolo Lara Guillén (Cuevas Bajas, Málaga, 1941) emigró a La Bisbal d'Empordá (Girona) en los años sesenta. En su niñez en Cuevas Bajas conoció varias formas de enseñanza: los maestros ambulantes, las escuelas de cortijo, la escuela pública y las clases particulares. Cada forma cubría las necesidades de un sector social. Así lo explica él:

Alrededor de Cuevas Bajas existían dos tipos de cortijos. De las tres mil personas que tenía el pueblo en los años 1940 más de seiscientas vivían en cortijillos de pequeños propietarios autosuficientes. Podían permitirse pagar a maestros que iban caminando o con una bestia, daban dos o tres horas de clase y dejaban deberes.

Por otra parte estaban los grandes cortijos en la vega de Antequera. Algunos pocos cortijos tenían su propia escuela, donde los maestros llamados cortijeros enseñaban a los hijos del personal: el encargado, el guarda, los caseros, las amas de leche, etcétera¹⁴⁰.

En el pueblo había una escuela de niños y otra de niñas. La inmensa mayoría no iba nunca a esta escuela. Algunos hijos de jornaleros íbamos cuando no tocaba la recolección de aceitunas. Y cuando se alcanzaba la edad de cuidar animales, se terminó la escuela.

De noche íbamos a la casa de algunas personas que se dedicaban a enseñar cobrando poca cosa; pero ha de decir que a estas personas no se les llamaba maestros.

Escuelas de cortijo

Como explica Lara Guillén, los dueños de algunos grandes cortijos o fincas organizaron escuelas para los hijos e hijas de las familias que trabajaban y vivían allí. Por ejemplo, el padre de Juan Montedeoca Rosado (dehesa de La Granja, Los Barrios, 1926) trabajaba como guarda jurado para Luis Ojeda, propietario

139 Gámez Cobo, Juan (2010). *Cien años en Las Cabrerías. El honor de los camperos*. Caja Sur. Córdoba. Págs 115-117, 303-304.

140 En algunas zonas se denomina maestro cortijero al que enseñaba por su cuenta en las fincas de forma ambulante. En otras zonas se asigna ese nombre a aquellos que enseñaban en dependencias del cortijo y recibían un pequeño salario de sus dueños.

de La Granja desde 1918. Ojeda pagaba a un maestro de apellido Corrientes que enseñaba a los niños al atardecer, cuando regresaban del trabajo. La escuela se cerraría a primeros de los años treinta¹⁴¹.

Las escuelas de cortijo que conocemos se crearon bajo la motivación y auspicio de un propietario o propietaria en concreto. Como consecuencia tuvieron poca continuidad, salvo excepciones. El local podía ser un edificio construido para tal fin, unas dependencias en el propio cortijo o una parte de la *gañanía* donde se colocaban bancas y, a veces, mesas. Entre las experiencias de escuelas de cortijo que conocemos, era normal que aceptasen a otras familias de la zona que no trabajaban al servicio de los dueños.

Cabría suponer que durante el franquismo hubo menos escuelas en los cortijos, dado el temor de los señoritos a que las enseñanzas de los maestros prendiesen «... las conciencias vírgenes de los campesinos y de sus hijos», como advertía el terrateniente Núñez y Manso en la prensa local de Tarifa en 1927. Pero los datos no apuntan en esa dirección. Es más, en ocasiones los grandes propietarios contrataron a maestros ambulantes que eran de izquierdas. Al fin y al cabo eran las únicas personas reconocidas en la comunidad local que tenían preparación y experiencia, y además estaban dispuestas a trabajar por un pequeño sueldo en aquellos lugares aislados y con pocas comodidades.

En el término de Tarifa tenemos referencia de cuatro fincas donde hubo una escuela auspiciada por los dueños en períodos diferentes, entre los años veinte y los años sesenta: Tapatana, Aciscar, Iruelas y Arráez.

Presentamos tres experiencias de enseñanza autogestionada en el medio rural entre los años 1920 y 1940:

- Adelardo Pérez Pellón, de León, empezó enseñando en León a los hijos de una familia donde se alojaba y posteriormente fue contratado como maestro en pueblos de Asturias. Su hija Josefina Pérez del Blanco aporta sus recuerdos.
- Servanda Bustelo, de Asturias, conoció a un maestro que rotaba por las casas de la aldea, que hacían las veces de local escuela y donde se alojaba.
- María Valiño Ramos, de Galicia, aprendió con su padre en casa, y también en la escuela y con clases particulares. María Valiño es muy consciente de que el ritmo de trabajo en el campo condicionó sus estudios y de que los niños tenían más oportunidades que las niñas.

141 Díaz Martínez, Beatriz (2011). *Un rosal de flores chiquititas. Represión y supervivencia en Los Barrios (Cádiz)*. Editorial Tréveris. Sevilla. Pág 96.

JOSEFINA PÉREZ DEL BLANCO



Josefina Pérez del Blanco en Bilbao, año 2013.
FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Me llamo Josefina Pérez del Blanco y soy profesora de primaria. Nací en Barniedo de la Reina, un pueblo de León al sur de Riaño. Soy la pequeña de doce hermanos; la pequeña entre las mujeres. En el pueblo cada uno tenía una pequeña tierra y además había terrenos comunales: unos se arrendaban para pasto de trashumancia y con el beneficio hacían arreglos en el pueblo, y en otros cada uno tenía su cuota de participación en la siembra del trigo.

En el verano cada familia tenía que hacer un día de vacas por cada vaca que tuviera, y uno por cada cuatro ovejas. Eso se llamaba *la vecera*¹⁴². Para que los mayores no tuvieran que desatender otras tareas, normalmente una persona mayor hacía turno con un niño o una niña de catorce años como mínimo. A veces tenías que dormir al aire libre y otras había dónde refugiarse. Llevábamos una manta de cuadros blancos y negros que pesaba... ¡no te puedes imaginar! Subía a las tres de la tarde en el mes de agosto con aquella manta y con las vacas, sin saber bien lo que tenías que hacer... Ahora, ¡la noche con el cielo estrellado junto al fuego era algo tremendo!



Adelardo Pérez Pellón, Marina del Blanco Valladares y sus hijos, en los años sesenta.
FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE JOSEFINA PÉREZ DEL BLANCO.

¹⁴² La vecera o ronda de turnos es una norma arraigada en la tradición. Protege o pone en valor a la comunidad por encima del individuo; como las ordenanzas concejiles.

Mis padres se llamaban Adelardo Pérez Pellón y Marina del Blanco Valladares. Los dos fueron a la escuela. Mi padre nació en 1905 y era una persona muy inteligente. Un amigo de la familia que solía venir a casa de mis abuelos cuando la feria tenía a sus hijos por unos burros, y un día acordó con mis abuelos que algunos hijos suyos se quedaran en su casa; estudiarían de día en la escuela del pueblo y de noche con mi padre. Supongo que aquel amigo algo les daría a cambio.

Otro amigo de mis abuelos que venía a la feria de Riaño desde Dobarganes (Liébana) también tenía unos cuantos hijos que no sabían leer y escribir, y propuso a mis abuelos que mi padre marchara con ellos para enseñar a los hijos. Entonces mi padre tenía unos dieciséis años. Anduvieron mi abuelo y mi abuela discutiendo si le dejaban ir y decidieron que sí: «Un saco de harina que nos traen y otro que no gasta; y aquí no lo necesitamos en el invierno». Claro está que, aparte de enseñar a los hijos de este hombre, en Dobarganes también hacía las tareas propias de los ganaderos.

Al año siguiente un muchacho llamado Gabino Pedroche Rodríguez, que era maestro sin título en Sames (Asturias), le animó a trabajar como él: «Con lo inteligente que eres, tú podrías dar clase por aquí, que pagan más». Atravesaron la montaña en madreñas y por atajos. Lo contrataron en Niedo, cerca de Covadonga, después de hacerle un exámen. Se alojaba en casa de una familia y daba clase a los niños del pueblo por el día y por la noche a las personas mayores. Dicen que se hizo famoso y que venían de otros pueblos para recibir sus clases.

Mi padre estuvo tres o cuatro años en esa zona. Al regreso de la mili se casó y se quedó en su pueblo. Allí daba clase por la noche a los mozos que ya habían acabado la escuela y querían aprender más. Cuando yo era pequeña en la pared de la cocina había una pizarra donde mi padre escribía cuando enseñaba matemáticas, ortografía y redacción.

Un día vino al pueblo un señor de Alemania buscando a mi padre. Le contó que gracias a él había llegado a ser jefe de una cadena de hoteles en Alemania. Él estaba de lavaplatos y un día oyó a los jefes discutir; cada uno había puesto distinto capital y no se ponían de acuerdo en cómo repartir beneficios. «Yo se lo puedo resolver», les dijo. «¿Qué vas a resolver tú?». Con «la regla de compañía» lo resolvió y gracias a eso fue subiendo en la empresa.

Mi padre mandaba escritos a los que habían emigrado a México y otros lugares para pedirles que apoyasen económicamente proyectos del pueblo. Y nos enseñaba poesías como la de Gabriel y Galán: «He dormido esta noche en el monte, con el niño que cuida mis vacas...»¹⁴³. Atender las vacas y segar sí,

143 Se refiere al poeta José María Gabriel y Galán (1870-1905).

pero tengo que decir que en casa mi padre no hacía nada. Mi madre sabía leer y escribir; lo cierto es que en casa, él leyendo y mi madre trabajando.

SERVANDA BUSTELO GARCÍA¹⁴⁴

Mea madre tuvo quince partos. As mesmas mueres del poble axudaban, se cuadra iba úa muer pra con outra. Alí non había máis nada. Tuvén nove ermaos, comigo dez. Éramos seis nenos. Moriron algunos porque había úa enfermedá que chamaban *el garrotillo* y daban os nenos en apretarse del corazón y en arquejar, e morrer¹⁴⁵. Ún xa tía dez anos condo moriu. ¡Carayo...! Morréu sin darse cuenta casi.

Durante el día facíamos muito. Dábanse castañas a os cordeiros separados das oveyas y dábanse tamén a os cochos. Castañas d'aquelas máis ruías qu'iban quedando de comelas. E vendíasen tamén castañas. Despóis había qu'ir buscar un feixe d'uces pra os chivos e había que buscar outro feixe pra os cordeiros¹⁴⁶. Del leite das vacas se facía manteiga e lo que sobraba de comer mamaban os xatos. ¡Había labor a montón!

E os camiños eran caleyeiros ne, ¡quén s'acorda de pistas! Estretos. Iba el carro pum, pum, mazando nas pedras¹⁴⁷. Andábase nas galochas, que son as madreñas. Chamábanse galochas de zapatiya y galochas d'escarpín, que chegaban al medio da perna y facíamoslos nosoutros de lá con espetas e con todo ese telar. Facíanse as chaquetas de lá das oveyas. Filar, igualar, torcer... Aprendíamolos us cos outros.

Us tein menos, nunca chegaban a ter un rabaño grande e iban tirando con aquilo. Os outros tábamos muito más bregados de cuidar gado e de trabayar nas terras. Antias muita xente foi a Buenos Aires. De por aquí foron a barrer. Marcharon pr'aló pensando que non había que trabayar. Ún tuvo vivindo alí máis probe qu'as arañas (as arañas non tein nada, van desnudas polas paredes) y volvéu. «Ha ser miyor aló. Vámonos pr'aló outra vez, que miyoróu aquilo».

144 Servanda Bustelo fue entrevistada por Carlos Alberdi y Begoña Isusi en 2013 en A Ovellariza, Vilanova d'Ozcos, Asturias Occidental; cerca de Galicia. Tenía noventa años entonces; nació hacia 1923. Servanda habló en su lengua materna, el gallego-asturiano (lengua hablada entre los ríos Eo y Navia), entremezclando palabras en castellano para hacerse entender.

145 Se trata de la difteria laríngea.

146 La *uz* es un arbusto del género *Erica* propio del monte de la zona. En castellano se conoce como brezo. Su plural es *uces*. *Feixe d'uces* es un haz de brezo.

147 Caminos *caleyeiros* son caminos *de caleyón*, es decir, caminos umbríos, estrechos y profundos, de malas condiciones para el tránsito.

As escolas taban nos poblos grandes como Vilanova y Samartín. Pro nos poblos pequenos, por moitas casas que tuvesen, nada d'escola. Ás noites íbamos pa úa casa del poble unde el maestro decía escola. Aquí oito días, outros oito días nel outra casa y outros oito nel outra, p'andar el poble todo. Todos xuntos, nenos y nenas. Nada máis había un libro que ye chamaban *El Silabario*. Decían qu'el nome de todas as letras taba na cara de cristos. «Agora xa aprendéu a cara de cristos, xa imos a miyor». Aprendendo a cara de cristos xa conocía todas as letras y despóis iba combinando todo aquilo.

Y el maestro era un home que nun era que tuvese título de ningúna clase, pero sabía dalgo máis e despóis diciáyese a os que nun sabían nada. Era de Samartín y dormía nas casas unde decía escola. E despóis no mesmo poble de Piorno tamén había alí ún que sabía dalgo máis e dedicóuse tamén a ensinar al que nun sabía.

Meu padre nacéu nese poble que chaman El Vilar y mía madre nacera nun poble que chaman Murias. Mía madre sabía máis qu'el meu padre. Aprendéu tamén con un maestro d'esos. Eu aprendín dalgo, pero era un pedacín de noite condo íbamos; dúas horas. E casi aquilo que aprendín se me foi borrando. Tabá mui ignorante, mui atrasado. Caséime y entoncias marchéi. Meus ermaos saben muito máis, pero eu que soi máis nova tía labor abondo. Eu muito laboro. Coa intelixencia que tía podía aprender ben, pero faltaba el saber.



Servando Bustelo García
en A Ovellariza, Vilanova
d'Ozcos, Asturias. Año
2013. FOTOGRAFÍA DE
CARLOS ALBERDI.

MARIA VALIÑO RAMOS

Me llamo María Valiño Ramos. Nací en 1933 en una pequeña aldea llamada Roa de Golmar (Sobrado do Monxes, A Coruña), cerca de la costa de *Lujo*. En algunas casas había dos familias: el hijo se casaba y vivían los dos con los padres, o *viciversa*, iban donde los padres de la mujer.

Tres vecinos de la aldea trabajábamos las tierras arrendadas al mismo *terras-teniente*. Había que dar a los caseros una parte. Teníamos doce vacas para leche y para crías, pero las vacas también eran del amo y había que darle su parte; con las crías se le pagaba. Cultivábamos patatas, maíz, centeno, trigo... Y para la casa lechuga, cebollas, ajo... Y teníamos cochinos que eran nuestros, para cebar, ¡porque de algo había que comer! Había que trabajar duro sin parar. Ahí no había domingos. Mis padres nacieron hacia 1912; ellos y sus padres también

trabajaban la misma tierra de los mismos dueños. Ahora hay máquinas pero antes todo era *a poder del trabajo*.

Nosotros fuimos seis hermanos. A los doce años yo cambiaba a mi abuela, porque ella estaba encamada. Los lunes era cuando más lavado había, porque los sábados nos duchábamos y nos cambiábamos. ¡Era mucha ropa como juntábamos! Recuerdo de ir a lavar al río, que estaba a un buen rato de camino. Venían a traernos la comida y estábamos todo el día lavando. La ropa blanca la dejábamos a clareo hasta el otro día. Después de aclarar la tendíamos por allí y, si hacía buen día, a la noche ya la subíamos seca. Cuando había que subirla mojada mi madre con mi abuelo bajaban un carro pequeño de una vaca sola y allí poníamos las tinajas de zinc con la ropa.

La comida para el mediodía se hacía de víspera porque mi madre, entre que atendía a la abuela y ordeñar las vacas... ¡déjate tú! A diario comíamos patatas con tocino y con *jrelos*¹⁴⁸. Sólo en el tiempo de carnavales comíamos *filloas*¹⁴⁹. Mi padre mataba tres o cuatro cerdos para todo el año. Cogíamos muchas castañas. Teníamos una habitación vacía reservada para tenerlas sin *descascarlas* del erizo todo el año¹⁵⁰. Y a la noche las asábamos: hacíamos fuego sobre una piedra y cuando la piedra estaba caliente las echábamos.

Mi padre de noche nos enseñaba a las hijas. Lo que aprendimos lo estudiamos con él, porque de día trabajábamos en la tierra y en todo. Él quedó muy joven sin padres, lo acogió una tía que era maestra y ella le enseñó. Cuando se murió su tía le quedaron los libros a él y con esos libros nos enseñaba. Los traía uno por uno y que no los *mancharíamos*, ¡porque si no había *zoscas*!¹⁵¹. Usábamos *El Silabario* y luego una enciclopedia.

Teníamos una pizarra de piedra en la pared, porque mi padre decía que a los cuadernos no le llegaba el dinero. Escribíamos con unas piedras que él buscaba en el río y se borraba con un trapo mojado. Nos enseñó a escribir y a leer, y las cuatro reglas. Nos poníamos las chicas a estudiar y la que se dormía, ¡una *zosca*! Desde que yo tenía cinco o seis años ya estaba mi padre luchando conmigo. Y mientras nos daba clases mondaba las patatas y las dejaba en agua para hacer la comida mi madre al otro día.

Mi abuelo sabía leer y escribir. Mi abuela no. Ni mi madre. Ahora, de cálculos de cabeza no la engañaba nadie. Vendían un cochino y cuando terminaban

148 Grelos. El grelo es la hoja del nabo.

149 Tortas de harina y agua o caldo hechas a la sartén o a la plancha.

150 Sin quitarles el erizo o cáscara exterior.

151 Bofetadas, tortas.

de ajustarlo ella de memoria ya sabía lo que tenían que cobrar. Vendían los quesos y lo mismo. Hacía sus cuentas dando golpecitos con los dedos; y para que no la vieran a lo mejor ponía una chaqueta por entre las manos. Y en casa cuando vendían un animal ella cogía garbanzos y calculaba con los garbanzos¹⁵².

La maestra de la escuela vino de Santiago jovencita y se casó luego con un labrador. En el pueblo estaban muy contentos así que a ella no *faltábale* nada, porque le hacían regalos de comida, jamones y quesos. El cura y ella cobraban las clases que daban a la noche para los que no podían ir de día, o para los que querían más clases. Había niños y niñas de todas las edades y la profesora destinaba a los que más sabían para que enseñaran a los pequeños. Cuando llovía o nevaba iban más niños a la escuela. Venía el buen tiempo y, ¡a trabajar al campo! Los niños de familias que tenían sus tierras y sólo trabajaban para ellos iban más a la escuela.

Mis hermanos iban a la escuela por la mañana, a la tarde trabajaban y luego a la noche volvían a clases particulares con la maestra. Mis hermanas pequeñas estudiaron en la escuela también. Yo como era la mayor tenía que estar a cargo de todo. Mis padres hacían distinción: todo para los hombres. Dos hermanos míos con quince años se marcharon a Pontedeume a estudiar porque el amo de las tierras les *pajó* el colegio. Mi hermana pequeña tenía mucha memoria y valía para estudiar, pero mi padre estaba siempre con que los hijos... Y los hijos cuando les llegó la hora se casaron, ¡y adiós estudios! Ninguno de los que mandó a estudiar afuera terminó el bachillerato.

Me casé con veinticuatro años y nada más casarme vine para Baracaldo. Mi hermano el mayor ya estaba aquí y tiró por nosotros. Llevamos aquí cincuenta y seis años. También *lo pasamos* para poder echar adelante. Mi marido primero trabajó haciendo carreteras, luego en fábricas y por último estuvo veinticinco años de guardia municipal en Bilbao. Yo he criado dos hijas y he cosido pantalones por encargo de tiendas. Saber hacer cuentas me ha valido mucho para mi trabajo.

152 Personas de diferentes regiones, sobre todo mujeres, refieren el uso de piedritas, alubias o garbanzos, que agrupadas en función de las cantidades servían para hacer multiplicaciones y sumas. Es una forma ancestral de cómputo probablemente equivalente al ábaco.

2. LAS ESCUELAS PARTICULARES

Los de mi generación adquirimos en escuelas particulares la base de nuestros conocimientos.

CHAN ÁLVAREZ CABEZA
Facinas, 1944

Los maestros y maestras llamados privados o particulares como los que enseñaron a Manolo Lara Guillén, de Cuevas Bajas (Málaga), trabajaban en su propia casa o en un local sencillo. A veces reunían a un grupo considerable de niños y niñas y establecían una escuela, que era llamada escuela particular. Cobraban por alumno y en general no tenían cobertura de instituciones ni de benefactores. Diego García Chaves (Chiclana de la Frontera, Cádiz, 1936) estudió con varios maestros particulares:

Por las noches, después de trabajar en el campo, mi padre me obligaba a ir a una escuela particular. En Chiclana había muchos maestros y maestras que enseñaban a diez o doce niños en su casa, y cobraban por día. Tenían una formación muy básica: sabían las cuatro reglas, algo de problemas y poco más. Mientras vivía en Huerta Chica estuve estudiando con los maestros Capricho y Diego Raelito, que vivían cerca de nosotros. En 1947 nos trasladamos a la calle de La Almendrá y estuve en la escuela de Pacheco, llamada Los Carriles. Mi padre dedicó muchas horas de noche a corregirme y me pegó buenos coscorriones para que yo me acordara de las letras¹⁵³.

Las escuelas y clases particulares tuvieron gran impacto educativo en los pueblos y también en las ciudades hasta los años setenta del siglo XX. La investigadora Carmen del Río Diestro encontró que la alfabetización doméstica, las

153 Díaz Martínez, Beatriz (2009). *Calle Tesón. Memorias de Diego García Chaves, empresario chicanero*. Edición a cargo de Diego García Chaves. Cádiz.

escuelas de *amiga* y las clases particulares explican la tasa de alfabetización relativamente alta en el Santander del siglo XIX, ya que la cobertura de las escuelas municipales era entonces muy baja¹⁵⁴.

La enseñanza ambulante por los campos requería caminar por veredas de día o de noche, y dormir sin intimidación en las casas del alumnado; una opción que no podían considerar las mujeres que aspiraban a dedicarse a la enseñanza. Ellas estuvieron más presentes como enseñantes en esos espacios privados que destaca Carmen del Río: en la casa familiar, en el patio y, en el caso de núcleos de población más concentrada, en las escuelas de *amiga* y las escuelas particulares.

En Tarifa, los hijos e hijas de las familias un poco mejor situadas se educaron con maestros particulares en su propia casa y en colegios religiosos. Las familias más adineradas, que eran muy pocas, recurrieron a los enseñantes experimentados que ya trabajaban en la zona; esto es, a maestros de campo como Sebastián Muñoz y Antonio del Castillo, a maestras de escuelas particulares como Leonor Alba (que enseñó a algunos hijos de Joaquín Nuñez) y a maestras de la escuela pública como Feliciano Rodríguez (que enseñó a los hijos de la familia Des Allimes).

Y el resto de la población tarifeña, que era la mayoría, ¿dónde estudió? Casi todas las personas entrevistadas que han vivido en los núcleos de Tarifa o Facinas aprendieron en una o varias escuelas particulares. Muchas de ellas acudían por períodos cortos e intermitentes en que la familia contaba con más dinero, y dejaban de asistir pasados unos años, cuando se ponían a trabajar. Juan Moreno Fuentes (Tarifa, 1943) rememora:

Estuve en *unas pocas* escuelas. Antes los maestros pegaban bastante. Cuando uno me pegaba ya no iba yo más a esa escuela y me tenía que apuntar mi madre en otra. Con doña Mariquita, que daba clase a los críos en una habitación de su casa en la Puerta de la Mar, en la vera del muelle. Y con don José El Gordo donde el Instituto Social de la Marina. Algo aprendí. Me defendiendo en lo mío. A mí me gusta leer libros y novelas. Y escribo, pero con muchas faltas.

Pocas mujeres de los núcleos no rurales trabajaban sólo en la casa y en los cuidados familiares, como daba a entender la atribución laboral de «sus labores» (abreviado como SL) o «su casa» (abreviado como SC). Mientras trabajaban en el campo, en la conservera de pescado, en un comercio, en los cuidados a personas dependientes o como empleadas de hogar, ¿dónde quedaban sus hijos e hijas

154 Del Río Diestro, Carmen (2012). «La educación en Cantabria, 1800-1935». En: *Las fundaciones benéfico docentes en Cantabria. Siglos XIX y XX. Tesis doctoral*. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Cantabria.



José Sánchez García, apodado José el Gordo, con sus alumnos en Tarifa. Abril de 1961. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE PACO MANZANERO.

más pequeñas? Abuelas, tías y vecinas se hacían cargo, o bien se hacía el esfuerzo económico de apuntarlas a una escuelita particular, como eran llamadas.

En algunas escuelas se pagaba por días, y los niños y niñas se presentaban con el dinero en la mano. El peluquero tarifeño de apodo Follones explica: «Mi madre para que no estuviera en la calle me mandaba a la *miguita* con el dinero en el bolsillo. Muchos días *nos corríamos* la escuela y nos gastábamos el dinero que nos daban para pagar a la maestra. Como las maestras tenían necesidad se preocupaban porque los chiquillos fueran a la escuela. Llamaban a tu madre, “¿qué le pasa al chiquillo, que no ha venido?”».

Impacto de las escuelas particulares

Las personas entrevistadas que se criaron en los núcleos de Tarifa y de Facinas sitúan la enseñanza privada como la opción más aprovechable de su experiencia educativa. Paco Pérez Gómez (Tarifa, 1940) recibió la suficiente formación en escuelas privadas y clases particulares para poder completar sus estudios superiores por correspondencia:

Mi padre era marinero. A los veintisiete años dejó la mar y montó una tienda de comestibles, que es lo que entonces se podía montar aquí. Mi madre trabajaba como costurera para una familia pudiente, los Núñez, que eran los amos del pueblo, así que mi madre tenía una buena situación. Estudié en el colegio de monjas Inmaculada Concepción hasta los once años. Dos maestros de la escuela pública me dieron clases particulares: doña Teresa Carrillo por las tardes durante el curso y don Alfonso Rodríguez Castillo en el verano. Antonio López Gómez, que trabajaba en el banco de interventor, me dio clases por las noches. Estudié después en el seminario y me preparé a distancia para maestro mercantil.

Alfonso Santander, que sería maestro ambulante en El Pedregoso, abandonó el colegio público de Facinas siendo muy pequeño debido a la severa actitud de su maestro. Acudió a una escuela particular por poco tiempo y cuando cumplió once años empezó de aprendiz con un barbero. Este barbero le ponía tarea cada mañana antes de comenzar el trabajo; y Santander asegura que fue su mejor maestro.

Magdalena Muñoz Pelayo entró en la escuela de Facinas hacia 1942, con seis años, pero no sabe leer ni escribir: «Yo soy zurda. Hacía unas *planas* preciosas con la mano izquierda, pero entonces no dejaban escribir con la izquierda. La maestra se venía por medio de los pupitres: “¡Con la otra mano!”. Y ya le cogí asco a la escuela». Luz Manso Silva (Facinas, 1945), que ha asistido al Centro de Adultos de Facinas durante muchos años, recuerda así la escuela pública:

La maestra me tenía para hacerle mandados: me mandaba a por huevos o a por verduras del campo, carrera para abajo y carrera para arriba. Era muy dura. Ya podías llevar años que no aprendías; tenías que ser demasiado lista para aprender con ella. Yo seré torpe, pero ella no me daba tarea para comprobarlo. Más tiempo estábamos en la calle que en la escuela. Por la mañana izábamos la bandera y teníamos que cantar el *Cara al sol*. A las doce y media se salía, a las dos y media entrábamos y otra vez la bandera, y salíamos a las cuatro. Y al cantar el himno, como no alzaras la voz te metía una mancha de alpargatazos en las manos y en el culo¹⁵⁵.

Chan Álvarez (Facinas, 1944) habla de las opciones educativas que había en Facinas:

Muchos de mi generación aunque demostraron una inteligencia excepcional se quedaron en el camino del atraso. Entonces casi todos los chiquillos preferíamos a las maestras de las escuelas particulares. Las personas que nacimos entre los

155 Adaptado de: Díaz Martínez, Beatriz (2008). *Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos*. Atrapa-sueños y LitOral. Sevilla.

años treinta y cuarenta adquirimos en la escuela particular de las Porronas la base de nuestros conocimientos. Después algunos pasamos a la escuela nacional. Cuando tenía trece años comencé a trabajar como aprendiz de dependiente en una tienda. El interés por saber me llevó a estudiar por correspondencia contabilidad, inglés, francés, mecanografía y otras materias. Con cuarenta y cinco años, al abrirse el Centro de Adultos en Facinas, obtuve el graduado escolar; el único título que tengo¹⁵⁶.

Pedro Sánchez Godino (San Pablo de Buceite, Jimena, 1950) se crió y educó en una zona rural y con el tiempo fue director de un colegio de Algeciras al que estaban adscritas cinco escuelas rurales. Él está convencido de que la enseñanza no formal en fincas y en pequeños núcleos habitacionales no tenía que envidiar a la enseñanza oficial de ese tiempo:

La mayor parte de la población rural no aprendía en las escuelas rurales, entre otras cosas porque no había suficientes centros ni suficientes plazas. Aprendían con un maestro particular que iba caminando o en bicicleta de cortijo en cortijo. Ellos son los que verdaderamente enseñaron a la población rural. Enseñaban las cuatro reglas (con la arroba, el cuarterón y la fanega como unidades de medida) y a leer y escribir; que es poco más o menos lo que se enseña ahora. Hay muchas más florituras pero lo importante sigue siendo eso. Esta forma de enseñanza tenía un carácter verdaderamente romántico, porque una vez que entramos en la Administración perdemos el romanticismo.

Los maestros nacionales cobraban muy poco y no tenían condiciones para enseñar. El maestro Gumersindo, de la escuela *de balde* de San Pablo de Buceite, tenía cincuenta niños en clase; ¡poco podían aprender! Él daba clase por la mañana. Por la tarde se iba a regar acequias y en la escuela lo relevaba su mujer.

Mi padre no llevó a sus hijos a la escuela nacional. En el año 1955 pagaba a un maestro de la bicicleta, don Salvador Prieto, de mote Perragorda, para que me diese clases. Ese maestro sabía prácticamente lo mismo que el maestro nacional, enseñaba a siete u ocho niños, y cobraba la merienda y algo más. Él tenía que justificar el fruto de su enseñanza y someterse a la supervisión de mi padre, así que cuando yo tenía cinco años ya sabía leer y escribir, y con siete años ya dividía y hacía raíces cuadradas. Después me pusieron con don Luis, un maestro que trabajaba en una escuela de la finca El Corchado que llegaba por las tardes en una moto. Nos daba clases a quince o veinte chiquillos en el cine de pueblo, en el corredor entre la pantalla y la primera fila. A partir de los ocho años estuve con un tercer maestro particular en Algeciras y con eso aprobé el examen de ingreso al Instituto sin problemas.

156 Adaptado de: Álvarez Cabeza, Sebastián (2010). *Facinas. Cosas de nuestro pueblo*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz. Cádiz. Págs 50-53.

En noviembre de 1950 el director de las escuelas de Facinas se dirigió por escrito al alcalde de Tarifa a propósito del problema manifiesto del absentismo escolar. Le explicó que muchos niños asistían «a clases clandestinas particulares (...) con el consiguiente perjuicio para su formación» y le propuso prohibir las escuelas particulares y sancionar a las familias de los niños y niñas que asistían a ellas¹⁵⁷. Su escrito sugería que la existencia de las escuelas particulares provocaba absentismo en la escuela pública. La realidad era muy diferente: la escuela pública no daba cabida a todo el censo escolarizable ni en los pueblos ni en los diseminados del campo. Las pequeñas escuelas privadas y las clases particulares cubrían parte de este vacío y eran muy reconocidas por la población local.

Las migas o escuelas de amigas

Muchos alumnos y alumnas entrevistadas llaman *miga*, *miguita* o *miguilla* a las escuelas particulares donde estudiaron. Este término se menciona en diversas investigaciones, asociado a las escuelas particulares. El nombre tiene su origen en la expresión «escuela de *amiga*», referida a espacios de enseñanza femeninos creados por mujeres para la educación de las niñas, y hoy día aún se usa en diversas localidades de España y de América.

El término se ha usado en contextos diversos. Ciertos textos refieren que las maestras de las *migas* tenían poca preparación y que estaban dedicadas sólo a niñas, o sólo a párvulos. Por ejemplo, en el San Roque de 1847 había nueve o diez *amigas*, que eran descritas como «casas con maestras que enseñan a niñas chiquitas a leer y rezar, por un corto estipendio que pagan las madres», según reseña el historiador Antonio Pérez Girón¹⁵⁸.

Algunos informes municipales hacen alusión a la extrema necesidad económica de las maestras de estas escuelas, que por lo general eran solteras o viudas; lo mismo que las mujeres con negocios propios, pues aquellas que estaban casadas se apoyaban económicamente en sus maridos, por lo menos a los ojos de la administración. Es probable que las propias maestras reforzasen esta visión cuando reclamaban un salario municipal que diese estabilidad a su proyecto educativo, pues no sería fácil sostener este tipo de escuelas con los escasos pagos de las familias pobres cuyos hijos e hijas asistían irregularmente.

157 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

158 Pérez Girón, Antonio (2008). *San Roque, crónica del siglo XIX*. Edita Asociación de la Prensa del Campo de Gibraltar. Cádiz.

Tal como las describen las personas entrevistadas, las *migas* donde aprendieron las primeras letras consistían en escuelas mixtas, y acogían a niños y niñas de edades diversas, no sólo a párvulos. En ellas se enseñaba lectoescritura, operaciones sencillas y, en algunos casos, labores de costura. Con más frecuencia se llama *migas* a aquellas escuelas llevadas por mujeres, y no así a su equivalente dirigido por hombres. Esto puede estar relacionado con la consideración peyorativa de las *migas*, pero la misma realidad contradice esta mirada...

Para entender el valor y el impacto de las *migas* volvamos la mirada un siglo atrás. A mediados del XIX, el 22 diciembre de 1851, la Comisión Provincial de Educación ordenó que en cada localidad se cerrase parte de las escuelas particulares o *amigas* no autorizadas que atendían a párvulos y mantener otra parte, hasta que se estableciese una escuela pública de párvulos. El propio texto de la norma daba por sentado que las *migas* o escuelas particulares se dirigían a niños y a niñas. Dando curso a esta orden el 11 de abril de 1852 la Comisión de Educación Primaria de Tarifa acordó sugerir al gobernador civil que tolerase las *amigas* que ya existían y que prescindiese del establecimiento de una nueva escuela de párvulos. Su propuesta daba a entender que preferían no gastar en ese nuevo recurso, pues las escuelas de *amiga*, que eran mixtas, cubrían esa necesidad educativa.

Esta comisión sugería tolerar seis *amigas* en Tarifa. Sus responsables eran María Manuela Toledo, Francisca Muñoz Ortega, Teresa García Rodríguez, María Antonia Valencia, María Carabria Gutiérrez y María Rosario Jiménez. Establecía asimismo las condiciones mínimas de los locales («seco, ventilado, capaz y cómodo»), la edad máxima de seis años, la higiene del alumnado (habrán de asistir limpios y no se admitirá «... ninguno que padezca mal cutáneo o de otra clase»), los castigos (sólo «reprensiones suaves») y el reparto de tiempos (dos horas de juego y recreo, y dos horas de rezo y religión). Y finalizaba sugiriendo que «... también podrá enseñarse a las niñas alguna laborcita (sic) para entretenerlas sin obligarlas»¹⁵⁹.

Escuelas particulares en Facinas

En abril de 1948, Josefa Partida Díaz, que vivía en Facinas, escribió una larga carta al Ayuntamiento de Tarifa. Su padre, José Partida Fernández, maestro

159 Actas de la Comisión Local de Educación Primaria de Tarifa, enero 1852 a octubre 1853. Legajo 5940, Archivo Municipal de Tarifa.

titular en la escuela rural Casas de Porro, había fallecido nueve años atrás¹⁶⁰, y su madre, Josefa Díaz Pérez, acababa de morir. Partida Díaz explicaba que ella regentaba en Facinas una escuela de párvulos que tenía una asistencia diaria de sesenta alumnos. Pedía que su escuela se hiciese municipal y que se destinase un presupuesto específico para el local y para el salario de la maestra «... que hasta el momento se ahorra el Ministerio», apuntillaba. Como muestra de su capacidad pedagógica aclaraba que durante la enfermedad de su padre previa a su muerte ella se había hecho cargo de las clases en la escuela rural Casas de Porro¹⁶¹.

La realidad es que su escuela privada no atendía a párvulos sino a niños y niñas mayores de seis años. Probablemente Josefa Partida declaró que su escuela era de párvulos porque no contaba con la titulación exigida para registrar una escuela privada de enseñanza primaria. Y quizás por eso mismo en los informes municipales muchas escuelas *de amiga* o *de amigas* figuran como escuelas de párvulos. A este motivo práctico habríamos de sumar otro argumento: la falta de confianza en que mujeres sin preparación específica pudiesen estar al frente de una escuela de primeras letras.

El Ayuntamiento respondió positivamente a la solicitud de Josefa Partida Díaz, pero no se llevó a término: su escuela siempre fue privada. Josefa y sus dos hermanas pequeñas, Remedios y Rosario, fueron conocidas en Facinas como las Porronas porque su padre y ellas habían enseñado en Casas de Porro, y sus alumnos las recuerdan solteras. Chan Álvarez Cabeza (Facinas, 1944) conserva muchos recuerdos de la escuela de las Porronas:

Las hermanas Partida, llamadas las señoritas Pepita, Rosarito y Remedios, impartieron clases a niños y niñas del pueblo hasta los años cincuenta por lo menos. Cobraban una módica cantidad mensual. Los alumnos éramos de todas las edades y nos separaban a niños y niñas. La escuela era una casa de dos plantas comunicadas entre sí por una empinada escalera de obra. Abajo había un enorme y destartado patio lleno de escombros. Horario de mañana y tarde: las maestras se repartían las horas. No había recreo y los chiquillos de entonces, más interesados en jugar por la calles, hacíamos lo posible por no acudir a la escuela.

La falta de titulación de las Porronas no fue obstáculo para que nos diesen una enseñanza completa y valiosa. En las cartillas de primero, segundo y tercer grado, y en las enciclopedias se concentraba todo, y no era poco. Cantando nos hicieron

160 José Partida Fernández obtuvo el grado elemental en la Escuela Normal de Maestros de Cádiz en 1894. Ver: Plaza de Prado, Alicia; y Pascual Pascual, María Soledad (2000). *Los archivos de las Escuelas Normales de Cádiz, siglo XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

161 Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

aprender de memoria lo más importante de nuestra geografía, de geometría y de aritmética. Y recitábamos de carrerilla todas las oraciones, mandamientos y sacramentos.

Usábamos pizarras y *pizarrines*. Había *pizarrines* más largos, negros y duros, y otros eran cortos, algo más gruesos y blancos, que les decíamos «de manteca». Con el trapo se borraba continuamente, ayudados por salivilla. Los mayores y más talentosos podían utilizar la tinta para escribir. Cada uno llevaba su propio banquete donde sentarse. Los había de corcho o de madera. Las maestras ponían algunos bancos donde cabían varios niños. Mesas recuerdo pocas. Tanto Pepita como Rosarito apoyaban a veces su autoridad en una vara o en una regla con la que azotaban a los más rebeldes¹⁶².

La maestra Pepita Roa también enseñó a muchos niños y niñas de Facinas, y los preparaba para la primera comunión. Ocupó el puesto de telefonista cuando se abrió la primera centralita de telefonía en Facinas y compaginó este trabajo con clases particulares en la misma centralita. María Camacho Pelayo aprendió con ella. Su madre falleció cuando ella era muy pequeña y su abuela, que era ciega, se quedó a su cargo:

Yo aprendí a leer y escribir hacia 1950 en casa de Pepita Roa. Su padre, Juan Roa, había venido destinado como maestro nacional a Facinas desde Alcalá, con su esposa y su hija Pepita¹⁶³. Se murió la madre de Pepita y el padre se casó con otra mujer.

Aunque no tenía título, Pepita estuvo dando clases en la escuela nacional hasta que llegó el maestro de esa plaza. Y a partir de entonces siguió dando clases en su casa.

Otras amigas mías aprendieron pero yo quería jugar e iba a sus clases cuando me parecía. Cuando pasaba varios días sin ir ya me daba vergüenza y no quería volver. Entonces Pepita Roa le mandaba un recado a mi padre y cuando él venía de trabajar en el campo, por la noche, subía a hablar con ella y me llevaba a mí. Mi padre me decía, «María, ¿tú qué dices de esto que cuenta tu maestra?». ¡Y yo me quedaba muda, sentada en el suelo y con la boca apretada!

162 Adaptado de: Álvarez Cabeza, Sebastián (2010). *Facinas. Cosas de nuestro pueblo*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz. Cádiz.

163 Juan Roa Sánchez, el padre de Pepita Roa, nació en 1869. En 1889 obtuvo el grado elemental en la Escuela Normal de Maestros de Cádiz. Trasladó a Facinas su plaza de maestro hacia 1914. Fuente: Hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de España y Plaza de Prado, Alicia; y Pascual Pascual, María Soledad (2000). *Los archivos de las Escuelas Normales de Cádiz, siglo XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

Tanto las hermanas Partida como Pepita Roa vivieron de sus propios ingresos y no se casaron. Ése fue también el caso de Ana Rodríguez Centeno y de Leonor Alba Lozano, maestras de escuelas particulares en Tarifa.

Escuelas particulares en Tarifa

MAESTRA ANA RODRÍGUEZ CENTENO



Ana Rodríguez Centeno a finales del siglo XIX. FOTOGRAFÍA DE LUCAS RODRÍGUEZ CENTENO. ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

Hija de Josefa Centeno León y de Francisco Rodríguez Muñoz, Ana Rodríguez Centeno nació en la segunda mitad del siglo XIX. Las memorias de Mari Luz Díaz Rodríguez mencionan a su tía abuela: ella recuerda que se expresaba con mucha corrección y que era muy perfeccionista. A decir de las personas que la conocieron, Ana tenía un agrio carácter y era desconfiada. Mari Luz Díaz relaciona estas formas con su avanzada sordera, probablemente adquirida tras una enfermedad, y por el maltrato que recibía de sus dos hermanos, Antonio y Lucas.

En 1898 Ana Rodríguez Centeno obtuvo el grado superior en la Escuela Normal de Maestras de Cádiz; la misma escuela donde unos años antes habían obtenido su título José Partida Fernández y Juan Roa Sánchez, que tendrían plaza de maestros en Casas de Porro y en Facinas, respectivamente¹⁶⁴. Un año después de obtener su grado Ana Rodríguez solicitó entrar como auxiliar interina o maestra de refuerzo en la escuela 1 de la ciudad de Cádiz¹⁶⁵. En 1904 obtuvo destino como maestra interina en la escuela de párvulos de Tarifa y en 1907 optó a una plaza en la provincia de Sevilla¹⁶⁶.

Por la correspondencia de Ana Rodríguez sabemos que en las décadas de 1910 a 1920, fechas en las que tendría treinta o cuarenta años, no trabajaba en escuelas públicas, sino en la escuela privada de La Alcaría, que estaba sustentada

164 Plaza de Prado, Alicia; y Pascual Pascual, María Soledad (2000). *Los archivos de las Escuelas Normales de Cádiz, siglo XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.

165 *El magisterio español*, periódico de instrucción pública (1899). Número 2.314, del 25 de octubre de 1899. Madrid.

166 *Suplemento Escuela Moderna*. Números 828, del 9 de noviembre de 1904 y 1108, del 17 de julio de 1907. Archivo digital de la Biblioteca Nacional de España.

por los dueños de la finca. ¿Influyó la sordera en su cambio de rumbo profesional? En cualquier caso su discapacidad no le impidió trabajar hasta el final de su vida en espacios de enseñanza no formales.

La Alcaría es una extensa finca de la Sierra de Cádiz. El caserío quedaba muy alejado de las localidades de Algar y de Ubrique, a donde sólo se podía llegar a caballo. Como la vida de la maestra Ana Rodríguez era muy solitaria, durante un tiempo la pequeña Ana Rodríguez Gil, hija de su hermano Antonio, le hacía compañía. Decenas de familias trabajaban en la finca de La Alcaría, en el carbón y en el corcho principalmente, así como en las necesidades del propio caserío. Sus hijos e hijas asistían a esta escuela, que estaba sostenida por los dueños de la finca e incluía un comedor escolar: en esas décadas, contar a diario con un puchero de garbanzos o un guiso de patatas era un gran aliciente para acudir a la escuela.



Alumnas de la escuela del caserío La Alcaría junto a su maestra, Ana Rodríguez Centeno, en vísperas de navidad, hacia 1912. Ana Rodríguez Centeno es la cuarta empezando por la izquierda en la última fila, y a su derecha, marcada con una cruz, está su sobrina Ana Rodríguez Gil.
FOTOGRAFÍA DE LUCAS RODRÍGUEZ CENTENO. ARCHIVO HERMANOS DÍAZ MARTÍNEZ.

Por motivos que desconocemos a primeros de los años treinta Ana Rodríguez Centeno se trasladó a Tarifa, donde vivía parte de su familia. Tendría entonces más de cincuenta años. Su regreso a Tarifa coincidió con los años de la Segunda República. Su hermano Antonio participaba en una candidatura de izquierdas en Tarifa; Ana, la sobrina que tiempo atrás la acompañase en el caserío de La Alcaría, era una joven casada y con tres hijos; y su

sobrina más pequeña, Feliciano estaba estudiando Ciencias Químicas en la Universidad de Sevilla. Poco después de empezar el enfrentamiento armado el marido de Ana fue internado en un campo de concentración en La Algaba (Sevilla) y su sobrina Feliciano tuvo que dejar la Universidad. En su familia, como en casi todas las familias tarifeñas, se debía de respirar mucha tristeza, rabia y miedo.

Leonor Alba Lozano (Puerto de la Cruz, 1921), que también regentará una escuela particular, conoció a Ana Rodríguez en Tarifa durante el tiempo de la guerra. Leonor Alba recuerda que Ana era maestra de apoyo en una escuela, además de dar clases particulares: «Doña Ana Rodríguez era muy inteligente. Estaba de auxiliar de doña Josefa Criado, que tenía hijos y no podía atender bien su clase. De noche, cuando acababa su trabajo con doña Josefa, doña Ana me enseñaba a hacer flores de papel, flores de tela y flores de conchas».

Enseñar a hacer flores... poner el arte al servicio de la belleza... ¿Qué mejor dedicación compartida entre mujeres para las noches de los duros años de guerra? Y es que Ana Rodríguez tenía una gran capacidad artística, a decir de Mari Luz Díaz Rodríguez:

Tía Ana lo mismo pintaba que bordaba, hacía encajes de bolillos, frivolidé... Recuerdo que nos enseñó a hacer flores con conchas de la playa. Poníamos la concha sobre una almohadilla y con un punzón le hacíamos dos agujeritos en la parte de abajo para meter los trozos de alambres finitos que habíamos cortado. Esos eran los pétalos de la rosa. Luego hacíamos el tallo con un alambre grueso forrado en verde. Poco a poco iba tomando forma el ramo. ¡Era algo extraordinario!

Poco después Ana arrendó una vivienda en el patio del Calero, en el casco antiguo, y organizó allí mismo una *miga* o escuela particular. En aquel patio había también una carpintería y una tienda de ultramarinos. En la parte de la izquierda, en un lugar discreto con varias columnas enlazadas por arcos, daba Ana Rodríguez sus clases. Manuela Román Valencia (Tarifa, 1936) la conoció en los años cuarenta:

Yo pasé por todas las escuelas y casi no aprendí en ninguna. Vivíamos cerquita de la *miga* de doña Ana. Ella siempre estaba *relatando*, tenía muy malas pulgas. Yo la he conocido haciendo flores de papel cuando ya era muy mayor. Hacía unas flores muy bonitas: ramitos de rositas entrelarguitas, con sus capullos. Junto con otras crías nos metíamos en su patio a mirar cómo las hacía. Yo le ayudaba con los tronquitos de las flores y le barría el patio.

A finales de los años cuarenta Mari Luz Díaz Rodríguez y su hermana Anita vivían en Madrid y pasaban los veranos en Tarifa. Entonces asistían a la escuela particular de su tía abuela, cuya edad rondaría los setenta años.

Ana Rodríguez Centeno no se casó y no tuvo hijos, como se esperaba de todas las mujeres en su tiempo. El progresivo avance de su sordera condicionaría su aislamiento y acentuaría su agrio carácter. Llegado un momento, se vería obligada a dejar de alfabetizar. No cabe duda de que esta maestra fue capaz de enfrentarse a sus grandes limitaciones gracias al puntal de su creatividad, enseñando a hacer cuadros y ramos de flores de papel, de tela y de conchas de la playa. Así sostuvo su aspiración de ser autónoma mientras su salud se lo permitió. Cuando ya no podía valerse sola una sobrina suya llamada Pepa Herrera la acompañaba.

MAESTRA LEONOR ALBA LOZANO



Leonor Alba Lozano en la residencia San José de Tarifa (Cádiz). Año 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Me llamo Leonor Alba Lozano y nací en 1921 en el Puerto de la Cruz¹⁶⁷. Mi padre era Antonio Alba Lozano y mi madre María de la Luz Lozano González. Tengo dos hermanos mayores. En el cuarto parto de mi madre el bebé se le encajó al salir y fallecieron el niño y ella. Yo tenía dos años; no guardo recuerdos de mi madre. Cuando murió me *recogieron* unos tíos míos, un hermano mío se quedó con mi padre y otro con mi abuela. Mi padre y mis hermanos siempre han estado alejados de mí.

Mi padre me llevó a Tarifa con mi tía Lola y su marido, que vivían con la madre de él, Rafaela Natera, en la calle Azogue número 3. Cuando yo tenía tres años mi tía me enseñó a leer con una cartilla. Ella nació en 1886 en el Puerto de la Cruz, como toda mi familia. En aquellos años iba a su casa un maestro de campo para enseñar a sus hermanos varones, y ella aprendió de oír a ese maestro cuando daba las clases. Con trece años mi tía se vino al pueblo.

Estuve en la escuela de las monjas en 1928 para hacer la primera comunión. Recuerdo que vino de visita a la escuela una nadadora que quería cruzar el Estrecho, Mercedes Gleitze¹⁶⁸. Con nueve años estudiaba un libro titulado

167 He sumado información del artículo «Leonor Alba Lozano». En: *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 48 (43). Tarifa (Cádiz), 2003.

168 Mercedes Gleitze, nadadora profesional británica, fue la primera persona conocida que consiguió atravesar a nado el Estrecho de Gibraltar. El 5 de abril de 1928 salió de Tarifa y llegó a la costa africana tras doce horas y cuarenta y cinco minutos.

*Mecanografía del método ciego en un año*¹⁶⁹. Cuando tenía diez años a mi tío le dio una embolia y salí de la escuela para ayudar a cuidarlo.

Mi tío murió poco después. Su muerte nos afectó mucho y no quise volver a la escuela. Seguí estudiando por mi cuenta, comprándome libros y haciendo cursos por correspondencia. Nos pedían enviar por correo postal los ejercicios. Hice cursos de gimnasia, de cocina, y de corte y confección. Esto me sirvió para hacerme mi propia ropa, porque yo no le pedía nada a mi tía. A los doce años empecé a ayudar a la maestra Teresa Carrillo con la catequesis de las niñas en la escuela nacional.

Cuando empezó la guerra yo tenía quince años y me daba cuenta de todo. El 24 de julio entraron las tropas. Una tía mía vino a recogernos: «No sabemos lo que puede pasar. Venid con nosotros». El 25 de julio un barco de guerra empezó a bombardear. Todo el mundo salió corriendo del pueblo y se quedaron las sábanas tendidas en las azoteas. Nosotros fuimos andando monte arriba hacia Potrero Alto, donde nos quedamos un tiempo con una tía mía.

La cárcel de Tarifa estaba a la vera de mi casa. Yo veía cómo sacaban a los detenidos y los mataban. Del miedo que pasé me dieron unas calenturas que me duraron más de un mes. Mataron a mucha gente, nada más porque un vecino dijera algo. Recuerdo que uno de los matones decía orgulloso, «¡cada día tengo que quitar a uno de enmedio!». A ese después se le gangrenaron las manos¹⁷⁰. Al acabar la guerra la vida se hizo muy difícil. Mi tía alquiló una casita suya y vendió parte de unas tierras que tenía. Además traíamos cosas de comer del campo.

En aquellos años durante el día muchos niños andaban por ahí jugando. Entonces se decía que no hacía falta estudiar para ganar dinero y quizás era verdad: Diego Piñero llegó a tener una flota de barcos y una fábrica de pescado, y no sabía hacer la «o» con un canuto. El contable de su fábrica de conservas, Enrique Díaz, es quien le escribía todo.

Cuando tenía unos veintidós años, hacia 1943, empecé a ayudar con los deberes a hijos de vecinos míos que eran militares. Y me decían los padres de los niños: «¡Pon una escuela!». Hacia el año 1944 monté una escuela en mi propia casa y resultó: al mes ya venían cuarenta niños. Me pagaban una peseta cada día. Si faltaban yo mandaba recado a sus padres. Llegué a tener

169 El método ciego de mecanografía consiste en usar todos los dedos de las dos manos y no mirar al teclado. Esto optimiza la velocidad de escritura.

170 El componente de desgracia en la persona del verdugo deja constancia de su responsabilidad y de la necesidad de hacer justicia. Sugiere que la propia vida ejerce una justicia compensatoria sobre los verdugos, a pesar de su impunidad promovida por el régimen.

una asistencia de ciento y pico niños. Había de todas las edades; las niñas mayorcitas me ayudaban con los más pequeños. Las madres me echaban a los más chicos pataleando porque no querían soltarse de ellas. Éstos se quedaban a cargo de mi tía.

A mediados de los años cincuenta Francisco Manzanero Trujillo, nacido en Tarifa, asistía junto a su hermano Pepe a la escuela de la señorita Leonor, como la llamaban:

El mobiliario escolar era muy modesto y variado. Se reducía a bancos pequeños, algunos de corcho, y sillitas, que creo aportaban los propios niños. Mi padre nos hizo un pupitre de dos plazas que tuvimos en la escuela y allí se quedó. No había mesas o mesitas; escribíamos en pizarras que apoyábamos sobre las piernas, hasta que mi padre nos hizo el pupitre. De aquellas pizarras de piedra no me quiero acordar, pues todavía me molesta el recuerdo del chirrido tan desagradable que hacían cuando escribíamos con el *pizarrín*.

En los años sesenta ya venían pocos niños a mi escuela. Entonces yo tenía cuarenta y pico años. Me saqué el título para dar clases de bordado y costura, y me puse a enseñar eso. Además enseñaba a leer y a escribir a adultos por la noche en las llamadas «escuelitas de mayores». Algunas maestras de la escuela nacional cuando tenían un alumno más torpe me lo mandaban para que le diese clases, porque con tantos niños no tenían tiempo de atender a éstos. Y estuve yendo a la casa de don Joaquín Núñez en la calle de La Luz durante cinco años: bordaba para ellos y daba clases a sus hijos con una enciclopedia didáctica.

Yo no me casé. *No estaba de Dios* que me casara. Mi tía siempre me ayudó con las clases. Más adelante se quedó ciega; seguimos juntas y yo le hacía lo que necesitaba. Estuve a su vera hasta la última hora, y una vecina me ayudaba. Murió en 1970.

Dejé de trabajar con sesenta años porque me dio un infarto. Me concedieron una paguita de beneficencia de sesenta duros, 300 pesetas, que no era mucho, y cuando pude me pasé a la paga no contributiva. Las Nuñez y las maestras me han ayudado muchísimo. Con sesenta y seis años tuve que salir de la casa de la calle Azogue porque no era mía y volví al Puerto de la Cruz con un pariente. Allí me quedé un poco atascada durante muchos años.

Con ochenta y ocho años vi que me temblaban las piernas y que no podía subir el escalón del autobús. Entonces me metí en la residencia. Aquí tenemos de todo: enfermeras, talleres, juegos, gimnasia... Hay que adaptarse, pero se está bien.

PAISAJE Y POBLAMIENTO EN EL MUNICIPIO DE TARIFA (2012)

FOTOGRAFÍAS DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ



Cortijo La Campana



Betis desde la cima de San Bartolomé



Las Moscas y Las Piñas desde Betis



Venta de Ojén



La Peña



Poblana



Desde cortijo La Angostura hacia Zorrillos



Barranco Hondo



Patio trasero de la casa de Candelaria Ibáñez



Vivienda de Gaspar Pérez y Beatriz Iglesias en Las Cumbres



Gallinero de Gaspar Pérez y Beatriz Iglesias

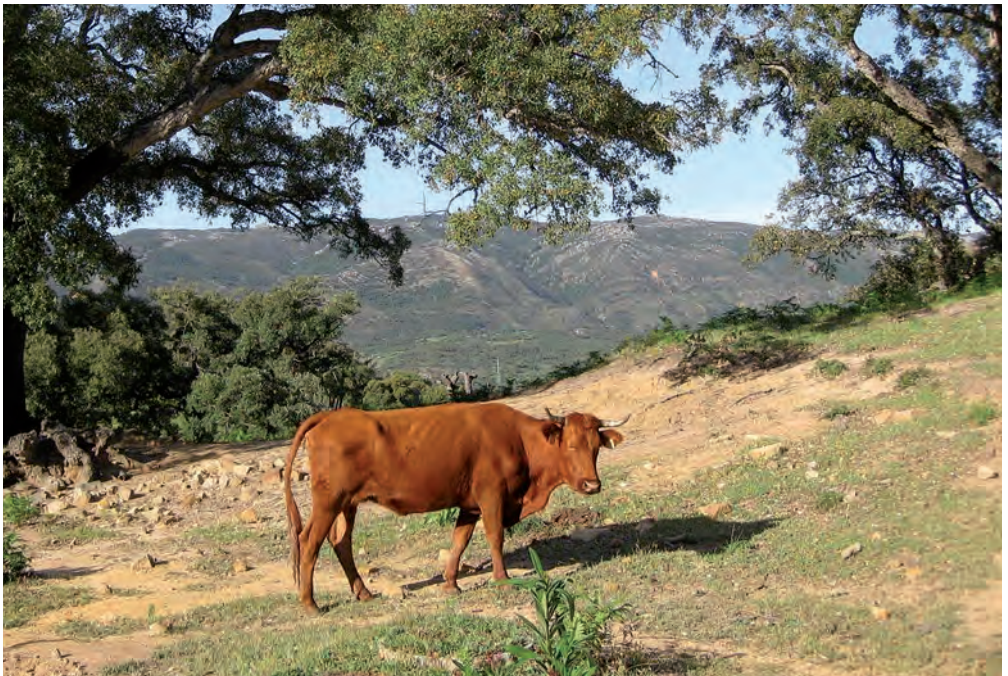


Patio de la casa de M. García Domínguez en Puertollano

GANADO EN EL ENTORNO DE LOS MAJALES:



Ovejas



Vaca



Cabras



Cochino

3. LOS MAESTROS DE CAMPO

En mi niñez claro que había escuela: eran personas que sabían leer y escribir e iban de casa en casa. Eran maestros ambulantes.

MARÍA TERESA MARISCAL
Benaolán (Málaga), 1880¹⁷¹

Los maestros ambulantes o maestros de campo representan la forma de enseñanza de mayor alcance en el campo de Tarifa. «Toda nuestra generación que vivía por los campos estudiaba así. Casi todos aprendían con un maestro de campo unos años o aunque fuera unos meses», afirma Rafael Meléndez Medina (Puertollano, 1934). Antonio Gil Marín (Puertollano, 1931) explica quiénes eran y cómo trabajaban los maestros de campo:

La mayoría de los maestros de campo eran personas que trabajaban como nosotros, que estaban un poquito más desarrolladas porque habían aprendido alguna cosilla, quizás de otro maestro de campo. *A lo primero* no había escuelas y cuando hubo escuelas no eran suficientes; lo que había era ir de casa en casa dando clases.

Siempre ha habido algún maestro. Se veían parados, le echaban valor y decían, «yo voy a estar de maestro dando lecciones a los chiquillos de casa en casa».

Los padres le decían al maestro, «mire usted, venga a la hora del almuerzo y le da clases a los chiquillos». Él comía más que nada al llegar a la casa. Si era la hora de tomar el desayuno, desayunaba. ¡Si es que en la casa había algo que tomar! Una rebanada de pan tostado a lo mejor con aceite o frita, o unas papas con un huevo. Y para el almuerzo un gazpacho o un potaje. Al final de mes había que buscar cuatro o diez pesetas y dárselas, porque él también tenía que sustentarse.

Por aquí casi todos éramos carboneros o *ceperos*, que les decían. Arrancábamos cepas de *matones* para *echar carbón*. Los *matones* era un matorral grande de lentisco, *jérguenes*, el *carrasqueño*, la *acebuchita*... Estábamos *echando carbón* y uno daba una voz, «¡que está el maestro aquí!». Y el maestro a lo mejor era uno igual que nosotros.

171 Blog *Setenil rural*, 10 de diciembre de 2011. «Una bisabuela de Setenil en 1981».

En mi casa un primo hermano mío, José Araújo Marín, hacía de maestro. Él tuvo un disgusto con su *gente* y mi madre le dijo que se viniera. Estuvo cinco o seis años viviendo y trabajando con nosotros. Como él había aprendido un poco y escribía muy bonitas las letras, por la tarde mis padres le decían, «chiquillo, es la hora de dar clases».

Entonces no había tiempo de ponerse a estudiar de día porque había que trabajar. De noche como no había luz ni televisión lo que había era tomar algo, estudiar, hacer cuentas, escribir una carta quizás... y acostarse.

Unos aprendieron más y otros menos. Las cuatro reglas y leer amontonando las letras, que es lo que hace uno. Entre nosotros nos dábamos ánimo y nos enseñábamos el que sabía más al que sabía menos.

Muchos estudios de memoria oral sobre localidades andaluzas sacan a relucir la existencia de maestros de campo: en Campo de Níjar y Cabo de Gata (Almería), en los cortijos de Jaén, en las sierras de Córdoba, en localidades como Zagra y Puebla de don Fadrique (Granada), en Grazalema (Cádiz)... Segundo Pascual Toledo anotó en un artículo para el blog *Aldea de Mondrón* (Málaga) el nombre de veinte maestros de escuela por los cortijos que trabajaron entre los años veinte y setenta en la comarca de la Axarquía malagueña. En su artículo subrayaba que «... ya desde muchos decenios atrás existió esta forma de docencia», y que «... impartían no solamente instrucción, sino también educación en el verdadero sentido pedagógico de la palabra»¹⁷². Todos los estudios y relatos que he podido revisar sugieren unas pautas de aprendizaje y enseñanza no formal similares a las encontradas en Tarifa.

A principios de los años ochenta, poco después del fin de la dictadura franquista y de la legalización del Partido Comunista de España, este partido organizó una campaña de alfabetización en Andalucía. La experiencia quedó recogida en el libro *Escribir cosas bellas recuperando la palabra. Experiencia de alfabetización en el campo de Andalucía*¹⁷³. Los militantes que participaron constataron que la existencia de escuelas no implicaba la universalización de la enseñanza y quedaron impresionados al conocer de la mano de sus propios alumnos y alumnas el impacto que los maestros ambulantes habían tenido en la educación de la población andaluza.

172 Pascual Toledo, Segundo (2011). «Los maestros itinerantes en La Axarquía. Las escuelas rurales». Entrada 1 de abril de 2011. *Blog Aldeademondrón* (Málaga).

173 El libro fue escrito por Carmen Ruiz, Blanca Jiménez, María I. Pérez, José Manuel Freire y Godofredo Camacho, y editado por Editorial Revolución (Madrid) en 1985.

Cabe subrayar que esta realidad no es exclusiva de Andalucía. Se han conocido maestros ambulantes que trabajaban por su cuenta en Extremadura, Murcia, Alicante, Ciudad Real, León, Galicia, Asturias, País Vasco... Según el lugar y el habla local estos maestros recibieron diferente nombre, que podía estar vinculado con su forma de trasladarse, con su temporalidad, con sus hábitos o su forma de cobrar. Se llamaron maestros itinerantes, maestros temporeros, maestros cortijeros y maestros camperos. Enseñadores en zonas de Cádiz y de Granada, maestros rulos en Murcia, maestros de la bicicleta en la Bahía de Algeciras y maestros pedáneos en zonas de Tarifa. Maestros garroteros en Jaén, porque llevaban un bastón o garrota; maestros perrilleros en Málaga, maestros de hogaza en la maragatería leonesa y maestros de ferrado en Galicia. También se les llamó maestros rurales sin título, maestrillos y maestrillos. La gran diversidad de nombres se explica por ser un oficio no normativizado y ejercido en ámbitos diversos.

El maestro ambulante que recorría los campos enseñando trabajaba a la vista de las diversas administraciones. En ocasiones el Ayuntamiento o la Diputación correspondiente constató por escrito su dedicación. Muestra de ello es el Reglamento de Instrucción Pública para las escuelas de Gipuzkoa presentado en 1824, que dedicó un apartado a estos maestros, «... muy dignos de toda consideración por las Juntas de Inspección», ya que «... cubiertos de andrajos y mal alimentados (...), sin contrato y sin titulación, se dedican a la instrucción en caseríos dispersos y en los barrios anejos a las villas guipuzcoanas». El reglamento reconocía que estos maestros eran los únicos que enseñaban en esas zonas y proponía promover esa forma de trabajo¹⁷⁴.

Enfoque similar al informe de Gipuzkoa tenía el profesor Antonio Roma Rubiés. A principios del siguiente siglo, en abril de 1910, Roma Rubiés se dirigió así al pleno municipal, como concejal y presidente de la Junta de Instrucción Pública del Ayuntamiento de Jerez:

Dada la organización de la propiedad agraria en la campiña de Jerez, merece las mayores alabanzas la labor de los beneméritos maestros ambulantes que en ranchos, cortijos, viñas y hasta en chozas, enseñan a leer, escribir y contar. Hay un maestro ambulante que recorre diariamente veinte kilómetros, llegando por la noche a su casa rendido por la fatiga. Yo he querido alentar a estos dignísimos compañeros míos de profesión y he recorrido con ellos la campiña, participando de sus fatigas y penalidades¹⁷⁵.

174 Garmendia Larrañaga, Joxe (2004). *La enseñanza rural en Gipuzkoa. La labor de la Diputación y de los Ayuntamientos (1900-1950)*. Servicio Editorial UPV-EHU. Bilbao.

175 Adaptado de *El Guadalete, periódico político y literario de Jerez de la Frontera* (Cádiz), 2 de abril de 1910.

Es reseñable que el noble de Roma identificase a estos maestros como dignos compañeros de profesión, dejando a un lado distinciones de títulos y escalas¹⁷⁶.

Luis Bello (1872-1935), periodista y pedagogo defensor de la escuela pública, viajó por toda España durante varios años visitando escuelas y conversando con los habitantes de cada localidad. Sus artículos con observaciones y reflexiones en torno a cada trayecto realizado se publicaban a diario en el periódico *El Sol*. A finales de junio del año 1926 Luis Bello escribió sobre esos maestros ambulantes de Jerez que despertaran la admiración de Roma Rubiés años atrás. Una semana más tarde visitó Tarifa¹⁷⁷, pero sus contactos no le hablaron de la enseñanza ambulante en sus montes. O quizás el viento de levante precipitó su partida...

Entre los maestros de campo conocidos en Tarifa muchos habían sido expulsados del espacio social tiempo antes de emprender camino como enseñantes. Sus convicciones habían justificado su represión y su aislamiento laboral, obligándoles a vivir de forma semiclandestina en los montes, como perdedores. Hubo maestros homosexuales, que fueron también marginados y etiquetados en el tiempo en que vivieron. Otros habían sido miembros de instituciones militares y por motivos diversos se habían retirado. El alcoholismo, extendido en la sociedad de posguerra en dictadura, también afectó a varios maestros de campo; una manifestación más de la dureza de sus condiciones de vida.

«Los había con una cierta preparación para ejercer la docencia. Otros eran personas que se habían visto obligadas a echarse al camino para tratar de sobrevivir cambiando sus escasos saberes por un plato de comida y un sitio donde dormir a cubierto; sitio que no pocas veces estaba localizado en el pajar de turno», explica Mariano García Pavón, criado en Monte Betis en los años cincuenta. Chan Álvarez Cabeza (Facinas, 1944) conoció a muchos maestros de campo a lo largo de su vida y también constató estas diferencias:

Las personas que por cualquier razón habían tenido oportunidad de saber algo, aunque fuera juntar dos letras, como se dice aquí, encontraron la utilidad de esa pequeña sabiduría. Con que supieran leer, escribir y cuatro operaciones bastaba para que trabajasen como maestros. El principal motivo para ir dando clases por el campo de aquellos que sabían «un poco más» era la necesidad, el poder usar la enseñanza como medio de vida. Éstos son los que hacían el oficio ancestral.

176 Antonio Roma Rubiés es el profesor y político socialista que en los años de la Segunda República mantuvo contacto con el maestro de Facinas Juan José García Domínguez.

177 Sus artículos sobre Tarifa fueron publicados en el diario *El Sol* el 7 y el 9 de julio de 1926.

Los otros, los que sabían «mucho más», eran los raros, los huidos, los expulsados, los retirados de otros oficios... Creo que debieron de ser más frecuentes desde los años treinta, aunque no son exclusivos de esas décadas.

Durante muchas décadas estos enseñantes trabajaron al margen de las instituciones estatales. La administración no puso trabas a su trabajo de forma sistemática, pues cubrían necesidades que el Estado no atendía. Hay sin embargo numerosas y significativas excepciones a este dejar hacer: la máquina represiva se activaba cuando las ideas de los maestros ambulantes ponían en cuestión el régimen impuesto, y cuando su apoyo a las familias del campo podía darles alas para salir de su sometimiento. Daremos detalles sobre esto a su debido tiempo.

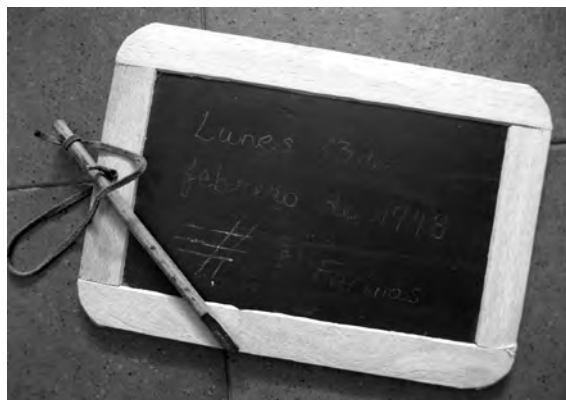
Pocos maestros de campo vivieron exclusivamente de la enseñanza. Muchos llevaron una vida más austera si cabe que las familias a quienes enseñaban. La mayoría no tenía un espacio propio donde guardar sus cosas o donde descansar, ni un trozo de tierra que cultivar. Recibían a cambio de su enseñanza algunas monedas o intercambiaban su saber por el cobijo durante la noche, un plato de comida o el lavado de su ropa. Caminaban muchos kilómetros diarios por sendas de ganado. Algunos más ancianos se desplazaban en burro y de noche regresaban a su lugar de residencia. El recorrido era circular en torno a un área o pendular entre dos extremos, y duraba dos, tres o cuatro días. Unas alforjas y un bastón podían ser su único equipaje.

El espacio donde trabajaban no seguía las líneas administrativas sino las prioridades de las familias a quienes atendían. Si la demanda de clases bajaba o se veían desplazados por otro maestro, se trasladaban a otro lugar. Algunos no estuvieron más de unos años en la misma zona, pues necesitaban sortear el control de la Guardia Civil. Ciertos maestros del término de Tarifa llegaron también a Vejer, Barbate o Alcalá de los Gazules, en el noroeste de Tarifa, y a Los Barrios, Algeciras o Málaga, en el nordeste.

Algunos maestros se alojaron por unos años con familias de la misma zona donde trabajaban o en casillas aledañas que les facilitaron. Brindar un espacio propio al maestro ambulante aseguraba que enseñaría a los niños y adultos de la familia y de la zona. Los que trabajaban en el monte como temporeros dormían en los mismos *chozos* o *gañanías* que sus compañeros de trabajo. Y los que hacían ruta de varios días dormían en aquella casa donde enseñaban cuando llegaba la noche o por la mañana del día siguiente.

Niños o adultos acudían a la choza o cortijillo convenido y se sentaban en torno a una única mesa, en un banco de madera o con sus propias banquetas de corcho quizás. El horario se acordaba según las necesidades de la vida en

el campo: al anochecer acudían los adolescentes, que ya trabajaban. Por las mañanas podían venir las niñas y niños más pequeños. Algunos maestros se desplazaban allí donde los niños estaban guardando ganado; un árbol cedía su sombra y unas piedras o unos tocones servían de asiento.



Pizarra y pizarrín.
FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ.

El material de trabajo consistía en una pizarrita de pizarra natural con marco de madera y un lapicero del mismo material llamado *pizarrín*, que se afilaba cuando la punta se redondeaba por el uso. Éste podía sustituirse por trozos de piedras blandas recogidas en el campo. La pizarrita se limpiaba con un trapito o, en algunos lugares, con una esponja del mar, que era humedecida con agua, si es que había una reguera o manantial cercano, o con saliva. La pluma y la tinta se reservaban para los alumnos más avanzados y para los escritos de más valor. En algunas casas aprovechaban la tinta de los calamares para escribir.

La mayor parte de las familias del campo contaba con libros de estudio. Se trataba de libros fáciles de usar que reunían saberes en forma de sentencias y consejos. Sus ilustraciones recreaban ambientes rurales de la población diana, por lo común escenas de trabajo en el campo donde estaban representados niños y niñas, y jóvenes. Usaban también cartillas de caligrafía, disciplina que cultivaban muchos maestros ambulantes, y que era muy valorada para acceder a trabajos en oficinas, empresas y cuerpos militares.

El material y los libros empleados en la enseñanza no formal en el campo no eran muy diferentes de aquellos que se usaban en las escuelas rurales, en las escuelas particulares y en la enseñanza privada en las casas. Los libros se pasaban de generación a generación y se compartían entre hermanos y hermanas. M. García Domínguez (La Canchorrera, 1933) explica: «Éramos cinco hermanas y cinco hermanos, y nos llevábamos uno o dos años cada uno. Estudiábamos juntos el que tenía cuatro años y el que tenía diez. Los libros eran para todos los hermanos».

Libros que recuerdan haber usado las personas entrevistadas

(fechas aproximadas, por orden cronológico de edición)

• *El Catón.*

Compendio de consejos moralizadores y alfabetizadores usado desde el siglo **XIII**. Hay ediciones diversas como *Nuevo catón o lecciones sacadas de las sagradas escrituras*, de 1810; *Catón metódico de los niños*, de Seijas, editado por Calleja desde 1876; y *El catón moderno. Método de lectura, intuitivo y analítico sintético*, editado desde 1922 por FTD.

• *Silabario, cartilla de alfabetización o Cartilla y silabario para el uso de las escuelas.* Con ediciones diversas desde 1850.• *Curso elemental de Geografía física, política y astronómica*, por Bernardo Monreal y Ascaso. Con ediciones desde 1853 (Roque Gallifa, Zaragoza) y hasta 1913.

Usado en universidades, institutos y escuelas normales de maestros.

• *Juanito*, de Luigi Alessandro Parravicini, editado por el Museo de la Educación de D. J. Gonzalez, 1861.• *Tesoro de las escuelas.* Imitación ampliada del anterior, editada por Calleja desde 1880.• *Flora o la educación de una niña*, de Pilar Pascual de Sanjuán, editado desde 1881.• *La aurora del pensamiento. Lectura educativa para niños y niñas.* Libro primero editado por Prudencio, Solís y Miguel desde 1881.• *Cuentos del abuelo. El instructor, método de lectura conforme con la inteligencia de los niños*, de Mateo Jiménez Aroca, editado por Saturnino Calleja en 1890.• *Tesoro del artesano: manuscrito para las escuelas de niños y de adultos.*

Correspondencia epistolar; dirigido por Pedro Ferrer y Rivero, con ediciones desde 1894.

• *Frases y cuentos para niños. El Instructor, método de lectura*, de Saturnino Calleja y editado por Mateo Jiménez Aroca hacia 1896.• *Lecciones de una madre, Principios de lectura. Segunda parte: La buena Juanita.* Publicado por Saturnino Calleja desde 1903.• *Rayas. Método de lectura por la escritura*, por Ángel Rodríguez Álvarez, editado por Agustín Sánchez Rodrigo en 1905.• *Tesoro de conocimientos útiles* (lecturas científicas y amenas), editado por Bruño desde 1909.• *Lecciones de cosas*, varias ediciones de Dalmau desde 1916.• *Cosas y hechos, primer libro de lectura corriente*, de Félix Martí Alpera. Editado por Sucesores de Hernando desde 1917.

• Enciclopedias de Primero, Segundo y Tercer grado, editadas por Dalmau Carles (ediciones desde 1922), Luis Vives (ediciones desde 1934), Álvarez y otros.

Algunos maestros usaban un cuaderno donde llevaban sus propias lecciones apuntadas. Las clases duraban unas horas. Había trabajo personal fuera de las horas de clase, donde quizás se sumaban los padres o las hermanas, en el caso de que éstas no pagasen al maestro por su aprendizaje. Y en la clase siguiente se repasaba la tarea realizada en la pizarra o en la libreta.

Ciertos maestros más preparados y motivados leían novelas a sus alumnos y fomentaban la reflexión sobre éstas. Algunos compraban libros para sus alumnos o se los prestaban. Juan José García Domínguez, el maestro de Facinas expulsado del magisterio, regaló un ejemplar de *El Catón* a José Cózar Valencia hacia 1934. Cózar era un zagal de catorce años que asistía a las clases de adultos nocturnas en la escuela pública: «El maestro me regaló *El Catón* para que yo me aplicara. Yo me lo llevaba cuando iba a guardar las cabras y aprendía. Y me sirvió después».

En una sencilla estantería de su casa en Las Higuierillas, que antaño fue una choza, Vicentito López conserva los libros de su abuelo, el maestro Antonio López Núñez (Requena). Aunque transformados por las lluvias, la humedad del viento de poniente y los organismos, los libros de Requena son objetos de memoria; testigos del afán de saber de las familias campesinas en su tiempo.

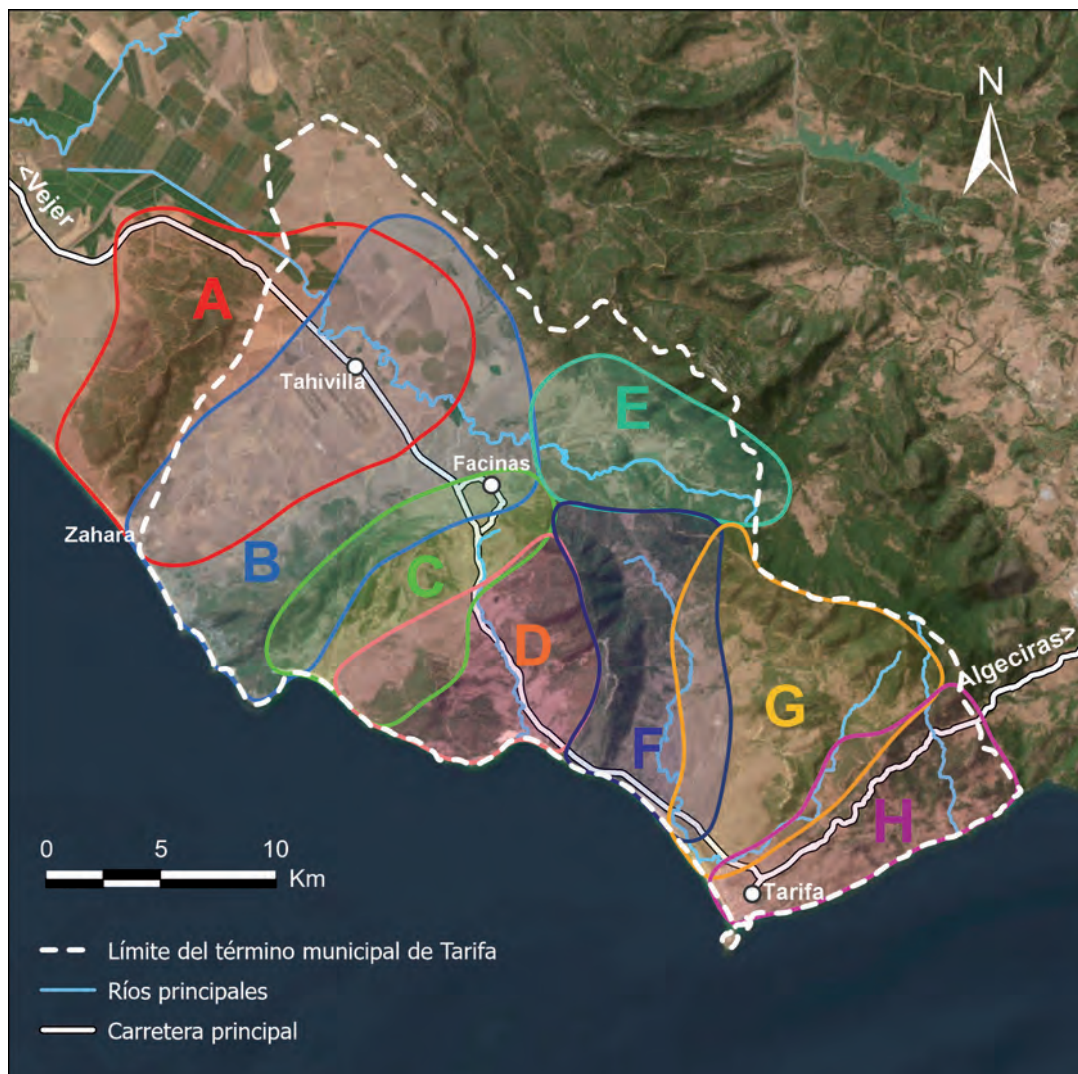
4. MAESTROS DE CAMPO EN TARIFA

Hasta donde llega la memoria de las personas entrevistadas, sabemos de sesenta y tres maestros ambulantes, y de seis mujeres que trabajaron como maestras en escuelas ermita o en su propia casa en el ámbito rural del municipio de Tarifa. He contabilizado sólo aquellos de los que cuento con varias referencias.

Para facilitar la exposición sobre la vida de estos enseñantes y de su alumnado he establecido ocho áreas geográficas, que se representan con diferentes colores en el siguiente mapa del término municipal. Cada área, demarcada por costas, sierras y ríos, es un espacio con cierta identidad geográfica donde varios maestros ejercieron sucesiva o simultáneamente. Las áreas están solapadas entre sí, ya que las rutas de los maestros se cruzaban, se desplazaban y se intercambiaban en función de su situación personal y de las necesidades de la población.

Los siguientes apartados presentan la cobertura de maestros de campo y de escuelas no oficiales en cada área, por medio de perfiles biográficos de maestros de campo y de alumnos o alumnas que describen la vida cotidiana de la comunidad local y la enseñanza no formal en esa zona.

El mapa que abre cada apartado ubica y nombra lugares donde he constatado que hubo cierta cobertura de enseñanza. Los puntos de gama azul se refieren a enseñanza no formal: fundamentalmente maestros de campo y algunas escuelas de cortijo y escuelas ermita donde solían trabajar los mismos maestros de campo. Los puntos rojos y naranjas se refieren a escuelas públicas.



Áreas de estudio de la cobertura de enseñanza en el término municipal de Tarifa (Cádiz), siglo XX.
Elaborado por Inés Díaz García.



Cobertura de enseñanza entre el cortijo de Las Canteruelas, la Sierra de Retín y la campiña (Tarifa, Cádiz), siglo XX. Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

A. LAS CANTERUELAS, LA SIERRA DE RETÍN Y LA CAMPIÑA

Comenzamos nuestro recorrido de la mano de los maestros que enseñaban al oeste del municipio, en torno a la campiña de La Janda y la Sierra de Retín, entre los términos municipales de Barbate y de Tarifa. Pepe Chico, de Zahara, enseñaba en los campos entre Zahara y Barbate. Alfonso Barrios (El Almarchal, 1922) lo recuerda en los años treinta, y M. García Domínguez (La Canchorrera, 1933) en los años cuarenta.

Pepe Serrano trabajó enseñando por La Zarzuela, la Sierra de Retín y el cortijo Aciscar entre los años treinta y setenta. También daba clases en su casa. Se había criado en la zona y tenía escasa preparación.

Antonio Casas Villalba y Manolo Salado hablan del maestro Lorenzo Vázquez Zardain, que entre los años 1949 y 1952 enseñaba haciendo ruta entre la finca El Águila y Zahara (Barbate) y entre Retín y la campiña tarifeña. Después fue contratado como maestro en la escuela del cortijo Tapatana. Fausto Ruiz Galán trabajó también entre Retín y Tahivilla en años posteriores (de 1964 a 1966). Tanto Lorenzo Vázquez como Fausto Ruiz fueron hombres muy preparados y con un perfil de claro compromiso político, que dejaron gran impacto en su alumnado.

A la finca de Las Canteruelas (Barbate), más alejada, llegaban maestros esporádicamente. Se recuerda a Fausto Ruiz Galán, a José Pozo y a un tal Ferrando.

MAESTRO PEPE SERRANO GUERRERO

Pepe Serrano Guerrero nació a principios del siglo XX en La Zarzuela, de donde procedían sus padres. Su mujer era de Puerto Viejo, en la Sierra de Retín. Tuvieron cuatro hijos; Juan, María, Julián y Ana María. Juan Serrano, uno de sus hijos, nació en 1934 y vive con su hermana Ana María en Barbate. Juan explica que su padre se dedicaba a los trabajos del campo y a enseñar, según la temporada:

Él enseñaba a la gente por el campo *buscando la comía*; no tenía otra cosa. Y cuando no daba clases trabajaba en el campo. Si *echaba un horno* lo echaba por su cuenta y si escardaba lo hacía para los ricos, para que le dieran dinero como jornalero. Yo, lo poquillo que sé, que no sé *na*, lo aprendí con mi padre. Cuando yo tenía diez o doce años, en la misma casa donde vivíamos venían cuatro o cinco chicos a aprender *por el dinero*, y yo me arribaba.

Ana María Muñoz Serrano (La Zarzuela, 1960) vive en Los Barrios, donde tiene un negocio de pastelería, y es sobrinietta de Pepe Serrano. Su madre tenía

una tiendecita de comestibles en La Zarzuela, donde vivían. Ella guarda algunos recuerdos de su tío abuelo:

Pepe Serrano enseñó a leer y a escribir a las dos hijas del guarda del cortijo de Puerto Viejo, en la Sierra de Retín, que tenían unos quince años. Recuerdo que iban mucho a visitar a la mujer de mi tío Pepe. En Iruelas también estuvo enseñando. En los años sesenta, cuando yo lo conocí, ya estaba terminando su etapa de ir caminando por ahí para enseñar.

En el verano de 1969 Pepe Serrano estuvo dándonos clases de apoyo a sus sobrinos nietos. Nos ponía problemas de matemáticas, más que nada, de un libro que tenía. Recuerdo unas cuentas de dividir que nos costaba mucho trabajo sacarlas, y él para corregirlas usaba una regla matemática llamada «la prueba del nueve». Nosotros cogimos el truquito y lo aplicábamos directamente para que cuadrara. Hasta que se dio cuenta de que estábamos haciendo trampa. Como él iba andando a todos los sitios siempre llevaba un bastón, y nos daba con ese bastón en la cabeza.

Este maestro pasó buena parte de su vida separado de su familia y sin aportarles sustento. «Era un hombre que vivía muy a su aire, que no se quería atar. Durante mucho tiempo se iba a dormir monte arriba a un *chozo*. La mujer de Pepe vivió con los hijos y los nietos, que ya eran hombres y mujeres», explica Ana María Muñoz. «Hubo rachas en que mi padre estaba *fuera* parte de la familia. Los hijos de chicos pasamos hambre y tuvimos que *buscar la peseta* para poder comer algo. Mi hermana Ana trabajó lavando la ropa de los cortijos y del que tenía dinero. *A lo último* volvió a la casa. Cuando yo *era un hombre* Pepe seguía enseñando, porque no tuvo jubilación», afirma su hijo Juan Serrano.



Antonio Casas Villalba en 2012. FOTOGRAFÍA DE ANTONIO CASAS VILLALBA.

ALUMNO ANTONIO CASAS VILLALBA

En los años cuarenta y cincuenta los hermanos Casas Villalba, Alfonso, Antonio, Dionisio y Juan, vivíamos con nuestros padres, Miguel y Natividad, en la finca El Conejo, a unos cinco kilómetros de Tahivilla. Allí trabajaba mi padre como guarda. Creo recordar que entonces pertenecía a José López-Cuervo. Tuvimos un maestro que venía a darnos clases a casa todos los días. Se llamaba don Lorenzo Vázquez Zardain, tendría unos cincuenta años o más en esas fechas, y venía de Madrid. Yo nací en 1945. Entre 1949 y 1955 Alfonso, Dionisio y yo recibimos clases de él.

Guardo recuerdos muy gratos y emotivos de su persona. Era un señor muy alto y fuerte, bien educado y muy

inteligente. Él hacía un recorrido de uno o dos días por varias casas o fincas; de El Conejo hacia Zahara, de allí a El Águila y otra vez hacia El Conejo. Pepa Moreno, esposa de mi hermano Dionisio, vivía en la finca El Águila, donde había diez o quince familias. Todos los niños de la finca, incluida ella, con siete u ocho años, se reunían en casa de una tía suya y aprendían con Lorenzo.

Comía y le daban cobijo donde le pillaba la noche, y en cada casa le pagaban algo. Él no tenía casa propia. Nosotros habitábamos una casa bastante grande, que tenía una zona para nuestra familia y otra donde dormían todos aquellos que pasaban temporadas en la finca por su dedicación al carbón u otros trabajos del campo. Lo que se llamaba la *gañanía*. En esta parte de la casa dormía Lorenzo si le tocaba hacer noche en la finca.

Siempre iba con la misma ropa: un traje y una especie de gabardina o impermeable. Era lo único que tenía, pues él no llevaba maleta. Yo veía que cuando llegaba a la casa mi madre le daba ropa de mi padre para que la vistiera mientras ella lavaba y secaba la suya. Recuerdo que siempre llevaba un bastón, no porque tuviera problemas de movilidad, sino para ayudarse a caminar por las veredas aquellas.

Mi padre nos compraba la pizarrita de piedra y el *pizarrín*, atado con un cordelito a la pizarra, en una tienda de Facinas. Para borrar empleábamos un trapo. Recuerdo que debíamos tener mucho cuidado porque si se nos caía al suelo la pizarra o el *pizarrín* se rompía en pedazos.

En aquellos tiempos todos comíamos lo mismo. Cuando llegaba la hora de darnos clase, don Lorenzo nos decía que iba a adivinar lo que habíamos comido. Nosotros, que éramos muy pequeños, nos quedábamos estupefactos al comprobar que había acertado y nos mirábamos unos a otros sin comprender cómo lo hacía.

En su cartera llevaba un cuento que solía leernos a los hermanos y a mi madre las noches en que se quedaba a dormir en casa. Al calor del fuego él leía y juntos pasábamos el rato. Recuerdo lo que disfrutábamos escuchándolo. Mi madre lloraba en esos momentos. No se me olvida el título; se llamaba *El pequeño estudiante florentino*¹⁷⁸. Yo no tuve otro maestro que él y siempre me ha gustado mucho leer.

Mi padre nos contaba que era de Madrid y que había tenido un cargo importante en el gobierno de la capital durante la República. Con el régimen franquista tuvo que dejar Madrid y a su familia y se buscó la vida dando clases. Él nunca iba a Madrid. Cada cierto tiempo, quizás dos meses, se trasladaba

178 *El pequeño escribiente florentino*, de Edmundo de Amicis, es parte de su libro *Cuore* (Corazón), editado por primera vez en 1886. Se trata de un diario de un estudiante e incluye cartas de sus padres y cuentos como éste y como el famoso *De Los Apeninos a Los Andes*. A finales de siglo De Amicis entró en el socialismo obrero italiano.



Ilustración de la obra
«El pequeño escribiente florentino».
Tomada del libro *Corazón*, de
Edmundo de Amicis. Editorial
Molino, Barcelona, 1958 (45).

a Algeciras, a donde llegaban dos hijos suyos varones y de cierta edad desde Madrid para visitarlo.

Era un hombre con muy buenos modos. En aquellos tiempos había cierto respeto por los maestros, que a veces se traducía en distancia; pero él generó confianza hacia nosotros. Cuando hablaba de su propia familia el hombre se emocionaba: se levantaba y se ponía a caminar por la habitación, nervioso. ¡Imagino todo el sufrimiento que pasó por tener que dejar a su familia y ser perseguido por el régimen franquista!

No puedo saber el motivo, lo cierto es que él evitaba coincidir con la Guardia Civil en las rondas que solían hacer por las fincas. Trabajaba casi desapercibido. Algunas veces tomaba un vaso de vino de más y cuando se le pasaba la borrachera, al pobre hombre lo veíamos cargando con dos penas, la de su condena a sobrevivir de ese modo y la de haber bebido para olvidar.

En el año 1955, cuando yo tenía once años, el dueño de la finca murió. Entonces cambiaron su aprovechamiento y despidieron a mi padre, al igual que a muchos trabajadores de la finca. La familia nos trasladamos a Facinas y perdimos el contacto con don Lorenzo. Regresé a la zona bastantes años después, entrados los años sesenta, cuando trabajaba de chófer para Juan Mangas repartiendo el pan de Facinas en la zona de Conil a Tarifa. Me dijeron que ya no trabajaba por allí. Yo no volví a pasar por más escuelas. En enseguida tuve que ayudar a la casa haciendo recados para sacar algún dinero. Mi padre se buscó otros trabajos por temporadas, porque entonces no había salario o puesto de trabajo fijo.

ALUMNO MANOLO SALADO

Me llamo Manolo Salado, nací en 1939 y vivo entre Sevilla y Tahivilla. Mi familia vivía en la Venta de Retín, en el cruce de la carretera de Cádiz hacia Barbate. Éramos ocho hermanos. Mi padre llevaba la venta y además era tratante de ganado y criábamos animales: pavos, gallinas, vacas, caballos... Todos ayudábamos en la casa guardando los animales y recogiendo al atardecer. Y todos aprendimos con el maestro don Lorenzo Vázquez Zardain; los mayores menos que los pequeños, porque tenían que dedicarse más al trabajo.

Don Lorenzo vino hacia 1949 para trabajar en la construcción del poblado de Tahivilla, dirigida por el Instituto Nacional de Colonización, y ya se quedó por aquí trabajando como maestro ambulante. Desde El Conejo, donde vivían los Casas, iba a las casas de los trabajadores de La Parrilla, atendía a las familias de los trabajadores de la finca de Carlos des Allimes, a los hermanos Reina, Juanín, y en los Derramaderos de Núñez y las propiedades de los duques de Lerma por Tahivilla¹⁷⁹. En su recorrido, Lorenzo pasaba noches alternas en nuestra casa, en la Venta de Retín.

Aprendíamos con la *Enciclopedia* Dalmau Carles y la de Luis Vives. Era un buen maestro y tenía muchos conocimientos. Con doce años me propuso prepararme para el examen de Bachiller Elemental, de primero a tercero. Un día del mes de septiembre me acompañó al Instituto Isla Verde en Algeciras para hacer las pruebas. Allí nos pidieron el justificante de la matrícula que debía haber cumplimentado en junio. Lorenzo, que era algo despistado, no se había acordado de aquello. Por supuesto no me permitieron hacer el examen.

Cuando venía a casa, entre otras cosas nos enseñaba taquigrafía, escritura que él dominaba. No tuve mucha necesidad de usarlo porque los avances en la grabación y en la escritura dejaron atrás su necesidad, pero todavía recuerdo la mayor parte del alfabeto.

La escuela del cortijo Tapatana

Hacia 1952 don Lorenzo empezó a enseñar en una escuela dentro de la finca de José Bohórquez (Tapatana). Se trataba de una obra de caridad propia de los señoritos en aquellos tiempos. La escuela se llamaba San Francisco Javier porque a la señora se le había muerto un hijo con ese nombre. Ella encargó la

179 Las propiedades del duque de Lerma (Fernando Fernández de Córdoba) en Tarifa eran varias fincas en la cuenca de La Janda: Tahivilla, Tapatana, Las Habas, Navafría y Aciscar. Estas fincas fueron expropiadas en la reforma agraria de la Segunda República. Se trataba de tierras concejiles, así como El Pedregoso, Arráez, Arroyo de Cuevas, Iruelas y veintitrés parcelas de tierra en Almarchal y Zarzuela; y fueron usurpadas por el primer marqués de Tarifa en el siglo XVI.

construcción de la escuela y la casa contigua donde vivió don Lorenzo, compró las bancas con tinteros, la pizarra grande y todo el mobiliario, y se ocupaba de que tuviéramos cuadernos, lápices, gomas y libros.

Contrataron a don Lorenzo porque era el modo de atraer a sus alumnos, con quienes tenía mucha confianza: él llevaba tiempo enseñándonos y conocía a nuestros padres. Nosotros ya no teníamos que pagar. Don Lorenzo nos agrupaba en las bancas por niveles; los que sabían más delante, y nos ponía tareas diferenciadas. Con frecuencia, cuando los mayores acabábamos nuestra tarea nos encargábamos de ayudar a los pequeños.

Asistíamos a la escuela veintitantos niños y niñas de seis o siete años para arriba. Algunos tenían que caminar de seis a ocho kilómetros sin la compañía de adultos. Los Carpinter salían de Las Canteruelas y se juntaban con los Morales en su recorrido, luego nos sumábamos los Salado. Y por el lado opuesto llegaban los Reina y los hermanos Casas, de El Conejo.

A la finca de Las Canteruelas, donde se crió Juan Carpinter Brenes (1941), llegaban menos maestros ambulantes: «De vez en cuando llegaba uno por la finca; al poco tiempo desaparecía y llegaba otro. La mayoría no duraban mucho. Entre los maestros ambulantes que estuvieron por aquí, Lorenzo fue el que más nos enseñó; era muy humano. Tendría yo doce o trece años, hacia 1953, cuando fui a la escuela de Tapatana, donde enseñaba él. Cinco kilómetros caminando para acá y cinco para allá».

Antonio Casas Villalba (finca El Conejo, 1945) comenta que en el mismo colegio había una capilla donde él y su hermano Dionisio hicieron la comunión, una vez que Lorenzo los preparó.

Como había clases por la mañana y por la tarde, muchos traían la comida y se quedaban a mediodía. Nosotros estábamos cerca y volvíamos a comer a casa. Para no desatender a los animales nos turnábamos entre los hermanos: los que iban un día a la escuela, al día siguiente guardaban los animales y viceversa. Los días de invierno en que amanecía muy cerrado no podíamos ir.

Cuando estaba en este colegio la señora de Bohorquez nos ofreció a un niño de apellido Pelayo, a un hermano mío y a mí una beca para estudiar en un seminario de Logroño. Entonces era frecuente optar por estas becas aunque no se deseara ser cura; por eso muchos se descolgaban antes de acabar, cuando habían aprendido lo necesario. Pero a nuestro padres, con su mentalidad, les pareció que eso suponía alejarnos demasiado del hogar y no lo aceptaron.

La escuela funcionó pocos años. Lorenzo salió de allí hacia 1955 ó 1956 y trajeron a una maestra, pero no asistían tantos niños. Cuando la escuela se cerró el edificio se fue deteriorando.



Escuela de San Francisco Javier,
en el cortijo Bohórquez
o Tapatana. Vistas de tres fachadas
y de un espacio interior. Se trata
de la escuela mejor construida y la
más grande entre las escuelas en el
campo de Tarifa, junto a la escuela
rural de Tahivilla.
Diciembre de 2021.
FOTOGRAFÍAS DE BEATRIZ
DÍAZ MARTÍNEZ.



MAESTRO LORENZO VÁZQUEZ ZARDAIN

Hacia 1949 Lorenzo Vázquez Zardain trabajaba en la construcción del poblado de colonización de Tahivilla. Poco después los hermanos Carpinter, los Casas y los Salado estudiaban con él. Entre 1952 y 1956 ellos mismos aprendieron con Lorenzo en la escuela de San Francisco Javier, en la finca de los Bohorquez. Entrados los años sesenta ya no estaba en el término. De esta nueva etapa sólo sabemos que en el curso 1965-1966 Lorenzo enseñaba en una escuela de la barriada algecireña de La Bajadilla.

Zardain o Zardaín, un apellido poco frecuente. Y, unido al nombre y apellido precedentes, pudiera ser único. En el Archivo Histórico de Defensa hay un atestado contra un hombre llamado Lorenzo Vázquez Zardaín instruido por la Brigada Político Social «por actividades clandestinas del Partido Comunista». Lorenzo Vázquez Zardain y José González Cousa, que convivía con él, fueron detenidos en noviembre de 1946 y puestos en libertad el día 30 del mismo mes¹⁸⁰.

Por las fechas del proceso es muy posible que la persona procesada fuese el maestro recordado en la zona de Tahivilla y Retín. Según el atestado, precisamente en mayo de 1948 no pudo ser localizado para una comunicación, y según sus alumnos en 1949 Vázquez estaba trabajando en Tahivilla.

Pero hay una pieza extraña en el puzle: el perfil de la persona con ese nombre apellidos no coincide con el del maestro. En su historial reza que desde 1931 había sido detenido en diferentes ciudades españolas y por motivos muy diversos: estafar, mendigar, hurto, tentativa de robo con escalo, hacer propaganda facciosa, fingir ser policía... Había cumplido prisión varias veces y en noviembre de 1946 acababa de salir de prisión.

José González Cousa, procesado junto con Vázquez Zardain, convivía con él en una pensión y fue detenido una semana antes. Durante la guerra Cousa había estado en un batallón de fortificaciones del bando gubernamental. Después fue juzgado por lo militar por pertenecer al sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT). Si el procesado con la identidad de Vázquez Zardain era el maestro, es posible que una vez detuvieron a su compañero, y con la certeza de que lo buscarían, se procurase nueva documentación. Esto explicaría también por qué González Cousa tiene un historial de izquierdas, al contrario que Vázquez Zardain.

Tras ser puesto en libertad sin cargos el futuro maestro, cuyo nombre y apellidos reales desconocemos, decidió marchar lejos para que no descubrieran su

180 Legajo 7757, Sumario 138.630, Juzgado Especial del Comunismo.

verdadera identidad. Se alistó a los trabajos de construcción en un poblado de colonización del sur del sur, lo que le abrió la posibilidad de trabajar enseñando por los campos del lugar y pasar más inadvertido que en la ciudad.

MAESTRO FAUSTO RUIZ GALÁN

Fausto Ruiz Galán debió de enseñar en Retín y Tahivilla entre 1964 y 1966. Hacia 1966 trabajó como maestro idóneo en la escuela rural de La Zarzuela. Anteriormente había trabajado en el término gaditano de Alcalá de los Gazules (entre 1956 y 1962) y en el de Arcos de la Frontera (de 1962 a 1964). Cuando salió de Tarifa siguió como maestro en cortijos de La Axarquía (Málaga), donde en esas fechas aún no había escuela rural.

Fausto Ruiz nació en Almonte (Huelva) en 1919¹⁸¹. Tenía dos hermanas vivas y una más pequeña había muerto con dos años. Su madre venía de Santa Cruz de la Sierra (Cáceres) y su padre de Salamanca. Era sargento del cuerpo de Carabineros, que tras la guerra pasó a ser la Guardia Civil. Su madre murió cuando él tenía unos nueve años y su padre se casó otra vez. Hizo el bachillerato en un colegio religioso de Huelva y antes de cumplir los diecisiete años lo mandaron a filas con el bando franquista, formando parte de lo que se llamó «la quinta del biberón».

Fausto Ruiz se incorporó a un tercio de requetés. Fue afectado por una explosión en el frente de Extremadura y, como perdió la visión en un ojo y el movimiento en una muñeca, se declaró mutilado de guerra. Siguió en el ejército y ascendió con facilidad gracias a sus conocimientos, pero hacia 1948 consintió la fuga de una persona condenada a muerte que estaba bajo su custodia. Consciente de la gravedad de los hechos, Fausto decidió pedir la renuncia y pasó a la reserva. En busca de nuevas opciones laborales estudió en la Escuela de Náutica de Cádiz entre 1948 y 1951. Después estuvo cuatro años en pesqueros y mercantes como maquinista naval, y trabajó un año en Altos Hornos de Vizcaya como administrativo.

En 1956 empezó a trabajar como maestro ambulante en la zona de Alcalá de los Gazules, donde estuvo hasta 1962. José Luis Blanco Romero (Alcalá de los Gazules, 1953) fue su alumno en una escuela de la finca El Rocinejo. Y sus hermanos mayores, Miguel, Alfonso y Francisco, aprendieron con él en esa misma finca en años previos, cuando ejercía como maestro ambulante. Miguel Blanco Romero, nacido en 1949 en Alcalá, me escribió por correo:

181 Miguel Ángel Ruiz García (Málaga, 1974), hijo de Fausto Ruiz Galán, fue entrevistado por teléfono y por correo sobre la vida de su padre. Su testimonio es la principal fuente de información de esta microbiografía, junto con los testimonios de algunos alumnos y alumnas.

Él tenía una caligrafía de gran belleza. Utilizábamos la pizarra y el *pizarrín*, cuader-nos de caligrafía y plumillas. ¡Ay de ti si al realizar la tarea la llenabas de borrones o gotas de tinta! Para que los tinteros no se derramaran por la mesa don Fausto ideó meterlos en latas de conservas y rellenarlos de yeso. Una vez, viéndome distraído, me apretó en el estómago con el bastón que solía llevar¹⁸². Me pilló de sorpresa y exclamé, «¡la madre que te parió!». Pensé que me daría unos reglazos, ¡pero lo que hizo fue hartarse de reír!

Fausto estuvo después dando clases en la escuela del cortijo de Vega Blanquilla, que estaba a siete kilómetros de El Rocinejo. Sustituía a otro maestro llamado el Manquito.

Recuerdo ocasiones en que se enzarzó en discusiones con mi abuelo, dueño del cortijo de Rocinejo. Él nos inculcaba sus ideas a través de las clases. Nosotros tenemos la idea de que era del Partido Comunista. Cuando nos hicimos mayores y empezamos a comprometernos en el Partido Socialista me surgió la inquietud de contrastar ideas con él, pero no vi la posibilidad.

Chari Gutiérrez Blanco, prima de Miguel Blanco Romero, nació en 1950 y también se crió en El Rocinejo:

Cuando le tocaba quedarse en El Rocinejo dormía en casa de mis abuelos (Miguel Blanco Suárez y Rosario Sánchez Montedeoca), donde había habitaciones más grandes. Todos los primos formábamos uno de los grupos a los que Fausto enseñaba.

Él no daba religión, así que cuando llegó la hora de hacer la primera comunión, con unos siete años, mi madre nos compró un catecismo y nos llevó a mi hermana y a mí a El Beaterio, un colegio de monjas en Alcalá. Entonces me di cuenta de que estábamos adelantadas respecto a las niñas de nuestra edad. Tras hacer la comunión seguimos las clases con Fausto.

Era un hombre muy de izquierdas. Nos contaba muchas cosas que había vivido cuando la guerra y se indignaba recordando algunos hechos. Nos hablaba de un capitán a quien fusilaron que se apellidaba Galán y García¹⁸³. Él decía que las cosas estaban muy mal y que iba a haber otra guerra. Y yo, que era muy chica, me angustiaba mucho cuando le escuchaba decir aquello.

Fausto era muy aficionado al escritor Julio Verne. Hablaba con pasión a los hombres del campo de sus obras *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *De la tierra a la*

182 Su hijo explica que empezó a llevar el bastón después del ataque de una perra mastín que tenía crías recién paridas y le mordió en la pantorrilla.

183 Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández fueron capitanes republicanos que se alzaron contra la monarquía en 1930. Serían fusilados a finales de ese año, cuatro meses antes de proclamarse la Segunda República en el país.

luna. Les explicaba sobre las ideas de este escritor y sobre sus anticipaciones: «¡Habrá un tiempo en que el hombre llegará a la luna!», decía. Recuerdo que llevaba un reloj de aquellos que se enganchaban en el ojal del chaleco. Se juntaba con varios paisanos, hacían comparaciones entre el reloj de cada cual y se los intercambiaban. Pero qué va... ¡Ningún reloj de esos era mejor ni peor!

Hacia 1959 Delegación de Cádiz abrió una escuela rural en El Rocinejo y Fausto se trasladó a Cruz Verde, El Búho y el Puerto de la Parada, zonas de Alcalá donde aún no había escuela rural. Mi padre mantuvo correspondencia con Fausto durante bastantes años. Creo que no quiso seguir la relación porque le incomodaba la actitud de Fausto hacia la política.

A mí me gustaba mucho la enseñanza. Cuando la maestra rural tenía que dejar la clase me ponía a mí para sustituirla. Hice el bachiller por libre en Cádiz, estudié Magisterio y he trabajado durante veinte años en escuelas privadas concertadas.

Joaquina Casas Sánchez me escribió por correo tras leer el nombre de su maestro en el archivo oral *Maestros de Campo*: «Yo conocí al maestro Fausto. Yo vivía en Zafrilla, cerca de Rocinejo, y tenía doce o trece años. Me dio clases un par de meses hacia 1961, porque después se fue. Nos dio pena, pues era muy buen maestro».

Entre 1962 y 1964 Fausto Ruiz dio clases en El Hornillo (actual pedanía de Las Abiertas, Arcos de la Frontera, Cádiz). Juan Antonio Canto Pérez (Villamartín, Cádiz, 1955) vivió en esa finca desde los siete a los veinte años. Actualmente vive en la ciudad de Cádiz y asiste a una Escuela de Adultos donde aprende informática, entre otras cosas. Él también me contó por correo sus recuerdos de Fausto:

Era un hombre bajito y con barba. Se desplazaba por los campos en una yegua que le dejaban los señores del cortijo de Villalvega, donde se alojaba, porque allí tenían ganadería brava.

Mi padre poco podía pagarle, porque no cobraba por su propio trabajo: él cuidaba del ganado y mantenía la cancela de la finca cerrada a cambio de poder cultivar un huertecito y criar animales. Don Fausto vio la situación y habló con mi padre: «Curro, vamos a hacer un trato, usted me cría una collerita de conejos y yo no le cobro por las clases». Así él podía comer un guiso de vez en cuando.

En la casa donde vivía el cabrero nos juntábamos cinco niños: los tres hijos del cabrero, mi hermano y yo. Todas las clases las daba de memoria; nunca lo vi guiándose por un libro. Nos enseñaba a leer con los libros de aquel entonces y, si algunos de los alumnos no lo sabíamos, nos cogía de la patilla. Los sábados no nos daba cuentas; nos enseñaba el catecismo. La primera comunión la hice en la escuela rural de Las Abiertas, donde enseñaba una maestra que venía de lejos, pero yo aprendí mucho más con Fausto.

Entre 1964 y 1966 Fausto Ruiz enseñaba por la zona entre Retín y Tahivilla, en Tarifa. Hacia 1966 trabajó como maestro idóneo en la escuela rural de La Zarzuela, y hacia 1966 llegó por la Alta Axarquía.

Impartió clases en los cortijos y casas diseminadas entre los términos de Alfarnatejo y Riogordo (Málaga). Paraba en casa de los padres de Antonio Ranea López; allí dormía y le daban de comer. Les daba clases a él, que tenía diecinueve años, y a una hermana mayor, de veintiún años. Antonio Ranea nació en 1947, vive en Mondrón (Axarquía, Málaga) y es secretario de la Cooperativa Oliverera San José Artesano de Mondrón. Él había estudiado ya con varios maestros de campo, principalmente con un tal Reina, que era de izquierdas: «Estaba muy señalado y no era bien visto. En aquellos tiempos eso era suficiente para ser perseguido».

Antonio Ranea recuerda que Fausto les enseñó a calcular el precio de los animales a vender según las arrobas y libras que pesara; pues hasta que él llegó no sabían hacer esto cabalmente. «Su preparación excedía de lo habitual en estos maestros itinerantes que daban clases por los cortijos», añade.

«Después estuvo en una escuela religiosa de Algeciras donde reciclaban a los maestros rurales como él que preparaban a sus alumnos para el examen de bachillerato por libre. En esa escuela se hacían las gestiones de la matrícula y les daban los materiales necesarios para que enseñaran: libretas y libros como la enciclopedia que mi padre conservaba», dice su hijo. Y a continuación montó una academia para estudios básicos en la Estación de Cártama (Málaga). A finales de los sesenta, después de prepararse en administración y comercio, abrió otra academia en la ciudad de Málaga, esta vez asociada al Instituto Inter de Barcelona, especializado en estos estudios a distancia.



Carné de Fausto Ruiz Galán como asociado al Instituto Inter, centro de enseñanza por correspondencia, en 1971. ARCHIVO FAMILIAR MIGUEL ÁNGEL RUIZ GARCÍA.

Conoció a su futura esposa en Cádiz, a donde iba de vez en cuando, y se casaron en 1972. Mantuvo la academia hasta 1975, año en que se marchó a Venezuela. Pero no le fue bien y regresó en 1976. Luego estuvo dos años en

Mallorca como jefe de personal de la empresa Dragados y otros dos años en Mazarrón (Murcia) como contable de empresas de productos agrícolas. «Necesitaba cambiar cada pocos años. Era un espíritu inquieto», afirma su hijo Miguel Ángel Ruiz. En el año 1980 se estableció en Cádiz capital y por un tiempo se ayudó vendiendo décimos de Lotería. Pudo volver al ejército como reserva y recuperar la antigüedad perdida, y así años después pudo ser pensionista de las Fuerzas Armadas. En 1987, cuando tenía sesenta y siete años, se instaló en Sevilla.

Falleció en noviembre de 2012, con noventa y tres años, tras una caída en la que se golpeó la cabeza. Su hijo rememora su último tiempo: «Yo siempre iba adelantado porque mi padre me daba clases de matemáticas, de lengua y un poco de inglés. Él cultivaba la memorización literal y las reglas, y era muy exigente. Siempre estaba leyendo y repasando cosas. Y seguía enseñando. Le gustaba. Si algún vecino del barrio le comentaba que su niño tenía un problema con los estudios, enseguida se ofrecía: “Que venga por casa”».



Cobertura de enseñanza entre la campiña y la Sierra de la Plata (Tarifa, Cádiz), siglo XX. Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

B. DE LA CAMPIÑA A LA SIERRA DE LA PLATA

El maestro Sebastián Muñoz Sevilla enseñó a niños y adultos durante varias décadas (entre 1910 y 1945), en la campiña de La Janda, por El Almarchal, Zahara y Facinas, y por los contornos de la Sierra de la Plata. Francisco Jiménez Rodríguez, llamado Curro el de Los Boquetillos, en los años cincuenta y sesenta hacía un recorrido similar al del maestro Muñoz en la Sierra de la Plata.

Antonio del Castillo Altemburg, personaje muy recordado, se dedicó a la enseñanza en escuelas de cortijo y en casas particulares entre los años 1942 a 1962 aproximadamente. Enseñó en el poblado de La Canchorrera, en las fincas Aciscar y Arraéz, en otros lugares de la campiña de La Janda y en Las Piñas. También en Puertollano y en Facinas.

Y Francisco García Gavira enseñó en los años sesenta en los cortijos de la vertiente noroeste de la Sierra de la Plata.

MAESTRO SEBASTIÁN MUÑOZ SEVILLA



El maestro Sebastián Muñoz Sevilla. Fotografía de su último carné de identidad. CORTE-SÍA DE MAGDALENA MUÑOZ.

Sebastián Muñoz Sevilla, hijo de Pedro y de Francisca, nació en Facinas el día 13 de mayo de 1886 y falleció en 1947¹⁸⁴. El padre de Muñoz era *picapedrero* y procedía de Jerez y su madre era modista de hombre y había nacido en La Canchorrera (Tarifa). Chanito, como le llamaban, se crió con su abuela materna, Ana Herrera, porque entonces su madre trabajaba en Algeciras. «A Chanito le gustaba tanto estudiar que su maestro, Juan Carreño, le aconsejó a su abuela que estuviera un tiempo sin ir al colegio porque de tanto estudiar se iba a volver tonto¹⁸⁵. Él cogía un libro y se subía a una higuera a leer. “¡Chanito, que te vas a caer y te vas a matar!”. No le quedó más remedio a la pobre mujer que seguir mandando al niño al colegio», escribe su nieta Ángeles Camacho.

El primer trabajo de Muñoz fue como *zagal casero* en el cortijo de Iruelas: ayudaba a Antonio Jiménez a hacer la comida a los trabajadores del cortijo. «El

184 Una nieta suya, Ángeles Camacho Muñoz, escribió en la web *Facinas* una pequeña biografía sobre Sebastián Muñoz, que hemos usado para este perfil. Además entrevisté a su hija Magdalena Muñoz, que tenía once años cuando su padre falleció.

185 En los primeros años veinte, cuando el periodista Luis Bello estuvo en Málaga, le hablaron de un maestro ambulante que consideraban que estaba medio *chalao*, porque «... hablaba con palabras muy finas y entendiendo de todo». Ver: Bello, Luis (1998). *Viaje por las escuelas de Andalucía*. Edita Junta de Andalucía. Sevilla.

señorito no vivía en el cortijo, y cuando el encargado tenía que escribirle una carta para comunicarle alguna cosa se la escribía mi padre», recuerda su hija Magdalena Muñoz. La venta María de la Luz, de La Canchorrera, era muy conocida por los bailes de *chacarrá*. Allí acudían los jóvenes de los poblados de alrededor a beber unos chatos y a bailar. En uno de esos bailes Muñoz se fijó en Lola Pelayo. Se casaron y se quedaron a vivir allí. Tuvieron cinco hijos, Natividad, Juan, Pedro, Antonia y Magdalena.



Lola Pelayo, esposa
de Sebastián Muñoz.
Fotografía CORTESÍA
DE MAGDALENA
MUÑOZ.

Su hija Magdalena calcula que Muñoz empezaría a enseñar por los campos a finales de la década de 1910. «Si no tenían dinero para darle, con una telera de pan o un *presente* se daba por cobrado¹⁸⁶», aclara. Muchas personas entrevistadas oyeron hablar de que el maestro Muñoz enseñaba en las décadas 1910 a 1930.

El padre de Dolores Ruiz Jiménez nació hacia 1908, se crió en La Gloria y aprendió con Muñoz. Pocos años después enseñó las primeras letras a Juan Quero, nacido en 1917, que vivía en El Moro (Sierra de la Plata). En su libro *Historia de Facinas y campiña de Tarifa*, Quero enumera los caseríos donde Sebastián Muñoz enseñaba en estos años, e indica el trazado de su ruta. Se trata de la descripción más detallada con que contamos de la ruta de un maestro ambulante:

Salía de La Canchorrera, donde vivía con su familia, pasaba por la casa del guarda en el cortijo de La Campana, El Almarchal, el caserío de El Moro, la casa del pastor en Ahijadero, las casas del vaquero, el porquero y el guarda de El Moro, las cabrerizas de El Moro (donde vivía la familia de Juan Quero), el cortijo de Aguaenmedio, dos familias en el Peñón del Gato, Ranchiles, el molino de Carrizales, el rancho de Las Canas, El Realillo, Hoyo Catalino (donde pasaba la noche), el cortijo de La Gloria, dos familias al pie de la laja de las Zargas (o Salgas), los poblados de Los Boquetillos, el cerro de la Rosa Grande, el Puntal del Alamillo, El Alamillo, el cortijo Iruelas y El Acebuchal, para llegar de nuevo a La Canchorrera, donde pernoctaba en días alternos¹⁸⁷.

186 El *presente* era un producto de la matanza del cerdo, que entonces se acostumbraba a repartir entre los vecinos y gente con necesidad. Nina Campano Ríos comenta que, si se podía, se mataba un cerdo más para repartir entre los vecinos. Hay similar costumbre en la cultura musulmana durante la fiesta del Cordero.

187 Ver: Quero González, Juan (1997). *Historia de Facinas y campiña de Tarifa, según Juan Quero*. Editan Grupo Socialista, Agrupación Local de Tarifa y Diputación de Cádiz. Tarifa (Cádiz).

A principios de los años treinta Alfonso Barrios (El Almarchal, 1922) y su hermana mayor estudiaban con Muñoz:

Mis padres nacieron en El Almarchal. Allí vivían y trabajaban una tierra suya y en parte arrendada. Además teníamos cochinos, cabras y vacas. Todos trabajamos con nuestros padres hasta casarnos. El maestro Muñoz venía cada semana dos veces. Yo tendría ocho o nueve añillos, y mi hermana diez u once. Él ya era mayor, y era muy buena persona. Éramos unos chavalillos que sólo pensábamos en ir a jugar por ahí. Yo cuidaba unas cabritas que tenía mi padre y cuando el maestro venía tenía que salir a encerrarlas para que me diera la lección. Yo escribo y leo, pero mi hermana sabía más porque no tenía que estar con los animales y tenía más tiempo para estudiar.

Hacia 1933, cuando José Cózar Valencia (Salaviciosa, 1920) trabajaba en el cortijo de los Perea, en Las Cumbres, Sebastián Muñoz daba clases a la hija de Miguel Perea. Cózar recuerda que cuando Muñoz se iba acercando tocaba una corneta para avisar a los niños. Luz Ruiz Pacheco (La Gloria, 1929) y sus hermanos recibían clases de Muñoz unos años después, hacia 1939:

Mis padres se dedicaban a la labranza y a los animales. Éramos once hermanos, cinco *hembras* y seis varones. Yo era la más chica. A una hermana mía la enseñó muy bien. Las otras dos aprendimos un poquillo. Cuando al maestro le tocaba quedarse a dormir en casa mi hermano se levantaba temprano para dar clase con él antes de ir al trabajo o con los animales.

Cuando Muñoz tenía unos cincuenta y cuatro años, hacia 1941, su hija mayor falleció de un ataque de albúmina¹⁸⁸. Natividad, que así se llamaba, tenía dieciocho años. Entonces la familia se trasladó, según explica Magdalena: «Natividad era muy alegre. Si había fiesta en La Canchorrera, allí estaba ella para tocar la guitarra y los *palillos*, y para bailar el *chacarrá*. Mi madre no quería seguir en La Canchorrera porque todo le recordaba a su hija, y se trasladaron a Facinas.

Muñoz mantuvo su oficio de maestro, primero en la zona de Zahara y más adelante en Facinas, anota su hija Magdalena:

En Zahara, Domingo Castro le ofreció un cuarto en su casa para que pusiera una escuela fija y a cambio él daría clases a sus hijos. Cada quince días venía a Facinas por dos o tres días. Después se quedó en Facinas, donde daba clases por las casas, lo mismo a chicos que a mayores. Dio clases de noche al zapatero, a los hermanos de Luz Jiménez y a muchos otros.

188 Muy posiblemente el motivo de su muerte fue una insuficiencia renal a consecuencia de una fiebre reumática, frecuente en la época.

«También trabajaba el esparto y hacía los frontiles que usaban los bueyes para arar, serones y demás útiles que usaban en la época para realizar las tareas del campo. Otra de sus aficiones era arreglar relojes y joyería. Y las mocitas que estaban preparando su ajuar le pedían que les hiciese el diseño de las letras y los dibujos a bordar en sus prendas», añade su nieta Ángeles.

Magdalena se lamenta de que la familia no conserve los libros que usaba su padre, ni fotografías de su tiempo: «Lo que él tenía guardado se perdió con un familiar y la casa que tenían en La Canchorrera se quemó con lo que tuviera dentro».

MAESTRO CURRO JIMÉNEZ RODRÍGUEZ

El maestro Curro Jiménez Rodríguez fue conocido con diferentes apodos: Curro el de los Boquetillos, porque vivía en el poblado de Los Boquetillos, y Curro el Pequeño y Curro el Canario, por su aspecto. Se decía que tenía muchos conocimientos porque se había preparado para el examen de acceso a la Guardia Civil, y por algún motivo no ingresó. Las personas entrevistadas lo recuerdan enseñando en los años cincuenta y sesenta en Bolonia y Las Cumbres; y en torno a la Sierra de la Plata en El Realillo y La Gloria, en los poblados de chozas de Los Boquetillos, el Puntal del Alamillo, La Canchorrera y El Acebuchal.

La familia de Paqui Domínguez Sampalo (La Canchorrera, 1940) era consciente de la importancia de la alfabetización, pero no tenían recursos para pagar al maestro. La madre de Paqui buscó una solución: que por lo menos un miembro de la familia se arreglase con la lectoescritura:

Mi madre decía, «hay que ver, de los cinco que somos no sabemos ninguno leer ni escribir»; porque mis padres tampoco sabían. Mi madre habló con el maestro: «Yo quiero que venga usted y le des clase a mi hija la mayor, para defendernos nosotros en algo. Si un día hace falta, que pueda escribir un papel. Yo no tengo dinero pero ya le daría a usted algo a cambio». Curro empezó a venir a nuestra casa y mi hermana mayor aprendió a leer y escribir.

MAESTRO ANTONIO DEL CASTILLO ALTEMBURG

Antonio del Castillo Altemburg, conocido también como don Antonio o Antonio Castillo, dejó una importante huella en la memoria de las familias del campo tarifeño. Personas que han vivido en diferentes lugares y tiempos entre los años cuarenta y sesenta lo recuerdan enseñando a niños y adultos, dando clases particulares y trabajando en escuelas de cortijo.

La rareza de su segundo apellido permite identificar a la familia de este maestro: su abuelo fue el reconocido arquitecto Adulfo del Castillo Escribano, nacido en Écija (Sevilla) en 1837. En 1864 Del Castillo Escribano tenía plaza como arquitecto de distrito en la provincia de Cádiz y en 1870 fue declarado miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando¹⁸⁹. Diseñó en La Línea el Matadero Municipal (1878), la Plaza de Toros (1880-1883) y el Mercado de Abastos (1878-1882), entre otros edificios emblemáticos de la provincia¹⁹⁰. Se casó con Carmen Canet y tuvieron tres hijos, uno de los cuales fue Adulfo del Castillo Canet.



Antonio del Castillo Altenburg en 1933. Fotografía de su tarjeta de identificación como policía. ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE CÁDIZ, sección de personal, expedientes de la Policía Municipal.

En 1887 comenzó un conflicto entre este reconocido arquitecto y el Ayuntamiento de La Línea a cuenta de la concesión del Mercado de Abastos, que no se dará por resuelto hasta muchos años después. En 1891 Adulfo del Castillo Escribano fue nombrado director de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz pero poco duró ese cargo, pues dos años después falleció. En 1916 quedó firmado un acuerdo con el Ayuntamiento de La Línea para el pago de 700.000 pesetas en plazos a veinte años para Adulfo del Castillo Canet, hijo del arquitecto, por revertir la concesión del Mercado de Abastos¹⁹¹.

Adulfo del Castillo Canet se casó con Nicolasa Altenburg y tuvieron cinco hijos, entre ellos Antonio del Castillo Altenburg, que nació en La Línea el 31 de marzo de 1907¹⁹². No parece que Adulfo hijo llegase a cobrar esos plazos que finalizaban en 1936, porque en 1925 la familia se había trasladado a la aldea de Facinas con dos de sus hijos, Antonio (el futuro maestro ambulante) y Pilar. Los otros tres hijos se instalaron juntos en Cádiz. La situación económica de la familia se complicó con el tiempo: «Los abuelos de mi marido llevaron la tienda de los Villanueva, pero tuvieron que vender las cosas», explica Luz Peinado (Facinas, 1945).

189 David del Castillo, nieto del maestro, me mostró certificados de su membresía expedidos en 1956 y en 1967.

190 «Conferencia La Plaza de Toros de La Línea de la Concepción». Blog *La Línea en Blanco y Negro*.

191 Periódico *La Verdad*. La Línea, 23 de julio de 2014.

192 Su certificado de defunción indica que nació en 1905 y en su cartilla de guardia municipal de Cádiz figura 1907. Por otra parte, en algún momento la escritura de su apellido se castellaniza a Altenburg.

Antonio del Castillo Altemburg se casó con Ana Álvarez Mora en marzo de 1931 y tuvieron cinco hijos, a quienes pusieron los nombres de los abuelos maternos (Gaspar, Guillermina y Guillermo) y del bisabuelo y abuelo paternos (Adolfo y Antonio). Además criaron a un nieto suyo, cuyos padres emigraron a Alemania. En busca de sustento para la familia, en febrero de 1933 Del Castillo ingresó como guardia municipal en el Ayuntamiento de Cádiz¹⁹³. Entonces tenía veinticinco años y se declaraba escribiente de oficio.

Eran años de cambios sociales trascendentes. En noviembre de 1933 se convocaron las segundas elecciones de la Segunda República, las primeras de la historia de España en que las mujeres podían votar, y ganó la coalición republicana de derechas. Antonio del Castillo Canet, tío del maestro que era presidente del Sindicato Obrero Católico en Algeciras, fue asesinado en esa ciudad a finales de 1935¹⁹⁴. En enero de 1935 Del Castillo fue nombrado guardia primero y poco después pasó al oficio de sereno.

En los años treinta y cuarenta las comodidades de la familia distaban mucho de las que habrían tenido en La Línea. El 11 de abril de 1936 Del Castillo solicitó un permiso para ir a recoger a su esposa, indicando que necesitaba ajustar la fecha para aprovechar el trayecto de un camión que iba desde Cádiz a Facinas.

Una semana después de la ocupación de la ciudad de Cádiz por las tropas franquistas, el 28 de julio de 1936, Ramón de Carranza se hizo cargo de la Alcaldía y decretó la disolución de la Guardia Municipal. En el proceso depurativo subsecuente se despidió a quienes no se incorporasen inmediatamente a su trabajo y a quienes estaban detenidos o eran considerados un problema de orden público. En agosto se aplicó una circular gubernativa para depurar sistemáticamente la plantilla.

Del Castillo fue cesado en su puesto a finales de julio de 1936¹⁹⁵, pero hizo lo posible por seguir trabajando en el Ayuntamiento de Cádiz: en junio de 1937 fue nombrado guardia municipal de segunda clase interino y en febrero de 1941 logró que dejaran invalidado su expediente anterior a julio de 1936. Esto era de vital importancia para evitar la represión como personal de la corporación destituida. Después ingresaría en la Guardia Civil, pero tras una reyerta con un cabo fue condenado a prisión y expulsado de la institución.

193 Información sobre su presencia en la Policía Municipal del Ayuntamiento de Cádiz tomada del Archivo Histórico Municipal de Cádiz, sección de personal.

194 Diario *ABC*, edición de Andalucía, 22 de diciembre de 1960. «Hoy hace 25 años».

195 López García, María Cristina y Gutiérrez Molina, José Luis (2018). *Informe de las Depuraciones por los golpistas de 1936 del personal del Ayuntamiento de Cádiz*.

Hacia 1942 Antonio del Castillo ya había empezado a enseñar por los campos. M. García Domínguez (La Canchorrera, 1933) aprendió las primeras letras con él: «Éramos cinco hermanas y cinco hermanos y nos llevábamos uno o dos años cada uno. Los diez estudiábamos juntos. Mi padre nos puso primero al maestro Antonio del Castillo, que venía de Facinas. Ese hombre sabía bastante». Y Victoria Marín Delgado (Puertollano, 1939) lo conoció unos años después: «Cuando yo tenía diez o doce años estuvo viniendo a mi casa para enseñarnos a mi hermana y a mí. Era un hombre de ojos claros. Le daban de comer en casa si *encartaba*, y le pagaban nueve pesetas al día».

Luz Peinado (Facinas, 1945) es esposa de Guillermo, hijo menor de Antonio del Castillo. Ella explica:

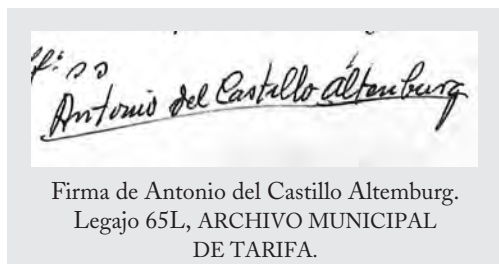
Mis padres, Marina Ortega y Antonio Peinado, eran de Facinas. Mi padre era zapatero y hacía las botas esas altas que usaban los señoritos. Yo fui a la escuela nacional y aprendí a leer y a escribir algo. Recuerdo a Antonio desde siempre porque yo era amiga de su hija Guillermina. En los años cincuenta su familia vivía en el cortijo Aciscar, donde él trabajaba como maestro, al tiempo que enseñaba por los campos. Se venían de vez en cuando a Facinas porque su mujer tenía aquí a sus padres y tenían una casa. A la escuela de Aciscar venían los chiquillos del mismo cortijo, y también de Tahivilla y de toda la campiña de alrededor. Hacia 1959, cuando se murió la duquesa, despidieron a Antonio y se vino con Ana para Facinas.

Alfonso Díaz Moreno nació en La Zarzuela hacia 1951, pasó su infancia en el cortijo de Las Habas y con ocho años su familia se trasladó a la finca Aciscar:

Mi padre trabajó en la finca Aciscar haciendo alambrada. Don Antonio del Castillo fue mi maestro durante un año en ese cortijo. Fue un buen maestro. Me quitó mi padre de la escuela del cortijo para guardar cerdos, y entonces Antonio me mandaba cuentas y me marcaba en la *Enciclopedia* las lecciones que tenía que estudiar.

Estando yo con los cerdos echaron a Antonio y en su lugar entró otro maestro llamado Juan Ruiz Ríos, pero yo ya no fui más a la escuela. Después estuve trabajando de aguador para llevar el agua a los trabajadores del campo, cuando tenía dieciséis años me puse con un tractor, y a los dieciocho años nos vinimos a San Roque.

Hacia 1955 al tiempo que enseñaba en Aciscar Del Castillo daba clases en la finca Arráez. En los años sesenta el incansable maestro continuaba su andadura. Antonio González, nacido en 1953, se crió en el cortijo de Las Piñas y estudiaba con él en casa de su tío Sebastián, junto a niños de diferentes edades. «Cada pocos días llegaba caminando desde Facinas con unas alforjas al hombro», recuerda González.



Firma de Antonio del Castillo Altemburg.
Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL
DE TARIFA.

Antonio del Castillo también apoyaba a la gente del campo en denuncias y trámites burocráticos; gestiones que requerían buena redacción y caligrafía. «Hacía muchas cosas para la gente del campo. Si hacía falta preparar un escrito poniendo las leyes él te lo hacía. Era una

bella persona», comenta M. García Domínguez. Ana Trujillo Pelayo (el Puntal del Alamillo, 1935) supo de Antonio del Castillo a través de su padre:

De noche en Facinas iban muchísimas personas a dar clase con él. Y enseñó a muchos de los que *salieron de guardias*¹⁹⁶. A mi padre le arregló los puntos que daban por los niños. Y si había uno que ya tenía edad de jubilarse pero no tenía cotizado bastante él se liaba con ello hasta que el hombre conseguía cobrar. ¡Digo! *Estuvieran* muy apurados, iban en busca de él. El hombre no ponía precio pero la gente siempre le daba algo.

Nina Campano Ríos (Facinas, 1937) no olvida el favor que Del Castillo hizo a su cuñado :

Curro, el marido de una hermana mía, era cabrero. Hacia 1951 a cuenta de un problema con las cabras el encargado quería echarlo de la finca de El Pedregoso, donde trabajaba y donde ellos vivían. ¡Una injusticia! Como mi cuñado no sabía expresarse pidió a don Antonio que escribiera a don Miguel Martínez de Pinillos, el dueño de la finca, para que intercediera en el asunto. Don Miguel se presentó en El Pedregoso y le dio la razón a mi cuñado; dijo que el cabrero tenía más experiencia en el asunto que el encargado. Mi cuñado siempre le estuvo agradecido a don Antonio por este favor que le hizo.

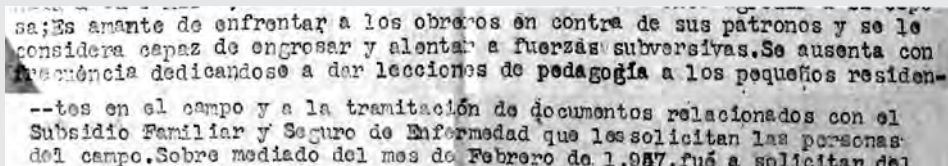
Luz Peinado y su hijo David del Castillo subrayan: «Él escribía a Franco y escribía a todo el mundo. En una ocasión se dirigió al Ministerio de Defensa en Madrid para pedir que cerraran el destacamento militar de Facinas». En un tiempo en que la escritura formal era privilegio de los ricos, adquirir por derecho exigía trámites al alcance de pocos y una demanda podía suponer perder más que ganar lo que en justicia se esperaba. Del Castillo, muy consciente de esta realidad, puso su habilidad retórica y su caligrafía a disposición de sus convecinos.

196 Quiere decir que consiguieron plaza como guardias civiles.

En el curso 1959-1960 trabajó como maestro idóneo en la escuela rural de La Talona (Chipiona), a la que asistían unos sesenta alumnos¹⁹⁷. Con esta experiencia a sus espaldas, a finales de octubre de 1960 Del Castillo solicitó trabajar también como idóneo en la escuela rural de Nuestra Señora de La Luz¹⁹⁸. Esteban Buñuel García, inspector del Consejo Escolar Primario del Campo de Gibraltar, debía de tener buena relación con la familia Del Castillo, pues le dio una carta de presentación para Benito Flores Millán, presidente de la Junta Local de Educación Primaria de Tarifa. Antonio del Castillo entregó a dicho cargo una solicitud a nombre de su esposa, Ana Álvarez, con la esperanza de que ésto facilitase su aprobación, y certificados de buena conducta de los curas de Facinas y de Chipiona.

Ante la falta de respuesta, el 13 de noviembre Del Castillo suplicó por escrito al alcalde Juan Antonio Núñez Manso su aprobación. Lo hacía en nombre de su esposa y apelaba a sus sentimientos: «De su decisión depende el que en mi hogar seamos condenados a la miseria...». Un día después Núñez Manso escribió al inspector Esteban Buñuel para comunicarle que había elegido a otra persona como maestra idónea para esa escuela, y que le daría más detalles personalmente.

El informe de conducta de la capitanía de la Guardia Civil de Tarifa sobre Antonio del Castillo y su esposa Ana Álvarez explican la decisión del alcalde. Consideraba que Ana Álvarez era de «ideas izquierdistas (...) ya que sus familiares más allegados profesan las mismas». Sobre Del Castillo resaltaba su problema de alcoholismo y los conflictos que había tenido en la Guardia Municipal, en la Guardia Civil y con su pareja. Pero la última anotación es lo que realmente inquietaba a Núñez Manso: «Es amante de enfrentar a los obreros en contra de sus patronos y se le considera capaz de engrosar y alentar a fuerzas subversivas. Se ausenta con frecuencia dedicándose a dar lecciones de pedagogía a los pequeños residentes en el campo y a la tramitación de documentos relacionados con el Subsidio Familiar y Seguro de Enfermedad que les solicitan las personas del campo. Sobre mediado del mes de Febrero de 1.967, fué a solicitar del



sa; Es amante de enfrentar a los obreros en contra de sus patronos y se le considera capaz de engrosar y alentar a fuerzas subversivas. Se ausenta con frecuencia dedicándose a dar lecciones de pedagogía a los pequeños residentes en el campo y a la tramitación de documentos relacionados con el Subsidio Familiar y Seguro de Enfermedad que les solicitan las personas del campo. Sobre mediado del mes de Febrero de 1.967, fué a solicitar del

Detalle del informe de la Guardia Civil elaborado el 10 de noviembre de 1960, a demanda del alcalde de Tarifa Juan Antonio Núñez Manso. Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

197 Aparcero Fernández de Retana, José Manuel, Luis Mario y Eduardo (1997). *Manuel Aparcero León (1919-1971)*. Chipiona (Cádiz).

198 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.

a fuerzas subversivas. Se ausenta con frecuencia dedicándose a dar lecciones de pedagogía a los pequeños residentes en el campo y a la tramitación de documentos relacionados con el subsidio familiar y seguro de enfermedad que le solicitan las personas del campo».

Antonio del Castillo Altemburg, que se crió en una familia acomodada, conoció desde niño los entresijos de la burocracia y usó su saber como herramienta reivindicativa. Chan Álvarez Cabeza (Facinas, 1944) interpreta con sabiduría las impresiones que Del Castillo causaba entre los vecinos de Facinas:

Yo llegué a conocer a Antonio del Castillo cuando él era mayor, y he visto escritos suyos con una letra muy cuidada y con expresiones que llamaban la atención. Sus conocimientos y su forma de ser le impulsaban a denunciar. No era un hombre violento pero sí era muy claro. Él se sublevaba contra aquello que no era justo. Antonio no era bien visto entre la gente de Facinas. Le tenían respeto y hasta temor, en un tiempo en que prácticamente todos estábamos bajo el yugo. Su lucha resulta loable cuando la miramos desde el presente, pero entonces nos parecía mal que alguien destacara como rebelde y luchador.

Y al tiempo que inspiraba miedo la gente lo buscaba para que escribiera quejas. Él conocía las fórmulas de cortesía y el vocabulario adecuado. Cuando no eran capaces de denunciar o cuando temían hacerlo recurrían a él. El hombre que le había pedido el favor entregaba aquella carta a su superior quitándose la responsabilidad: «Mire usted, esto no es cosa mía, es Castillo quien lo ha escrito...».

Luz Peinado recuerda su vejez: «A Antonio le gustaba mucho el vinillo y se arruinó. No era de conversar con nadie. Solía quedarse a solas tumbado en la cama mientras escuchaba la radio con auriculares. Lo tuvieron que operar de un tumor en el pecho y no podía hablar. Estuvo enfermo un montón de años. También le tuvieron que cortar un pie». Su certificado de defunción indica que falleció de una insuficiencia cardíaca en su casa de Facinas el 16 de octubre del año 1976 por la mañana.

Cojo de un pie y con una muleta, así lo recuerda con lástima Victoria Marín, alumna suya, cuando lo vio por última vez un mes de septiembre con motivo de la feria de Tarifa. Ese mismo hombre que durante décadas, armado de cultura, de rabia y de compasión, no dudaba en caminar varias horas diarias por montes y valles para llegar allí donde las familias campesinas demandaban su saber y su mediación.

MAESTRO FRANCISCO GARCÍA GAVIRA

José Manuel Fernández (La Canchorrera, 1956), alumno de Francisco García Gavira, explica:

Este hombre vivía en una casita de El Moro que le había cedido el dueño del cortijo. Un día iba al cortijo La Campana por la mañana y daba clases a los hijos de dos familias. Venía aquí por la tarde, daba clase, se quedaba a dormir, y al otro día por la mañana se iba a El Moro, donde estaban varias familias más. Daba clases allí y al otro día de nuevo salía. Como en La Canchorrera es donde *habíamos* más niños, aquí venían de otros lugares a aprender: de El Acebuchal, del Puntal del Alamillo, de El Realillo y toda esa zona. Y algunos de El Almarchal también. Allí había escuela rural y en La Zarzuela también, pero muchos niños no podían asistir en las horas de escuela porque había que trabajar.

Los de la edad mía aprendimos con este maestro. Yo empezaría con él cuando tenía doce o trece años. A los más jóvenes nos enseñaba a partir del mediodía y por las tardes o las noches enseñaba a los que estaban trabajando. Él cobraba por persona y cada noche que estaba aquí le daba de comer una de las familias con hijos a quienes daba clases. En la misma casita donde nos reuníamos para las clases dormía él.

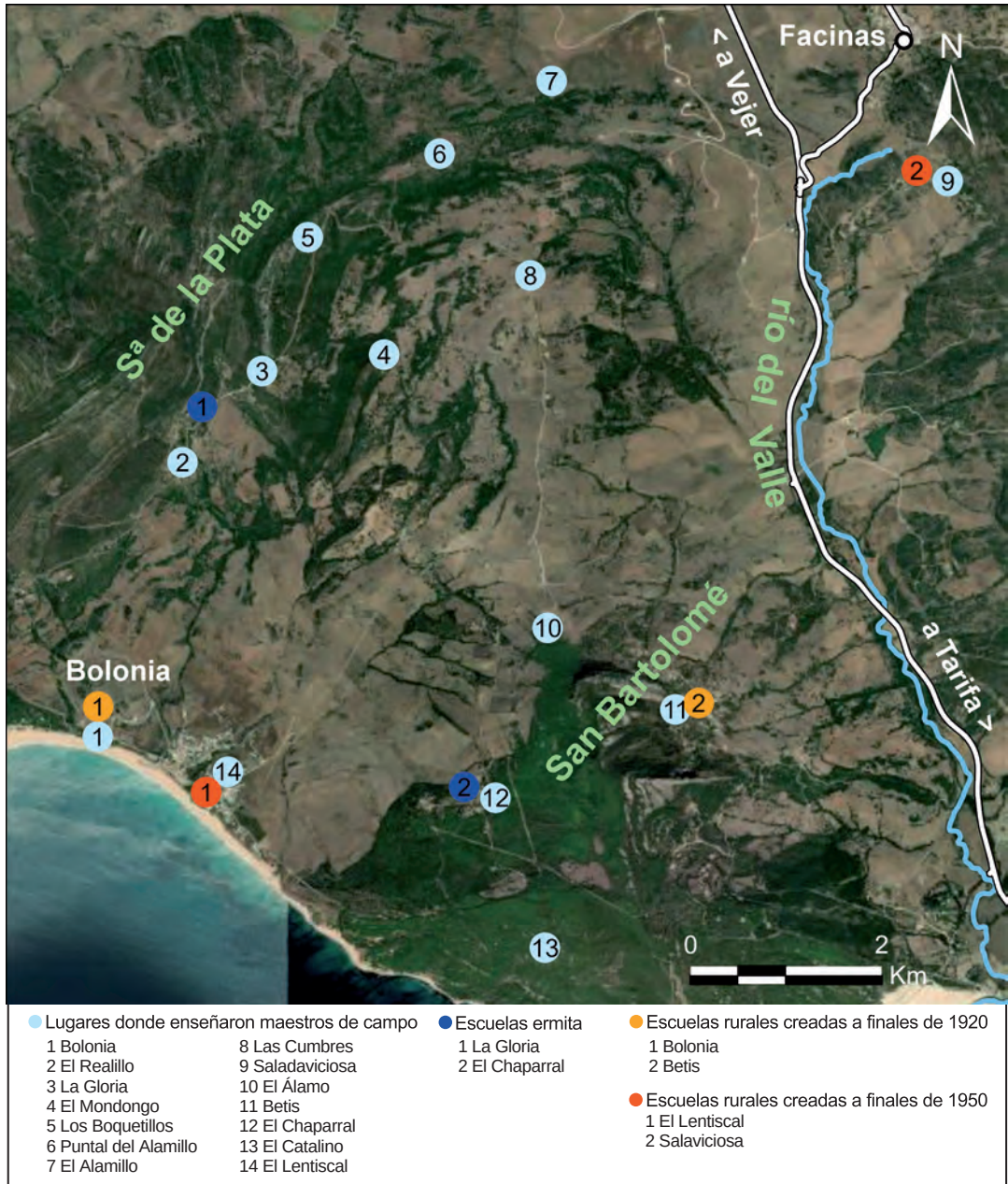
Era de Jerez. No tenía familia aquí. Vino por mediación del dueño de El Moro. Se *trompezaron*, entablaron una conversación y le dijo de venir a enseñar a los niños del cortijo. Tenía una hija y un hijo, y el hijo venía a veces por aquí. Tenía una buena formación. Él nos contaba que había sido guardia civil. Preparó a mucha gente para el examen de acceso a la Guardia Civil y para la Policía. Después se fue a Zahara y trabajó en una oficina.



José Manuel Fernández en junio de 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



Vivienda del poblado de La Canchorrera donde enseñaba y dormía el maestro Francisco García Gavira durante un tiempo. Junio de 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



Cobertura de enseñanza entre Bolonia y la Sierra de San Bartolomé (Tarifa, Cádiz), siglo XX.
Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

C. DE BOLONIA A LA SIERRA DE SAN BARTOLOMÉ

En las décadas diez y veinte, quizás hasta los años treinta, el maestro Sanabria enseñaba en Bolonia, Las Cumbres, El Realillo y La Gloria. Isidoro Otero Rodríguez, casado con una nieta de Sanabria, dio clases en la misma zona durante los años cincuenta.

Antonio Cortés Ripoll, el maestro que recogió el material de la escuela rural de Bolonia abandonada, enseñó por Bolonia, La Gloria, El Lentiscal y El Chaparral en los años 1935 a 1955. Y el maestro José Pozo o Pocito en los años cincuenta y sesenta.

Dolores Ruiz Jiménez enseñó en la escuela ermita La Gloria a niños y niñas de Las Cumbres, El Realillo y La Gloria entre 1962 y 1967. Cuando emigró la reemplazaron Dolores Ruiz Iglesias y Antonia Jiménez Rodríguez.

José Tejado Navarrete empezó a enseñar en la zona hacia 1946 y estuvo impartiendo clases hasta los años ochenta. Carmen Jiménez Trujillo, que fue afectada por la poliomielitis y pudo avanzar en sus estudios gracias a él, habla de su método pedagógico.

En los años cincuenta en Salaviciosa (también llamada Saladaviciosa) se recuerda enseñando a Fernando Ovalle, que era practicante. Y en las cercanías de Facinas a Miguel Visuara el Zapatero.

MAESTRO SANABRIA

El maestro Sanabria nació en el pueblo extremeño de Quintana de la Serena en el siglo XIX. En Bolonia Sanabria conoció a Juana María Serrano Jiménez, con quien se casó. Juana María se ganaba la vida cocinando para un grupo de carabineros del cuartel de costa de Playa de Bolonia y entre 1917 y 1923 también cocinó para Pierre Paris y George Bonsor, directores de las excavaciones en la ciudad romana de Baelo Claudia¹⁹⁹.

En su memoria publicada en 1923, los arqueólogos repasaron las viviendas asentadas sobre el propio yacimiento romano y entre sus habitantes citaron al maestro «Zanabia», a quien calificaron como un hombre apasionado por la cultura²⁰⁰. Muchas personas entrevistadas oyeron hablar de este maestro; y las

199 «Biografía de Isidoro Otero Rodríguez». Isidoro Barranco Otero y Carolina Verdejo Otero. En: *Baelo Claudia y la familia Otero. Una relación centenaria*. Juan Vázquez Pérez, Lourdes Rolán Gómez, Darío Bernal Casasola y Ángel Muñoz Vicente (2015:89-101). UAM Ediciones y Editorial UCA, Madrid - Cádiz.

200 Paris, Pierre; Bonsor, George; Laumonier, Alfred; Ricard, Robert; de Mergelina, Cayetano (1923). «Fouilles de Belo (Bolonie, Province de Cadix) (1917-1921)». Tome I: *La ville et ses dépendances. Bibliothèque de l'école des hautes études hispaniques*. Fascicule VI. Bordeaux-Paris.

originarias de la zona afirman que sus familiares mayores (sus tíos, padres o abuelos) aprendieron con él. En los años veinte Dolores Ruiz Pacheco, de La Gloria, estudió con él.

Juana María y Sanabria tuvieron una hija, María Sanabria, que heredaría la profesión de su madre. María se casó con José Ariza, marinero nacido en Conil. En 1925 nació su hija María Ariza Sanabria. Desde muy joven María trabajó en los cortijos cercanos. Cuando el tiempo lo permitía, recorría las cercanías con un canasto de pescado capturado por su padre, que intercambiaba por productos del campo como carne, legumbres y frutas²⁰¹.

A finales de los años cuarenta María Ariza conoció a un palentino llamado Isidoro Otero, que había llegado a Bolonia para trabajar en las fortificaciones del Estrecho.



El maestro Isidoro Otero. Foto tomada de: *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 11. «Personaje tarifeño: Isidoro Otero Rodríguez» (1993:28).

MAESTRO ISIDORO OTERO RODRÍGUEZ

El maestro Isidoro Otero Rodríguez nació en Villatoquite (Palencia) en 1921, en una familia campesina. Recibió cierta educación de un tío suyo que era fraile. Cuando tenía catorce años empezó a trabajar en un hotel de Palencia y en 1948 se sumó al Servicio de Fortificaciones en Tarifa. Allí conoció a María Ariza Sanabria, nieta del maestro Sanabria, con quien se casó. En los años cincuenta Isidoro trabajó como maestro ambulante apoyándose en libros que su esposa había heredado del maestro Sanabria.

Los hermanos mayores de Gaspar Pérez Romero (Las Cumbres, 1950) y Josefa Cote Rodríguez (El Realillo, 1941) recibieron clases de Otero a primeros de los años cincuenta:

Yo *tuviera* diez años cuando conocí a Isidoro Otero. El maestro venía por la noche a lo mejor tres veces en semana. Recuerdo que me trajo un libro que compró en Barbate. «Aprendiendo este libro lo sabes todo», me dijo. Yo, como me iba con los pavos y es verdad que me gustaba *de leer*, me aprendí el libro de memoria. Isidoro me puso esta dedicatoria en el libro:

Si este libro se perdiera,
como puede suceder,
no es de un pobre ni es de un rico
ni tampoco de un marqués,
que lo ha comprado una niña
para aprender a leer.

201 «María Ariza Sanabria». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 77, 2010 (41).

Con su familia abrieron una tienda de ultramarinos y una casa de comidas en su propia vivienda, que estaba dentro del yacimiento romano tan vinculado a su familia: en 1966 Isidoro entró a trabajar como guarda oficial del Conjunto Arqueológico de Baelo Claudia. Con este puesto se jubiló en 1986. Falleció diez años después, en 1996²⁰².



Gaspar Pérez Romero.
Año 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

ALUMNO GASPAR PÉREZ ROMERO

Me llamo Gaspar Pérez Romero y nací en Las Cumbres en 1950. Mi abuelo paterno tenía un poco de dinero y compró aquí una finca, y mis padres cuando se casaron se vinieron desde Caña Jara²⁰³. La familia de mi madre eran más pobres; siempre ha habido familias que han tenido más que otras. Aquí han criado a todos los hijos, que fueron once, más un aborto que tuvo mi madre. Yo hago el número ocho. Nosotros nos teníamos que echar a dormir *hembras* y *machos* todos en la misma habitación.

Mi padre siempre sembraba su *pijualito* con una yunta de vacas y un *arado de palo*. Con eso vivíamos. Mis hermanos mayores con trece años pasaron a estar con la yunta y mi padre siempre con las ovejas, las cabras y las vacas hasta que se jubiló. Todo lo que ganábamos era para arrimarlo para la casa, hasta que nos íbamos echando novia y ya teníamos que mirar por nosotros.

Mis padres nacieron hacia 1910 ó 1915. Los dos sabían leer y escribir porque habían tenido un maestro de campo en esa parte de la sierra. A mi madre le gustaba mucho leer los periódicos. Todos los hermanos, varones y *hembras*, aprendimos con maestro de campo: unos con José Pozo, otros con Curro el Pequeño y otros con Otero. Menos el más chico, que estuvo en una escuela rural cerca de San José del Valle llamada Las Moscas²⁰⁴.

Yo con quince años estaba guardando cabras en un cortijito más arriba y *no sabía poner ni mi nombre*. Hacia 1965 *me puse en treinta y una* con mi padre y le dije, «aquí no me quedo más; donde quiera que haya un maestro yo me voy allí». Una hermana mía estaba casada con un hijo de un ganadero de El Chaparral y

202 Biblioteca Tello Téllez de Meneses. *Boletín de información* 118 (84-85), 2019.

203 Cañada de la Jara.

204 La ubicación original de esa escuela rural era el poblado de La Canchorrera. Como se construyó en El Valle fue llamada Canchorrera del Valle. Y como estaba cerca de Las Moscas tomó también ese nombre.



Entrada y lateral de la escuela ermita El Chaparral. Año 2012. FOTOGRAFÍAS DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

me fui con ella. Guardaba los cochinos de este ganadero y ganaba dos duros y la comida. El segundo año estuve con las cabras y ya me daban cuatro duritos y la comida.

Desde el primer día que llegué a El Chaparral iba de noche a la escuela con el maestro Pozo. Siempre me sentaba enfrente de él. El maestro me decía, «Gaspar, el libro llévatelo y repasa». Cuando iba con los cochinos el libro no se me caía de la *capacha* que llevaba colgada y cuando tenía una *mijitilla* de tiempo, que no era mucho, lo cogía.

José Pozo, llamado Pozo o Pocito, enseñó en diferentes lugares del término, desde la finca de Las Canteruelas hasta El Chaparral.

Andrés Iglesias (El Chaparral, 1941) recuerda que en los años cincuenta Pozo reemplazó a Antonio Cortés en el poblado El Lentiscal. Con él se preparó para el examen de acceso a la Guardia Civil.

A partir de 1965 José Pozo estuvo en la escuela ermita El Chaparral. Carmen Jiménez, Antonio Iglesias y Gaspar Pérez (Las Cumbres, 1950) aprendieron con él entre 1965 y 1968.

Gaspar Pérez comenta: «Pozo y Dolores, su mujer, no tenían hijos. Ellos no eran de Tarifa, y no tenían casa propia. Cuando eran mayores, hacia 1972, se fueron a Barbate. Y cuando el hombre se puso malo y no podían estar solos entraron en la residencia de Facinas. Allí murieron los dos».

En la escuela por la noche éramos unos quince varones que ya estábamos trabajando. De día el mismo maestro daba clases a los más chicos, varones y *hembras*. Cada alumno pagaba al maestro una cantidad al mes. Estuve tres años estudiando, hasta 1968. Aprendí cuentas y de todo. Y luego me saqué el carné de conducir.

Los vecinos se organizaban los fines de semana para construir la ermita El Chaparral y cada uno ponía algo de material. El cura de Facinas también echó

una mano para aquello. En esa ermita daban misa casi todos los sábados. Hacia 1962 el padre Míguez compró la ermita en nombre del obispado y la arregló. Entonces se empezó a usar también como escuela. Primero enseñó allí Juan Ruiz Ríos y después Pozo. Él y Dolores, su mujer, vivían allí, en una casita con techo de palma que tenía un cuartito y una cocinita.

MAESTRA DOLORES RUIZ

Me llamo Dolores Ruiz y nací en La Gloria en 1943. Desde que murió mi padre cuando tenía cuarenta y cinco años, mi madre y yo salimos adelante como pudimos. El padre Juan Antonio Valenzuela vivía en Bolonia y trabajaba por Bolonia, El Chaparral y La Gloria. Todas las semanas le dejaban un caballo para venir a la ermita de La Gloria a dar misa. Esa ermita la construyeron en terreno público los vecinos, arrimando piedras. Nosotros bajábamos a misa semanalmente y un día el padre me propuso que trabajara enseñando en la ermita.

Él me pagaba creo que 500 pesetas al mes. Enseñé a chavales de Las Cumbres, de La Gloria y del Realillo. Llegaban a diario por la mañana. Algunos venían andando *unos pocos de* kilómetros. Ellos llevaban sus libros, sus catecismos y cuadernos, y yo tenía los míos. Algunos usaban pizarrita para las cuentas. Eran de diferentes edades. Tocaba sumar, restar, escribir o dictado, y todos iban juntos. Y aparte les daba catequesis.

Estuve cuatro o cinco años enseñando, desde 1962 (con diecinueve años) hasta 1967. Me casé en 1967 y poco después me fui a Francia, donde trabajé de cajera en la fábrica Talbot. Después iba mi prima Dolores Ruiz Iglesias a dar clases en la ermita, y más adelante enseñaba una hija del maestro Curro Jiménez, Antonia Jiménez Rodríguez. Con el tiempo el cura se hizo dueño de la ermita y su familia iba allí a veranear.



Escuela ermita La Gloria. Abril de 2013. FOTOGRAFÍAS DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



El maestro José Tejado Navarrete. Años cuarenta.
FOTO CORTESÍA
DE GLORIA TEJADO
CAMPOS.

MAESTRO JOSÉ TEJADO NAVARRETE

José Tejado Navarrete, conocido como el maestro Navarrete o como don José por los campos donde trabajaba, nació en Sevilla en 1924. Sus padres, Epifanio Tejado y Gloria Navarrete, eran de Cáceres. Tejado Navarrete se dedicó a la enseñanza durante toda su vida adulta y también fue contratado en varias escuelas a pesar de no tener titulación de Magisterio. Enseñó con pasión y profesionalidad desde los años cuarenta, cuando llegó a la zona, hasta los años ochenta. Pocos maestros con familia a su cargo mantuvieron este precario oficio durante toda su vida.

Gloria Tejado Campos (El Chaparral, 1960), hija de José Tejado, aporta detalles significativos de la in-

fancia de su padre:

Desde muy joven, quizás con ocho o nueve años, mi padre empezó a trabajar de botones en un hotel y por las tardes iba a la escuela. Entonces vivía con sus padres y con una hermana de su padre.

Él contaba que de pequeño jugando en la calle se partió la rodilla. Con once o doce años su familia se fue a Madrid. Para intentar arreglar la fractura estuvo ingresado en el Hospital del Niño Jesús unos tres años, inmovilizado con la pierna en alto. Mi padre se quedó cojo, de todos modos. Posiblemente durante su estancia en este hospital estudió algo²⁰⁵.

Cuando tenía catorce o quince años, durante la guerra, Madrid quedó cercada y no tenían nada que comer. Entonces su madre murió de hambre.

¿Cómo llegó José Tejado Navarrete a Tarifa? Hacia 1944, cuando tenía veinte años, le tocó hacer el servicio militar en Punta Camarinal, cerca de Bolonia. Tejado Navarrete se integró con facilidad en la comunidad local y comprobó que en el campo podía sobrevivir mejor que en el Madrid de posguerra. «Aquí había *poco y ná*, y en otros lugares había menos todavía. Eso contaba mi maestro Navarrete», afirma Beatriz Iglesias Iglesias (Betis, 1953).

Dolores Ruiz (La Gloria, 1943) era pequeña cuando José Tejado se quedaba en su casa:

205 El Hospital Infantil Universitario Niño Jesús fue centro sanitario pediátrico de referencia a nivel nacional desde su fundación en 1877. Tras unos años sosteniéndose con donaciones quedó a cargo de la Junta Provincial de Beneficencia de Madrid.

En la mili coincidió con un hermano de mi padre. De sábado a lunes los soldados *se venían* a sus casas pero él no tenía casa. Nosotros lo queríamos como familia, así que se venía a lo de mi abuela o a lo de mi tío. Nuestra casa era como su casa y él nunca cogió nada sin pedirlo. Él sabía mucho y estaba muy bien educado, el pobre...

Terminó la mili y se quedó en La Gloria. Entonces se dedicó a darnos lección a los mayores y a los niños. En Bolonia, El Pulido, El Lentiscal, El Realillo, El Chaparral, El Álamo, Betis y Betijuelo, muchísima gente aprendió con él y lo recuerdan con mucho cariño. Mi hermano y yo aprendimos con él. Yo empecé con cinco o seis años. En mi casa y en casa de mis tíos no cobraba, porque vivía allí mismo.

Me acuerdo que una vez arrestó a mi hermano porque no hacía los deberes. Cerró la puertecita de la habitación y mi hermano, las cosas de los niños, se escapó por la ventana. Entonces puso en la ventana unas tablas con puntillas, ¡y a mi hermano le faltó tiempo para quitar las puntillas y otra vez por allí se fue!

José Tejado se casó con Sebastiana Campos Benítez en 1956. Cuando Sebastiana conoció a José Tejado sus padres vivían en El Chaparral, se dedicaban al campo y tenían algunas tierras propias. En los años cincuenta José Tejado Navarrete y Sebastiana Campos vivían en una casa de un vecino en El Chaparral y Navarrete daba clases en una casita de Badía Rojas, el dueño de la dehesa.

Las hermanas de Antonio Iglesias (El Chaparral, 1944) empezaron sus estudios con Tejado Navarrete en esa escuela. Desde El Chaparral iba a dar clases también al cortijo El Mondongo y, bajando hacia la campiña, al cortijo Iruelas.

«Cuando dejó de tener trabajo en El Chaparral nos fuimos a Paloma Alta. Yo era pequeña. Vivíamos en la casa de Rafael Chico, el padre de Loli Chico. A cambio, mi padre le daba clases a sus tres hijos. Y seguía enseñando por el campo», recuerda Gloria Tejado. Estuvo unos años en la escuela rural de Realillo de Betis, y más adelante enseñaba a adultos por las noches en Paloma Alta, trabajando para la Agencia de Extensión Agraria del Ministerio de Agricultura hasta 1982.

Manolo Flores, que nació en 1958, recuerda: «A mí me dio clases cuando él vivía en Betis y yo pasaba los veranos en Punta Paloma: venía todos los días caminando hasta allí para darme dos horas de clases. Iba por la tarde a un rancho a dar clases a dos niños, en otro rancho a tres, o a uno. ¿Cómo tenía ese interés para ir caminando tan lejos? ¡Hasta lloviendo!».



Celebrando la primera comunión con un desayuno de bizcochos y chocolate. Escuela ermita El Chaparral. Años cincuenta. Al fondo, en el centro, el maestro José Tejado Navarrete. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE GLORIA TEJADO CAMPOS.

A diferencia de muchos otros maestros, José Tejado enseñó a leer y escribir a su esposa. Sus hijos heredaron su formación y cuando hizo falta le ayudaron en las clases. «Nosotros aprendíamos escuchando a mi padre dar las clases. Él preparaba a mucha gente para la Guardia Civil, que era la salida laboral para gente del campo que no tenía otras posibilidades», afirma su hija Gloria.

José Tejado enseñó de forma ambulante en casas particulares, dio clases en su propia casa, en escuelas de fincas, en escuelas rurales y en escuelas de adultos del campo. No dejó de atender a la población dispersa sin escuela rural cuando ya trabajaba en un destino más estable o mejor remunerado. Y siempre aceptó a alumnos que no podían pagarle. Su hija Gloria Tejado afirma orgullosa: «Él disfrutaba enseñando y sacó adelante a la familia sin dejar de dar clases durante toda su vida».

Mariano García Pavón, criado en Betis en los años cincuenta, resume en pocas palabras el impacto de Tejado Navarrete en la preparación de los jóvenes de la zona: «La gente de mi generación de Betis, de Betijuelo y de El Chaparral tuvimos ocasión de adquirir, gracias a su tesón y capacidad, unos conocimientos, mínimos si se quiere, pero que a todos nos fueron de gran utilidad en la vida posteriormente. Más que todo eso el maestro Navarrete nos enseñó el sentido de la palabra respeto y a ser curiosos para seguir aprendiendo».

ALUMNA CARMEN JIMÉNEZ TRUJILLO

Me llamo Carmen Jiménez Trujillo y nací en El Chaparral en 1959. Vivo en Tarifa y llevo tres o cuatro años vendiendo cupones dentro de un quiosco. Antes vendía por la calle como ambulante, con la moto. Yo me levanto a las seis de la mañana y voy al quiosco. A las dos bajo a comer y a las cuatro vuelvo a subir. Me paso el día ahí encerrada y es muy triste. Libro el sábado y el domingo. Esa es mi vida.

Mis padres se llamaban José Jiménez Moya y Ana Trujillo Moya. Mi padre nació en 1920 y mi madre en 1923. Eran primos hermanos. Mi abuela Josefa, la madre de mi padre, nació en El Chaparral. Los padres de mi madre nacieron en el Puerto de Bolonia. Cuando mi madre se casó se trasladó a un lugar de El Chaparral llamado Las Coronillas o El Catalino, donde vivían los padres de mi padre. Allí tenían un huerto heredado de los abuelos con muchos arbolitos: naranjas, ciruelos, membrillos, granados... Que era para el gasto de casa.

En El Chaparral éramos muchas familias: los de Francisca, los de Dolores, Carmen, mis tías Luz y Paca... Seis familias. Pepe, Dolores, mi prima Carmen, Isabelita... Otras cuatro. Y en el barrio abajo María Perea, Luz, Isabelita... Cuatro o cinco más. En total vivían cincuenta o más personas. Mi hermano Antonio nació diez años antes que yo, hacia 1949. Yo nací en 1959. Luego nacieron mis hermanos José, Francisco y Daniel, y mis hermanas Carmen y Ana.

Cuando yo tenía cuatro meses y medio mi abuela se dio cuenta de que no podía mover bien las piernas. Me cogió en brazos, me alzó hacia arriba y le dijo a mi padre, «la niña tiene *paralís*». Entonces me llevaron donde don Clemente, un militar que vivía en Paloma Alta. Él me trajo a Tarifa con el médico don Manuel Cobos, que me enyesó las piernas. Otro médico dijo que había que dar calor con romero quemado y una toalla grande para favorecer la circulación. Y por último en el hospital dijeron que no tenía cura. No nos dieron más apoyo. En esos años había mucha poliomielitis. En Tarifa la tuvieron Mari Luz la de la calle La Parra, Paqui, Fernando Ortiz, Juan Hidalgo... Aquí no llegó la vacuna hasta después²⁰⁶.



Carmen Jiménez Trujillo en 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

206 La poliomielitis o parálisis infantil se transmite de persona a persona a través de secreciones respiratorias o por la ruta fecal oral. Afecta principalmente al sistema nervioso y es producida por el poliovirus. En 1952 se creó la vacuna, en 1955 se empezó a comercializar y en 1958 el gobierno español se comprometió a empezar a vacunar, cobrando por la vacuna. En Tarifa en 1962 se inició la vacunación gratuita (Legajo 65L). El último brote en España se dio entre 1950 y 1964 y fue silenciado por el régimen franquista. Se registraron 14.693 casos y 1.907 muertes.

Yo hasta los once años no tuve aparatos. Me trasladaba en la mula o en la burra, que nos servían también para cargar agua, para llevar la leña, para trabajar en el campo y para llevar el grano. Mi padre cosechaba trigo, habas, maíz... Y sembraba boniatos. Yo me iba con mi padre en la burra y le ayudaba a *arroblar* los boniatos arrastrándome como los cangrejos de surco en surco. Se separan uno de otro los rejitos o tallos que echa el boniato y se ponen en lo alto del lomito de tierra o surco. Así se pueden cortar las ramas en haces y luego no tienes nada más que coger el lomo con una azoleta grande para sacar los boniatos. Igual que la patata.

En el campo a diario nos levantábamos, preparábamos el desayuno, hacíamos las camas y lavábamos la ropa con un lavadero de madera que poníamos sobre un barreño. Una goma traía el agua del campo. Otras veces cogía la ropa mi madre, la cargaba en la burra, preparaba un bocadillo y se iba a lavarla a un riachuelo. Se llevaba a alguna de mis primas para que la ayudaran a enjuagar y para no estar todo el día sola en medio del campo, y mi hermana se quedaba conmigo en casa. O dábamos la ropa a Antonia Ragel, una mujer de Betis que lavaba.



Carmen Jiménez Trujillo con una escopeta, en su casa de El Chaparral. Años setenta.
FOTO CORTESÍA DE CARMEN JIMÉNEZ TRUJILLO.

Cuando era algo mayor una o dos veces por semana me levantaba a las cuatro de la mañana para ayudar a hacer el pan. Aquel día era una fiesta porque hacíamos una torta con aceite y *mataláirva* llamada *torta carda*, poniendo la masa sobre una hoja de palma.

Yo andaba como los gatos; me ponía unas alpargatas en las manos, que eran mis pies, y rompía los pantalones por las rodillas. Tendría unos siete años cuando mi padre me llevó a Sevilla, apoyado por unos señores de Tarifa que tenían poder para llevarme a un buen centro. Yo *podía haber sido algo*, porque me dieron la posibilidad de quedarme estudiando en este centro, pero unos médicos le dijeron a mi padre que mi cuerpo no soportaría los cambios de crecimiento cuando yo *desarrollase* y mi padre pensó, «si la niña va a morir, que esté con nosotros y que muera en casa». Y volví con ellos al campo. Yo supe esto después. ¡La cuestión es que seguí viva después del *desarrollo*!

Mis hermanos no fueron a la Escuela Hogar de Tarifa. Mi padre siempre se preocupó por que aprendieran aquí: «Encierra las cabras, que tienes que ir a clases». De pequeños aprendieron con el maestro Pozo. Cuando eran mayores por las noches después de acabar el trabajo se iban caminando a Bolonia para aprender con un maestro. O iban a Betis para estudiar en la escuela rural donde enseñaba Navarrete de noche.

Aunque vivía apartada en el campo y con mi enfermedad, gracias a los maestros de campo pude estudiar durante muchos años. Al principio estudiaba en la escuela ermita El Chaparral. Primero tuve un maestro que se llamaba José Pozo, y cuando cayó enfermo vino a sustituirlo José Tejado Navarrete. Con Navarrete estaría yo unos cuatro años. Yo me desplazaba en burra y de la burra hasta la clase me tenían que llevar en brazos. Con diez u once años me pusieron aparatos en las piernas y con los bastones podía caminar. Usábamos una enciclopedia que reunía de todo un poco. Yo usaba la de mis hermanos; tenía la letra más pequeña que las otras pero al final me gustó más porque te enterabas de más cosas.

En la escuela de El Chaparral nos juntábamos unos diez o quince niños. No había maldad ninguna y nos tratábamos con cariño. El maestro ponía preguntas para responder y hacíamos resúmenes. Hacían pruebas para comprobar si habíamos estudiado, y a quien no estudiaba se le animaba a que lo hiciera, pero no había exámenes y notas como hay ahora. Algunos niños eran muy traviesos y no querían aprender; la mayoría sí querían.

Cuando no podía venir Navarrete venía su hija Gloria o su hijo Paco. A nosotros nos gustaba mucho que vinieran porque con ellos teníamos más confianza y en el recreo nos reíamos y jugábamos. Navarrete llevaba una carpetita por alumno para hacer seguimiento. Los mayores enseñábamos a los pequeños y si había un rato libre se ayudaba al que iba más atrasado. Él era muy buen profesor. Yo tengo recuerdos muy bonitos de él.

El día que tocaba redacción yo disfrutaba porque íbamos a hacerla al campo. «Tú escribe sobre esa montaña y tú, sobre aquella casa». ¡A mí me encantaba! Un día nos propuso buscar una muestra de cada planta. Una palma, una pita... Y otro día se trataba de recoger flores. Patio por patio buscamos flores diferentes, las metimos en un cubo y al reunirnos fuimos diciendo los nombres: «Esto es *nomedejesola*, esto es un geranio...». Cada alumno hizo su pequeña aportación y entre todos elaboramos un mural.

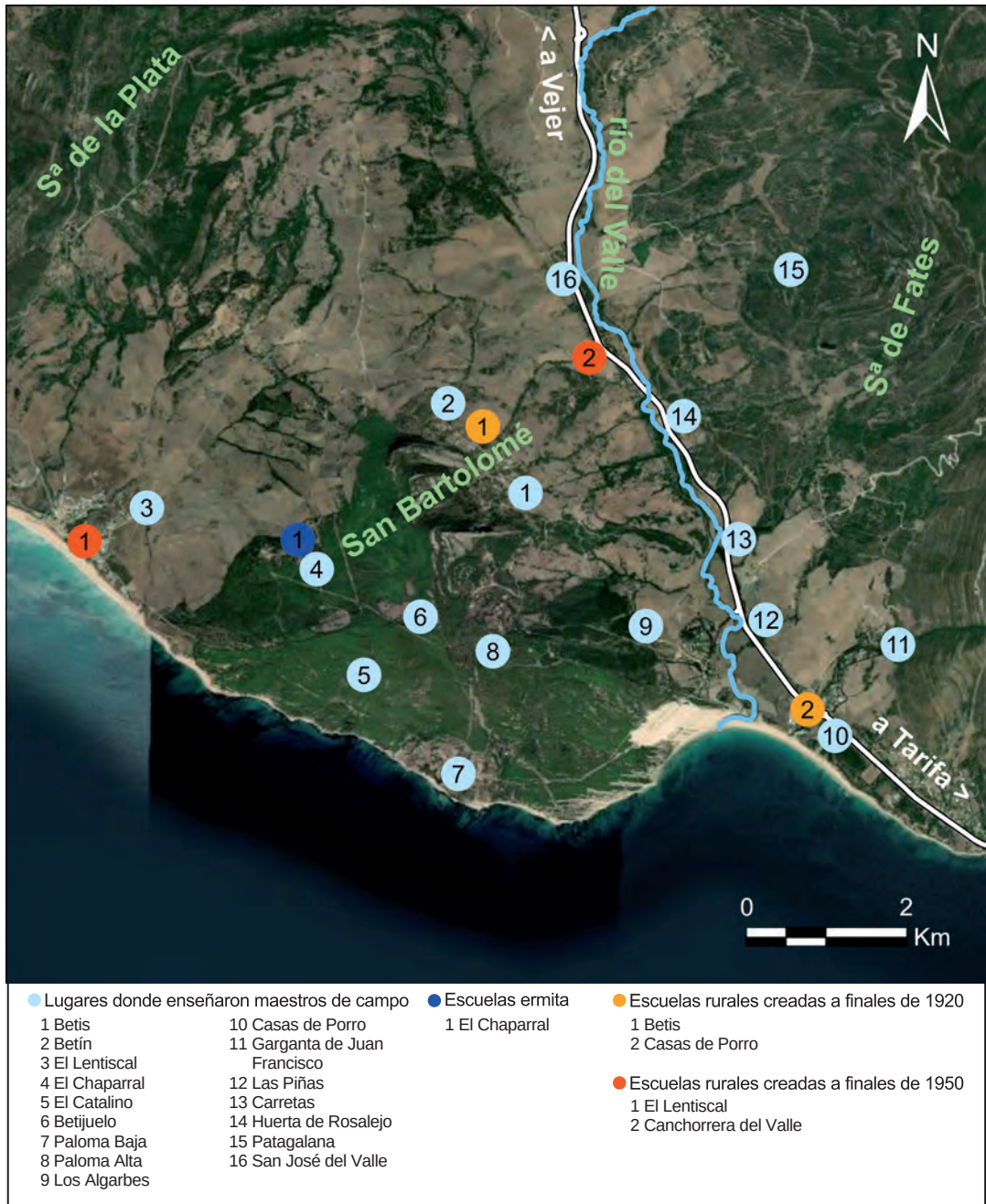
Por último se cerró esa escuela. Los niños fueron a la Escuela Hogar o a Facinas y algunos dejaron de estudiar. Mi padre le pidió a José Navarrete que viniera a darme clase a casa a cambio de algún regalo, en vez de darle dinero.

Navarrete venía todos los días desde Betis, donde vivía, de cuatro a seis de la tarde. Lo veíamos llegar allá a lo lejos y si estaba lloviendo mi padre cogía la burra o el capote e iba a su encuentro. A lo mejor tardaba media hora en alcanzarlo, pero esa media hora se la quitaba de caminar bajo la lluvia. Si llegaba mojado le decía mi padre, «quítate todo eso, que te lo voy a secar en la *copa* (el brasero)».

Yo no quería que regresara de noche porque él tenía una pierna mala. «Explícame lo que me queda pendiente que yo lo hago por mi cuenta», le decía. Más adelante me iba montada en la burra a la casa donde vivía él.

Cuando tenía diecinueve años (hacia 1978) nos enteramos de que en San Fernando (Cádiz) había un colegio público para minusválidos y decidí irme. Allí en el campo no llegaba nadie preocupándose por mi situación; por eso cuando llegué a este colegio me impactó mucho ver a personas con problemas en las piernas, en los brazos, y cómo atendían a unos y a otros. Nos daban masajes y teníamos un gimnasio. Desde que puse los pies en el centro me comunicaba muy bien con los sordomudos, gesticulando y leyéndonos los labios. El tutor solía pedirme ayuda: «Carmen, que ha venido el mudo de Bornos». «Dice que su papá está malito y se va a operar, y que necesita una semana libre», le aclaraba yo.

En ese colegio estuve año y medio. Como ya me había preparado bien con las clases de Pozo y de Navarrete, allí enseguida me saqué el graduado escolar. No pude estudiar más, porque mi padre se enteró de que yo tenía novio y me sacó del colegio. Y era verdad que tenía novio; hoy es mi marido. Poco después hablé con Joaquina Ríos Franco, delegada de la ONCE en Tarifa, me arregló los papeles y en 1986 empecé a trabajar con la ONCE. Yo no quería dedicarme a vender cupones pero resultó ser la única posibilidad de salir de ese agujero.



Cobertura de enseñanza entre la Sierra de San Bartolomé y Los Algarbes, y frente a éstos, la vega del Valle y la Sierra de Fates (Tarifa, Cádiz), siglo XX. Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

D. SIERRA DE SAN BARTOLOMÉ, LAS PIÑAS Y LOS ALGARBES

Varios maestros hacían ruta en torno a la Sierra de San Bartolomé: El Chaparral, Betis, Betín, Betijuelo, Paloma Alta y Paloma Baja. Pedro Gómez Opellón trabajó enseñando allí entre 1905 y 1915, y el maestro Iluminado Rodríguez lo sucedió en los años 1915 a 1937.

Francisco Morando Bravo dio clases en la zona de 1906 a 1916, y su hijo Ángel Morando España enseñó entre 1924 y 1958. Antonio Morando Ruiz nos habla de su padre y su abuelo.

Juan Ruiz Camacho, que tenía amistad con Ángel Morando, enseñó en Betis hacia los años cuarenta. Camila Jiménez detalla: «Él se crió en la Huerta de Rosalejo, que pertenecía a los Moreno de Guerra. A Juan le gustaba mucho escribir y lo llevaba todo muy ordenado. Se casó con Josefa y se fue a vivir a Paloma Baja. Tuvo dos hijas, María y Antonia, que viven en la barriada de La Bajadilla (Algeciras). Juan murió en Algeciras».

En los años cuarenta Wenceslao Corral Sierra también daba clases por Betis, donde vivía. Antonio Morando anota que había sido militar y lo habían expulsado del ejército, y Camila Jiménez Trujillo añade: «En esos años era joven y soltero, y trabajaba como practicante además de dar clases. Mi tía Juana Trujillo Canas tenía mucho aprecio a este maestro, porque cuando ella ya era mayor le enseñó a leer, escribir y aritmética». Corral Sierra murió en El Burgo de Ebro (Zaragoza).

Camila Jiménez Trujillo repasa los maestros que llegaban por Las Piñas en su infancia: Rafael Araújo (1932), Antonio Gómez el barbero (1934), Iluminado Rodríguez (1935-37) y Manuel Sánchez (1939).

En Los Algarbes durante los años cuarenta y cincuenta recuerdan especialmente al maestro José Vázquez Fernández.

MAESTRO PEDRO GÓMEZ OPELLÓN

Pedro Gómez Opellón nació hacia 1880 en Narros del Castillo (Ávila). Fue guardia civil en su juventud y trabajó después como maestro ambulante en Betijuelo, a principios del siglo XX. Su nieto Paco Pérez Gómez (Tarifa, 1940) explica lo que su madre y su abuela le contaron sobre su familiar:

Mi abuelo conoció a Juana García, mi abuela, en Betijuelo, cuando estaba destinado como guardia civil en el cuartel de Valdevaqueros. Se casaron y la familia se iba desplazando a los cuarteles donde era destinado. Estando destinado en un cuartel de Bilbao pillaron un alijo que había entrado por el norte, y echaron a

toda la comandancia que había en ese momento. Entonces volvieron a Betijuelo, donde vivía su suegra, y trataron de salir adelante. Mi abuelo era muy inteligente, y se puso a dar clases por el campo.

El primer hijo de mi abuelo nació antes de 1905 y mi madre, Francisca Gómez García, nació en Tarifa en 1907. Años después encontró trabajo con el Ayuntamiento en la limpieza pública. Murió en mayo de 1933, relativamente joven.

MAESTRO ILUMINADO RODRÍGUEZ

El maestro Iluminado Rodríguez nació en la segunda mitad del siglo XIX y vivió en Betijuelo. Estuvo enseñando en la zona por lo menos entre 1915 y 1936. Su recorrido abarcaba El Chaparral, Betis, Betijuelo, Paloma Alta, Paloma Baja y Las Piñas.

La madre de María Dolores Lobón nació hacia 1901 y aprendió con este maestro hacia 1915 en Las Piñas, donde vivía. Años después, entre 1916 y 1920, Iluminado daba clases al padre de Antonio Morando en Betijuelo. Y Camila Jiménez Trujillo (Las Piñas, 1927) aprendió con él en los primeros años treinta, antes de empezar la guerra.

Iluminado tuvo dos hijas, Julia e Iluminada. Sabemos que en los años treinta era viudo. A finales de los años cuarenta ya no ejercía como maestro y vivía con su hija Iluminada en el poblado de chozas del Puntal del Alamillo (Sierra de la Plata). Adolfo Trujillo Pelayo, vecino de este poblado nacido en 1945, explica: «Iluminada y el marido, que era ganadero, vinieron a vivir a El Puntal, y el padre, que era ya muy mayor, se vino con ellos. Este maestro sabía mucho y su hija también. Era de aquellos viejos que se llevaba todo el día en una *laja* un poquillo más para arriba, haciendo *tonisa*. ¡Se encendía su candela y no se mojaba en la *laja* aquella! A él le gustaba estar así».

ANTONIO MORANDO RUIZ

HIJO Y NIETO DE MAESTROS DE CAMPO

Me llamo Antonio Morando Ruiz y nací en Betijuelo en 1931. Yo he trabajado mucho en mi vida. Primero estuve metido en una cantera en Paloma Alta, de encargado. Salía de mi casa al amanecer y volvía de noche. Después hice un curso en Alcalá de los Gazules y entré en el Instituto de Conservación de la Naturaleza (ICONA) como guarda²⁰⁷. Luego hice una obra muy importante en

207 El ICONA fue un organismo autónomo perteneciente al Ministerio de Agricultura, fundado en octubre de 1971. En 1972 transfirió competencias a Andalucía y en junio de 1995 fue suprimido. Se hacía cargo de la gestión de espacios protegidos, montes y vías pecuarias, y de la caza y pesca.

la comandancia de Marina en Algeciras; éramos una cooperativa que trabajaba con Dragados y Construcciones. Esta empresa me engañó con los contratos y se me vino una deuda tan grande que me tuve que ir a Alemania. Allí fui pintor de máquinas de agricultura y gané mucho dinero. Cuando me vine, hacia 1967, mi mujer y yo montamos una tienda de panadería en Betis. Luego me llamaron del Ministerio de Defensa para trabajar como supervisor de pistas militares.

Pero voy a empezar por el principio... Mi abuelo, Francisco Morando Bravo, vivía en Granada y a finales del siglo XIX llegó por aquí. Aquí se sembraba mucho trigo. Venían los segadores de Málaga y Granada a segar y venía la gente ambulante buscando trabajo. Con un bastón llegó mi abuelo, dijo que era maestro y empezó a darles clase a la gente de Paloma Baja. Allí conoció a mi abuela, Matilde España Chico, se casaron y tuvieron un hijo en 1906, Ángel Morando España, que fue mi padre.

Mi abuelo también daba clases a su propio hijo. Él le decía a mi abuela, «a este niño hay que enseñarlo bien, que tiene que ser maestro, como yo». El padre le metió desde pequeño al hijo la idea de que tenía que ser maestro, porque entonces era una forma menos dura de ganar el pan de la vida.

Mi abuelo sentía nostalgia de Granada; hacia 1917 se fue y no lo volvieron a ver nunca más. Después mi abuela tuvo un compañero, como se dice ahora, que estuvo viviendo con ella bastante tiempo. Cuando se marchó mi abuelo mi padre siguió aprendiendo con el maestro Iluminado. Y llegó un momento en que Iluminado le dijo a mi abuela, «Matilde, yo ya no puedo enseñar más a tu hijo porque ya desarrolla los ejercicios mejor que yo. Él está capacitado para ponerse a dar clases y tiene que tomar su rienda». Y se dirigió a mi padre: «Dar clases es tu trabajo; un día yo me voy a morir y tú tienes que quedarte aquí de maestro».

Hacia 1924, con dieciocho años, mi padre empezó a dar clases por su cuenta. Iba a un cortijito de El Chaparral donde se reunían ocho o diez niños y les daba clases. Volvía para la casa, comía y se iba a Paloma Baja, donde daba clases en otro cortijo hasta la noche. Después Betis... Cuando iban acercándose a un



Antonio Morando Ruiz en 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



Ángel Morando España en 1956. Fotografía de su carné de identidad. CORTESÍA DE ANTONIO MORANDO RUIZ.

sitio, con que lo vieran de lejos ya sabían que era el maestro, porque aquí no había nadie más que los nativos.

La mitad de las veces le pagaban en cosas de campo. Con dinero, muy pocas veces. Mi padre tenía un libro que se llamaba *Geografía física, política y astronómica*, que hablaba de todo. Muchas personas a quienes dio clases fueron luego militares, policías o guardias civiles. Del respeto que mi padre generaba hacia los demás por su formalidad, cuando se escuchaba el apellido Morando la gente sabía que había que quitarse el sombrero.

Él se casó con Josefa Ruiz Albada hacia 1930 y yo nací en 1931. Fuimos siete hermanos. Cuando llegó la guerra como mi padre era hijo de viuda y tenía varios hijos ya lo destinaron a Algeciras de ordenanza en el gobierno militar. Después por unos años trabajó de listero: llevaba la lista del personal de la empresa para decir, «fulano ha trabajado hoy, fulano no ha trabajado».

Mi padre tenía un huertecito pequeño y sembraba patatas. Por parte de mi abuela materna tenían una casa y ganado. Ella había quedado viuda muy joven, con tres hijas y un hijo. Mi madre era la mayor, mi tío se fue a la guerra y mi abuela se quedó con las tres hijas. Yo recogía las cabras y mi madre bajaba a diario a ordeñarlas y a hacer el queso. Se sentaba a ordeñar en un banquete de corcho y yo le iba colocando las cabras, con seis o siete años.

Al acabar la guerra se pasó mucha hambre; los animales que teníamos los robaban y se los comían. Se llevaron las cabras. Vinieron muchos prisioneros de guerra y personal militar. Era todo era un hormiguero de gente. El monte se perdió de todas las personas que pisaban por aquí y si alguien veía una hierba la arrancaba para comérsela. En 1943 murió mi madre de tuberculosis y quedamos los siete niños a cargo de mi abuela. Yo tenía doce años.

En ese tiempo mi padre volvió a dar clases por el campo. Cuando regresaba a casa me daba clase a mí y a alguno de mis hermanos. Otros hermanos no quisieron aprender.

Pepe Trujillo nació en Betín en 1935. Su padre tenía ganado y él trabajaba con las vacas desde pequeño. A finales de los años cuarenta el maestro Ángel Morando iba a su casa las noches de invierno pues en otras épocas no dormía en casa: «Entonces había que estar con las vacas, porque no había alambradas ni vallas. Las llevábamos de Salaviciosa por arriba y en verano al agostadero. Me llevaba desde la primavera al final del verano sin venir a mi casa y durmiendo afuera».

Antonio Iglesias (El Chaparral, 1944) también aprendió con Morando: «Yo tenía siete u ocho años cuando él fue mi maestro; hacia 1952. Sabía lo justo, pero bastante para aquellos tiempos».

Parte posterior del carné de identidad de Ángel Morando España tramitado en 1956. Obsérvese que en el apartado empleo figura «dar clases». CORTESÍA DE ANTONIO MORANDO RUIZ.

SEXO <i>V.</i>	Nació el <i>13</i> de <i>Enero</i> de <i>1.906</i>
en <i>Tarifa</i>	prov. <i>Cádiz</i>
Hijo de <i>Francisco</i>	y <i>Matilde</i>
Profesión	empleo <i>dar clases</i>
Avecindado en <i>Tarifa</i>	o cargo
calle <i>Betijuelo</i>	prov. <i>Cádiz</i>
Expedido en <i>Tarifa</i>	n.º piso
el día <i>29</i> de <i>Mayo</i>	prov. <i>Cádiz</i>
	1956 Equipo n.º <i>104</i>
Caduca el <i>29</i>	Firma del titular,
de <i>Mayo</i>	<i>Ángel Morando</i>
de <i>1961</i>	

Mi padre murió el 18 de julio de 1958 de una peritonitis. Cuando murió tenía cincuenta y dos años, y todavía trabajaba de maestro.

ALUMNA CAMILA JIMÉNEZ TRUJILLO

Me llamo Camila Jiménez Trujillo. Nací en 1927 y me crié en el cortijo de Las Piñas. Los hermanos Serrano se lo arrendaban a don Mariano Moreno de Guerra. Mi padre trabajaba con los Serrano como porquero y ellos cobraban a mi padre la renta de las vacas o las cabras, que eran suyas. Nuestra casa era muy pequeña y a un lado tenía la cocina. Estaban también el cabrero, que vivía más cerca del cortijo, casi en el monte, el vaquero y otros trabajadores. Había por lo menos siete familias con tres o cuatro hijos cada una, menos nosotros que éramos siete.

Mi padre y mi madre sabían escribir y leer, aunque de modo elemental. A ellos, como a mis tíos y tías, les había enseñado Sanabria. Mi padre se ocupó siempre de buscarnos un maestro. Todos mis maestros eran hombres que habían aprendido las cuatro reglas e iban enseñando por los campos para ganar un poquito de dinero. Cada uno pagábamos al maestro lo que hacía falta. Mis hermanos, Pedro, Ana, Pepe y yo estudiábamos juntos. Quica (Francisca), Curra y Mari Luz eran más pequeñas.

El primero que recuerdo se llamaba don Rafael Araújo, que vivía en Las Cumbres, donde vivían varias familias de agricultores. Los Serrano también



Camila Jiménez Trujillo en 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

tenían varias niñas y niños, que estudiaban junto a nosotros con el mismo *maestrillo*; en eso no había diferencia. Ya después sus niñas más pequeñas fueron al colegio de las monjas en Tarifa.

Rafael Araújo era un hombre muy viejecito. Siempre estaba acatarrado. Llevaba al cuello un *pañuelo de hierbas* oscuro y para sonarse tenía otro pañuelo en el bolsillo. Como a mí me daba reparo, cuando él quería beber agua yo le pedía bajito a mi madre que le diera un jarrito de lata aparte del nuestro, porque entonces no había vasos. Venía en un burrito todos los días por la mañana un par de horas, porque también teníamos que ayudar a mis padres atendiendo las cabras, cochinos, vacas, ordeñar, hacer queso, *amasar*, cernir la harina, lavar la ropa...

Yo recuerdo que usábamos cuartillas, y teníamos tintero y palillero con pluma metálica. Primero hacíamos los palotes, luego las letrillas. Teníamos *El Catón* y un libro que le decían *Flora* para los tres, que tenía que comprar mi padre. Luego nos ponían a copiar un libro llamado *Manuscrito* para no tener faltas de ortografía. Y al otro día le enseñábamos lo que llamábamos *la plana* para que lo corrigiera. Mi hermano mayor, Pedro, se llevaba hasta las tantas de noche haciendo *la plana*, porque le gustaba mucho escribir, con un candil de petróleo que le llamábamos *el perico*. Y nosotras cosíamos. Mi padre nos decía, «¡que van a perder la vista!».

El segundo maestro que vino fue Antonio Gómez. Él era barbero pero ya no trabajaba de barbero. Su hijo, que se llamaba como él, también era barbero. Echaba el día caminando por los campos y afeitando en las casas, a la noche regresaba a Facinas y al otro día cogía para otra zona: Betis, Las Piñas, Patagallana... Iba con unas alpargatas y unas alforjas blancas al hombro, donde guardaba los utensilios para afeitar. Recuerdo que cuando venía a mi casa mi madre ponía agua a calentar en un cacharrito que él traía.

Antonio Gómez era muy limpio y siempre iba muy arreglado. Estaba casado con una prima de mi padre, Chana Gómez Trujillo, y vivían en Facinas. También *se llegaba* tempranito en un burrito. Si hacíamos algo malo, porque yo era muy traviesa, mi madre se lo contaba a él. Cuando terminábamos la lección teníamos que persignarnos y después él me preguntaba, «¿no tienes nada que contarme, Camila?». En mi casa había unos pollos con el pescuezo pelado que les decían gallipatos. Yo tenía que limpiar la porquera y cuando venían los pollos a dejar sus necesidades me daba mucha rabia. Un día cogí uno, le torcí el pescuezo y lo lancé al huerto por la ventana. Al rato vi venir al pollo tan espabilado, ¡no lo había matado! Al día siguiente después de la clase dijo el maestro, «ahora Camila coge el pollo, le retuerce el cuello y lo echa para el huerto». Para que yo pensara sobre lo que había hecho.

Más adelante Rafaela Escribano, la viuda de Serrano, que tenía tres niños, nos dejó un salón grandísimo que usaba de comedor y en unas mesas grandes nos daba clases un hombre también mayor llamado Iluminado.

Ya después de la guerra, yo tendría doce años, vino Manuel Sánchez, que tenía bastante formación y estábamos muy contentos con él. Era maestro de título pero no le dejaban enseñar. Ya íbamos mejorando en la ortografía, y nos enseñó la doctrina cristiana. Él venía de fuera y vivía en una casita de Betín. Se enamoró de una muchacha mayor, prima hermana de mi madre, Francisca Trujillo Pelayo. Se fueron a vivir a Tarifa y tuvieron tres hijos. Después marcharon a Algeciras, donde murió.

Manuel fue mi último maestro, porque ya éramos mayores y había que dedicarse al trabajo. En Las Piñas he trabajado muchísimo. Mi padre dijo que las *hembras* en vez de tener que marchar fuera a *servir*, mejor trabajábamos con ellos. Teníamos que ayudarle a ordeñar las cabras. También lavábamos, cosíamos y planchábamos para la calle. Vendíamos comida al campamento de Las Moscas y a los prisioneros de guerra que estaban en Bolonia: mi hermano Pepe cogía un burrito y les llevaba naranjas, azúcar morena ya pesadita, arroz, café, patatas cocidas y bollitos de pan para bocadillos que *amasábamos* nosotras mismas.

Me casé con veintisiete años y me vine a Tahivilla, donde vivía mi marido. Él trabajaba en su parcela y yo le tenía preparados los sacos de paja para dar a las vacas en los pesebres, y traía el agua a la casa desde el pozo, para lavar. Mi primer hijo vino en 1957. Los crié mientras seguía ayudando a mi marido. A mí me gusta mucho leer y ahora estoy leyendo más que cuando era joven. Yo estoy contenta de que mi padre se haya sacrificado para que tuviéramos maestro.

MAESTRO JOSÉ VÁZQUEZ FERNÁNDEZ

José Vázquez Fernández trabajó como maestro ambulante en las décadas cuarenta y cincuenta en Los Algarbes, en las cercanías de Facinas y en otros lugares.

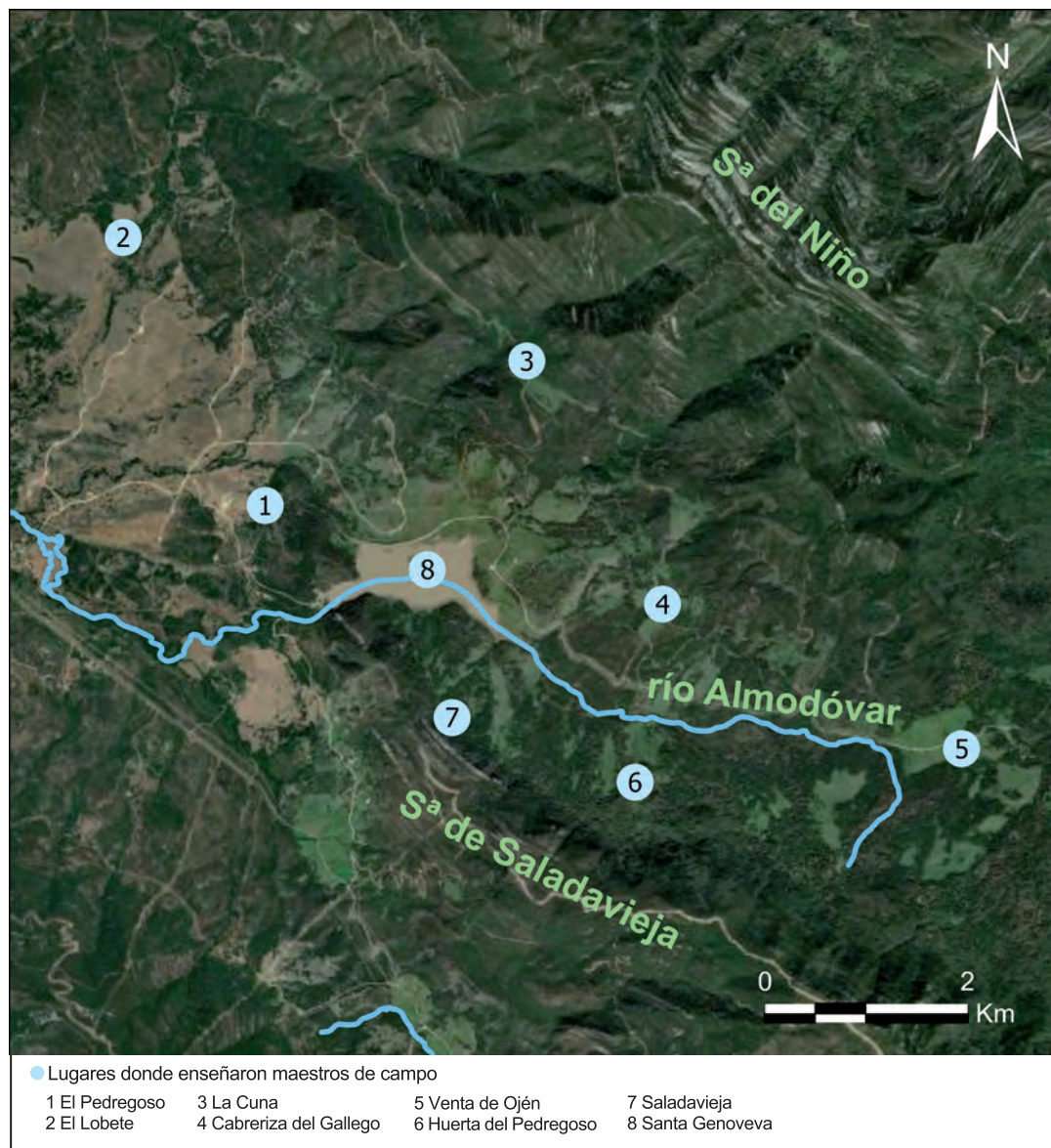
María Dolores Lobón (Los Algarbes, 1928) lo recuerda enseñando a sus hermanos hacia 1941: «El maestro Vázquez venía de Jaén. Creo que vivía en Rosalejo con la familia de Guaro. Dio clases a mucha gente y era *muy buen arrete*. A mi casa venía de noche porque de día mis hermanos guardaban los animales. Ellos, para su *avío*, aprendieron. Se sacaron el carné de conducir y todo».

Y Mari Luz Ruiz Araújo (Los Algarbes, 1943) lo conoció a finales de los años cincuenta:

Don José Vázquez tenía dos hijas casadas en Algeciras. Parece que lo estoy viendo: bajito, chiquitito; más bien metidito en carnes. Llevaba una mascota y una chaqueta.

Mis padres me pusieron a aprender con él junto con algunos primos míos. Uno de mis primos y yo éramos los más interesados; mis otros primos no aprendieron. Mi madre le daba comida y tres duros al mes. Dábamos clase un par de veces en semana en una mesa, con una pizarrita donde escribíamos y hacíamos cuentas y un libro grande y gordo, la enciclopedia. A mí me decía Lucita. Me daba mucho coraje que me cogiera la mano para dirigir mi trazo con el *pizarrín*. Yo siempre me defendía, «¡noooo, yo lo cojo!».

Yo era muy espabilada y con trece me gustaban los muchachillos. Cuando iba con mi prima mayor a los bailes, un chavalito se acercaba y le decía a mi prima, «¿deja usted que baile con su prima?». Un pretendiente que tuve vivía por la parte de Facinas y también aprendía con Vázquez; entonces el maestro me traía sus cartas. Después me salió otro pretendiente y cuando me llegaban las cartas del primero y las leía me daba cuenta de que ya no me gustaba, ¡y me daba una rabia...!



Cobertura de enseñanza entre El Pedregoso, Saladavieja y Venta de Ojén (Tarifa, Cádiz), siglo XX.
Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

E. EL PEDREGOSO, SALADAVIEJA Y VENTA DE OJÉN

Los maestros Pepe Rondón Pelayo y Antonio Ojeda Benítez, que eran trabajadores del carbón en las sierras de El Pedregoso y Saladavieja, enseñaban a sus compañeros de oficio y a los niños y jóvenes del lugar en las décadas cuarenta a setenta. Ambos participaron en la guerra y fueron procesados a su regreso.

Antonia Ruiz Araújo (Huerta del Pedregoso, 1949) conoció a un maestro de campo llamado don José, que venía de Cádiz: «Yo tenía nueve años, era hacia 1958. Él daba lección a mis hermanos y a los muchachillos de la Huerta del Pedregoso y del Ventisquero». Nina Campano (Facinas, 1937) vivía cerca de Antonia. Ella recuerda que este maestro iba siempre muy trajeado y que le daban miedo los perros, por lo que tenían que estar pendientes cuando se acercaba, para sujetarlos.

Alfonso Santander Castilla, de Facinas, enseñó en la finca de El Pedregoso de 1968 a 1972, a petición del cura de Facinas.

MAESTRO PEPE RONDÓN PELAYO

El maestro José o Pepe Rondón Pelayo nació en Tarifa el 28 de marzo de 1905, hijo de Pedro y de María²⁰⁸, era moreno de pelo y tenía los ojos negros. Rondón participó en la guerra de 1936-1939 y al final de ésta cuando regresó a Facinas sufrió un consejo de guerra. Su expediente como preso gaditano está archivado en el Tribunal Territorial Segundo de Sevilla, en el legajo 1353 de signatura número 33234.

Poco antes de declararse oficialmente el fin de la guerra, el 29 de marzo de 1939, Pepe Rondón fue internado en el campo de concentración de Porta Coeli o Portaceli (Valencia). El 13 de junio salió del campo en libertad provisional. Llevaba un salvoconducto con la indicación de presentarse a la Guardia Civil de Facinas en el plazo de cinco días. Le tomaron declaración en el puesto de Facinas y entró en prisión preventiva en el depósito municipal de Tarifa. Dos facinenses avalaron a Rondón declarando que no había cometido delitos en Facinas antes de marcharse: Eloy Vivas Guerrero, industrial de Facinas de sesenta años, y Antonio Ruiz León, campesino de cincuenta y tres años.

Como a todos los soldados que habían formado parte del ejército perdedor, en el Juzgado militar de Algeciras le hicieron un consejo de guerra permanente por

208 El nombre de su padre en su expediente carcelario es Pedro, pero en algunas ocasiones los escribanos del sumario anotaron Juan.

auxilio a la rebelión, que fue incluido en una causa grupal²⁰⁹²¹⁰. El juez instructor del sumarísimo de urgencia fue José López Cuervo Derqui y el secretario fue Benito Flores Álvarez. La ficha clasificatoria que le abrieron a su llegada a Facinas recoge que había sido interventor en las elecciones de febrero de 1936, que votó al Frente Popular y que fue reclutado en el ejército de forma forzosa como cabo el 1 de marzo de 1937²¹¹.

En julio de 1936, cuando se produjo el intento de golpe de estado que desembocó en tres años de guerra, Pepe Rondón vivía en la finca de El Pedregoso, tenía treinta y un años, estaba casado y tenía dos hijos. Él tenía una parcela en la dehesa de Aciscar y Tahivilla y sus compañeros sabían que conocía bien el terreno, porque se había criado en la campiña, de modo que hacia marzo de 1936 fue nombrado por la colectividad guarda de Reforma Agraria de esa dehesa. Francisco Giráldez Rodríguez, maestro de la escuela rural de Tahivilla y secretario de las colectividades agrarias, se encargaba de abonar a Rondón su salario por medio de un *cabezalero*.

Un mes después de que las tropas franquistas ocupasen Tarifa, el 22 de agosto de 1936, Rondón se enteró de que habían detenido a varios compañeros suyos, entre ellos el presidente del sindicato socialista Unión General de Trabajadores de Facinas. Su decisión no se demoró: tras dejar en la dehesa de El Pedregoso el caballo que montaba se fue caminando por la sierra hasta Jimena de la Frontera (Cádiz). Allí estuvo unos días trabajando para el Comité de Defensa Local en la siega de garbanzos y otros cereales.

Desde Jimena siguió caminando hacia Casares y Málaga junto a otros vecinos de Facinas. En Málaga estuvo con las milicias de la Unión General de Trabajadores (UGT). Dos hermanos suyos también estaban refugiados en Málaga: Antonio, que al parecer estaba en el batallón Méjico de Málaga, y Eugenio, que era de la quinta de 1935 y cuando empezó la guerra estaba haciendo el servicio militar en Valencia. Cuando Málaga fue ocupada por las tropas franquistas (el 8 de febrero de 1937) lo alistaron en la tercera compañía del primer Batallón

209 Una vez legitimado el golpe del 18 de julio de 1936, la justicia militar franquista consideró rebelde al gobierno republicano. En esta lógica perversa, participar de las acciones del legítimo gobierno significaba prestar auxilio a la rebelión.

210 Dada la ingente suma de procesos generados por la represión, se procesaba a varios encausados a la vez por motivos de agilidad y operatividad.

211 En la ficha identificatoria del campo de concentración de Porta Coeli figura que entró en el ejército de forma voluntaria. Posiblemente Rondón cambió la versión al llegar a su aldea y constatar los riesgos que corría.

Pablo Iglesias²¹². Cuando se deshizo esa unidad pasó a la Compañía de Ametralladoras del Segundo Batallón en la 52 Brigada del Ejército, como cabo.

Estuvieron en el frente de Pozoblanco (Córdoba) durante unos meses y a primeros de enero pasó al frente de Teruel, después a Castellón y de allí a Valencia. En septiembre de 1938 participó en la contraofensiva de Castuera (Badajoz), donde fue herido y trasladado al Hospital de Lorca (Murcia). En un mes volvió a su compañía, que se desplazó a Utiel (Valencia), a Lupión (Jaén) y a Monterrubio (Extremadura), hasta el de 2 febrero de 1939, en que lo trasladaron a Belmonte de Tajo (Madrid). Días más tarde ingresó enfermo en el Hospital de Cuenca y cuando le dieron el alta lo trasladaron al campo de concentración de Porta Coeli en Valencia.

El 5 de enero de 1940, concluido el sumario, Pepe Rondón quedó a disposición del consejo de guerra permanente de Algeciras y fue trasladado a la prisión militar de esa plaza. Tras la vista del juicio el consejo, presidido por Juan Gallo Núñez y con Rafael González de Lara como ponente, concluyó que Rondón huyó «... por miedo a ser detenido como miembro de la colectividad de la reforma agraria» y que «... fue obligado por los milicianos a pasar a la zona bajo control del gobierno republicano». ¿Contó con buenos avalistas de su persona? Lo cierto es que no se impuso igual argumento en todos los procesos a personas que huyeron por temor fundado a la represión de los golpistas.

Detalle del escrito que comunica a José Rondón Pelayo su absolución, el 21 de febrero de 1940. Legajo 1353, signatura 33234, TRIBUNAL TERRITORIAL SEGUNDO DE SEVILLA.

saber: Que la sentencia dictada con fecha Enero del corriente año en Consejo nº 23 que ha sido aprobada por el Ilmo. Sr. Guerra de la 2ª Región, el día dos del declarandosele absuelto libremente sin ción de responsabilidad alguna.- Enten día por notificado y firma day fe

José Rondón

El 21 de febrero de 1940, ocho meses después de presentarse en el puesto de la Guardia Civil de Facinas, comunicaron a Pepe Rondón la sentencia absolu-

212 Pepe Rondón entró en agosto de 1936 como cabo en el frente del Valle de Abdalajis, Málaga. Su hermano Antonio Rondón, de veintisiete años y soltero, carpintero de oficio, afiliado a la UGT y al Partido Comunista, entró en ese batallón como miliciano. Fernando Bravo Conejo (2008). «El frente noroccidental de Málaga. Batallones y milicias que defendieron el valle de Abdalajis. Las milicias malagueñas». Blog *fbravoconejo*.

toria. Tras salir de la prisión de Algeciras se dedicó a los trabajos del campo en las sierras de El Pedregoso, Saladavieja y Ojén, y lo compaginó con la alfabetización de sus compañeros de oficio y de sus familias.

Hacia 1968 otro maestro, Alfonso Santander Castilla (Facinas, 1940) empezó a enseñar a adultos y niños de la dehesa de El Pedregoso. Santander no llegó a conocer personalmente a Rondón; los hermanos mayores de sus alumnos le contaron que habían aprendido con él.

Posiblemente para finales de los años sesenta Pepe Rondón ya no desempeñaba los duros oficios del monte. Pepa Castro Lara (El Cobujón de Las Corzas, Los Barrios, 1957) fue alumna de Rondón cuando vivía en la Venta de Ojén:

Mis padres eran *camperos* y se dedicaban a los animales, igual que sigo yo aquí. Allí en El Cobujón de las Corzas había varios vecinos. Mi madre sembraba un huerto, criaba cabras y cerdos y los vendía, y mi padre hacía hornos de carbón y vendía el carbón. En el tiempo de las *tagarninas* se recogían *tagarninas*, y lo mismo cuando había caracoles. Esa sierra estaba acotada pero nosotros metíamos allí a las cabras. Hasta que lo cercaron todo y los guardias las denunciaban. Como mi madre tenía las cabras para poder vivir de otra manera y no podía quitarlas, durante un año o dos las llevábamos y las traíamos a diario de El Cobujón de Las Corzas a Ojén, que no estaba acotado. Eran cerca de dos horas de camino, siete kilómetros. Como mi padre padecía de asma y no podía andar mucho nosotras hacíamos *tocas*: un día venía mi hermana con mi madre, otro día yo, que tenía diez u once años, y al otro día mi otra hermana.

Hasta que un hombre llamado Juan el Chivero dejó una casa libre cerca de la Venta de Ojén, en un lugar que llaman *La pasá l'ajogao*²¹³ porque pasaba un río por la vera de la casa. Ahí estuvimos hasta 1981.

Hacia el año 1968 más o menos tuve yo maestro: Pepe Rondón. Todas las mañanas Pepe *se llegaba* en un burrito desde Facinas (unos quince kilómetros) a la casa de cada vecino de la Venta a darles lección a los niños y a las niñas. El maestro *nos ponía la plana* a mi hermana y a mí para hacer las cuentas y las letras, con pizarra y lápices de tiza. A los pocos años Pepe Rondón dejó de venir y ya no vino ningún maestro más por allí.

Hacia el año 1980 Pepe Rondón era un anciano. Ya no trabajaba en el monte y tampoco tenía fuerzas para alejarse de Facinas en su burro a dar clases a niños y niñas que no tenían escuela. Alfonso Rebolo me contó que Pepe Rondón se ahorcó por esas fechas. ¿Qué desazones le rondaban? ¿Fue su forma de poner fin a una previsible dependencia acentuada?

213 La pasada del ahogado.

No hay duda de que fue un hombre preocupado por la alfabetización de sus convecinos. Aunque poco dinero le rentaría, sostuvo esta dedicación complementaria durante casi toda su vida. Por temporadas, dedicaría a la enseñanza el tiempo libre que el trabajo dejaba antes de acabar el día, cansados por igual los alumnos y el maestro, motivados todos en el esfuerzo por romper las barreras sociales de la educación.

MAESTRO ANTONIO OJEDA BENÍTEZ

Antonio Ojeda Benítez, de apodo familiar el Melero, nació en Facinas en 1918 y murió en 1999. Sus padres eran Manolo y Ramona, trabajadores del campo, y tuvo seis hermanos. Comenzó a trabajar a los once años y con dieciocho años participó en la guerra. Como Rondón, también fue procesado por participar en la guerra de 1936-1939 con el bando gubernamental, y al finalizar ésta tuvo que realizar el servicio militar obligatorio.

Juan Ramón Ojeda Coca, hijo de Antonio Ojeda, detalla: «Era un hombre muy trabajador. A lo largo de su vida trabajó en todo lo que le salía, en el carbón, *la corcha*, recogiendo *corruca*, en la construcción, de camarero...». Ojeda enseñó en las dehesas de Saladavieja y El Pedregoso, donde trabajaba de forma similar a José Rondón. Cristóbal Gutiérrez (Los Tornos, 1947) aprendió con él²¹⁴.

Los maquis o guerrilleros antifranquistas tuvieron fuerte presencia en la comarca, pues la orografía y los oficios en montes de difícil control por la Guardia Civil abrían posibilidades de cobertura a estos grupos. Manuel, hermano de Antonio Ojeda Benítez también apodado El Melero, hizo de enlace de la guerrilla antifranquista durante la posguerra, mientras trabajaba en los montes. Por ello fue detenido y condenado a prisión en el penal de El Puerto de Santa María (Cádiz).

Chan Álvarez Cabeza, que conoció a Antonio Ojeda en Facinas, incide en que era un hombre muy culto y que no ocultaba sus ideas: «Cuando Antonio se tomaba unas copas repetía discursos enteros de líderes políticos de izquierda, y poemas y canciones de los tiempos de la guerra». Antonio Ojeda había de tener una gran cultura de tradición oral, pues fue entrevistado por la investigadora tarifeña Carmen Tizón Bernabé, especialista en la literatura oral de la comarca.

214 Sebastián Álvarez Cabeza. «Cristóbal Gutiérrez y los montes de Tarifa». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 86 (2012) 40-45.

MAESTRO ALFONSO SANTANDER CASTILLA



El maestro Alfonso Santander Castilla en su casa de Facinas, en 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Me llamo Alfonso Santander Castilla, nací en abril de 1940 y me he criado en Facinas. Mi padre nació en Facinas. Estuvo trabajando en el campo y después se tiró muchos años trabajando en una panadería. Murió en 1952, cuando yo tenía doce años.

Mi madre no trabajó fuera de casa. Ella aprendió a leer y escribir para defenderse cuando tenía sesenta y cinco años. A finales de los años setenta se fue un hermano mío a Ceuta. Cuando ella recibía cartas de este hijo, tenía que esperar a que llegásemos a la casa alguno de nosotros para que se las leyéramos. Ella siempre estaba con la libreta y el lápiz en la mano; y una amiga suya le dijo, «¿tú quieres aprender a escribir?», y le buscó una maestra que iba todos los días a su casa.

Éramos cinco hermanos y yo soy el cuarto. Los tres mayores estuvieron en el colegio público y el pequeño también. Yo estuve en el colegio solamente un día. Yo quería ir al servicio, le pedí permiso varias veces al maestro y no me contestaba, hasta que me oriné encima. Me pegó tal guantazo que cogí la puerta y no volví a aparecer por allí.

De pequeño estuve yendo a la escuela particular de las hermanas Partida. Iban muchos niños a esa escuela porque en el colegio público no había suficientes plazas. Pero quien de verdad me enseñó fue un maestro barbero, Pepe Gil. Entré con once años como aprendiz en su barbería (hacia 1951) y estuve trabajando con él hasta los veinte años. Cuando llegaba por la mañana lo primero que me exigía el barbero era estudiar. Me enseñaba a leer y escribir con copias y dictados, a sumar, restar, multiplicar y dividir. Y me enseñó a comer, porque yo nunca había manejado un cuchillo y un tenedor.

Una temporada dejé la barbería para irme a *las corchas* de *aguaor*, llevando el agua a los corcheros. Con veinte años me fui voluntario al ejército; estuve unos años de cabo primero y con veinticuatro años lo dejé. Empecé a trabajar de peón en Facinas, después estuve de listero en la construcción de un tramo de carretera de veinte kilómetros, entre Retín y el cortijo de Las Piñas. Mi tarea consistía en pasar lista al personal, llevar la lista a la oficina y ayudar en cuestiones administrativas. Con veintiséis años volví de peón otra vez y entre medias estuve alguna temporada trabajando en una panadería.

Cuando tenía veintiocho años (hacia 1968) una noche al llegar a casa me dijo mi madre, «dice el cura que quiere hablar contigo». Me pidió que trabajase de

maestro en la finca de El Pedregoso y preparase a los niños para la comunión. Yo le dije, «pero yo no soy maestro...». «Me han dicho que tú puedes hacerlo». Estuve enseñando a leer y escribir por allí durante cuatro años, hasta 1972.

Estas familias trabajaban para la finca como guardeses, vaqueros o cabreros. Además tenían su huertecito y sus propios animales, y les dejaban criar varios cochinos. Me recibieron muy bien. Yo conocía ya a Ventura Rebolo, el guarda de la finca, y a las familias de las casas donde iba a enseñar. Porque en el tiempo del racionamiento, que duró hasta los años cincuenta, mi padre repartía las raciones del pan en Facinas y guardábamos en casa las raciones de la gente del campo que no podía venir en el horario del reparto. Yo entonces era un chiquillo y andaba por casa cuando ellos venían a recogerlo.

Yo no había dado clases en mi vida pero me puse a ello como pude y lo pasé bien. Los chiquillos siempre eran muy agradables y muy obedientes. Enseñaba a todos los niños que quisieran aunque ya hubieran hecho la comunión y también enseñaba a algunos mayores. Unos eran más torpes y otros menos, pero yo insistía con todos. Libros no tenía. Yo llevaba un carpetín, una libreta y un lápiz; y cada chiquillo compraba su cuaderno.

Los padres me daban cien pesetas al mes, el cura me daba quinientas y el señorito del cortijo me daba otras quinientas. En total me llevaba unas tres mil pesetas al mes. Todas las familias ponían a sus chiquillos a aprender y todas me pagaban; unas antes y otras más tarde. Y me daban de almorzar o de cenar donde me tocara.

Cuando llegué a la finca no había nadie enseñando. Muchos hermanos mayores de los niños a quienes yo daba clases habían aprendido con otro maestro, Pepe Rondón. Con el señorito no tuve relación. Un día al llegar al cortijo de El Pedregoso vi a un hombre sentado en la entrada y lo saludé pensando que sería un trabajador. «Buenas tardes», me respondió, «¿Tú eres el maestro, supongo? Yo soy don José Quesada, el dueño de esto». Así fue como lo conocí. El cura por allí no fue nunca. Según me contaban él preguntaba para saber cómo hacía yo mi trabajo.

Me daba una *pechá* de andar tremenda. Primero iba en bicicleta, pero casi todos los días se me pinchaba, hasta que un día la tiré a la cuneta y seguí caminando. Salía de Facinas por la mañana e iba al cortijo de El Pedregoso. Por la tarde subía a un sitio que le llaman La Cuna y seguía por la sierra de El Pedregoso hacia una cabreriza donde se juntaban los chiquillos de varias familias: los de Cristóbal Gutiérrez Camacho, los de Gutiérrez Castilla, los de Alfonso Rebolo y otra familia que era de Jimena. Al otro día iba a un sitio llamado El Lobete, donde estaba Antonio González. Sus ocho o nueve

chiquillos trabajaban de cabreros; el día que yo iba dejaban las cabras y venían a mi clase, y al finalizar la clase tenían que volver con las cabras o con los cochinos.

Un día sí y otro no pasaba la noche en casa de Sebastián Campos e Isabel Rebolo, hermana de Ventura Rebolo, que vivía en una casita en Santa Genoveva, a la vera del pantano. Allí daba clases a sus hijos mayores. Ellos tenían un huertecillo con tomates, berenjenas, etcétera. Allí no se comía mal; un día un cocido, otro día un guiso de arroz...

Cerca de El Pedregoso enseñaba a quince niños: los pequeños de Francisca y Ventura (que eran diez en total), y los de otros vecinos. En El Lobete a tres, en La Cuna a otros tres, los pequeños de mi primo eran cinco (de trece hermanos en total), de Alfonso Rebolo eran dos y de Juan Ruiz otros dos, de Nina Campano dos... Y tres hijos mayores de Campos, que aprendían de noche. En total, a unos treinta y cuatro niños y niñas.



El maestro Alfonso Santander Castilla con un grupo de alumnos en la finca El Pedregoso, hacia 1969. De izquierda a derecha, detrás está Ana Campos Rebolo, medio tapada, su hermana Micaela Campos Rebolo con José Luis Vasallo Campano en brazos, a su lado el maestro Alfonso Santander, José Rebolo García y Domingo Vasallo Campano. De izquierda a derecha, delante, Isabel Campos Rebolo, Antonio Ríos Delgado, Cristóbal Vasallo Campano y Antonio Herrera Salvatierra. Por último, Francisco Ríos Delgado, con camisa de igual estampado a su hermano Antonio. FOTO CORTESÍA DE ALFONSO SANTANDER.

Domingo, uno de los hijos de Nina Campano, se quemó por accidente y tuvo que pasar un tiempo en el hospital. Recuerdo que allí quedaron sorprendidos de lo bien que leía. Con lo que yo les enseñé, más de uno pudo seguir las clases del carné de conducir, que era lo que necesitaba para seguir trabajando en el campo.

Yo ya tenía mi novia en Facinas. A los dos años de estar como maestro rural nos casamos. Dejé de trabajar como maestro cuando mi mujer se quedó embarazada; con eso no podía sacar adelante a mi familia. Además, cada vez más familias llevaban a sus niños a la Escuela Hogar de Tarifa, que habían abierto hacia 1966. Ella tenía una tía en San Pedro de Alcántara y me decía que cuando quisiéramos ir a San Pedro yo tendría trabajo allí.

No me despedí. Un sábado al llegar de mi ruta como maestro le dije a mi mujer, «mañana me voy a San Pedro». No volví a la finca hasta unos años después, cuando ya tenía dos niños. Llegué de vacaciones y nos quedamos una semana en casa de una de las familias de El Pedregoso.

En San Pedro trabajé cuatro años en la oficina de una obra, pasando lista al personal. Luego estuve años trabajando en la construcción, de jardinero, en un almacén de bebidas... Cuando me jubilé trabajaba en la construcción. Al año de retirarme vino el cura de mi barrio a pedirme que echara una mano en la parroquia. Y ahí sigo, barriendo, preparando para la misa, participando en reuniones... Haciendo de todo menos dar misa y los sacramentos.

Yo llevo cuarenta años fuera de la zona, y la gente que aprendió conmigo también vive fuera. Nos vemos todos los años por la feria en Facinas: todavía me reconocen, me saludan con cariño y recuerdan ese tiempo.



Cobertura de enseñanza entre La Peña y Puertollano (Tarifa, Cádiz), siglo XX. Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

F. DE LA PEÑA A PUERTOLLANO

José Castillo Noria, llamado Castillo, enseñó en la escuela del cortijo Iruelas, en el cortijo de Ramos y entre La Peña y Puertollano, en los años veinte y treinta. El maestro Francisco Trujillo hacía recorridos similares en los años treinta y cuarenta.

José la Albujita, de Casas Viejas, empezó a enseñar en Puertollano y Salvadavieja en la segunda mitad de los años cuarenta. Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) explica: «Yo tendría diecisiete años cuando aprendía con él. En la *casita de la candela*, que era chiquita, le tenía mi madre preparada una camita. Con nosotros se quedaba una noche sí y otra no. Ese hombre no iba por su pueblo; algún problema tendría. No se le conocía que tuviera mujer. El mote se lo puse yo, porque antes se decía, “fiate de ese, que es una *albijita*”».

Vicente Santana y su hijo Salvador Santana, originarios de Fuengirola, enseñaron entre Los Majales y Puertollano en los años 1947 a 1952. Manolo Lara Ríos conoció en los años cuarenta y cincuenta a estos dos maestros, así como a Narciso Álvarez Mora, José Araújo Marín y Alfonso Rebolo, entre otros. También recuerda en los años cuarenta a Francisco Salmerón, a un tal Pepote y a Jerónimo Rodríguez, tres maestros que con el tiempo se desplazarán a otras zonas.

El maestro Sebastián Romero Delgado enseñó en Puertollano, donde había nacido, desde finales de los años cuarenta, cuando salió de prisión por su participación en la guerra, hasta los cincuenta.

Manuel Flores González, llamado «el padre Flores», hizo instrucción en el campamento militar de Las Moscas. Con unos veintiséis años, hacia 1950, lo destinaron a la iglesia de San Mateo en Tarifa. El doctor Fernando Romero le ofreció una casa en el Torreón de La Peña, consiguieron unas bancas de madera, y él iba a diario en bicicleta desde Tarifa para dar clases. José Pichardo Manzano, nacido en la Cañada de la Jara, lo recuerda enseñando también en el Santuario de Nuestra Señora de la Luz.

Juan Rodríguez Pérez, el Jopúo, era de Alcalá de los Gazules y llegó a la zona hacia los años cincuenta. Y Juan Ruiz Ríos, de Tarifa enseñó desde Los Majales al Puntal de la Grajera en los años cincuenta, en el cortijo Aciscar entre 1959 y 1962, y en la escuela ermita El Chaparral desde 1962.

ALUMNO ANTONIO ESCRIBANO PACHECO

Me llamo Antonio Escribano Pacheco y nací en 1927. Mi padre, Pepe Escribano Gutiérrez, nació en 1898 y se crió en el cortijo de Ramos. Ese cortijo era de mi abuelo paterno, Antonio Escribano Fernández. Fuimos seis hermanos y cuatro de ellos murieron chicos a diferentes edades. Hacia el año cuarenta una *hembra* y



Antonio Escribano Pacheco.
Tarifa, 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

un varón, con once y trece años, murieron de bronquitis con pocos días de diferencia uno del otro. No había medicinas y los médicos trabajaban con lo que tenían. En los años de la penicilina eso no hubiera pasado.

Cuando se casó, mi padre siguió viviendo allí. Yo soy el primer nieto entre cerca de cuarenta nietos. Hasta que cuando yo tenía dos años nos trasladamos a la parte alta de Guadalmesí, al cortijo Alto, que mi padre había alquilado a su suegro. Ese cortijo ya no existe. Mi madre, que se había criado allí, había aprendido con un maestro en el campo a quien yo no conocí. Cuando vivíamos en el cortijo Alto ella buscaba tiempo entre sus quehaceres y nos enseñaba a leer y escribir a los tres hermanos, porque a ese cortijo no llegaban maestros.

Yo tengo muchos recuerdos del cortijo de Ramos porque pasaba muchas temporadas con mi abuelo. Mis padres hablaban mucho del maestro Castillo, un maestro ambulante que iba por los cortijos. Mi padre y mis tíos aprendieron con él.

José Castillo Noria era conocido como el maestro Castillo. En 1926 estaba casado con María de la Cruz Cazalla y vivían en Facinas. Sabemos de tres hijos suyos: Marcelino (que falleció en 1925), Juana y Luz²¹⁵.

En octubre de 1926 el alcalde Antonio Morales Lara visitó el cortijo Iruelas y conoció la escuela donde enseñaba Castillo Noria²¹⁶.

Manolo Lara (Los Majales, 1936) refiere que Castillo Noria trabajó como ambulante en Fuente Molín.

En el cortijo conocí yo al maestro Francisco Trujillo, que enseñaba a la familia de mi abuelo y de un hermano suyo, y en otros cortijos cercanos. Yo recuerdo que algunos días no estaba en donde mi abuelo y otros días sí. Trujillo era un hombre mayor cuando yo lo conocí y no tenía esposa ni hijos. Cuando ya no podía trabajar se fue a vivir a Tarifa. Como él conservaba amistad con mi padre se iba a la tienda que entonces regentaba para charlar con él.

Los trabajadores del cortijo comían y dormían en lo que llamaban la *gañanía*. Allí había una mesa grande donde comía el personal y allí nos daba clase Trujillo. A algunos trabajadores jóvenes también les daba lección. Los chiquillos estudiábamos por las mañanas o por las tardes, según el horario en que

215 *Revista Unión de Tarifa*, números 71, 89 y 109.

216 *Revista Unión de Tarifa*, 9 de octubre de 1926, número 100.

llegase del otro sitio donde enseñaba, y si había alguno mayor le daba clases por la noche, cuando ya había terminado la jornada de trabajo. Si le tocaba pasar la noche en la finca dormía en casa de mi abuelo.

Nos enseñaba con una enciclopedia. Y nos daba clases de lo que llamábamos urbanidad, que era el buen comportamiento de los chiquillos. Al entrar había que decirle, «buenos días (o buenas tardes), señor maestro». Porque los chiquillos no sabíamos estas cosas. Libros leíamos poco. En mi casa no había libros. En la de mi abuelo sí. Compraban novelas por entregas, y recuerdo que unos leían y otros escuchaban.

Unos trabajadores del cortijo cobraban un sueldo dado y otros cobraban menos sueldo más una parte de la producción al final de la cosecha del verano (de grano, de garbanzos...). Había la costumbre de pagar también en especie con una parte de la cosecha al maestro, al barbero que iba por los cortijos, etcétera.

Mi abuelo tenía vacas suizas y cabras. Un hombre que vivía en el cortijo iba a diario al mercado de Tarifa para vender directamente la leche y para hacer los encargos del cortijo, y llevaba el periódico. Yo era el primer nieto de mi abuelo y tenía su mismo nombre, así que era su ojito derecho, y cuando ya vivía en Tarifa aprovechaba los viajes de este lechero para ir al cortijo.

Hacia 1934 mis padres se trasladaron de Guadalmesí a Tarifa, porque mi padre cogió el traspaso de una tienda. Además, él tenía una carnicería en el mercado. Entonces entré en el colegio de las monjas. Después pasamos a una academia que fundó un cura de Tarifa, donde preparaban el bachillerato con maestros titulares que enseñaban ahí además de enseñar en la escuela pública. Yo me examiné de ingreso del bachiller con nueve años, pero entró la guerra y no pude continuar. Estuve estudiando comercio tres años con el maestro Casaleiz, que hizo una labor extraordinaria dando clases de muchas asignaturas por la noche.

Yo ayudaba a mi padre en lo que podía mientras estudiaba. En 1954 murió mi madre de cáncer y nos quedamos mi padre, mi hermano y yo a cargo de los negocios. Yo le planteé a mi novia que nos casáramos y siguiéramos en mi casa, que era muy grande. Tuvimos un hijo. Ella se hizo cargo de la tienda y yo seguí trabajando en la carnicería hasta 1992 en que me jubilé.

ALUMNO MANOLO LARA RÍOS

Me llamo Manolo Lara Ríos, nací en 1936 y me crié en Los Majales. En los años 1940 y 1950 vivían ahí diez o más familias: tres familias de los Rojas, una familia en el *Hato Quemado*, otra en la casa que ahora es de Medina, la de Manolo Lara (mi padre), Luis Benítez, Francisco Delgado, Baltasar Serrano y dos familias más. Cada familia tenía *unos pocos* chiquillos y además estaban los tra-



Manolo Lara Ríos. Tarifa, 2012.
FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ
MARTÍNEZ.

bajadores que contrataban. Entre grandes y chicos había más de cien personas, de los cuales había unos cincuenta niños y jóvenes en edad de estudiar. Unos más listos y otros más torpes, casi todos estudiábamos con maestros. Si la familia no tenía para pagar al maestro lo poquito que éste cobraba, ponían a aprender sólo a algunos.

En el campo había unas piedras parecidas a la pizarra que se usaban para los suelos de las casas²¹⁷. Cuando yo trabajaba con las cabras, como me gustaba mucho aprender, en estas piedras hacía yo los números rasgando con otra piedra. Así aprendí a sumar y restar antes de tener maestro.

Mi primer maestro fue Vicente Santana. Cuando él llegó por aquí, hacia 1948, tendría yo doce años. Mi padre, nacido en 1905, era menor que él, así que este hombre habría nacido alrededor de 1901. Vicente era de Fuengirola, que entonces era una aldea. Cuando era joven había venido a Tarifa como aprendiz en la almadraba. Otras temporadas venía con cuadrillas de *segaors*... Unos veinte años después, ya casado y con hijos, su hijo mayor vino a la almadraba y Vicente decidió venirse también con otros tres hijos y la mujer. Mi padre le dejó una casa sin pagar nada, se trasladó con su familia a Los Majales y se dedicó sólo a trabajar de maestro. Vicente sacó una poesía sobre su vida y yo, que tenía una memoria muy buena, me la aprendí:

Cuando fuiste almadrabero
muy poco tú prosperaste,
y luego una instancia echaste
para ser carabinero.
Consumista, *segaor*,
comerciante de habichuelas
¡... y ahora *maestro escuela*!
Mi vida es una canción.

La casa donde vivía la familia del maestro y donde a veces estudiábamos la llamábamos el *Hato Quemado*. Los Cervera, dueños de La Palmosilla, habían tenido ahí

217 Es la llamada «losa de Tarifa».

un *hato* de vacas. Tenía forma de ele, con un patio muy grande de losas de cantera por delante. Tenía chimenea y un horno de pan, donde amasaba María Escalona Vega, la mujer de Vicente, y un huertecillo que atendía su hijo Salvador. Pepe, su hijo más chico, tendría nueve o diez añillos. María Escalona criaba gallinas y pavos, y Pepe guardaba los pavos y se iba andando hasta Tarifa para vender tres o cuatro docenas de huevos y traer los *mandaitos*. Porque a los otros hermanos y al padre les daban de comer allí donde trabajaran, pero ella y el niño tenían que comer en casa.

Vicente estuvo cuatro o cinco años con nosotros. Su hijo Salvador también dio clases. Por la mañana empezaba en unas casas, por la tarde iba a otras. Y por la noche daba clases a los mayores de catorce o dieciséis años. Daban clases a unos cuarenta y cinco niños, sumando todos. Uno se ponía con los niños más chicos y otro con los mayores, o uno explicaba una cosa y otro daba otra.



María Escalona y su esposo el maestro Vicente Santana.
Años cincuenta. FOTO CORTESÍA DE SALVADOR
SANTANA ESCALONA.

Hacían el almuerzo en una casa, la merienda en otra y a cenar venían a su casa.

Él sabía las cuatro reglas y otras cosillas pero de ahí poco más. Para lo que había en aquellos tiempos tenía una caligrafía muy bonita, aunque con muchas faltas. En Geografía tampoco estaba muy bien, pero para enseñar era muy bueno. Yo aprendí muchos consejos que me daba él, que otros alumnos quizás no *le echaban* cuenta. Nos enseñaba sobre la vida de los pobres y los ricos:

Rico, nunca hagas alarde
ante el pobre de riqueza,
ni tú, pobre, al ver al rico
maldigas de tu pobreza.
Que el rico con sus tesoros
y el pobre con su miseria,
desnudos como han nacido
han de volver a la tierra²¹⁸.

Después de Vicente y Salvador vino un maestro que había sido *desterrado* tras la guerra y era de Granada: Francisco Salmerón. Él era muy listo y estaba muy

218 Sentencia recogida por Francisco Villaespesa.

preparado en Aritmética. Cuando estaba soltero comía y dormía en alguna casa donde enseñaba, y sumaba lo poquito que le pagaban. En mi casa se quedaba a dormir. Hubo otro que le decían Pepote, que tocaba muy bien la armónica y además era un manitas y hacía aparejos. A veces nos decía a los mayores, «hoy no vamos a estudiar, hoy nos vamos a tal fiesta». Y cogíamos el camino para llegar a los bailes que hubiera por allí cerca.

Otro que estuvo con nosotros fue Jerónimo, que le decían el Torpo porque si tenía algún alumno aventajado éste lo corregía. Y Narciso Álvarez Mora, que vino de Facinas a guardar los cochinos en el monte y se quedó por aquí un año o dos de maestro. Y José Araújo Marín, de Puertollano, estuvo con nosotros unos meses. Era un trabajador como nosotros y era joven, pero estaba preparadillo.

El último que me dio clases venía de San Fernando. Ya tenía yo veinte años, era hacia 1956. Era muy listo. Su padre era un almirante de la Marina que había dado carrera a los hijos y éste se *empicó* en beber y en la juerga y gastó su dinero. Mi padre lo conoció en Tarifa, le propuso que viniese a enseñarnos y él se vino con su mujer a vivir al lado de casa.

MAESTRO SALVADOR SANTANA ESCALONA

Me llamo Salvador Santana Escalona y nací en enero de 1931 en Los Boliches, Fuengirola²¹⁹. Mis abuelos trabajaban en el campo por cuenta ajena y lo mismo mi padre. Mi padre nació hacia 1901. Somos seis hermanos. Antonio (siete años mayor que yo), Vicente, yo y Pepe, y tres *hembras*: Isabel y Juana (las mayores), y Carmen, que murió antes de nacer yo.

A mi padre no le tocó luchar en el frente porque ya era mayor. Para estar reunidos nos fuimos a Melilla, donde vivía mi hermana Isabel. En aquellas fechas los pasos de Semana Santa eran representados por gente del mismo pueblo; mi abuelo hacía de Cristo, así que era bien visto por los que tomaron el poder. Por eso no se llevaron detenido a mi padre. Cuando acabó la guerra nos repatriaron a toda la familia de Melilla a Málaga y nos alojaron en El Palo, una barriada marinera a siete kilómetros del centro. Recuerdo a mis padres tirando con la tralla de la *jábega* en la orilla de la playa de El Palo, y cuando salía el copo vendían el pescado junto a nuestra casa.

Construyeron un colegio en El Palo bajo la dirección de un misionero y pusieron a un maestro nacional que era hijo de un capitán ricachón. Allí entré yo de niño. Casi nunca daban clase sino que nos tenían allí guardados como

219 A las dos entrevistas que le hice en 2012 he incorporado piezas del manuscrito *Recuerdos Latentes*, con sus memorias.

borregos y nosotros, como chiquillos que éramos, jugábamos y saltábamos por las ventanas. Un día el misionero me castigó y me dejó encueros delante de toda la clase. Vino mi madre a recogerme y me arropó en su delantal para llevarme a casa. Eso no se me borró de la mente nunca.

Si ese poder Dios tuviera,
otra cosa pasaría
mejor reparto se haría
y menos miseria hubiera²²⁰.

Mi hermana Isabel tras la guerra había ido a Barbate con su marido. Aprovechando los tramos en que los camiones iban vacíos nos reunimos toda la familia con ella. Vivíamos en una barriada donde había un pinar muy grande. Los habitantes de esa barriada por las mañanas vaciaban en la calle los cubos donde habían hecho sus necesidades y como no había alcantarillas no se podía ir al pueblo caminando. Vicente y yo, los hermanos más chiquitillos, pasábamos de un pino a otro sin pisar el suelo.

Mi padre empezó a trabajar *embarcado* en los barquillos. Cuando estaba el tiempo malo y no se podía salir a la mar se iba con los amigos a tocar la bandurria en el baile de la tarántula²²¹. Mi madre y mi hermano Antonio se iban a una explanada del pinar y hacían *picón* con ramajes. También cogían piñas secas y las ponían al fuego para sacar los piñones. Entonces entrábamos los pequeños en faena: nos daban una canasta grande de piñón o de *picón* con arreglo a nuestra fuerza y salíamos a venderlo.

En Barbate se ganaba dinero pero no había comida que comprar. Hacia el año 1941 nos fuimos de vuelta a El Palo, en Málaga. Mi padre iba a Tarifa a echar temporadas de siega y en el año 1946 mandó venir a por nosotros. La primera casa que alquilamos en Tarifa estaba cerca del Torreón de La Peña.



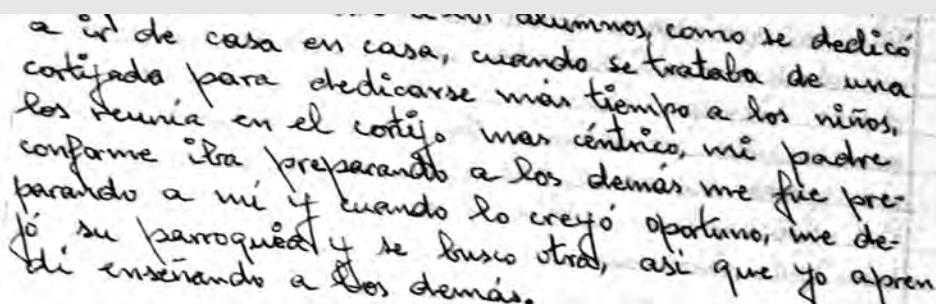
El maestro Salvador Santana Escalona. Algeciras, 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

220 Santana Escalona, Salvador (1996). «Otra cosa pasaría». *Poemario Las cosas de un analfabeto andaluz*. Documento inédito.

221 Si a una persona le picaba la tarántula o escorpión, lo cual era probable, se tocaba la guitarra sin parar durante horas para que soltara el veneno bailando. Eso se llamaba «el baile de la tarántula».

Empecé a trabajar con mi padre segando. La campiña de Tarifa permanecía con un verdor envidiable porque todo el año se sembraba trigo, remolacha, garbanzos, habas y otras cosas.

Mi padre se dedicó a la enseñanza de los jóvenes y cuando la edad no le permitía desarrollar su trabajo de modo normal empezó a guiarme para que yo fuese maestro. Yo era entre los hermanos el mejor preparado y aquello me motivaba. La parroquia donde él trabajaba (Los Majales, Potrero Alto, Fuente Molín...) me la dejó a mí y él cogió hacia El Mastral, Caña Jara, donde había unos huertos de un tal Valencia, y Puertollano. Cuando tuvo que retirarse yo hacía todo el recorrido. Como allá donde yo iba mi padre ya había estado, conforme yo iba enseñando empecé a aprender. Con lo que ellos me iban contando y lo que tenían escrito en las libretas fui desarrollando la mente.



a ir de casa en casa, cuando se trataba de una
cortijada para dedicarse más tiempo a los niños,
los reunía en el cortijo más céntrico, mi padre
conforme iba preparando a los demás me fue pre-
parando a mí y cuando lo creyó oportuno, me de-
jó su parroquia y se buscó otra, así que yo apren-
dí enseñando a los demás.

Detalle del manuscrito *Recuerdos latentes*, memorias de Salvador Santana Escalona, donde se refiere a su preparación como maestro de campo. CORTESÍA DE SALVADOR SANTANA ESCALONA.

Yo cobraba poquito. Había familias que no podían pagar y uno se daba cuenta. Dábamos todas las facilidades que podíamos porque nosotros veníamos de casta pobre. En las casas donde enseñábamos a los niños, los padres se metían a hacer la tarea con sus hijos, de modo que aprendían y no tenían que pagar más.

Allí donde llegara se reunían todos los chicos y chicas de las casas cercanas, desde los pequeños de cinco, siete, ocho o nueve años. La familia de los Lara y la familia de los Moritos, que tenían once o doce hijos. Más para arriba los Romero, y unos de apodo Nuflo, donde había diez u once personas entre chicos y mayores. En Potrero Alto estaba Antonia Moya, una señora viuda con tres hijos. Después los Serrano. Pasaba hacia Puertollano. Por abajo hasta donde Juan Lara y de ahí bajaba hacia Caña Jara, donde dormía y comía.

Más abajo estaban los Benítez, con una hija de mi edad y un hermano llamado Pepe que le decían Mantequita, los Delgado (Curro y sus hijos) y los Castro: uno que le llaman Lucero, en Torre la Peña. Juan León, que tenía en Caña Jara una huerta donde hacían fiestas, también aprendió conmigo. Y los que vivían más abajo del Santuario. Después cogía de Caña Jara hacia arriba y hacía el mismo recorrido de vuelta. Un día en una dirección y el siguiente en la contraria.

Mi padre se fue quedando ciego. Poco después de que yo empezase como maestro volvió con mi madre a Fuentegirola, donde estaban mis hermanas mayores, y hacia 1955 falleció. Fue un hombre recto y con mucho sentido de la responsabilidad. Siempre fue para mí un ejemplo a seguir.

Recuerdo a mi padre enjuto,
seco como el sarmiento,
flexible, erguido,
atezado por los vientos.
Trabajador andaluz de tez morena,
incomprendido, inquieto, luchador.
Llenos sus ojos de dolor
quedaron sin luz, ¡qué pena!²²²



Salvador Santana Escalona. Años cincuenta.
FOTO CORTESÍA DE
SALVADOR SANTANA ESCALONA.

Yo ya salía con mi mujer y decidí quedarme en Tarifa. En el campo el trabajo empezó a aflojar. Como me había sacado mi folio para hacer la mili por la marina, salí con mi hermano Antonio a la mar en un barco «a las partes»: del dinero total de la venta, después de pagar los gastos el armador se llevaba la mitad y lo otro se repartía entre todos los pescadores. Los armadores siempre iban boyantes y el pescador no llevaba nunca un sueldo digno para su casa.

La mar de bien voy cantando
navegando por la mar.
La mar de bien yo trabajo
la mar de bien si no hay viento.
La mar de bien yo me siento
aunque trabajo a destajo²²³.

222 Santana Escalona, Salvador (2000). «Recuerdo a mi padre». *Poemario Como lo siento*. Documento inédito.

223 Santana Escalona, Salvador (1996). «La mar de bien». *Poemario Las cosas de un analfabeto andaluz*.

Estudié náutica por mi cuenta y tuve un nombramiento de patrón con el que he navegado por todo el mundo. En 1984 me dieron de baja por enfermedad. La vida de pescador en aquellos tiempos era sumamente dura.

MAESTRO SEBASTIÁN ROMERO DELGADO

Sebastián Romero Delgado, hijo de Sebastián Romero Pérez, nació en Puertollano. Sebastián fue quinto del año 1936 (había nacido hacia 1916), y al empezar la guerra no fue llamado a filas por el ejército de Franco. Su padre, Sebastián Romero Pérez, concejal por el Partido Socialista durante la Segunda República, fue fusilado en agosto de 1936. Al saber del asesinato de su padre Romero Delgado emprendió la huida. Tras regresar del frente y pasar por la prisión, volvió a su lugar de origen y trabajó como maestro de campo.

En 1990, cuando tenía más de setenta años, publicó un libreto titulado *La paloma en el olivo. No por la guerra. Sí por la paz*, que recogía su experiencia de represión a raíz de la guerra de 1936-1939²²⁴. Su escrito nos muestra a un hombre noble en sus intenciones.



LA PALOMA EN EL OLIVO
NO POR LA GUERRA
SÍ POR LA PAZ

Imagen de la portada del libro *La paloma en el olivo. No por la guerra. Sí por la paz*, de Sebastián Romero Delgado, editado en 1990.

Su padre tenía un rancho en Puertollano. El 27 de julio de 1936 el rancho fue rodeado por regulares a las órdenes de la Guardia Civil, que buscaban a miembros de la corporación republicana de Tarifa. Encontraron al concejal Antonio González Solano escondido en una higuera de su finca y se lo llevaron junto a Sebastián Romero Pérez²²⁵. El 27 de agosto de 1936 Romero Pérez y otros presos en la cárcel de Tarifa fueron fusilados.

Al saber del asesinato de su padre, Romero Delgado huyó junto al concejal tarifeño José Chamizo Morando. En noviembre de 1936 ambos tomaron una embarcación en la costa de Tarifa rumbo a Gibraltar. Quince días después partieron hacia Málaga en un destructor inglés. Allí fueron acogidos por el Socorro Rojo, que atendía a un gran número de desplazados de las zonas ocupadas por las tropas franquistas. Romero Delgado se sumó a la Cuarta Compañía, capitaneada por el maestro y alcalde de Tarifa Amador

Mora Rojas. El 14 de marzo de 1937 Sebastián fue gravemente herido en el

224 Fue publicado por la editorial Alba en Algeciras, ciudad donde residía Romero Delgado. El recorrido de Romero Delgado a partir de la guerra se ha tomado de este libro.

225 Antonio González Solano, de cincuenta y un años y albañil de oficio, fue fusilado en Tarifa el 26 de agosto de 1936 e inscrito en el Registro Civil de Tarifa, Libros de Defunciones, Tomo 78, n.º 201, el 25 de noviembre de ese año.

frente de Pozoblanco. Tras ser declarado mutilado de guerra lo trasladaron a la escuela de capacitación de la 63 División, donde trabajó en servicios auxiliares.

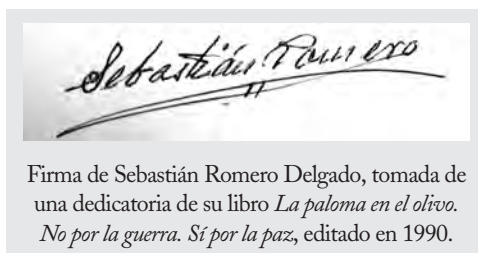
Con el fin de la guerra, el 28 de marzo de 1939 se presentó junto a su grupo en el pueblo de Alcaracejos (Córdoba) y fue internado en el campo de concentración de La Granjuela (Granada). Varios meses después obtuvo permiso para regresar a Tarifa gracias al aval de dos testigos: José Escribano Gutiérrez y Francisco Ruiz Téllez. Al llegar fue ingresado en la prisión y estuvo unos seis meses a la espera de juicio por un expediente de responsabilidades políticas abierto por el Tribunal Militar de Sevilla. El juez fue José López Cuervo y el secretario Benito Flores Álvarez. Tras el juicio Romero Delgado salió en libertad provisional²²⁶.

Una semana después fue trasladado a la prisión del Castillo de Santa Catalina en Cádiz junto con otros detenidos que como él habían hecho el servicio militar en zona republicana. En esta prisión, con el apoyo del comandante Cayetano, Romero Delgado pudo estudiar álgebra y consultar libros de su biblioteca. Romero Delgado obtuvo la libertad condicional hacia abril de 1942 y regresó a El Cañuelo, unas tierras heredadas de su padre.

Hacia 1945 se casó con María Rebolo Marín, vecina del Huerto de Peinado, y tuvieron dos hijas. Aprovechando los conocimientos adquiridos durante la guerra y en su tiempo de prisión, se dedicó a enseñar a sus vecinos. Hacia 1947 daba lección a los hermanos de Antonia Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1927) y después se sumaron las hermanas. Curro Gil, nacido en 1931, explica: «Sebastián era muy culto y sabía mucho. Se ponía a dar la lección y como cogiera conversación ya estaba contando su vida».

Curro Gil me explicó que Romero optó para ser maestro en la recién creada escuela rural de La Parrilla (Puertollano). El entonces alcalde de Tarifa, Juan Antonio Núñez Manso, le negó la plaza «... porque su padre había sido *político* y él había estado en la cárcel». Los vecinos de Puertollano estuvieron recogiendo firmas para pedir al alcalde que lo dejara quedarse. «La vecindad, el pueblo, lo reclamó», subraya Curro emocionado.

El hermano de Victoria Marín (Puertollano, 1939) también aprendió con Romero Delgado. Victoria sabe que este maestro había estado en la guerra: «Andaba un poquito cojo por la metralla que tenía metida». «Este hombre era poeta.



Firma de Sebastián Romero Delgado, tomada de una dedicatoria de su libro *La paloma en el olivo. No por la guerra. Sí por la paz*, editado en 1990.

226 Un proceso similar al que vivió el maestro José Ojeda Benítez.

Le gustaba mucho hacer versos», añade. Tiempo después Sebastián Romero y María Delgado vendieron sus terrenos a dos convecinos y se trasladaron a Algeciras. Durante los últimos años de su vida este maestro padeció una demencia.

MAESTRO JUAN RODRÍGUEZ PÉREZ, EL JOPÚO

Eduardo del Río Delgado (Tarifa, 1944) supo de un maestro llamado Juan, de apodo el Jopúo, que enseñaba en la zona de Puertollano: «Este maestro era de Los Barrios. No sé qué le pasó, pero él decía que no podía volver por allí. Además de enseñar, era barbero. Mi hermano Juan llegó a dar lección con él». José Pichardo Manzano, que nació en la cañada de Jara en los años cuarenta, recuerda al maestro Juan el Jopúo enseñando por La Palmosilla.

Juan Rodríguez Pérez, apodado el Jopúo, nació en Alcalá de los Gazules hacia 1918, hijo de Francisco y de María. Sabemos que se afilió a la Confederación Nacional de Trabajadores muy joven. Después de la guerra vivió en Los Barrios, y fue procesado por dos atracos sucedidos en el verano de 1942 realizados por miembros de una incipiente agrupación guerrillera:

En una finca de Pascual Cervera situada en Casas Viejas y camino de Los Barrios, dos hombres conminaron a dos contrabandistas a dejar los morrales de tabaco de contrabando que llevaban, y los dispararon con una escopeta de perdigones: uno de ellos fue herido leve y otro perdió un ojo. Tiempo después, en la finca de Zanona, dos hombres dispararon con una escopeta al aire y amenazaron con quemar la choza de un paisano que no les había entregado una alta suma de dinero exigida por ellos.

La investigación de la Guardia Civil atribuyó estos dos hechos a las mismas personas: Juan Rodríguez Pérez (el Jopúo), José Melagar Lobato (el Solapa) y Francisco Espinosa Almargo (Fernandeta). Los tres estuvieron presos en San Roque a la espera del juicio por el delito de atraco a mano armada y asesinato frustrado. La sentencia se emitió el 12 de mayo de 1944: condenó a Francisco Espinosa Almargo a un año y seis meses por hechos contra la propiedad, José Melagar Lobato fue condenado a seis años por tenencia ilícita de un arma de caza, y Juan Rodríguez Pérez fue absuelto porque no se pudo probar su participación²²⁷.

Francisco Espinosa Almargo, Fernandeta, salió de prisión tras el juicio porque había cumplido la condena impuesta durante su prisión preventiva. Cuatro años después, en junio de 1948, fue asesinado por la Guardia Civil en un lugar de Los Barrios conocido como Las Pajarraqueras: lo estaban buscando por el reciente secuestro y asesinato de Antonio Trujillo Serrano, de los molinos de Carrizales (Bolonia, Tarifa)²²⁸.

227 Legajo 355/5926, causa 962/1942, Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla.

228 Base de datos Todos los Nombres, de víctimas del franquismo en Andalucía, Extremadura y Norte de África.

Juan Rodríguez Pérez el Jopúo se retiró a Puertollano entre finales de los cuarenta e inicios de los cincuenta; algo después de su procesamiento y tras el asesinato de Fernandeta. Es posible que fuese buscado por la Guardia Civil o bien por antiguos compañeros de militancia. No contamos con suficiente información para concluir al respecto.

MAESTRO JUAN RUIZ RÍOS

Juan Ruiz Ríos nació hacia 1933. Escribía artículos de opinión en la prensa de Tarifa y participaba activamente en la iglesia católica; decía que la Virgen de La Luz le daba fuerzas para soportar el peso de la vida. En las décadas cincuenta y sesenta trabajó dando clases particulares en el campo, en escuelas de cortijo, y en su casa de la calle Florinda, en Tarifa.

Manolo Lara (Los Majales, 1936) lo conoció en los primeros años cincuenta:

Juan Ruiz Ríos era de Tarifa y había estudiado en la escuela. Como era poquita cosa y la vida estaba mala se fue al campo a enseñar. Iba desde Los Majales hasta el Puntal de La Grajera, a casa de Cristóbal Meléndez, que tenían muchos hijos. Yo lo conocí joven. Mis hermanos pequeños estudiaron más con él. Él era bueno para enseñar. Y era muy beato. Siempre llevaba un rosario en la mano y por cualquier cosa se ponía de rodillas y rezaba.

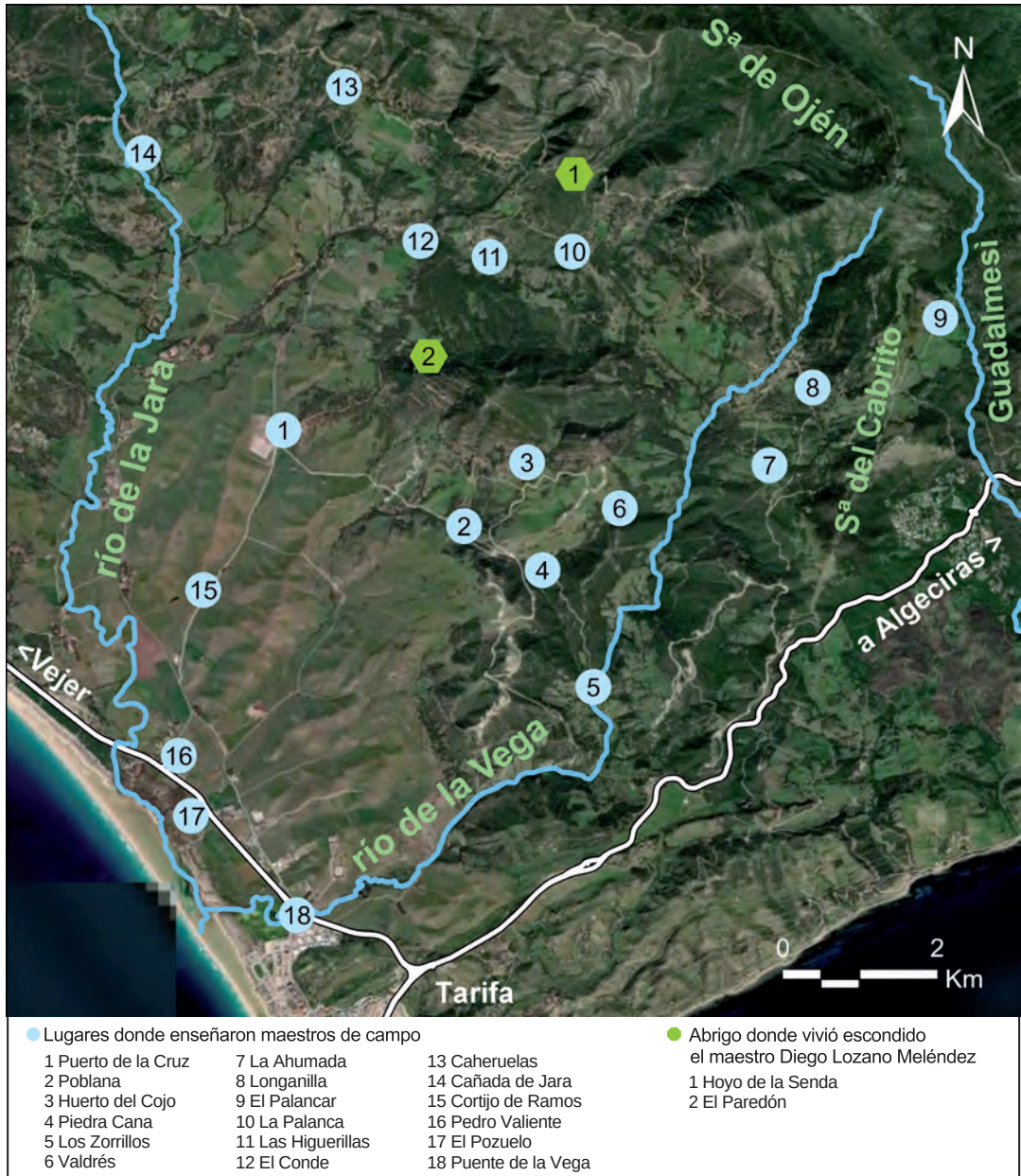
Juan Ruiz veía poco y usaba gafas. Una tarde perdió el camino enfrente de donde vivía Manolo Torres, al otro lado del río. Se metió en medio de un *brociscal* de *jérguenes* y de allí no salía. Le cogió la noche y se lió a gritar, «¡Socorroooo! ¡Soy el maestro de Los Majales...!! Manolo Torres pasó el río y lo sacó de allí.

Agustín Araújo Moya (Fuente Molín, 1950) aprendió con él a finales de los años cincuenta. Hacia 1959 Ruiz Ríos entró en la escuela del cortijo Aciscar relevando al maestro Antonio del Castillo. Y en 1962 estaba en la escuela ermita El Chaparral. Antonio Iglesias (El Chaparral, 1944) detalla:

Juan Ruiz Ríos tenía muy buena preparación. Fue el primero que enseñó en la escuela ermita El Chaparral; de 1962 a 1965. Era muy amigo de don Juan Núñez, el alcalde, y él lo colocó ahí. Don Juan Núñez le daba su paga y los padres les daban otra parte todos los meses. Con esto y la comida que le daban los vecinos vivía medio bien.

Después marchó a Lugo, donde trabajó como funcionario de Correos. Falleció en junio de 1995, con sesenta y dos años²²⁹.

229 Ruiz, Mari Luz (1996). Boletín de la cofradía La Oración del Huerto Getsemaní. Tarifa. Pág 10.



Cobertura de enseñanza entre Caheruelas, Poblana y Ahumada (Tarifa, Cádiz), siglo XX.
Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

G. CAHERUELAS, POBLANA Y LA AHUMADA

En los años cuarenta Francisco Salmerón Fernández trabajó en Puertollano, como vimos, y hacia el este en Caheruelas, Poblana y La Ahumada. Andrés Señor Gallego enseñó en la misma zona de 1943 a 1955, y a veces se desplazaba hacia La Costa. Candelaria Ibáñez aprendió con estos dos maestros, que fueron represaliados por su participación en la guerra. Alternaban el carboneo con la enseñanza y con el tiempo se repartieron las áreas de cobertura. A partir de 1955 y durante diez años Antonio López Núñez, de apodo Requena, relevó a su yerno Andrés Señor enseñando en Las Higuerillas.

Alfonso Alba Escribano y Luz Alba Gómez recuerdan a varios maestros que a finales de los cuarenta y en los años cincuenta hacían ciertos recorridos entre El Pozuelo, dehesa Los Zorrillos, Poblana y dehesa Ahumada: José Ojeda Aldaya, guarda de montes, José la Liebre, José Pérez Barranco, Esteban Fernández el Melero y José Adama Reyes (apodado Pepote). Luz Alba no estudió con ninguno de ellos; aprendió por su cuenta.

Diego Lozano Meléndez, sindicalista, enseñó entre Puertollano y Ahumada desde los años veinte hasta los cuarenta. El maestro apodado la Valenciana enseñaba en los años treinta en La Ahumada y también fue conocido en Puertollano y en La Costa. En los años cuarenta enseñaban en La Ahumada Miguel Sánchez y un tal Juan, conocido como el Tío de los Fideos, que había participado en la guerra en el bando perdedor.

José Pecino Ríos, de Los Barrios, también era de izquierdas. Enseñó en algunas fincas de Los Barrios antes de llegar a La Ahumada. Fue de los últimos maestros trabajando en el término de Tarifa. Cuando Pecino era anciano, Francisca Delgado Cote daba clases a sus vecinos.

MAESTRO FRANCISCO SALMERÓN FERNÁNDEZ

El maestro Francisco Salmerón Fernandez nació en un pueblo de Granada. Tenía unos dieciséis años cuando empezó la guerra, según sus alumnos, así que habría nacido hacia 1920. Tanto él como su padre estuvieron en el frente y él llegó a teniente.

Curro y Antonia Gil Serrano lo conocieron enseñando en Puertollano en los años cuarenta. También Manolo Lara (Los Majales, 1936):

Francisco Salmerón fue *desterrado* tras la guerra. Cuando vino por aquí tenía menos de treinta años. Cuando acabó la guerra apenas tenía dieciocho años y no pudieron hacerle lo que al padre, pero no le dejaban vivir en su tierra.

Nos daba lección a mí y a mis hermanos. Él era muy listo y creo que en otro tiempo hubiera sido un gran hombre. Estaba muy preparado en aritmética. De soltero comía y dormía en alguna casa donde enseñaba y sumaba lo poquito que le pagaban.

Se casó con Agustina Moya, de Puertollano, y tuvo varios hijos. Como no podía mantenerse enseñando empezó a hacer carbón. Él sabía defenderse. Llegaba donde un chaparro grande y se ponía a cortar ramas. Aparecía el guarda de la finca: «Francisco, tengo que denunciarte», y él le decía, «y yo, ¿qué les doy a mis hijos de comer?». A veces se lo dejaba pasar²³⁰.

Salmerón fue después maestro en Poblana, donde enseñó a los hermanos de Luz Alba Gómez, y también en el monte Ahumada. Juan José Señor, hijo de Andrés Señor, explica: «Salmerón era del mismo pensamiento que mi padre. Ambos estuvieron en la misma zona dando clases cada uno a varias familias, y pretendieron a la misma mujer. Acabaron por llevarse bien y decidieron repartirse los lugares donde enseñaban».

Con el tiempo, Francisco Salmerón fue a vivir a Tarifa y trabajó como transportista con un camión. Él y algunos de sus hijos estuvieron en el Partido Comunista en la transición.

MAESTRO ANDRÉS SEÑOR GALLEGO

Andrés Señor Gallego nació en el caserío costero de Arenillas (Algeciras) en 1908 y se crió en Ceuta, donde su padre trabajaba como carabinero de la aduana. En 1928 Señor ingresó en el ejército, en el cuerpo de Mehala, en el Marruecos colonizado por España. De allí salió con la graduación de sargento²³¹.

En 1936, cuando empezó la guerra, Andrés Señor trabajaba como secretario de Amador Mora Rojas, alcalde de Tarifa. Con la ocupación de Tarifa por las tropas de regulares huyó junto con Amador Mora y otros compañeros a Málaga, se incorporó al Batallón Pablo Iglesias como teniente y poco después ascendió a oficial de infantería. Tras la guerra fue recluido en un campo de concentración y desde allí lo condujeron a la prisión de Puente Genil (Córdoba), a la espera de un consejo militar sumarisimo. Gracias a las gestiones de sus

230 En el Legajo 5843 del Archivo Municipal de Tarifa hay un expediente de 1948 que, entre otros, se refiere a Francisco Salmerón Fernández: deja constancia de que en julio de 1949 pagó 423,5 pesetas de indemnización por «infracción forestal».

231 Información biográfica tomada de los artículos de su hijo Juan José Señor López «Las tribulaciones de un republicano en el franquismo» (I y II), publicados en la *Revista de Estudios Tarifeños Aljaranda* (2010) 76(39-44) y 77(35-38).

familiares y amistades se libró de la pena de muerte y su tiempo de prisión quedó reducido a tres años.

Salió de prisión con treinta y cuatro años y regresó a Tarifa, donde fue acogido por su familia. Como había sido militar y funcionario durante la Segunda República fue inhabilitado para cualquier empleo en la administración. Buscó trabajo en la construcción del puerto de Tarifa pero hubo de abandonarlo pronto, dada la exigencia física del trabajo y su precario estado de salud. «Como él conocía la situación de la gente en los montes de Tarifa decidió llevar a la práctica eso que con pasión defendía en las tertulias: alfabetizar a la población rural», señala su hijo Juan José.

Andrés Señor dedicó muchos años de su vida a recorrer los montes enseñando de casa en casa. La hermana mayor de Luz Alba Gómez (Huerto del Cojo, Poblana, 1938), que nació hacia 1932, y Antonia Delgado Gómez (La Ahumada, 1939) siguieron sus clases a principios de los años cuarenta. Y enseñó en casa de Candelaria Ibáñez Atanasio (Longanilla, 1930) hacia el año 1945, reemplazando al maestro Francisco Salmerón.

También lo conocieron enseñando en Arroyo Viña, en Los Alhelíes y en Guadalmesí, tanto a inicios de los años cuarenta como a finales de los cincuenta. Andrés Señor se quedaba a dormir con la familia de Pepa Muñoz Trujillo (cortijo La Angostura, 1944) en Arroyo Viña: «Mi madre contaba que le gustaba preparar su propia comida: cogía espárragos del campo y se los hacía. El himno nacional que ponían antes de empezar el parte de Radio Nacional él no lo aguantaba el pobre, ¡porque había *pasado* tanto con el régimen de Franco!».

Antonio Trujillo Gil (Arroyo Viña, 1952) recuerda que lo veían llegar desde lejos, caminando por el monte con una gabardina blanca. «Su familia vivía en Tarifa y él venía por aquí entre semana; comía donde le pillaba y dormir, lo mismo. Algunas noches se quedaba donde mi padre», comenta Antonio. En esta década alternaría sus recorridos hacia Guadalmesí con rutas por las dehesas Ahumada y Caheruelas.

Primero enseñaba a leer, escribir y las cuatro reglas; y después trabajaban con la *Enciclopedia Álvarez*. «Sabía enseñar, porque hacía agradable aprender. Era un adelantado a su tiempo en cuanto a la pedagogía», anota su hijo Juan José. Andrés Señor se negó a enseñar religión y ponía especial empeño con los



Andrés Señor en su último mes de academia militar.

Córdoba, 1937. ÁLBUM FAMILIAR DE JUAN JOSÉ SEÑOR. Tomada de: Señor López, Juan José (2010).

«Las tribulaciones de un republicano en el franquismo» (I). *Revista de Estudios Tarifeños Aljaranda* 76.

niños que tenían más dificultades, según afirma su hijo. «Él los llamaba “mis niños yunteros”, en alusión al poema de Miguel Hernández. Los atendía sin cobrar y a veces a hurtadillas. Ése fue el caso de Andrés Manso Serrano, conocido como Andresillo el Sordo, que nació y vivió siempre en una choza en el lugar llamado El Conde, en la Sierra del Paredón».

El niño yuntero (Miguel Hernández)

Carne de yugo ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.
Nace como la herramienta
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.
Entre estiércol puro y vivo
de vacas, trae a la vida
un alma color de olivo
vieja ya y encallecida.
Empieza a vivir y empieza
a morir de punta a punta
levantando la corteza
de su madre con la yunta.
Empieza a sentir y siente
la vida como una guerra
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.
Contar sus años no sabe
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.
Trabaja y mientras trabaja
masculinamente serio,
se unge de lluvia y se alhaja
de carne de cementerio.
A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,

con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.
Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.
Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.
Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.
Lo veo arar los rastros
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.
Me da su arado en el pecho,
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.
¿Quién salvará a este chiquillo,
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo,
verdugo de esta cadena?
Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

Algunas familias apenas podían pagar las clases; otras le daban huevos, hortalizas o pan. Aunque no tenía experiencia en ello, Andrés aprovechaba jornales ocasionales y trabajos de temporada en las dehesas. «Sin ropa y sin casa propia, decidió cambiar de oficio. Dedicó unos años a trabajar como carbonero en el Hoyo de la Senda, en la Sierra de Ojén», relata su hijo Juan José; «se construyó una choza y los contrabandistas le hacían de *recoveros*».

En una fiesta del vecindario conoció a una mujer visiblemente más preparada que la mayoría de sus convecinos: se trataba de Juana López Moya. Había aprendido de su padre, Antonio López Núñez, de apodo Requena, y también de forma autodidacta. Señor se asoció en la aparcería con el hermano de Juana y así pudo visitarla con más frecuencia. Con el tiempo se casaron y tuvieron dos hijos: Juan José y Bernarda Flora.

Para dar más oportunidades educativas a sus hijos, Juana López y Andrés Señor se trasladaron a Tarifa. Juana encontró trabajo como secretaria en la fábrica Feria de conservas de pescado y Andrés ejerció como jornalero, listero, pescador... En 1955 tuvo un puesto de guarda en una cantera estadounidense en El Puerto de Santa María, con una subcontrata de Dragados y Construcciones. Esto le daría la oportunidad de tener cobertura sanitaria para operarse de su dañado estómago en 1958.



Juana López Moya y Andrés Señor con su hijo Juan José. Tarifa, 1951. Álbum familiar de Juan José Señor. Tomada de: Señor López, Juan José (2010). «Las tribulaciones de un republicano en el franquismo» (II). *Revista de Estudios Tarifeños Aljaranda* 77.

En estos años Andrés Señor enseñaba esporádicamente. En el Archivo Municipal de Tarifa se conserva una solicitud de varios vecinos de Arroyo Viña y Arráz González tramitada el 2 de octubre de 1959. Dado que el Ayuntamiento estaba pagando a maestros idóneos en otros lugares del término, pedían un salario mensual para el maestro Andrés Señor y aclaraban que por su parte seguirían proporcionándole alojamiento y manutención:

Los abajo firmantes, vecinos de los sitios de este término denominados «Arroyo Viñas» y «Arráez González» a VS con todo respeto acuden y tienen el honor de exponer:

Que en el citado medio rural existe una población escolar de unos 30 niños de ambos sexos que vienen recibiendo enseñanza particular merced a la labor que realiza el vecino D. Andrés Señor Gallego, a quien reconocen con las suficiente competencia, no sólo para la enseñanza primaria sino también para la base de una buena educación cívica y de cuyo celo y diligencia están plenamente satisfechos los padres de dichos escolares.

A este señor se le vienen facilitando por los vecinos los medios de subsistencia (manutención y alojamiento), pero los escasos ingresos que esta labor le proporcionan no le son suficientes para atender el sostenimiento de su familia, esposa y dos hijos.

Nos consta, de manera evidente, la magnífica labor que en este aspecto tiene emprendida la Autoridad Municipal con respecto al medio rural, subvencionando a maestros idóneos en otros partidos del término, y que esa Alcaldía acoge con cariño y dedica gran atención a cuanto se relaciona con la enseñanza.

Existe el temor de que por la falta de recursos económicos el citado vecino Señor Gallego se vea obligado a abandonar esta actividad con el consiguiente perjuicio para nuestros hijos, siendo este el motivo de suplicar a VS que, haciéndose eco de necesidad tan sentida, tenga a bien asignar, con cargo a los fondos municipales, una subvención fija mensual en la cuantía que estime suficiente, a favor de don Andrés Señor Gallego, y por nuestra parte seguimos obligándonos a proporcionarle, como hasta aquí, el alojamiento y manutención al Maestro.

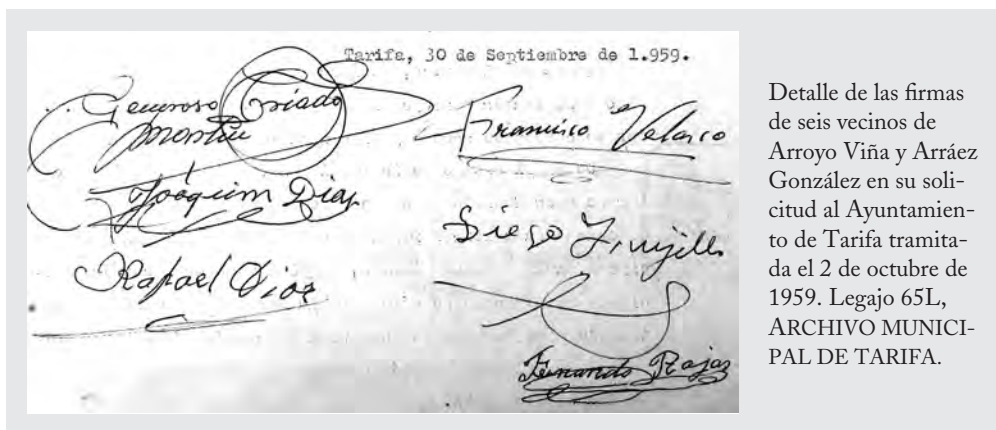
Firman: Generoso Criado, Joaquín Díaz, Rafael Díaz, Francisco Velasco, Diego Trujillo y Fernando Rojas.

30 de septiembre de 1959²³²

Existe el temor de que, por la falta de recursos económicos, el citado vecino SEÑOR GALLEGO se vea obligado a abandonar esta actividad con el consiguiente perjuicio para nuestros hijos, siendo éste el motivo de SUPLICAR a V.S. que, haciéndose eco de necesidad tan sentida, tenga a bien asignar, con cargo a los fondos municipales, una subvención fija men-

Detalle de la solicitud de varios vecinos de Arroyo Viña y Arráez González al Ayuntamiento de Tarifa tramitada el 2 de octubre de 1959. Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

232 Legajo 65L, Archivo Municipal de Tarifa.



Detalle de las firmas de seis vecinos de Arroyo Viña y Arráez González en su solicitud al Ayuntamiento de Tarifa tramitada el 2 de octubre de 1959. Legajo 65L, ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Andrés Señor, sin duda autor del escrito, recurría a formas aduladoras valoradas en la administración. Afirmaba, por ejemplo, que «... esa Alcaldía dedica gran atención a cuanto se relaciona con la enseñanza»; una terrible ironía, pues él había constatado durante décadas que no era así.

A finales de octubre de 1959 el Ayuntamiento acordó conceder una subvención de 600 pesetas al mes a Andrés Señor, «maestro que ejerce libremente su profesión». Si se ejecutó esta asignación, poco se benefició Señor de ella. Hacia 1960 lo aceptaron en el Ayuntamiento de Tarifa, en la oficina local del padrón, y al tiempo ejercía como comentarista deportivo en Radio Juventud de La Línea. En 1962, tras ser una vez más expulsado del Ayuntamiento, buscó trabajo en la construcción en la Costa del Sol. Pocos meses después falleció en Marbella, y allí mismo fue enterrado.

MAESTRO ANTONIO LÓPEZ NÚÑEZ, REQUENA

El maestro Antonio López Núñez, apodado Requena, nació en Guadalmesí. Allí vivían sus padres, que según dicen habían llegado de Requena (Valencia), por lo que apodaron Requena a los hombres de la familia. Antonio López se casó con Bernarda Moya Lozano y tuvieron dos hijos, Juana, que se casaría con Andrés Señor, y Rafael. Requena se dedicaba a hacer hornos de carbón, y a cultivar y vender tomates y pimientos.

Hacia 1958, cuando Andrés Señor dejó de enseñar en Las Higuerillas y alrededores, Requena lo relevó. Siguió enseñando hasta 1969 aproximadamente, cuando tenía setenta y un años. Murió en 1975. Juan José Señor pasó muchos veranos con su abuelo:

Mi abuelo se echó de novia a mi abuela Bernarda, que era de El Chivato (monte Caheruelas). La familia de mi abuela no aceptaba esa relación, quizás porque mi

abuelo era culto y porque decía las cosas como las sentía. Así que hicieron un rapto, que se llamaba entonces: pasaban una noche juntos, con lo que se suponía que la mujer había perdido el honor y por lo tanto el hombre debía casarse con ella²³³.

A él le gustaban mucho los libros y además era muy buen narrador. En las elecciones de 1936 formó parte de una mesa electoral, lo que le puso en el punto de mira de la represión franquista. A los guardias civiles les encantaba parar en casa de mi abuelo y hablar con él de política. Él no ocultaba que era de izquierdas y ellos no le molestaban. Y lo mismo respecto a mi padre.

Antonio Gil Marín (Puertollano, 1931) oyó hablar a sus mayores sobre la labor mediadora de Requena en los años de la represión más dura:

Cuando acabó la guerra andaban buscando a todos los de izquierdas. La mujer de Rojas, Teresa, se quedó preñada, y la Guardia Civil la acosaba para que dijera dónde estaba escondido su marido. Ella les decía, «mi marido viene, me hace el chiquillo y se va; yo no sé dónde está escondido». Y estaba dentro de un *tunal* en su propio huerto.

Un sargento de la Guardia Civil era de la zona y el yerno de Rojas era teniente, y tomaban copitas junto con el hermano de Rojas y con Requena. Entre todos apañaron que no le harían nada y convencieron a Rojas para que se entregase. No se metieron más con él. Rojas era carpintero y siguió viviendo y trabajando en Puertollano, arreglando arados y cosas de esas.

Cuando tenía unos catorce años Eduardo del Río (Tarifa, 1944) se trasladó a Ribera de Los Molinos, donde vivían sus padres, y se sumó a las clases de Requena:

Hacia 1960 Requena nos daba lección en su propia casa, por las noches y en invierno más que nada. Ya en las primaveras las noches son muy cortas, había que levantarse a las claras del día para arar los huertos y no daba tiempo a estudiar. En aquella época no le podíamos pagar mucho. Yo siempre lo veía *fritito*, sin un duro. Su mujer le decía a mi padre, «¡Ay, Eduardo! Me hacía falta media faneguita de harina para poder *amasar*».

Éramos diez o quince chavales. A cada uno le ponía tarea según lo que estaba aprendiendo. Recuerdo que me preguntó un día, «Eduardo, ¿qué es un porcino?». «Mire usted, yo no sé lo que es un porcino», le dije avergonzado. «¡Un porcino es un cochino!», me gritó enfadado.

233 El rapto es una tradición practicada históricamente en culturas diversas, que puede implicar el secuestro y la violación de la mujer. En este caso se entiende como una fuga pactada para contraer matrimonio sin el consentimiento de los padres. En cualquier caso el rapto se sustenta en la inmoralidad de las relaciones prematrimoniales.

Con Requena estuve estudiando unos dos años. He aprendido lo suficiente para lo que he necesitado en la vida. A mí no me gustaba mucho la escuela. Me gusta la historia de las guerras, y tengo una colección sobre el bandolerismo andaluz con todos los bandoleros del primero al último.

Juan José Señor se vio dando clases al alumnado de Requena en los veranos: «Él no servía para maestro: se enfadaba mucho y perdía la paciencia. Cuando yo estudiaba en el Instituto y venía en verano temía el momento en que mi abuelo me ponía al frente de los alumnos y se quitaba de enmedio. Yo no sabía cómo meterles mano».

Los hermanos mayores de José Sierra, del lugar de La Palanca, en la dehesa Longanilla, aprendieron con Requena en los años sesenta. Y Curro Gil Guerrero (El Chivato, 1955) estudió con él unos años después de que lo hiciese Eduardo del Río:

Somos cinco hermanos. Cuando se puso mi madre de parto, a una vaca que tenía mi padre se le partió una pata y tuvo que ir a buscar ayuda. Después se fue a caballo hasta La Peña para avisar a Elena, una comadre que había allí, y cuando llegó con Elena yo ya había nacido²³⁴. Los niños ayudábamos a guardar las cabras y los cochinos. Por la tarde mi hermana, Antonio y yo íbamos en un burro a clase a la casa del maestro Requena en Las Higuerillas. El Chivato lo repoblaron de pino e hicieron una carretera. Mi padre se defendía mejor en el campo y por no quitar las cabras ni marcharse al pueblo, hacia 1964 se fue a un ranchito en Las Higuerillas.

La mayoría de las familias mandaban a sus hijos con el maestro desde los siete u ocho añillos. Él enseñaba por turnos a muchos chiquillos. Enseñaba a unas hijas de Pepe Rebolo que eran diez u once hermanos. Y venían los hijos de Eduardo del Río, del Espejo y del Carlillos.

La plana se hacía en una pizarrita con marco de madera y un trapillo para limpiar después de mojarlo con un escupitajo. El maestro escribía y mostraba las letras para que dijéramos el nombre de cada una. Había un niño que cuando el maestro le señalaba la efe le respondía mirándolo fijamente, «la jefe, tío Antonio». El niño pronunciaba así, y no le llamaba maestro, sino «tío Antonio». Entonces Requena le gritaba: «¡A mí no me mires, mira al cuaderno!». Dos o tres niños empezábamos a pisarnos entre nosotros, a reírnos... Y el hombre se enfadaba y nos pegaba con la varilla: «¡Si ustedes no aprendéis vais a ser *borricos vestíos!*».

234 Según Vicente Santiago, criado en La Peña, la partera Elena ya trabajaba por el campo cuando nació él, en 1943. Elena no pudo asistir a su madre porque a esas horas estaba atendiendo otro parto en la Pasada de Carretas.

Él daba la clase en su cocinilla, que era una chocita de piedra y techado de palma con unos poyetitos. Llegábamos a su casa, atábamos el borrico afuera y pasábamos: allí estaba él sentado en una banquita de corcho con su gorrita y un chaquetón negro. Tenía cerca de su casa un horno donde se cocía el pan cada pocos días, como era costumbre en el campo. En este mismo horno él tostaba *avellanas* y nos las daba como premio si repetíamos bien la lección.



Segundo patio de la antigua vivienda del maestro Requena en Las Higuerillas, hoy habitada por su nieto Vicentito, hijo de Rafael López Moya. Año 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.



Horno de piedra frente a la vivienda del maestro Requena, donde Requena tostaba las avellanas (cacahuètes) que servirían de aliciente a sus alumnos. Año 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

ALUMNO ALFONSO ALBA ESCRIBANO

Me llamo Alfonso Alba Escribano. Nací el 3 de julio de 1946 en Tarifa, porque mi madre vino a dar a luz en el pueblo, pero me he criado en el campo hasta que me fui al ejército. Vivíamos en la dehesa de Los Zorrillos, en el partido de Valdrés (muchos pronuncian «Vaderé»), que está antes de llegar a Poblana. Entre ambos partidos éramos unas treinta familias. El primer cortijo de la cañada de Ramos es el cortijo de Ramos, y antes de llegar a los molinos eólicos está la casa donde yo me he criado. Quedan ocho casas en pie, de las treinta que había cuando yo me crié. La pista militar que enlazaba el Santuario con el acueducto de La Ese nos servía de acceso, pero estaba en muy mal estado. Hace treinta años, cuando hicieron los molinos, se arregló y ya cambiaron las cosas.



Alfonso Alba Escribano.
Tarifa, 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

La casa y la tierra era de mis bisabuelos y estaba dentro del monte público. Vivíamos de esa pequeña parcela y de los animales, que los teníamos en nuestra tierra y en parte de esa dehesa. Mi padre tenía cuatro o cinco personas que araban en la sementara y hacían la escarda. Y en la siega venía el *manijero*, que era un hombre mayor, con una cuadrilla grande de *segaos* de Málaga y de Granada, y la iba repartiendo por los cortijos.

Estoy casado, con dos hijos y cuatro nietos. Llevo sesenta años dando producto, porque desde los seis años estaba encargado de unas cabritas que me las trababan, porque corrían más que yo. Con doce años hice mi primera sementera y a partir de ahí he trabajado en todas las tareas del campo. Cuando tenía veinte años me fui a la mili y después hice un curso de promoción profesional en el Ejército. En 1968 me fui a trabajar a Barcelona, y siete y pico años después empecé a trabajar en Tarifa.

Nosotros somos nueve hermanos, cinco varones y cuatro *hembras*. Yo soy el segundo. Los hermanos mayores tuvimos maestros ambulantes y las pequeñas estudiaron en colegios del pueblo. En el cortijo de Ramos estudiaban otros cinco niños al menos y los de El Relinque se juntaban a estudiar con los chicos de El Pozuelo. Las clases eran para chicas y chicos. Mi padre pagaba para que recibiera clases una muchachilla que ayudaba a mi madre. Y si había algún zagal trabajando con nosotros, también se sumaba a las clases. En suma, él pagaba por unos ocho alumnos que estudiaban en nuestra casa.

Pepe Escribano, el padre de Antonio Escribano, tenía una tienda en la Puerta de Jerez (Tarifa) y estaba suscrito a una revista taurina llamada *Rodeo*.

Una vez las leía, Pepe mandaba las revistas para el campo. Nosotros teníamos que leerlas a las personas mayores que vivían allí y que no sabían leer, así que estábamos al día de todo lo que tenía que ver con los toros y los toreros.

Entonces la persona que arrendaba al Ayuntamiento las dehesas municipales se encargaba de cobrar los animales, la montanera o lo que fuera²³⁵. Y a su vez el arrendador contrataba a un guarda para que llevara el recuento de los animales y la vigilancia. José Ojeda Aldaya, vecino mío, estaba de guarda de montes particular en la dehesa de Los Zorrillos y también daba clases a la gente de la zona.

Mi primer maestro lo tuve con unos seis años. No duró más que una semana. Era una persona mayor, se llamaba José y le decían la Liebre. Él estuvo enseñando por lo de Villoslada, el Puente de la Vega y El Pozuelo.

Luego venía un señor desde Algeciras llamado José Pérez Barranco, que le llamábamos Barranco. Lo tuve entre los siete y los nueve años (entre 1952 y 1954). Enseñaba muy bien. A veces venía con su mujer y el fin de semana se iban a Algeciras. Recuerdo que tuvieron una niña. Dejó de dar clases cuando se colocó de guarda en el parque municipal de Algeciras.

Él dormía una noche en mi casa y otra noche en El Puntal, que ya pertenece a la dehesa Ahumada. Dábamos clases por la tarde o noche, y al día siguiente por la mañana. Nos dejaba deberes y marchaba por Poblana hacia El Puntal. Dormía allí y al día siguiente regresaba. De modo que todos sus alumnos recibíamos clase a diario: nosotros estudiábamos un día de mañana y otro día de tarde, y en aquella casa que le pillase a mitad de recorrido estudiaban a mediodía.

Teníamos una enciclopedia para todos, el cuaderno de rayas, la pizarrita y la tiza. Él llevaba su carpetita y era muy organizado con las clases; más que otros maestros. La tarea había que hacerla. Todos los profesores que tuve eran rigurosos en ese aspecto. Primero teníamos una *lámpara de carburo*. Mi padre compró después un *petromán*, y por último una luz de butano. Cuando enseñaba por la noche nos juntábamos tres hermanos con algunos trabajadores de quince a veinte años que estaban por allí cerca. Si era por la mañana sólo estábamos los más jóvenes.

Mi padre estaba muy bien preparado y le gustaba mucho leer. Él había estudiado en Tarifa hasta los doce años. Hubo un tiempo en que no llegaba ningún maestro por allí y mi padre nos ponía leer, a hacer dictados o a hacer tarea.

235 La montanera es el régimen de cría del ganado porcino cuando se deja suelto por el monte y se alimenta de la bellota del quejigo y el alcornoque, así como de raíces.

Hacia 1956 aprendimos con Esteban Fernández el Melero. También enseñaba en el cortijo de Ramos y en los cortijos de El Pozuelo. Él tenía una huerta a la salida de Tarifa cuyos productos vendía en el mercado y por las calles del pueblo. A mi casa llegaba en un burrito; lo recuerdo muy bien. Era muy mayor y tenía un carácter fuerte y picón, de convivencia difícil. Nosotros, como estábamos educados para respetar al profesor y a la persona mayor, no teníamos problema con él.

Era un buen profesor, leía mucho y estaba muy preparado en matemáticas. Nos daba clase por la noche, se quedaba a dormir y nos daba también por la mañana, antes de salir para otro cortijo. Como teníamos que hacer la tarea por la noche después de la clase, y tras una tarde atendiendo los animalillos, a veces nos quedábamos dormidos encima de la mesa.

Y allá por 1957 llegó Pepote; José Antonio Adama Reyes. Yo tenía once años, y lo tuve unos tres años. Él iba de mi casa a El Pozuelo. Llegó a Tarifa con un circo llamado Arriola, donde trabajaba de *caricato*²³⁶. Recuerdo que nos mostraba una hoja del periódico donde aparecía su foto y un pie de foto que decía, «El gran Pepote». Dejó el circo y se quedó unos años por aquí. Empezó a trabajar por Zanona (en Los Barrios) haciendo carbón. De Zanona pasó a Puertollano, y ahí empezó a enseñar.

Medina ponía una parcela de *cojollos* en Poblana. En aquellas fechas se cogían los *cojollos* verdes de la palma para venderlos, se llevaban a una parcela, donde se contaban o pesaban, pagaban al que los recogía y se ponían a secar. Una empresa de Portugal venía a comprarlos. Pepote llegó de cocinero a esta parcela, se alojaba en casa de los Medina y les daba clase.

Era un tío muy divertido. Te contaba unas historias que no tenías más remedio que reírte. Lo decía en tono serio y transmitiendo mucha sabiduría. ¡Era un coco! Un hombre muy bien preparado y muy simpaticón. Igual hacía una ironía sobre una persona conocida que te representaba una chirigota. No sé qué carrera tendría pero algunos maestros lo buscaban para encararse y no conseguían superarlo. Porque eso se hacía antes... Todo el que se metía con él en cultura él *se lo volteaba*. Y dibujaba muy bien. Con lápiz y papel, en un momento te hacía una caricatura. Un día nos hizo un dibujo de un personaje de la zona tal como era, con su camisa de lunares y todo.

Su familia era sevillana, y como la mujer de un tío mío era de Sevilla, aprovechando un viaje fueron a visitar a la hermana y a la madre de Pepote. Ellas

236 El circo Arriola fue fundado en España por la familia Arriola en 1906. Hoy en día sigue activo y tiene su sede en Ourense.

les hablaron con lástima de Pepote, pero no les dieron explicación. Un día hacia 1960, de la noche a la mañana, Pepote dejó de aparecer por casa. Luego supimos que vivía en Barcelona, porque Pepote le dio su dirección a un taxista de Tarifa que coincidió con él y éste nos la pasó a nosotros.

En el año 1973 estaba yo trabajando en Barcelona y fui a verlo. Estaba de jefe de personal en la casa Mercedes Benz del barrio del Besós de Barcelona y vivía con una mujer. Nos pusimos de acuerdo tres alumnos que vivíamos en Barcelona, llamamos a su timbre y nos identificamos. Nos recibió maravillosamente; ¡hasta se le saltaron las lágrimas!

ALUMNA LUZ ALBA GÓMEZ

Me llamo Luz Alba Gómez y nací en 1938. Mi familia vivía en Poblana, en el Huerto del Cojo. Somos cuatro *hembras* y cuatro varones, y yo soy la quinta. Mis padres tenían sus cabritas, sus vaquitas y sus ovejas. Y de seguida los hijos guardábamos los animales. Mi padre sembraba poco. Una se ha criado de pobre pero no ha pasado hambre, como digo yo.

Siempre venía algún maestro por aquí. Me acuerdo de uno a quien le decían Barranco. Y escuche hablar de Salmerón. Analfabetos del todo por aquí había muy pocos; cada uno se defendía como podía. Antes entraban de albañiles y ellos solos aprendían trabajando. Hoy, tú sabes, para todo te piden estudios.

Como las clases valían dinero, si iba el maestro daba clases nada más que a los varones. Las *hembras*, como no teníamos que ir al servicio ni nada... De las hermanas solamente la mayor tuvo maestro. Aprendió algo con uno a quien le decían Señor. Quizás porque entonces mis padres no tenían la carga de hijos. La hermana más chica aprendió como yo, por su cuenta. Y la otra era muy mala para estudiar, pero sabe poner su nombre.

Yo aprendí a poner las letras y los nombres por lo que veía que mis hermanos hacían. Mis hermanos estudiaban de noche, porque de día trabajaban. Cuando el maestro llegaba a la casa y daba clases a mis hermanos, yo le miraba desde lejos. Porque darme a mí una clase no me la dio nunca. Yo no me podía sentar con mis hermanos, porque eran sus clases y el maestro no quería más niños. Aprendía después mirando las cartillas, *El Manuscrito* y otros libros de mis hermanos.

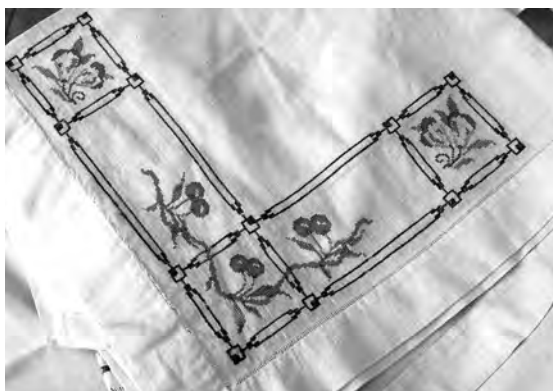
Mi hermano Juan en cuanto pudo se fue a trabajar fuera de casa, a Andrés le pasó igual y el otro se fue de novillero a guardar vacas. Así podían ganar un poquito para ellos. Nos quedamos las chicas y nosotras guardábamos el ganado.

Cuando yo estaba con los animales, en todos los *tajos* que veía, con una lasquita de piedra yo ponía mi nombre, ponía otro nombre... ¡Hasta las cuentas las hacía en las piedras! Y cuando mi novio se fue al servicio yo me dije, «¿yo voy a estar buscando a alguien...? ¡Mis cartas las escribo yo!». Así aprendí yo a escribir, malamente o como fuera.

Sumar, restar, multiplicar y dividir también aprendí un poco mirando a mis hermanos. Si ellos tenían una cuenta anotada en el cuaderno, cuando el maestro no estaba yo la miraba, la copiaba y la resolvía a mi modo.

Esa era la vida de una. *Un poner*, ¿una quería aprender a coser? Tenías que aprender por tu propia voluntad, porque no tenías quien te dijera, «esto se hace así». En el campo no había tele hasta *lo último*. ¿En qué pasabas tu tiempo de noche? En hacer punto marca, o encaje... Y de día si estaba una guardando *bi-chos* en el campo allí te llevabas el punto. A veces se acuerda una de las cosas que hacía antes más que de lo que ha hecho hoy. Un pañito que tengo ahí de punto de cruz, todavía recuerdo dónde lo hice: ¡En lo alto de un cerro, que estaba yo cuidando vacas!

Se casaron mis hermanas y yo me casé la última, en 1951. Arreglamos una casita allí cerca y nos trasladamos. Tuvimos cuatro hijos. Mi marido herraba las bestias, pero con el tiempo se puso malo para ese trabajo y se fue a la construcción. Los críos eran chicos y queríamos llevarlos a la escuela... Cuando mi hijo Antonio tenía ocho años nos vinimos a Tarifa. Todos estudiaron en el colegio.



Paño de punto de cruz. Bordado por Luz Alba Gómez mientras cuidaba vacas en Poblana (Tarifa).
FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ

ALUMNA CANDELARIA IBÁÑEZ ATANASIO

Me llamo Candelaria Ibáñez Atanasio. Nací el dos de febrero, día de la Candelaria, en 1930, y me crié en Longanilla, cerca de La Ahumada. Mi madre era Andrea Atanasio Cote. Vinieron desde Cádiz unos franceses a caballo, porque antes no había ni pistas ni coches, y uno que se llamaba Atanasio se enamoró de una chica que se vestía de hombre para subir a la sierra a matar lobos. De ahí dicen que viene el apellido de mi madre. Ella tuvo doce hijos y dos veces fueron mellizos; todos andábamos casi en cueros, ¡y venga hijos! Yo tuve cinco nada



Candalaria Ibáñez Atanasio. Monte Ahumada (Tarifa), 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

más. Mi madre lo pasó cuidando a los hijos y lavando la ropa a medio kilómetro de aquí, y cuidando los animales. ¡Que la mitad de los días ni comería!

Si a una mujer se le antojaba algo y no se lo daban, abortaba. Quedó mi madre embarazada de dos niñas. Estaba un día en casa de mi tía Amalia, que tenía dos muñecas, y mi madre le dijo, «¡ay, qué muñecas más bonitas! ¿dónde las has comprado?». Las miraba y las cogía, y mi tía no decía nada. Aquella misma noche mi madre abortó las dos niñas. ¿Cómo mi tía no le dio las muñecas?

Mi padre, Cristóbal Ibáñez Ruiz, trabajaba entonces en el carbón. En el verano se iba con mi futuro marido a *las corchas* durante tres meses, y en ese tiempo se quedaba mi madre sola con los hijos.

Éramos seis hermanos vivos: Luis, Luisa, Rosa, Luz, yo y Cristóbal, el más chico. Cristóbal tenía cuatro años cuando murió mi madre y yo tenía nueve. Murió de tuberculosis. Teníamos cuatro tías y sólo mi tía Teresa venía a ver si teníamos ropa o comida. Mi padre nos crió como podía. Se iba a Algeciras a llevar los quesos, porque teníamos cabras, y *en cuanto* que se iba nos salíamos por ahí a jugar. Éramos muy chicos y estábamos todo el día afuera, que a veces no volvíamos ni a comer.

Mi padre sabía muchas cosas. El cielo cuando la guerra estaba por un lado *colorao* y decía mi padre, «el cielo *barrunta* todas las cosas; ¡algo malo va a pasar!». Cuando empezó la guerra vivíamos en La Palanca. Una tía mía que vivía en Tarifa se vino aquí para que no la fueran a matar y no le pasó *ná*. Antes *la gente de la sierra* venían registrando las casas buscando armas, y se las tenían que dar, porque si no los mataban. Dicen que un hombre cogió el palo de una *pita*, le sacó toda la carne, escondió la escopeta adentro y metió la *pita* entre la viga y el techado de la casa²³⁷. Llegaron a su casa y el hombre les dijo que no tenía escopeta. Pero su hijo pequeño, que no sabía lo que le podía pasar a su padre, saltó, «¡sí tiene, la tiene allí!».

¡Y cómo vivíamos que no teníamos siquiera reloj! Decía mi padre, «si el gallo canta una vez es de noche, si canta dos veces aún no es de día y si canta tres veces, las claritas del día». Por las tardes, en un día nublado, ¿quién

237 La pita o ágave tiene un escapeo floral único de más de diez centímetros de diámetro, que alcanza los ocho metros de altura. Este escapeo es el palo al que se refiere Candelaria.

avisaba de que ya era de noche? La gallina, que hacía en la puerta, «tric, tric». Y decía mi padre, «ya es de noche, que ha venido la gallina». O venía el mirlo a comer y decía él, «ya la mirla va por el aceite». Había una losa en el patio que era más oscura que las otras. Como el sol anda, nosotros mirábamos la losa y decíamos, «ya está el sol en la losilla negra», y ya sabíamos que era la hora de comer.

Marcharon mis hermanos a vivir a otro lado y nos quedamos yo y mi padre solos. ¡Yo lo pasé de mal...! Nos poníamos de noche en la puerta. Enfrente había una sierra y desde allí sonaba el *bujo*, un pájaro que tiene la cabeza igualita que un gato y da mucho miedo. Decía mi padre, «búho cantante, agua o levante». Y era verdad, o había una *levantera* o llovía.

Mi primer maestro se llamaba Francisco Salmerón. Venía a casa un día sí y otro no. Yo ya era algo mayor cuando mi padre nos lo puso. Él era de Granada y cuando llegaba a casa decía muy ligero, «buenos días; sentarse ustedes». Y nosotros, como no habíamos visto a nadie que hablara diferente, pensábamos, «¡qué bien dice el maestro los buenos días!».

Los libros los compraba mi padre. Recuerdo un libro llamado *La buena Juanita*. Nos ponía cuentas en la pizarra, al otro día no venía y al siguiente nos repasaba la tarea. Y nos ponía en la parte de arriba de un cuaderno, «aprenderé a ayudar a mi padre», o «vale más el saber que toda la riqueza», para que nosotros lo escribiéramos repetido en toda la página.

Mi padre le decía al maestro que al que fuera torpe lo zumbara. La gente de antes, yo lo pienso, eran ceporros. Él tenía que haberle dicho que fuera fuerte con nosotros; no que nos pegara. Y el maestro tampoco tenía conocimiento, porque tenía que haber dicho, «yo no les pego»; ahora lo ve una. No se me olvidará que un día me dijo, «ocho y tres, ¿cuántas son?», yo me quedé callada y él me metió un golpe: «¡Once!». Me dolió todo el día. Si hubiera estado mi madre con nosotros él no me habría pegado.

Mi hermana Luisa era la mayor y era muy lista. A ella no la pegaba, porque era una muchacha y él era un muchacho; digo yo. Ese hombre se fue después de unos años para Puertollano, y allí se casó. Entonces vino otro maestro: Andrés. El maestro Andrés era una bella persona. En vez de dar una voz, cuando llegaba a la puerta hacía con una varilla, «tan, tan».

Mi hermano Cristóbal era el más chico y era el que jugaba más. Mi padre quería que aprendiera, y cuando se enteraba de que no iba a las clases le pegaba. Cuando llegaba el maestro Andrés, si Cristóbal no estaba yo le decía, «no le diga usted a mi padre que Cristóbal no estaba». El hombre decía, «pero tiene que venir, porque tu padre está pagando para que estudie». Y

era verdad. Al final Cristóbal aprendió. Yo me acuerdo que cuando se fue a la mili nos escribía cartas.

Mi hijo el más pequeño lo tuve con cuarenta y tres años. A mis cinco hijos los han llevado a la Escuela Hogar y los han traído de Tarifa cada semana, que me ha costado el viaje veinte duros al mes por cada uno. El coche llegaba hasta el camino y yo estaba allí apostada con ellos a la hora en que venía.

ALUMNO JUAN ATANASIO MOYA



Juan Atanasio Moya. La Ahumada (Tarifa), 2012. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Me llamo Juan Atanasio Moya, por apodo Juanito el Gaditano. Yo nací en La Ahumada en 1938. Mi madre, Josefa Moya Lozano, era de El Chivato y mi padre, Luis Atanasio Cote, de La Ahumada. Éramos diez hermanos; yo soy el noveno y me llevaba veinte años con mi hermano el mayor. Toda la vida hemos trabajado en el campo. Ellos tenían cuatro faneguitas de tierra, unas ovejitas, sus vaquitas y sus cabritas. Cultivaban trigo y en la huerta tenían batata, patata y las cosas de verano: tomates, pimientos...

Mi madre sabía lo justo para firmar y poco más. Pero mi padre sí sabía: hacía sus cuentas con los animales y todo lo necesario. Mi padre decía que en su tiempo también había maestros de campo; porque él siempre vivió en el campo. Otros aprendían con alguien de su familia que sabía. Enseñaba el padre a los hijos o el tío al sobrino. Mis padres y mis tíos hablaban mucho del maestro Diego Canastos. Ellos lo conocieron bien. Y un tío mío fue uno de los detenidos acusados de encubrir a Diego cuando vivía escondido.

Hubo uno al que llamaban la Valenciana, que es el nombre de una empresa de autobuses; lo llamaban así porque era muy grande y muy gordo. Este hombre iba y venía, no se alojaba allí. Daba clases a chicos mayores que yo. Andrés Señor llegó después y estuvo dándome clases.

Vino por aquí un maestro llamado Miguel Sánchez, que creo que era de Palencia. Tenía yo entre ocho y diez años. Estuvo un tiempo con nosotros dando clases, porque no teníamos maestro, y luego desapareció. Mucho no sabía aquel hombre. Se alojaba en una casa de Pedro Serrano, que tenía un ventorrillo en La Ahumada, y Pedro no le cobraba nada.

Allí en su casa Pedro Serrano tenía mesas y sillas, y nosotros y otros niños íbamos de noche para la clase. Nuestros padres le pagaban algo. Era una casita de las de antes, con techado de palma o de *castañuela*; porque entonces no eran

de tejas. Con cuerda de *tonisa* se daban los puntos a la palma, uno por abajo y otro por arriba. Aquello no se mojaba, y era muy fresco en el verano, y en el invierno era muy calentito. Pero era como una cuadra, ¡y los suelos de losa aquellos ! Porque no había dinero para nada.

Después vino un tal Juan, que había sido teniente de aviación en *el otro lado* y al acabar la guerra lo echaron de su puesto. Yo creo que si hubieran ganado los otros él habría sido un personaje. Vino con su familia: la mujer se llamaba Pilar y los hijos, que eran pequeños, Pilar y Joaquín. Se alojaron en casa de un vecino.

Juan y Pilar usaban pequeñas argucias para evitar gastos, dado que la gente no podía pagar mucho por las clases. Manoli Delgado (La Ahumada, 1970) recuerda que Pilar solía acompañar a su marido a las clases: «Allí donde enseñaba el marido iba la mujer, y si comía él comía ella. Ella no daba clases, pero cuando él daba clases a mis hermanos, los dos venían y los dos comían».

Juan también daba clases por las noches. En el campo no había linternas. La gente confeccionaba antorchas o *bachos* de palma, que se hacían como las escobillas y con muchas palmas para que durase prendido. Había un sitio donde decían que aparecía un fantasma. Una noche muy oscura el maestro salió de la clase y se encaminó hacia su casa. Y como a un kilómetro le salieron dos o tres chicos moviendo los *bachos* encendidos y tiraron dos o tres piedras a un charcón. ¡El pobre hombre se asustó tanto pensando que era el fantasma, que después tuvieron que acompañarlo a su casa!

Él tenía una máquina de hacer fideos. La masa la hacían las mujeres y él la pasaba por la máquina con uno de los embudos del tamaño que tú quisieras. Le daba a una manivela y la masa salía en forma de fideos del grosor elegido. Esos fideos los secábamos al sol en una bandeja o en una tabla de madera. La gente le pagaba por hacer los fideos; era muy baratillo pero con eso se ayudaba. Por eso a Juan lo llamaban el Tío de los Fideos. Yo recuerdo que mis padres le avisaban cuando tenían la masa preparada y él pasaba por la casa con la máquina.

Esta familia estuvo unos pocos años y luego se marcharon. Salmerón es el último maestro que tuve. Lo que he aprendido lo aprendí con él. Era joven y era muy buen maestro. Porque los demás cada cual tenía su forma y lo que enseñaba uno venía otro y lo despistaba por otro lado. Diego el de los Canastos trajo aquí a ese hombre, que también era *del otro lado*. Eran muy amigos.

Los padres nuestros nos compraban el material, las pizarras, las cartillas, *El Catón* y *El Manuscrito*. La pizarra llevaba un trapito amarrado con una cuerda de palma. Yo sé leer y escribir y aprendí de cuentas, y me he defendido con

las cosas del ganado con mis apaños y a mi manera. Sabiendo las cuatro reglas decían que ya estabas preparado.

Los hermanos más chicos aprendieron más que los mayores. Las *hembras* estudiaban en casa por las mañanas para no tener que salir de noche. Y los varones después de estar con los animales íbamos a la casa donde enseñase. Yo siempre era el pastor de las ovejas y otro hermano era el encargado de las cabras; cada uno tenía su misión. El maestro nos daba tarea y yo la hacía a la hora de comer o mientras cuidaba las ovejas. En una *capacha de empleita* llevaba los libros en una bolsita de tela, y el *costo*.

Éramos muchos vecinos: familias había unas treinta y cada una tenía varios niños. La mayoría de los padres se preocupaban mucho porque sus hijos aprendieran, pero algunos no se preocupaban. Mis hijos mellizos, niño y niña, nacieron en 1969. José Pecino Ríos les dio clases hasta los nueve años. Aquí nunca hubo una escuela rural. Se habló de hacer una escuela y el Ayuntamiento eligió el sitio, pero nunca llegó a hacerse²³⁸.

MAESTRO DIEGO LOZANO MELÉNDEZ

Diego Lozano Meléndez era hijo de Francisco y de Sebastiana. Había nacido en Tarifa el 11 de octubre de 1879. Su madre tenía por apodo la Canasta, por lo que Diego era conocido como el hijo de la Canasta, Diego Canastos y Diego el de los Canastos. Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) recuerda a Diego Lozano como un hombre «bajito, rubio, con los ojillos azules». Entre los años veinte y cuarenta, Lozano trabajó por los campos de Tarifa como maestro ambulante. Era su dedicación principal, y quedó recogida en su expediente militar como «maestro escuela sin título» y como «maestro ambulante sin título».

Muchas mujeres y hombres entrevistados han oído hablar de Diego Canastos. Casi todos reseñan dos cuestiones: que era homosexual y que durante la guerra de 1936-1939, como era de izquierdas, estuvo escondido por miedo a represalias. Al ser dos realidades criminalizadas y estigmatizadas durante el franquismo no es extraño que hayan circulado diversas interpretaciones sobre su vida.

En los libros de embarque que se conservan en el *Museu da Imigração do Estado de São Paulo* (Brasil) quedaron registrados sus datos: el 9 de noviembre de 1911 Lozano Meléndez embarcó en Gibraltar en el vapor Cavour que procedía de Génova (Italia) y que tras hacer escala en Dakar tenía destino en Ribeirão Preto.

²³⁸ Recordemos que el Ayuntamiento trasladó la nueva escuela rural de La Ahumada aprobada por el Ministerio al núcleo de Tarifa. Se situó en la zona de Albacerrado, por lo que en los documentos municipales lleva el nombre de «escuela rural Ahumada de Albacerrado».

Allí llegó junto con decenas de familias españolas dos semanas después. Su experiencia migratoria fue breve: sabemos que se casó en Tarifa hacia 1914, cuando tenía treinta y cinco años, con su prima hermana María Meléndez Serrano. En poco tiempo dejaron de convivir, pero a María le quedó el nombre de María la Canasta. «Ella se juntó después con Pepe Gil, de los molinos de Puertollano. No tuvieron hijos», afirma Manolo Lara (Los Majales, 1936).

Lozano se afilió a la Unión General de Trabajadores de Facinas en 1911 y fue presidente de ese sindicato entre agosto y noviembre de 1933. En los años veinte ya trabajaba enseñando: la madre de Alfonso Alba Escribano (dehesa de Los Zorrillos, Valdrés, 1946) nació en 1916 en el cortijo de Ramos; tanto ella como sus hermanos y unas primas suyas sabían leer y escribir correctamente porque habían tenido como maestro a Diego Lozano.

Antonio Escribano Pacheco nació en 1927 en ese cortijo:

Diego dedicaba su vida a ir por el campo y a visitar a la gente de los cortijos. Yo lo conocí en 1933 accidentalmente. Antigüamente, en cada distrito del campo y con motivo de celebraciones religiosas se organizaban fiestas y se ponía una especie de bar. Y si algún propietario tenía vacas se ponía de acuerdo con el que organizaba la fiesta y montaba un herradero. Mi tío y mi abuelo me habían llevado a caballo a las fiestas en el herradero de Piedra Cana. Diego Canastos hizo algo comprometido y eso se entendió con un matiz político, porque en ese tiempo el ambiente estaba revuelto. Lo nombraron mucho aquellos días. Yo tenía siete años y recuerdo bien lo que me explicaban los mayores.

Las visitas a los cortijos por Diego Lozano tendrían un objetivo de concienciación política, además de alfabetizadora. Del relato de Antonio Escribano entendemos que este maestro se posicionaba abiertamente y que su actuación generaba polémica.

Para el verano de 1936 Diego Lozano tenía cincuenta y ocho años, llevaba unos dos años alquilando una habitación en el caserío de Juan Román y enseñaba a los niños y niñas y a los jóvenes de la zona. Tras la ocupación de Tarifa por las tropas golpistas, en agosto una patrulla de falangistas llegó al caserío de Román buscándolo. Diego Lozano

tuvo tiempo de huir. En vez de seguir en dirección a Jimena y Málaga, como hicieran muchos compañeros suyos, se escondió monte arriba. ¿No se vio con



Firma de Diego Lozano Meléndez. Causa 451/1939, consejo 86, del ARCHIVO DEL TRIBUNAL MILITAR TERRITORIAL SEGUNDO DE SEVILLA.

fuerzas para emprender un recorrido incierto a su edad? ¿Quiso evitar un destino que le habría impuesto tomar las armas?

Diego Lozano sobrevivió escondido dos años y medio de guerra. Habitando precarios abrigos rocosos, cambiando de escondite de cuando en cuando, y siempre con la ayuda de las familias campesinas que vivían en chozas por esos montes. El padre de Eduardo del Río Delgado (Tarifa, 1944) explicó a su hijo que este maestro vivió un tiempo oculto en la Sierra del Palomo, en una *hueca* del Tajo de la Ventana. Y Juan José Señor López (Las Higuerillas, 1950) sabe que estuvo en un abrigo del Tajo de Joraz, en la Sierra del Paredón. Su madre le contó este incidente:

Un día, cuando mi madre tenía trece o catorce años, estaba jugando junto con su hermano Rafael en el monte y recibieron una lluvia de piedrecitas. Era Diego Lozano, que trataba de alejarlos del lugar donde estaba escondido. Los niños volvieron a casa muy asustados porque en el Tajo de Joraz un espíritu les había tirado piedras. Mi abuelo materno sabía que el maestro estaba allí y también contribuyó a darle alimento.

Candelaria Ibáñez conoció a Diego Lozano siendo niña:

Diego estuvo escondido en una *laja* que hay en La Palanca. Era un boquete con un escalón grande, que si llovía no se mojaba. Y en Longanilla estuvo en La *Laja Joradada*. Él no había hecho daño a *naide*; ¿para qué lo querían coger? De noche bajaba a darles lección a los niños. Iba donde una tía mía que tenía dos hijos y donde mucha otra gente. Y como enseñaba a los chiquillos le daban de comer y le daban pan para el día siguiente. ¡Pasaría el hombre miedo y frío!

Los familiares de Juan Atanasio Moya (La Ahumada, 1938) le hablaron mucho de Diego Lozano:

Él se escondía en un sitio que algunos le decían La Cueva de Diego y otros la llamaban La Cueva del Tío. Era una piedra en visera y allí delante hizo él un muro para resguardarse del frío y de la lluvia. Allí dormía él sobre unos helechos. El nombre del sitio se lo pusieron cuando vino Diego, porque antes no tenía nombre.

Dicen que enseñaba bien y que sabía mucho. Así se ganaba sus perritas. Algunos vecinos le daban la comida o alguna cosa, y si alguien iba a Tarifa le encargaba algo que necesitaba. Todos los vecinos sabían que estaba allí y le ayudaban; ¡el hombre necesitaba sobrevivir!

La gente de la sierra estuvieron escondidos por la Sierra de Ojén y otras sierras de Los Barrios. Secuestraban a mucha gente, pedían una cantidad y si no la recogían los mataban. Pero él estuvo nada más que escondido y dando clases a los chiquillos. La Guardia Civil lo buscaba pero no había dado con él. Aquí era difícil entrar, pues no había carreteras. En 1968, cuando me casé, hicieron la pista para entrar a La Ahumada.



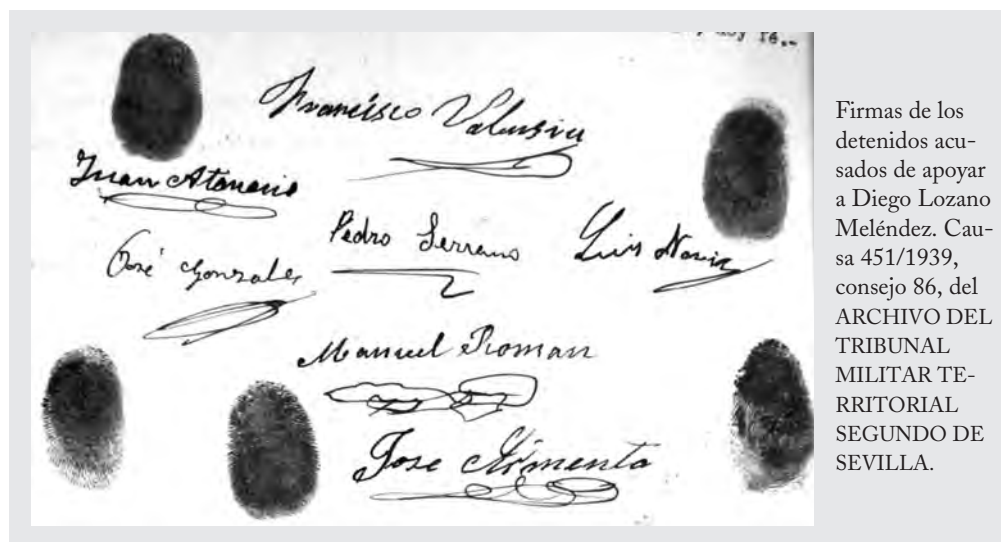
Lugar conocido como Cueva del Tío o Cueva de Diego, en el monte Ahumada (Tarifa), donde Diego Lozano pasó tiempo escondido. Año 2012. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE MANOLI DELGADO.



Lugar conocido como Hoyo Quintero, en el monte Ahumada (Tarifa), donde Diego Lozano pasó tiempo escondido. Año 2012. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE MANOLI DELGADO.

Candelaria Ibáñez se indigna al recordar su detención: «¡Lo chivatearon!». En el Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla se encuentra la causa 451 de 1939, consejo 86, del procedimiento contra Diego Lozano Meléndez. La noche del 2 de enero de 1939, cuando Lozano Meléndez tenía sesenta años, un vecino del monte Ahumada indicó a la Guardia Civil que estaba en un abrigo en Hoyo Quintero. Allí lo detuvieron. Bajo aquella roca había dos colchones, algo de ropa, unas alpargatas, enseres de cocina y paquetes de tabaco.

Detuvieron y acusaron de encubridores a nueve campesinos del monte Ahumada. Cuatro detenidos habían estado afiliados al Sindicato de Trabajadores del Campo de Tarifa, del Partido Socialista, antes de la guerra: Antonio Gómez Fuentes, Juan Atanasio Cote (tío de Juan Atanasio Moya), Francisco Valencia Lozano y Pedro Serrano Román. Los demás detenidos eran Cristóbal Cote Castro, Luis Noria Ruiz, José González, Manuel Román Romero, Miguel Gómez Quiñones, Salvador Martín Ruiz y Alfonso Lozano Meléndez, hermano de Diego Lozano que en ese momento tenía setenta y ocho años y vivía en una choza en Las Higuerillas.



Las declaraciones que los detenidos hubieron de firmar, unos con rúbrica y otros con su huella digital, dan idea de las penosas condiciones de vida en la dehesa Ahumada, así como de la extrema situación en la que Diego Lozano Meléndez sobrevivió. Todos lo conocían como maestro ambulante y dijeron saber que era «de ideas izquierdistas», que había sido presidente de una «sociedad» en

Facinas y que hacía «propaganda extremista» entre los trabajadores. La mayoría justificó no haber denunciado por temor a represalias de Lozano contra sus familiares; uno de ellos dijo que se compadeció porque vio que estaba enfermo, y otro afirmó que no sabía que aquel hombre era buscado.

En este proceso sólo se detuvo a hombres, ya que la moral del momento consideraba que ellos representaban al grupo familiar y tomaban las decisiones. Es evidente que muchas mujeres habrían ayudado a la supervivencia del maestro y sindicalista perseguido, porque ellas pasaban más tiempo cerca de la choza y al cuidado de personas dependientes, y administraban la comida.

Algunos afirmaron que sabían que se refugiaba en una cueva cercana y que efectivamente le dieron pan, ya que él les había pedido de comer. Un declarante dijo que no le dio pan porque no tenía para darle. Algunos detenidos derivaron a sus esposas la responsabilidad del apoyo a Diego Canastos. Era una forma de exculparse, sabiendo que ellas, consideradas incapaces desde el punto de vista judicial, no serían juzgadas por los hechos.

José Armenta Serrano, *recovero* de oficio, fue detenido poco después. Tenía sesenta años, era de Algatocín (Málaga) y vivía en Algeciras. Armenta explicó que Lozano le había salido al camino en un cruce vestido como cualquier ganadero, por lo que no sospechó que fuera buscado; y que le encargó unas alpargatas y una cazadora de paño. Diego Lozano aseguró que siempre estuvo solo, que no vio a nadie como él en la sierra y que no había usado ningún arma.

El 31 de enero de 1939 se celebró el consejo de guerra: Diego Lozano fue condenado a prisión perpetua por «adhesión a la rebelión». Los demás procesados fueron absueltos y salieron de la prisión de Escopeteros (Algeciras). En enero de 1940, un año después de haber sido detenido en aquel abrigo rocoso, Lozano fue trasladado desde la prisión de Algeciras a la de El Puerto de Santa María.

de la Auditoría de Guerra de Sevilla por el delito de *Adhesión*
a la *Rebelión* contra *Diego Lo-*
sano Meléndez de *60* años de edad,
de estado *casado* natural de *Tarifa*
y vecino de *Tarifa* hijo de *Francisco*
y de *Sebastiana* de profesión *maestro escuela sin ti-*
tulo se encuentra la siguiente:

Testimonio de condena de Diego Lozano Meléndez. En la parte inferior derecha puede leerse su profesión, «maestro escuela sin título». Causa 451/1939, consejo 86, del ARCHIVO DEL TRIBUNAL MILITAR TERRITORIAL SEGUNDO DE SEVILLA.

Diego Lozano había militado en el sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y había recorrido los cortijos difundiendo sus ideas; se había escondido al empezar la guerra y había sorteado la vigilancia de la Guardia Civil durante dos años y medio. Con esos antecedentes su condena y la absolución de los vecinos que le apoyaron parece benévola. Juan Atanasio Moya sugiere: «Alguien había en Tarifa que pudo mover las cosas y al final los sacaron». Curro Gil Serrano da protagonismo a los beneficiados por su enseñanza: «Los padres reunieron a los niños para que dijeran que él daba clases de religión y que no era comunista. Así lo salvaron de algo peor».

El hacinamiento, la falta de salubridad y alimentación, los malos tratos y en general el abandono en las prisiones franquistas derivó en varias epidemias y en una gran mortalidad en la primera posguerra. Ante la insostenible situación diversas normativas revisaron y rebajaron llamativamente las penas impuestas. En el caso de Diego Lozano, el 10 de octubre de 1940 la Comisión de Exámen de Penas le conmutó la reclusión perpetua por seis años de prisión. Seguidamente la Auditoría de Guerra de Sevilla le concedió la prisión atenuada, de forma que fue puesto en libertad el 13 de octubre de 1940²³⁹.

Cuando Diego Lozano salió de la prisión tenía sesenta y dos años. Volvió a vivir y a trabajar enseñando en la zona de Puertollano. Allí vivían familiares suyos, entre ellos María la Canasta, prima con quien estuvo casado. Es probable que Diego y María mantuvieran una relación cordial. Ella conservó en su casa los libros de Diego Lozano, pues valoraba la posibilidad de saber y cultura que encerraban. «Eran libros gordos de historia, cuentos y novelas. Porque por las noches, en una casa se reunía la gente y uno que sabía algo cogía un libro e iba leyéndolo para todos», apunta Manolo Lara.

En ese mismo lugar enseñaban varios maestros ambulantes más jóvenes y que también eran conocidos por sus ideas de izquierdas: Francisco Salmerón, Sebastián Romero, Andrés Señor y el anciano Requena, que gustaba debatir sobre política con quien aceptase. De seguro coincidieron en recorridos o en alguna casa, pues en los días de lluvia y frío cualquiera era bienvenido para calentarse en la lumbre o tomar un café. En estas ocasiones, ¿cuál sería su conversación? ¿Pondrían en común sus experiencias de represión y supervivencia?

239 Archivo Histórico Provincial de Cádiz, Cárcel de El Puerto de Santa María, caja 29274, exp 11. Tomado de Sigler Silvera, Fernando (2022). *Investigación y digitalización de los expedientes de los gaditanos prisioneros en la Prisión Central de El Puerto de Santa María (Cádiz) y otras cárceles del país en la posguerra. Memoria final*.

Quisco Trujillo Aguilera (Pedro Valiente, 1935) ha colaborado en radios locales y trabajado de recadero para comerciantes locales. Él conoció a Diego Canastos enseñando en viviendas cercanas a la suya, pero no aprendió a leer y escribir con él «...porque cuando llegaba a la casa, mis hermanos y yo nos escondimos en el huerto. ¡Cosas de chiquillos!». Aprendió después por su cuenta: un soldado de un control cercano le trajo una cartilla para aprender a escribir. Rafael Meléndez Medina (Puertollano, 1934) tampoco pudo aprovechar sus clases:

Yo lo tuve de maestro cuando era pequeñillo. Todos los hermanos dábamos clase con él. A mi casa venía por la noche. Un crío de nueve o diez años que madrugaba y estaba todo el día guardando animales de noche caía rendido. Me entraba sueño y él me daba un cocotazo. ¡Eso es lo que más recuerdo! Cuando el maestro venía mi padre le sacaba la manteca y el *pan macho*. Había días en que no llegaba porque llovía mucho y los críos nos poníamos contentos: «¡Hoy no vendrá el maestro!».

Diego Lozano Meléndez falleció en la mañana del 13 de febrero de 1951 en el Hospital de la Caridad de Tarifa. Tenía setenta y dos años. ¿Hasta cuándo daría clases por el campo de forma itinerante? ¿En qué condiciones físicas y mentales sobrevivió sus últimos años? Cabe imaginarlo como un anciano curtido y probablemente enfermo, afectado por la dura vida en el campo, por haber sobrevivido dos años y medio sin un techado firme que lo protegiera del viento y la lluvia... y por los prejuicios sociales y la represión ideológica de su tiempo.

MAESTRO JOSÉ PECINO RÍOS

El maestro José Pecino Ríos, conocido como José Ríos y como Joselito el de las Gafas, nació el 1 de octubre de 1910 en Los Barrios (Cádiz). Su madre, María Ríos García, había nacido en 1876 en Los Barrios; y su padre, Diego Pecino Gómez, en 1872²⁴⁰. José Pecino no fue destinado al ejército durante la guerra de 1936-1939, posiblemente porque su padre había muerto cuando él tenía diez años y él figuraría como sustentador de la familia.

Miguel Villatoro Maestre (Espejo, Córdoba, 1924) lo conoció enseñando cuando trabajaba como guarda en la finca Las Hermanillas de Los Barrios:

Joselito, maestro campero, enseñó a mis hijos Carlos y Fernando a partir de 1960. Tendrían ellos cinco y siete años. Entonces se alojaba en mi casa, en la finca. Él era carpintero, aunque no hacía trabajos muy finos; en mi casa me hizo unas

240 Web *Family Search*.

puertas. De corchero no sabía trabajar pero como tenía una caligrafía muy buena yo lo colocaba como listero. Siempre llevaba gafas, porque era muy cegatón. Y bastante borrachín. También trabajaba con otras familias. Él me hablaba con mucha emoción de una familia de Zanona (Los Barrios) que le tenía mucho aprecio, que le regaló una chivita. Siempre recordaba aquella chivita, cómo la criaron y cómo la vendió.

Inmaculada Villatoro, hija de Miguel Villatoro, nació en 1962. Ella recuerda anécdotas de su niñez relacionadas con José Pecino:

Cuando yo tenía entre dos y cinco años, a veces mi madre me llevaba con ella a lavar junto a la fuente, con una *panera* y una tabla de lavar. Para que no la molestase, mi madre le decía al maestro, «Joselito, la niña se queda contigo». Joselito se quedaba dormido con facilidad. Un día aprovechando que dormía me fui a jugar a la fuente y, como era muy chiquitilla al inclinarme para llenar el cubo me caí adentro. Otra vez aprovechando su siesta le cogí el paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta y me fui bajo un lentisco que había junto al gallinero, a jugar a que fumaba: encendía un cigarro, soplabla, se apagaba... Las gallinas empezaron a removerse, se armó un escándalo tremendo, ¡y esa vez recibí una buena paliza de mi madre!

Leonor Atanasio Moya, hermana mayor de Juan Atanasio Moya, se crió en La Ahumada y vivió en la finca de Las Corzas (Los Barrios). Allí José Pecino daba lección a sus hijos. Llegó un tiempo en que los pocos niños que había en los montes de Los Barrios acudían al internado del pueblo. Entonces Leonor le aconsejó que se fuera a la dehesa Ahumada, donde no le faltaría trabajo como maestro. Hacia 1970 Pecino se trasladó. Los hijos mellizos de Juan Atanasio, nacidos en 1969, aprendieron con él hasta el año 1978, cuando se matricularon en la Residencia Escolar de Tarifa.

Manoli Delgado Ortiz nació en 1970 en La Ahumada y sigue viviendo ahí. Sus abuelos maternos eran de la zona y se dedicaban a las tareas del campo y a la siega, el carbón o *la corcha*. Como otras personas que llegaban de temporeros, se hicieron una choza y acabaron instalándose allí. Su padre trabajaba como capataz y vigilante, y su madre con los animales y el huerto. Tuvieron tres hijos entre 1966 y 1975, que estudiaron con maestro de campo y con sus propios familiares. Durante su infancia Manoli fue alumna de José Pecino:

Mi hermana mayor recibió sus primeras lecciones de mi madre, junto con la hija de la vecina, que era un año menor que ella y venía a casa. Cuando tenía seis años

(hacia el año 1971) empezó a venir a casa José Pecino. Mi hermana recuerda que le enseñaba muy bien. Al principio Pecino no quería darme clases porque decía que yo era muy chica. Me sumé hacia 1974.

Yo soy zurda para todo, y él quería amarrarme detrás la mano izquierda. Tuve que aprender a escribir con la derecha. Cuando se quedaba a comer en casa pasaba la misma historia con la mano. Mis padres lo tomaban como algo natural.

Todos los niños teníamos nuestra pizarra, nuestro *pizarrín* y un trapito para limpiar la pizarra, que lo mojábamos un poquito en el chorro o en la garganta. Yo tenía una pizarra chiquitita de veinte por diez centímetros que estaba rota por una esquina. Había sido de mi hermana, a quien le habían comprado una más grande. Teníamos lápiz también, pero usábamos más la pizarra. Había que tener mucho cuidado para que no se borrarán las cuentas y poder presentarlas al día siguiente resueltas.

José María Sierra Moreno, hijo de José y de Luz, nació en 1965 en el sitio de La Palanca (dehesa Longanilla). Su familia tenía ganado y sembraba una huerta grande. Hacia 1973 José Pecino estuvo viviendo con su familia, y enseñó a los dos hijos y a la hija. Cuando José Sierra tenía trece años Pecino dejó de dar clases. En 2012 se apuntó al curso de acceso a la Universidad para mayores de cuarenta y cinco años. Sierra se emociona al recordar a su único maestro:

Cuando lo conocimos José Pecino ya llevaba unos años enseñando en La Ahumada. Como en esos años ninguno de nosotros había ido a la escuela, mi padre fue en su busca y habló con él: aparte de pagarle un poquito por las clases le ofreció desayuno, cena y cama como compensación, pues para llegar hasta nuestra casa debía ampliar su recorrido. En mi casa no tenía habitación; dormía en un apartado de la cocina.

En esa época daba clases a ocho o diez niños, además de nosotros. Su ruta diaria, incluidos sábados y domingos, empezaba por la mañana después de desayunar. Salir de nuestra casa, subir un kilómetro por una senda hacia el camino de zahorra que comunica la carretera de Algeciras con Puertollano y caminar tres kilómetros y medio hacia La Ahumada. Llegaba a donde Manoli Delgado, enseñaba a su hermana y después iba donde tres chicos que vivían en la parte de abajo de La Ahumada. Luego seguía hacia el cruce de El Palancar, donde daba clase a los chicos mayores de una casa. Regresaba a La Ahumada, donde daba clases y almorzaba en la casa de Gabriel Román. Volvía a la pista principal y se encaminaba a nuestra casa por la senda. Hacia las seis llegaba a casa para darnos clases a los tres hermanos durante dos horas o tres. Y a la noche cenaba con nosotros.

Cada uno teníamos una enciclopedia antigua. Él usaba un libro con piezas de literatura y otro de cuentas. Tenía libros en nuestra casa, pero con la falta de luz por la noche casi no leía. Recuerdo que tenía una letra muy bonita. Era muy respetuoso, inteligente y con mucha paciencia. Si hacía falta repetir cincuenta veces una cosa a un chiquillo, cosa que solía pasar con los niños del campo, cincuenta veces él se lo decía.

Él había aprendido de otro maestro ambulante y como le gustaba la enseñanza empezó a trabajar como maestro. Imagino que se vio obligado a seguir haciéndolo porque no tenía otra forma de sobrevivir. Era muy sociable, hablaba mucho y siempre se llevó bien con nosotros. Llevaba ya en casa un par de años cuando murió mi abuela y con motivo de esa pérdida comprobamos que era muy sentimental.

Él nos contaba anécdotas de su vida y sobre la gente de Los Barrios. De joven había trabajado en el carbón y en el corcho, como su padre. Contaba que cuando entraron las tropas franquistas en Los Barrios *los moros*²⁴¹ fueron a su casa, amenazaron a su madre, les obligaron a tirarse al suelo y registraron la casa. Franco no le gustaba a él; recuerdo que se alegró mucho cuando murió. Nunca oí que su familia viniera a visitarlo o que él fuera a Los Barrios. Yo creo que se refugiaba en el vino por su soledad²⁴².

Es muy posible que José Pecino Ríos formase parte de una incipiente sección del Partido Comunista en Los Barrios en la primavera de 1936. Un vecino de Los Barrios que fue acusado de no secundar el intento de golpe de julio de 1936 dijo saber de las reuniones de esta sección y dio el nombre de varios asistentes, entre ellos José Pecino. Intentaba así aliviar la acusación sobre su propia persona; un recurso muy frecuente en el ambiente de sospechas y acusaciones de la primera posguerra en dictadura.

Juan Atanasio también tuvo ocasión de intimar con José Pecino y sabía de sus ideas políticas: «Él era muy buena gente. Sufrió mucho a partir de la guerra porque la familia era de un partido de izquierdas. Me contó que a la madre la cogieron *los de este lado*, la pelaron al cero y la arrastraron por las calles de Los Barrios. Después la metieron presa. Decía que ella había muerto de pena²⁴³.

241 Tropas de regulares al servicio del ejército franquista.

242 Sumarísimo de urgencia 60510 por el delito de incitación a la rebelión instruido en 1939 en la plaza de Los Barrios, Legajo 1278, núm 31868. Archivo del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla.

243 María Ríos García, la madre de José Pecino, falleció en 1950, según la web Family Search.

José Pecino perdió progresivamente la vista, lo que le incapacitó para desplazarse por el monte caminando. Sierra fue testigo de este tiempo:

Llegó un tiempo en que no veía prácticamente nada, aunque por su experiencia diaria se sabía el camino. Un día se retrasó mucho al atardecer. De repente oí unos gritos, «¡Joseeé...! ¡Joseeé...!». Con la niebla que se había echado en la falda de la montaña, el pobre hombre se había pasado el cruce. Le di una voz para que me esperase, subí a recogerlo y lo acompañé por el caminito hasta casa.

Por último, hacia 1978, un vecino se lo encontró sentado en una senda que subía hasta la pista. Supongo que al verse desorientado se quedó ahí quieto. Lo examinaron en el Hospital de Algeciras y lo ingresaron directamente en la Residencia de Ancianos. Nosotros le hicimos llegar en un bolso grande la ropa que tenía en casa y su material de lectura y enseñanza.

La familia de Sierra fue a visitar a Pecino en la residencia. Y también Miguel Villatoro: «Solía llevarle un paquete de tabaco, que me agradecía mucho. La última vez que llegué a visitarlo me dijeron que había fallecido».

José Pecino falleció el 16 de agosto de 1987. Fue uno de los últimos maestros ambulantes en el término de Tarifa. No es casualidad que en su etapa final trabajase en el monte Ahumada, porque es una de las zonas donde niños y niñas más tardíamente pudieron ir a la escuela pública: no había acceso por carretera asfaltada y no disponían de transporte escolar.



Cobertura de enseñanza entre La Tabla, Matatoros, Arroyo Viña y Arenillas (Tarifa, Cádiz), siglo XX.
Ubicaciones por Juan Manuel Pizarro Sánchez y elaboración por Inés Díaz García.

H. DE LA TABLA A MATATOROS, Y DE ARROYO VIÑA A ARENILLAS

Juan Mena enseñó por Oliveros, Guadalmesí y La Costa entre las décadas 1910 a 1940. El maestro de apodo la Valenciana era forastero, enseñaba antes de la guerra por Puertollano, y entre los años treinta y cuarenta trabajó en el monte Ahumada y en Cantos, La Angostura y Arroyo Viña.

Jerónimo Rodríguez Cabrera empezó enseñando en Puertollano en los años veinte y hacia 1945 trasladó su área de trabajo a Poblana, las cercanías de Tarifa, los cortijos altos en dirección a Algeciras y La Costa. En esta segunda etapa, desde mediados de 1940, aprendieron con él Paco Díaz Castro y Luisa González Lozano. Juana Iglesias repasa las formas de aprendizaje en su familia y se detiene en Jerónimo Rodríguez, a quien apoyó en sus últimos años.

En diferentes momentos de su recorrido laboral Andrés Señor Gallego enseñó en esta zona, de donde era originario. Recordemos que en 1959 varios vecinos de Arroyo Viña y Arráez González pidieron al Ayuntamiento un salario mensual para este maestro, dado que el Ayuntamiento estaba pagando a maestros idóneos en otros lugares del término.

Curro Gutiérrez Fernández conoció a varios maestros enseñando por Guadalmesí: Jerónimo Caramé Iglesias en los años treinta a cincuenta; Eugenio Cabrera, de origen canario, en los años cincuenta; Antonio Cárdenas López, el Requetém, entre 1942 y 1962 y Juan Trujillo en los años sesenta y setenta. Estos dos últimos eran originarios de la zona.

ALUMNO JUAN DÍAZ VASALLO



Juan Díaz Vasallo. Tarifa, 2013. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Me llamo Juan Díaz Vasallo y nací el 31 de noviembre de 1931 en Oliveros. Mi madre vino a dar a luz a Tarifa y a los tres días volvió para el campo. Somos tres hermanos: una *hembra* y dos varones. Salí de Oliveros para hacer la mili en Gerona y luego volví a Oliveros.

Mis padres vivían de la agricultura en una tierra arrendada. Mi padre nació por El Hondón (Guadalmesí) en un lugar que le dicen El Aragonés. De allí era la mujer de mi abuelo paterno, que tenía ocho hijos. Antes de la guerra, la mujer *se apartó* de él y mi abuelo sacó adelante a todos los hijos. Hacia 1920 llegaron a Oliveros y arrendaron una finca. En esta zona no había muchos señoritos; unos tenían más y otros menos, pero

no eran grandes fincas. Mi padre *firmaba con el deo*. Se fue a guardar animales a la casa de Pedro Rojas en Arroyo Viña con seis años y allí estuvo hasta que se fue al servicio.

El padre de mi madre sabía leer y escribir. Dicen que cuando la guerra se ponía a leer el periódico y daba gusto escucharlo. Él nació en La Peña. Estuvo catorce años en la guerra de Cuba. A su regreso se fue a trabajar de guarda a El Pozuelo con don José Núñez Morales y después el señorito *lo puso* en su finca de La Costa vigilando su ganado. En esa finca enseñaba Juan Mena. Mi madre nació en 1904 y tendría ocho o diez años cuando aprendía con Mena; hacia 1912 ó 1914. Mis tías aprendieron más que ella. Ella era la hermana mayor y aprendió a *firmar algo*; no sé si es que era mala o es que tenía que *bregar* en la casa.

Tiempo después Mena nos daba lección a mí y a mi hermano mayor. Yo era muy malo para la lectura y mi hermano era todo lo contrario. Yo le tiraba el libro porque quería jugar y mi hermano si podía dejaba el juego y se iba con unos soldados que estaban en un nido de ametralladoras, de la casa para arriba, para que le ayudaran a leer los libros. De modo que cuando venía el maestro ya sabía él la lección y yo no sabía nada. Mena era muy mayor y estaba muy torpe cuando me daba lección, y yo era muy chico. Él me señalaba la lección en el libro *El Catón*; yo pasaba una hoja o dos y le decía, «ya he terminado», y él no se daba cuenta.

Cuando hacía levante y Mena llegaba él por la cañada del Caballo, se le enganchaba la pelliza en el alambre y no podía salir. Me decía mi padre, «anda, ve a ayudarle», y yo le respondía, «¡yo no voy!». Mena tenía muy malas pulgas y además me tenía mucho coraje, porque yo era muy malo. Yo le ataba en el camino un carnero que era muy bravo, ¡y el carnero le pegaba unos trompazos...! El hombre era tartajoso y llegaba diciendo, «¡te te te tengo diiicho que que que no ates el carnero en el camino!».

En una casa se quedaba una noche y otra noche en otra casa. Iba hasta Arroyo Viña y toda esa parte. Enseñó a mucha gente y los enseñó bien. Por mi casa pasaron cuatro o cinco maestros y de ellos Juan Mena fue el mejor que hubo. Mi hermano mayor sólo aprendió con él y ha sido guarda forestal.

Mi madre decía que era de Ronda. Era bajito y no tenía mucho pelo. En invierno iba con un chaquetón de piel y llevaba siempre una botella de ron en el bolsillo. Cuando se quedaba en casa charlaba con mis padres. Como no querían que nos enterásemos de las conversaciones, la mitad de las veces mi padre nos echaba: «¡Ya te puedes quitar de enmedio!».

Y uno al que le decían la Valenciana daba clases de noche a los zagales. La Valenciana iba donde los Juan Halcón en Arroyo Viña (los Alcaraz), que eran

algo mayores que nosotros, y se quedaba a dormir allí. Y también hacía recorrido hacia La Ahumada y La Angostura. Hacia 1939 él venía a la casa donde trabajaba mi familia, en la parte del cortijo de Cantos, a darnos lección a mí y a un zagal que tenía el vaquero de la casa. Lo poquillo que sé lo aprendí con él.

ALUMNO PACO DÍAZ CASTRO



Paco Díaz Castro. Tarifa,
2012. FOTOGRAFÍA
DE BEATRIZ DÍAZ
MARTÍNEZ.

Yo nací en 1933 en un sitio de Tarifa que le dicen Matatoros. Mis abuelos no sabían escribir. Mis padres y mis cuatro tíos tampoco sabían. El primer maestro que tuve se llamaba Jerónimo. Cuando Jerónimo venía a mi casa a enseñar a mis hermanos yo no estaba allí; porque desde los ocho años yo estaba *sirviendo amos*. Dormía y comía en la casa de los dueños de las cabras que cuidaba. Eso no estaba muy lejos de mi casa, pero yo sólo iba allí para cambiarme de ropa.

Yo empecé a aprender con Jerónimo con doce años y estuve con él hasta los quince años. Él venía a darme lección mientras yo estaba con las cabras. ¡A veces tenía que dejarle y salir corriendo tras las cabras! Conmigo estaba un día sí y otro no. Me daba un repaso a la cartilla y a la enciclopedia, y se iba a dar clases a otros chiquillos. Yo llevaba mi enciclopedia en la *capacha* junto a la comida.

Era un hombre bajillo, siempre con el bastón enganchado en el brazo; parece que lo estoy viendo. Los zagales le decían Carmela porque comentaban que era *gay*. Cuando lo veían acercarse por el campo con la carpetita debajo del brazo y sus cosas para enseñar decían, «¡Ahí viene Carmelita!». Recuerdo que en alguna casa de Matatoros no enseñaba porque los chavales se metían mucho con él. Cuando nosotros nos casamos todavía enseñaba por ahí. Recuerdo que vino un día a comer a la casa.

Tiempo después estuve tres años trabajando de *temporil* para las faenas del campo con Juana López en La Tabla, cogiendo *jabas* y guardando las cabras. Juana López cuando yo le trabajaba, hacia 1954, tenía más de sesenta años: ella se había criado metida en el siglo diecinueve, y sabía leer y escribir. Manuel Rubio, su marido, no sabía. Yo recuerdo que ella le leía a su marido un almanaque llamado el Zaragozano, donde ponían el tiempo y las lunas.

En ese tiempo había fiestas en el campo donde se bailaba el *chacarrá* y en una fiesta conocí a mi esposa, Luisa González Lozano. Yo me arrimé a ella y ella me pegó. Otro día fueron a La Ahumada de fiesta y allí me presenté yo con el caballo.

Yo ganaba un duro al mes y dos fanegas o tres de grano. Ya *metido en quintas*, con veinte años, un peón caminero que había en una casilla vio que yo sabía malamente poner mi nombre y me dijo, «Paco, cuando te vayas al servicio ya tienes que saber leer bien y escribir una carta. Yo te voy a enseñar». Durante unos meses, por la noche, después de trabajarle a Juana López me iba con este peón. Hasta que aprendí lo que necesitaba.

ALUMNA LUISA GONZÁLEZ LOZANO



Luisa González Lozano.
Tarifa, 2018. FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

Yo nací en 1937 en La Ahumada. Éramos cinco hermanos. Cuando murió mi madre tenía yo cuatro años y el más chico tenía un año; mi padre se quitó de enmedio y a nosotros nos repartieron. Yo me quedé con mi abuela. A los ocho años me pusieron a *servir* en una casa de La Ahumada cuidando niños chicos. Con diez años me vine a *servir* a Matatoros y con once años me fui a otra casa de Arroyo Viña donde tenían muchos hijos: seis o siete varones y dos *hembras*. No ganaba nada; estaba nada más que por la comida. Mucho trabajo y ya está; eso es lo que había. Ahí me quedé desde 1948 hasta que me casé con Paco Díaz.

En esa casa los dos varones más chicos, que tendrían catorce y quince años, recibían lección del maestro Jerónimo. A mí me gustaba mucho aprender, pero estaba *sirviendo* y tenía que trajinar. Las otras *hembras* de esa casa tampoco estudiaban. Yo daba una vueltecilla alrededor de los chicos estirando el cuello para ver lo que hacían y el maestro, que era muy bueno el pobre, les decía a los padres, «¡Que a la niña también le gusta de aprender!». Pero la familia no pagaba al maestro por mí.

ALUMNA JUANA IGLESIAS MUÑOZ

Yo nací en Tarifa en 1941 porque mi madre vino a Tarifa a dar a luz, pero me crié en el cortijo de La Tabla. Tengo un hermano cinco años menor que yo. Mis padres tenían ganado y sembraban trigo y habas.

Cerca de nuestra casa estaba el destacamento militar El Cascabel, que tenía unos polvorines²⁴⁴. Allí había prisioneros que habían estado *en el otro lado* cuando la guerra. Tres de ellos trabaron amistad con mi familia, venían a visitarnos al cortijo y, como les daban muy mal de comer mi madre les ponía

244 Se refiere a la Décima Batería de Costa.

alguna cosa. Eran personas de carrera; mi madre decía que uno de ellos era piloto de aviación. Mi abuelo siempre estaba malo y ellos le ponían las inyecciones. Cuando salieron de allí mi padre se escribió con ellos por una temporada.

Mis padres sabían leer y escribir. Mi padre nació en 1914 y falleció con setenta y siete años. Vivía con su abuela en un cortijo e iba a la escuela del pueblo. Mi madre, Rafaela Muñoz, murió con ochenta y dos años, así que nació hacia 1921. Se crió en La Tabla y aprendió con un maestro de campo que hacía la misma ruta que Jerónimo años después. Ella me hablaba mucho de él, me contaba que era mayor y que era muy bueno. El maestro le decía, «Rafaelita, hija, hay que aprender, que si no el día de mañana vas a ser una inculta». Y le hacía dibujos.

Mi abuelo materno, José Muñoz Rodríguez, no sabía escribir. Lola Rubio Rojas, la madre de mi madre, se crió más abajo de Arroyo Viña y aprendió a escribir con maestro de campo. El padre de mi padre, Sebastián Iglesias Guerrero, y mi abuela paterna, Manuela Canas Guerrero, se habían criado en la cañada de Matatoros y también sabían escribir, porque habían tenido maestro de campo.

Mi padre por las noches nos daba un poquito de clase, así que cuando el maestro Jerónimo empezó a venir ya sabía yo algo. Jerónimo era rellenito, bajito. Cuando yo lo conocí estaba casi calvo, tenía el pelo blanco y llevaba una gorrita. Él venía a darnos clase un día sí y otro no. Una prima mía mayor que yo estudiaba con nosotros, pero lo dejó en cuanto empezó a estar con un muchacho. Estuve aprendiendo con él hasta los catorce años.

Yo recuerdo el primer día que llegó a mi casa en La Tabla; yo tenía siete u ocho años. Después de explicar a mi madre lo que él hacía por los campos, le dijo, «Mire usted, yo hoy no he comido». Entonces mi madre le preparó para almorzar. Desde aquel día nos dio clases. Mi madre le daba dinero para que nos comprase en Tarifa cartillas de caligrafía que llamaban «de escritura inglesa», un libro llamado *El Manuscrito* y otro llamado *El Artesano*, para aprender a escribir cartas. Él nos dejaba tarea para escribir y cuentas anotadas en una pizarra negra, y el día que volvía a dar clases revisaba la tarea. La pizarra se limpiaba con una esponja de mar.

En el verano Jerónimo llegaba a casa chorreandito de sudor. En el mismo patio de La Tabla, una vecina llamada Rafaela le lavaba la ropa en pago por las



Juana Iglesias Muñoz.
Tarifa, 2012.
FOTOGRAFÍA DE BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ.

clases a su hija Antonia Román. Antonia y yo recibíamos clases con los mismos libros. Matías Iglesias Canas, criado en la cañada de Matatoros, trabajaba guardando las cabras de mi padre. Cuando nosotras acabábamos nos íbamos a cuidar las cabras y así podía Matías recibir sus clases.

Él también enseñaba por la zona de El Pozuelo, en La Angostura y en Matatoros. Se llevaba todo el día andando de una casa a otra. De vez en cuando iba a visitar a la mujer de Pedro Ballesteros en Puertollano, a la que llamaba «mi paisana». Cuando ya no podía caminar bien por el campo entró en el Asilo de Tarifa.

Desde críos mi marido y yo estábamos juntos y cuando nos hicimos mayores terminamos por hacernos novios. Me casé en 1972 embarazada de Juan. Mi marido vivía por El Pozuelo. Él aprendió con Jerónimo y además, como llevaba la leche de sus vacas a Tarifa para venderla, recibía clases de un maestro particular en Tarifa. También mi hermano cuando tenía dieciséis o diecisiete años todas las noches bajaba a caballo al pueblo junto a otros muchachos del campo y asistían a clases en la casa del maestro Antonio Suárez²⁴⁵.

Vivíamos en un cortijo solitario y no llegaba el autobús a recoger al niño. Yo quería que mi hijo Juan fuera al colegio, así que nos vinimos a Tarifa. Entonces mi marido traía la leche del campo y yo la vendía por Tarifa.

Mi padre me enseñaba a mí cuando yo era muy pequeña, y tiempo después le dio clases a mi hijo Juan por las noches. Cuando el niño entró en el colegio sabía hasta la tabla de multiplicar, pero lo pusieron en párvulos. Él venía diciéndome, «mamá, la señorita me pone a hacer palitos y ceritos». Cuando demostró que sabía poner su nombre y hacer cuentas lo pasaron a primero. Y poco después, como también sabía todas las cosas de primero, lo pasaron a segundo.

MAESTRO JERÓNIMO RODRÍGUEZ CABRERA

Jerónimo Rodríguez Cabrera nació en Gaucín el 25 de enero de 1887. Su madre se llamaba Catalina y su padre Diego. Gaucín se enclava en la sierra mala-gueña de El Hacho, en la Serranía de Ronda. La gente mayor de Puertollano recuerda a este maestro desde los años 1920.

Curro y Juan Delgado, tíos maternos de Victoria Marín que nacieron hacia 1915, aprendieron a leer y escribir con Jerónimo. Y Antonio Gil Marín (Puertollano, 1931) lo tuvo como maestro en los años treinta: «Fue el que más nos

245 Asistir a clases lejos de la supervisión familiar y desplazarse por su cuenta de noche eran opciones reservadas a los hombres.

dio clases cuando éramos chicos». Muchas familias de Puertollano y cercanías lo conocían por el apodo de Patas Cortas o el Paticorto. Otras lo llamaban el Torpo.

Jerónimo estuvo mucho tiempo trabajando con Pedro Ballesteros y Petra Bautista en uno de los molinos de Puertollano, moliendo el trigo y haciendo el pan. Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) explica: «Petra era también de Gaucín. Jerónimo estaba con ellos desde joven, como tantos hombres que venían buscándose la vida». Hacia 1931, cuando ella estaba embarazada de su cuarto hijo, el marido de Petra murió y se quedó un hermano de su marido en la casa. «Petra en esos tiempos iba con las bestias, salía con la harina... Hacía todos los trabajos. Jerónimo seguía trabajando en el molino y al mismo tiempo daba clases donde podía», añade Curro Gil.

Hacia 1945 a raíz de un enfrentamiento personal Jerónimo dejó esa casa. Curro Gil explica: «El cuñado tuvo que marchar a hacer el servicio militar, que entonces eran dos años. Cuando volvió estaba Jerónimo encargado del molino junto con Petra, y al cuidado de la casa y de los niños. Y también les daba clases; ¡ohú, él estaba con los niños siempre! Hay cosas que *te se* quedan. Y Pepe, por celos o por lo que fuera, un día se peleó con él y lo quiso tirar por lo alto del cauce del molino».

Jerónimo empezó a enseñar en otros lugares. Daba clases en casa de José Alba Gómez (Poblana, 1939) a finales de los años cuarenta, cuando su edad se acercaba a los sesenta años. A principios de los años cincuenta enseñaba en casa de José Galindo, que vivía por El Humero, y en otras casas vecinas. En ese tiempo también lo conocieron enseñando en la finca El Pozuelo y haciendo ruta del pueblo hacia el este: del cortijo de La Tabla al cortijo de Cantos, de allí a La Angostura y La Herradura, y de Matatoros a Arroyo Viña.

En su ruta semanal Jerónimo almorzaba algunos días en casa de los padres de Pepa Iglesias Canas (Matatoros, 1943):

Mi madre iba todos los días a Tarifa, llevaba la leche de las cabras y traía pescado. Y siempre ponía pescado encima de la comida. Ella hacía un gazpacho y encima, pescado frito. O ponía un arroz y le echaba almejas. Algunas veces ella echaba al maestro en el bolsillo de la chaqueta un huevito, porque a él le gustaba chuparlos. Me acuerdo un día que llegó con el chaquetón echando baba, porque le habían dado dos huevos en otro cortijo y se le habían roto. Nosotros le lavamos el bolsillo con agua y con hierbas que trajo mi hermano. Otro día llegaba y decíamos... «¿A qué huele?». ¡Era un cacho de morcilla que le habían echado al bolsillo!

Siempre estaba muy limpito. Iba a Tarifa a comprar tabaco y a vestirse de limpio, y una señora le lavaba la ropa por encargo. Como no tenía casa se subía en una piedra y se lavaba con el agüita del río los pies, los brazos, la cara... Los chiquillos cuando pasábamos cerca decíamos, «uy, se está lavando el pobre; ¡que no nos vea!». Él le decía a mi madre, «Juana, yo me lavo los pies con *matagallo*²⁴⁶». Y mi madre venga a reírse, de la vergüenza que le daba.

Pepa Muñoz Trujillo (cortijo La Angostura, 1944) lo conoció a inicios de los años cincuenta haciendo ruta entre los cortijos de La tabla y La Herradura:

En mi casa *habíamos* dos *hembras* y un varón, el pequeño. Jerónimo nos daba clase una o dos horas. Con él aprendí a leer, escribir, sumar y restar. A dividir no aprendí, porque cuando llegué a esa parte él dejó de venir. En la casa donde amanecía desayunaba *pan macho* con aceite o con manteca, si había. Y cuando llegaba el momento almorzaba puchero, gazpacho, o sopa de tomate o de ajo con pan. Era muy cariñoso y agradable con nosotros. Fumaba demasiado, incluso dando clase. Era de esos fumadores antiguos que no sacudían la ceniza.

En 1964 la Junta provincial de Beneficencia de Cadiz le concedió el auxilio por ancianidad²⁴⁷. A finales de los años sesenta, cuando Jerónimo tenía cerca de ochenta años, solía visitar a familias donde había enseñado décadas atrás. Mari Luz Araújo del Río (cortijo de Pedro Núñez, 1948) comenta: «A nuestra casa venía porque nos conocía desde chicos, para ver si le dábamos algo. Él echaba quinielas y una vez llegó diciendo que le habían tocado los catorce. Estaba muy contento, tirando la gorra al aire y todo. Y después no fue nada. Me dio lástima de él».

Cuando la familia de Juana Iglesias se trasladó a Tarifa, él los visitaba a diario. Juana recuerda sus últimos encuentros:

A veces traía una hoja de un tebeo para mi hijo. El pobre no tenía ni para comprarse un cigarrito. Yo siempre le daba lo que podía, porque tampoco podía darle mucho. Y si venía por la mañana le echábamos café.

Sus padres habían sido trabajadores del campo y él había estado en el colegio de su pueblo. Tenía dos hermanas; nos enseñaba fotos de ellas con unos trajes antiguos muy bonitos. Pero habían perdido contacto. Un día llegó a la casa diciendo, «voy a ir a mi pueblo». Como no tenía dinero mi madre, mi tía y todos los conocidos

246 Pepa Iglesias explica sobre el matagallo (*Phlomis purpurea*): «Esa planta nace en los caminos y en las hijuelas. La hoja es de color clarito y parece terciopelo. Hasta los dientes nos limpiábamos nosotros con esa hierba».

247 BOE 219, 11 de septiembre de 1964.

le dimos lo que pudimos, y una prima mía y yo le arreglamos unos bocadillos. A la vuelta del viaje nos contó que sus hermanas habían muerto. Ya por último casi no venía a la casa porque no podía caminar. Y al poco tiempo murió: parece como si lo hubiese sabido y por eso fue a despedirse de su pueblo.

Jerónimo falleció el 14 de julio de 1974, con ochenta y siete años, en la residencia San José de Tarifa.

ALUMNO CURRO GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ



Curro Gutiérrez
Fernández. Tarifa,
2012. FOTOGRAFÍA
DE BEATRIZ DÍAZ
MARTÍNEZ.

Me llamo Francisco Gutiérrez Fernández y me llaman Curro. Nací en 1934 en Guadalmesí, debajo de la torre donde está el río Guadalmesí. Mi abuela materna, Catalina Herrera, se crió en Facinas y vino de chica a Guadalmesí. Mi padre se llamaba Antonio Gutiérrez Gamarro y mi madre Javiera Fernández Herrera. Los dos nacieron en Guadalmesí. *Vivían de renta*; pagaban por la casa y por la tierra, y se dedicaban al campo. Consumían lo que cultivaban y vendían huevos, queso y otros productos. Mi abuelo trabajó para los señoritos Derqui, que tenían muchas tierras en Guadalmesí. Éramos cinco y yo era el mayor. Con ocho años ya estaba yo guardando animales.

Mi padre no fue a la guerra. Cuando la quinta de él iba a salir se acabó la guerra. Varios primos suyos sí fueron y gracias a Dios no mataron a ninguno. Un vecino se tuvo que marchar al terminar la guerra porque decían que era *de otra banda* y lo buscaban para matarlo. Para salvarlo el padre se lo llevó a Ceuta remando en la noche y cuando volvió a Guadalmesí, el pobre tuvo que *estar huido* por ayudar al hijo.

Durante la guerra había dinero; lo que no había era cosas que comprar. Pero después de la guerra el dinero de antes ya no servía. Hubo mucha gente que salió ganando con eso. Tenían a los trabajadores todo el día trabajando de sol a sol por poco más de la comida. Lo malo vino en el año 1940 y hasta 1942. Yo tenía seis años, ¿cómo no lo voy a recordar? Gracias a Dios nosotros hambre nunca pasamos pero falta de pan sí tuvimos... y falta de muchas cosas.

Entonces todo el mundo sembraba. El trigo había que traerlo al Sindicato en Tarifa y nos permitían quedarnos sólo con lo necesario para volver a sembrar. Nos quedaba la paja para dar de comer a los animales. No merecía sembrar, pero en todo había truco: mi padre escondía el trigo en el pajar. Cada uno lo metía donde podía y se amasaba de noche. Ellos iban registrando de casa

en casa. Una vez cogieron a mi padre y precintaron el molino. Y cuando yo ya era mayorcillo recuerdo que vinieron los *falanges* pinchando por la paja a ver si encontraban el trigo. Aquella vez no lo encontraron porque mi padre lo tenía bien escondido. Así se apañaba uno.

Yo me acuerdo de unas cartillas que daban a mis padres. Y repartían unos bollitos de pan que vaya usted a saber lo que tenía aquello; no se podían comer. Hacíamos pan de cebada porque ese grano era para los animales y no se lo llevaban. En esos años mi padre puso una cantina. El camión de intendencia de los soldados le traía de Algeciras algarrobas, *higos pasaos* y sardinas. Y de eso vivía.

Yo cogí el paludismo con doce años y lo solté con diecisiete. Por allí había varios con el paludismo²⁴⁸. Un día sí y otro no, menudas fiebres... ¡Y un frío! Ya estaba yo amarillo, de tomar tantas pastillas que les decían quinina. *De delgado que estaba, me acostaba en un alambre y me tapaba con una guita*. Me lo quitó un médico de Algeciras, don José Burillo, con una pastilla llamada Neo que mandaban para las enfermedades venéreas. Él dijo que era muy fuerte para un niño de mi edad, pero lo aguanté. Y todo *por el dinero*, ¡no se gastaron mis padres dinero para curarme! Como entonces no había *seguro*...

Mi padre se tuvo que ir a trabajar a los barcos del arsenal de Gibraltar y mi madre se fue a trabajar a Algeciras, lo mismo que mis hermanos. Cuando volví del servicio militar me hice cargo de los animales. Teníamos vacas, cabras, cochinos, tres o cuatro caballos, y gallinas. Y hacíamos pan.

En las décadas 1940 y 1950, entre el río Guadalmesí y Arroyo Viña había treinta o cuarenta vecinos, y de la Ribera de Huertas hacia arriba había más. Los vecinos construyeron una iglesia en terreno municipal a propuesta de la marquesa doña Elisa Derqui: la iglesia de San Pedro, donde se hacía una romería por San Pedro. En los años sesenta el alcalde Juan Núñez Manso llevó canalizada para Algeciras el agua del manantial de El Palancar que alimentaba al río Guadalmesí y las veinte o treinta familias que vivíamos más que nada de las huertas nos quedamos sin alimento, porque se secaron.

Me casé hacia 1962 y tuve tres hijos, que se llevan cuatro años cada uno con el siguiente.

Javier Gutierrez Delgado, hija de Curro nacida en 1963, añade sobre su madre:

Ella nació en 1937 y se crió en Cuatro Caminos, cerca del kilómetro 90. Allí su padre tenía cabras y ovejas. Ella nunca tuvo una muñeca ni jugó; su vida fue

248 En junio de 1938 Manuel Vega, maestro de la escuela rural de Guadalmesí, comunicó al Ayuntamiento que la alta incidencia de paludismo había causado un progresivo descenso en la asistencia a la escuela. Legajo 6022, Archivo Municipal de Tarifa.

trabajar y trabajar. La hermana de mi madre aprendió en la escuela pero ella no. Sabe firmar porque los hijos la enseñamos. Cuando tenía edad para ir a la escuela cogió *endeblez*, se quedó *sequita* y no contaban con ella. Con diecisiete años no *era mujer* todavía²⁴⁹.

Llegado un momento vi que en el campo no podía seguir: en primavera después de recoger había que pagar las rentas y en el verano había que pedir para comer porque no había bastante cosecha. Mis hijos no tenían escuela y yo no quería ponerlos internos en la Residencia Escolar de Tarifa. Me coloqué en la fábrica Metalsa (Mategráfica Malagueña SA), que hacía las latas para las conserveras de pescado, y allí me he tirado dieciocho años. Tuve un accidente: me caí de lo alto de un camión hacia atrás. Después de seis meses de baja me propusieron sustituir a un guarda que sacaba la basura por las noches, ganando de más por la nocturnidad y por el manejo de tóxicos.

Maestros por aquí hubo *unos pocos*. Les decíamos *maestros pedáneos*. Cuando yo tenía diez o doce años me dio clase Jerónimo Caramé, casado con una tía mía. Enseñaba muy bien.

Jerónimo Caramé Iglesias nació en Huelva hacia 1907. En el Archivo Municipal hay documentos con su nombre: en junio de 1936 Rafael Montilla, maestro de la escuela rural El Bujeo, tomó unos días libres por enfermedad de su madre y dejó encargado de su escuela a este maestro, especificando su preparación en Magisterio: «Título expedido el 30 del 7 de 1928, registrado en Huelva».

En noviembre de 1936 sobre un documento municipal anotaron a lápiz sus datos personales: «Domiciliado en Colada de Guadalmesí, de 29 años, casado», lo que sugiere que se ofreció como maestro idóneo tras aclarar su filiación política.

En una carta manuscrita fechada el 1 de mayo de 1945, Caramé informó al alcalde Salvador Pérez de que había tomado posesión de una casa escuela en Guadalmesí, ocupada por otra persona, y le pedía que le enviase material «... en beneficio de estos niños, faltos de cultura social y religiosa». Entonces vivía en El Secano (Algeciras) e iba a esa escuela improvisada en el autobús de línea²⁵⁰.

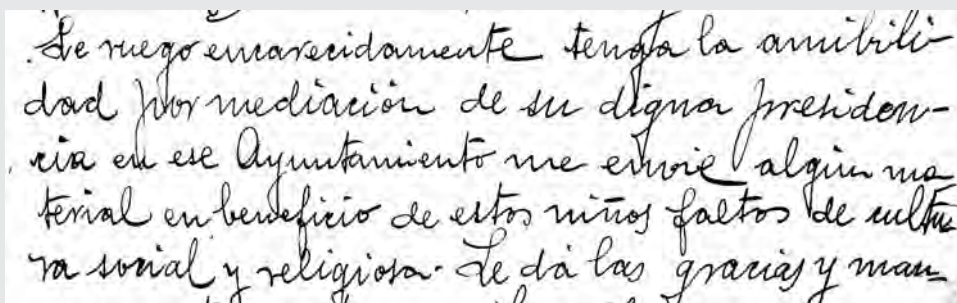
La escuela rural de Guadalmesí estaba inactiva y su maestro titular ejercía en una escuela de Tarifa. Jerónimo Caramé debió de acordar de forma privada con el alcalde aprovechar la casa escuela para las clases que impartía a los niños y niñas

249 Posiblemente tuvo anemia, lo que provocó el retraso de su menarquia, como respuesta biológica adaptativa.

250 Legajo 6022. Archivo Municipal de Tarifa.

de la zona. Quince años después otro maestro ambulante, Andrés Señor, reclamará un salario para sostener su enseñanza en la zona.

Más adelante Caramé trabajó en la Escuela Unitaria 8 de Algeciras. El titular de su plaza era Manuel Patricio Herrera, maestro, médico y dueño de una fábrica de gaseosas en Algeciras²⁵¹.



Se ruego encarecidamente tenga la amabilidad por mediación de su digna presidencia en ese Ayuntamiento me envíe algún material en beneficio de estos niños faltos de cultura social y religiosa. Se da las gracias y man-

Detalle de la carta del maestro Jerónimo Caramé al alcalde de Tarifa, Salvador Pérez, donde solicita material para sus clases, el 1 de mayo de 1945. Legajo 6022.

ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA.

Un tal Eugenio Cabrera, de Canarias, vino a inicios de los años cincuenta acompañando a su hermana, que se había casado con un sargento destinado por aquí. Yo creo que había tenido algún problema y tuvo que salir de allí. Ese hombre sabía mucho. Usábamos un cuaderno y también una pizarra. Y para no gastar *pizarrín* afilábamos trozos de caliza que cogíamos del campo.

Al principio Cabrera vivía con su hermana en El Tolmo, cerca de Getares (Algeciras), donde estaban el cuartel de la Guardia Civil y dos o tres cortijos. Venía andando todos los días por lo menos siete u ocho kilómetros por la costa hasta Arenillas y luego a Guadalmesí. Tres o cuatro años después se quedaba a dormir en un cuarto que le dio un vecino de Guadalmesí.

El Requetém también enseñó por aquí. Le decían así porque había sido requeté, pero se llamaba Antonio Cárdenas López²⁵². Él se crió en Arenillas y vivía con su madre; no se casó. Era muy raro, lo mismo que su familia: usaba varias ropas una encima de la otra y un montón de pañuelos, uno para cada cosa. Llevaba siempre los calcetines metidos por encima del pantalón. Parecía un figurín. Era muy poquita cosa y para trabajar no estaba hecho.

251 Pettenghi Lachambre, José Aquiles (2005). *La escuela derrotada. Depuración y represión del magisterio en la provincia de Cádiz (1936-1945)*. Quorum Editores. Cádiz.

252 El Requeté fue una organización paramilitar carlista. Sus combatientes eran llamados requetés o boinas rojas, y en la guerra de 1936-1939 lucharon en el bando golpista.

Iba donde estábamos los chiquillos guardando los animales, nos daba clase y nos dejaba la tarea. Leer y escribir, las cuatro reglas y poco más. Más adelante venía cada noche a una casa de Guadalmesí, Arroyo Viña y todas las aldeítas. Él daba clases a los hijos de un primo mío y a cambio su mujer le lavaba la ropa. Cuando su madre falleció él alquiló un cuartito en Guadalmesí. Siguió dando clases hasta el final. Yo me casé en 1962 y por esas fechas murió, con unos sesenta años.

Un maestro llamado don Juan Trujillo dio clases a mis hijos. Él puso una escuelita en una casita de un vecino. Esta casita había sido un pabellón militar y después los militares se lo devolvieron, porque en el momento de coger los terrenos no pagaron nada a los vecinos.

Juan Trujillo Cazalla estudió en un seminario y salió antes de finalizar. Vivió un tiempo en Guadalmesí con su madre, que entonces era viuda. Allí enseñó durante cinco años, por las mañanas a los más pequeños y por las noches a los adultos. Después abrió una escuela particular en Tarifa y por último ayudaba a preparar oposiciones en su propia casa de la barriada Trece de enero de Tarifa.

A mí me gusta mucho leer. Cuando estuve en Algeciras compré una colección de libros que todavía tengo. Con los maestros que tuve pude aprender a leer y escribir, y las cuatro reglas. Me he podido arreglar. Ya más *maestros pedáneos* no tuvimos nosotros, sino la vida en el campo y trabajar muchísimo.

5. LAS MUJERES SABEN, APRENDEN Y ENSEÑAN

En aquel tiempo las niñas se interesaban mucho por aprender y casi todas sabían. A mi madre la crió una tía suya que sabía leer muy bien. Y las hermanas de mi padre, de noche una de ellas se ponía a leer una novela en voz alta y las otras escuchaban. ¡Daba gloria oírlas!

VICTORIA MARÍN DELGADO
Puertollano, 1939

La algecireña África Redondo recogió en un libro titulado *Sencillamente ellas* las microbiografías de ochenta mujeres de Algeciras de edades y orígenes sociales diversos. Se trata de un representativo muestrario de las vidas de las mujeres de la comarca, pues la mayoría de ellas procede de pueblos y cortijos cercanos. Una de las constantes en sus relatos es la falta de oportunidades educativas y su afán por estudiar. Aprendieron las primeras letras en escuelas de cortijo, con maestros ambulantes, en escuelitas privadas o por su cuenta:

- Francisca Cárdena Arias nació hacia 1927 en Algeciras. Para ayudar a la casa, con ocho años fregaba escaleras con *aljojfas* de saco y estropajos de *pita*. También fregaba una *miga* y le pagaban un real cada vez que la limpiaba. Cuando tenía para pagarla, acudía a esta misma escuela.
- Salomé Gómez Sánchez (Fuente Guinaldo, Salamanca, 1928), llegó a la finca algecireña de La Juliana casada y con hijos. Entonces allí no había luz ni agua corriente, y muchas niñas no podían asistir a la escuela. Salomé se puso a dar clases en su casa; enseñaba a leer y escribir a las niñas, y las jóvenes aprendían también a coser y hacer labores.
- Ana Mota Pérez, criada en Jimena a mediados del siglo XX, aprendió por su cuenta y llegó a publicar un libro de recetas:

Mis hijos empezaron a ir al colegio. Yo me sentía impotente de no poder ayudarles en las tareas que traían a casa. Y me daba coraje y pena. Un día me dije, «¿y si yo aprendo de los libros y libretas de mis hijos?». Ellos mismos me dieron las clases de las primeras letras y después yo iba copiando y haciendo garabatos. Como pude fui escribiendo las recetas de comidas que yo misma hacía y cuando reuní muchas recetas me planteé hacer un libro de cocina²⁵³.

Volvamos a poner el foco en el municipio de Tarifa. Muchas mujeres entrevistadas refieren la inmensa cultura oral de sus madres y abuelas. Aunque algunas eran analfabetas en lo que a lectoescritura se refiere, su cultura de transmisión oral les permitió heredar el saber en forma de cosmovisión, de historia y de literatura. Josefa Ríos Corrales (Facinas, 1902) fue una excelente comunicadora: «En el invierno estábamos deseando que llegara la noche para sentarnos; a mi madre la rodeaban mis hermanas, ella me cogía en su falda y nos contaba unos cuentos larguísimos, que se llevaba las horas», explica su hija Nina Campano (Facinas, 1937).

Josefa Ríos aprendió a escribir por su cuenta cuando tenía treinta y siete años. Entonces vivía en Facinas, su marido estaba desaparecido y tenían tres hijas pequeñas. Su hija rememora cómo aprendió: «Su hermano más pequeño tuvo que hacer el servicio por varios años. Mi hermana, que tenía diez años, le escribía cartas para mi tío. Un día mi madre se puso a copiar, hasta que escribió un trozo de la carta. “Si me contesta a lo que yo le he dicho es que me ha entendido”, decía ella».

Históricamente personas de todas las edades y condiciones han aprendido por su cuenta a leer y escribir, y a hacer operaciones matemáticas sencillas. Aprendían por afán de saber y por necesidades inminentes como comunicarse con un familiar que vivía lejos o conseguir un puesto de trabajo. Nina Campano desgrana las claves de su propio auto aprendizaje:

Cuando yo vivía en Facinas mis amigas iban a la escuela. Yo lloraba porque también quería ir, pero no me dejaban. Cuando tenía trece años me trasladé a la Huerta Vieja de El Pedregoso, donde vivía mi hermana. Como entonces no pagaban al maestro ambulante por mí, le pedí a mi cuñado Curro que me comprara en Facinas una cartilla para aprender a leer. Con la cartilla en la mano iba detrás de mi hermana preguntándole las letras y juntando una con otra. Y aprendí. Todo lo que cogía lo leía: periódicos, novelas... Cada historia que leía se me quedaba en la memoria y podía contarla entera; y me gustaba mucho recitar poesías.

253 Redondo, África (2005). *Sencillamente ellas*. Imprime Tipografía A. Mazuelos. Algeciras (Cádiz). Págs 30, 38-40, 90, 141-142, 275.

Un hombre de Saladavieja vio que me gustaba leer y me trajo algunas novelas en cuadernillos: *El amor de un pirata*, *Corriones sin nido*... Por las noches en casa de mi hermana me sentaba a leer con el *periquillo* de aceite y la *torcía*, y todo el mundo alrededor de la mesa. Si no entendían alguna cosa yo les explicaba lo que quería decir. Hasta que el suegro de mi hermana me decía, «bueno hija, ya, para mañana».

Leía cuanto papel caía en mis manos pero todavía no sabía escribir. Cuando tenía catorce años un guardia civil de los que hacían la ronda por la finca llamado Jiménez vio que tenía interés y empezó a ayudarme: un día anotaba mi nombre en un papel para que yo lo copiara; otro día me escribía otra palabra. Así fui aprendiendo. Yo me ponía a escribir y me concentraba en mi voz; ¡escuchaba mi voz!

Paqui Domínguez Sampalo (La Canchorrera, 1940) también aprendió por su cuenta, con la ayuda de una hermana que había tenido un maestro de campo. Y cogió soltura cuando su novio se fue a hacer el servicio militar obligatorio: «Yo iba poniendo las letras y le preguntaba a mi hermana. Y cogía el periódico ABC que leía el señor de la casa donde estaba *sirviendo* e iba uniendo las letras a ver lo que decían. ¡Y me salían las palabras!²⁵⁴».

María Dolores Lobón (Los Algarbes, 1928) es consciente de que se ha priorizado el estudio de los chicos frente al de las chicas, y lo cuestiona: «Mi padre decía que a los varones les hacía falta *de* aprender para poder escribir cartas cuando fuesen a la mili y que a las *hembras* no. Al final todos *sirvieron* aquí cerca, en Paloma Baja, y no les hizo falta escribir cartas». La necesidad de mantener la comunicación cuando alguien se desplazaba lejos del hogar atañía tanto a las mujeres como a los hombres, y de hecho muchas mujeres aprendieron a escribir por su cuenta motivadas por la necesidad de mantener el contacto con su novio, su hijo o su hermano; como hemos visto.

Luz Trujillo nació en Pedro Valiente hacia 1937. Ella aprendió cuando se tuvo que trasladar junto a su marido, guardia civil, a sus destinos: «Nunca pasé por una escuela. No sé cómo aprendí las letras pero cuando vine a la Escuela de Adultos de Tarifa ya escribía y leía los letreros. Yo creo que he tenido un don, porque he aprendido muchas cosas yo solita»²⁵⁵.

Algunas familias concertaban la enseñanza de un maestro de campo sólo para sus hijos. Luisa González Lozano (La Ahumada, 1937) desde niña trabajó

254 Domínguez Sampalo, Paqui (2006). *Memorias*. Cuaderno multicitado. Tarifa (Cádiz).

255 Díaz, Beatriz (2008). *Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos*. Atrapasueños y LitOral. Sevilla. Pág 84.

sirviendo en casas del campo. En cierta ocasión el maestro que iba a la casa avisó a los padres que aquella niña quería sumarse a las clases, pero ellos no pagaban por el aprendizaje de sus hijas y tampoco lo harían por la empleada. Luisa González aprendió por su cuenta: «Yo voy por ahí y todos los anuncios que haya los leo. Los números también sé hacerlos».

La moral sexual también influía en las oportunidades educativas de las niñas y de las mujeres. A Victoria Marín Delgado (Puertollano, 1939) no la dejaron asistir a la nueva escuela rural de Puertollano, que estaba muy cerca de su casa: «Me dijeron que a esa edad no debía andar con los maestros».

Los padres de Luz Alba Gómez (El Huerto del Cojo, Poblana, 1938) pagaron por la enseñanza de sus cuatro hijos y de la hija mayor. Luz piensa que pagaron por la primera hija «porque entonces no tenían la carga de hijos». Las otras tres hijas no tuvieron la opción de estudiar con un maestro de campo.

En el caso de Josefa Iglesias Canas (Tarifa, 1943), criada en la cañada de Matatoros, sus padres consideraban suficiente con que las niñas aprendiesen a leer el catecismo para hacer la primera comunión: «Cuando tenía diez años me llevaron a Tarifa con mi abuela por unos meses y me metieron en la escuela. Aprendí a leer y a firmar. Ya con eso hice la comunión y me mandaron de vuelta para el campo, a trajinar y a lavar. A escribir no aprendí. Y mi hermana, igual: vino por unos meses, hizo la comunión, ¡y vuelta para el campo a trabajar!».

Fuese por su cuenta, con ayuda de gente cercana, con maestros de campo o en escuelas particulares, hay constancia de que muchas mujeres sin oportunidades de escuela ni de enseñanza privada aprendían a leer y escribir y a hacer operaciones sencillas. Muchas personas entrevistadas nacidas en los años veinte a cuarenta del siglo XX han aportado referencias de abuelas, madres y tías cuyas que sabían leer y escribir, lo que sitúa su aprendizaje en el siglo XIX. Victoria Marín Delgado (Puertollano, 1939) explica sobre las mujeres de su familia:

En Puertollano no creas, que las niñas se interesaban mucho por aprender, y casi todas sabían. A mi madre la crió una tía suya, Juana Meléndez, y ella sabía leer muy bien. ¿Cómo aprendió? La madre de Juana, mi bisabuela, se crió en la Casa Cuna de Cádiz²⁵⁶. Ella aprendió allí, sabía de costura y era muy religiosa. Y con doce años la adoptó una familia que vivía en Puertollano.

Y las hermanas de mi padre también leían muy bien. De noche cogían una novela, una de ellas leía y las otras escuchaban. ¡Daba gloria escucharlas leer!

256 La Casa Matriz de Expósitos de Cádiz o Casa Cuna fue fundada en 1621. En el siglo XIX se adscribieron a ella las hijuelas de expósitos de Tarifa y otras localidades de Cádiz.

Un vecino llamado José Araújo se iba a enseñar donde había muchos varones, porque antes se prefería que aprendieran los hombres más que las mujeres. Yo me pegaba a ellos para aprender. Por eso cuando vino el maestro Del Castillo a enseñarnos yo ya sabía escribir algo.

No es raro que en la familia ellas fueran quienes leían y escribían para sus maridos. Las referencias recogidas son diversas. Iniciado el siglo XX la madre de María Dolores Lobón Jiménez (Las Piñas, 1901) aprendió con el maestro de campo Iluminado. La madre de Juan Díaz Vasallo y sus tías aprendieron con el maestro Juan Mena en la zona de La Costa hacia 1910. La madre y la tía de Antonio Gil Marín aprendieron en el cortijo La Campana de Puertollano entre 1910 y 1915 con un maestro de apellido Sánchez. La madre de Alfonso Alba Escribano, nacida en el cortijo de Ramos en 1916, y algunas primas suyas, sabían leer y escribir correctamente y sin faltas de ortografía; tuvieron a Diego Lozano como maestro a principios de los años veinte.

Las mujeres se esforzaban en buscar formas de aprender: con los cuadernos de sus hermanos, «mirando por encima» en las clases del maestro o por su cuenta. Pepa Calderón, de La Dehesilla, aprendió escuchando a la maestra que daba clases en el cortijo donde ella trabajaba *sirviendo*. Cuando tenía doce o catorce años, María Dolores Lobón se asomaba «por detrás del maestro» y anotaba las cuentas que ponía a sus hermanos, hasta que aprendió a sumar y restar. Lo mismo que Luz Alba Gómez y muchas otras mujeres.

En ocasiones el interés que ellas mostraron convenció a familiares y maestros para apoyar su aprendizaje. Así le sucedió a Antonia Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1927): «Cuando yo tenía ya unos veinte años el maestro Sebastián Romero Delgado iba por la casa para dar lección a mis hermanos. Yo ya había aprendido algo con mi prima Antonia y cuando él se ponía a preguntar yo les decía a mis hermanos, “¡Mira que lo voy a decir yo antes!”. Ya el maestro se interesó por mí y me daba lección».

... Y lo mismo a Antonia Delgado Gómez (La Ahumada, 1939):

Éramos seis hermanos y yo soy la más chica. No había agua ni había luz, y la casa era una choza. Mi hermana Isabel y yo nos sentábamos a la vera del *fogarín* con el *periquillo de gas* a hacer *croché*. La casa negra de humo, ¡y por la mañana se sonaba una los mocos y eso era tizna! Y no había ropa de lluvia: un saco amarrado a la cintura, otro saco de capucha y unas chanclas de goma.

Hacia 1946 el maestro Andrés Señor venía a dar clase a mis hermanos. A mí me gustaba cómo explicaba y siempre estaba encima mirando. Entonces mi madre le dijo, «¡Venga, dale clases también a la niña!». ».

Después seguí aprendiendo por mi cuenta. Con cartillas, iba juntando las letras e iba leyendo. A mí me gusta leer. Leo para mí, no para los demás. Mi letra es muy fea y mi firma también, pero a mí no me importa que sea fea. Lo que me hace falta me lo escribo y sólo yo lo entiendo.

La vida comunitaria facilitó la transmisión oral y la lectura y escritura para el grupo. En espacios masculinos como ciertas fábricas y en las ventas existían lectores. Juan Quero describe lo que él conoció:

En las ventas siempre había un lector. En la venta de mi padre leía Francisco López el barbero y cuando se cansaba de leer lo sustituía yo. Por las noches iban muchos hombres a la venta a escuchar leer las novelas por entregas. Algunos ganaderos aunque no sabían leer estaban suscritos a novelas y las llevaban a la venta para que las leyéramos. Y periódicos siempre había en el ventorrillo. Quien pasaba por un pueblo cercano traía uno, y a Francisco y a mí a veces nos daban las tantas leyendo²⁵⁷.

Las mujeres, ese cincuenta por ciento de la población que socializaba en la propia vivienda, en patios y en general en espacios privados, también desempeñaron el papel de escritoras y de lectoras. Bernarda Ruiz, tía abuela de Antonio Morando (Betijuelo, 1931), leía novelas por fascículos, al igual que Nina Campano: «Todo el invierno lo llevábamos escuchando a mi abuela leer novelas», recuerda Morando. Teresa Almagro, criada en La Línea, comenta sobre la lectura de novelas en el patio donde vivía: «Cuando había algo triste llorábamos juntas y, si se trataba de un suceso alegre, se reía»²⁵⁸. Leyendo en voz alta se facilitaba la escucha y el intercambio de impresiones, lo que ayudaba a dar cohesión al grupo y a construir pensamiento.

Iluminada Rodríguez, hija del maestro Iluminado, escribía cartas por encargo a las mujeres mayores del Puntal del Alamillo, donde vivía. Aprendiendo por su cuenta o con el apoyo de otras mujeres que sabían leer y escribir, desde tiempo inmemorial las mujeres han conseguido mantener contacto con los hombres de la familia que estaban fuera. Durante las guerras las vecinas escribanas ayudaban a cartearse con aquellos destinados al frente y con los familiares que se habían convertido en desplazados de guerra, exiliados o refugiados.

Hemos visto que muchas mujeres enseñaron en escuelas rurales con precarias condiciones y mal comunicadas. Unas tenían formación en Magisterio. Otras, aunque sin titulación, eran consideradas idóneas. Cuando las maestras

257 Adaptado de Díaz, Beatriz y Quero, Juan (2007). *Memoria de Juan Quero*. Asociación LitOral. Granada.

258 Adaptado de Díaz Martínez, Beatriz (2011). *Camino de Gibraltar; Dependencia y sustento en La Línea y Gibraltar*. Delegación provincial de la Consejería de Salud en Cádiz. Junta de Andalucía. Cádiz.

tenían que ausentarse dejaban a mujeres de su confianza a cargo de su escuela y no era extraño que estas sustitutas hubiesen aprendido con maestros de campo: Chari Gutiérrez (El Rocinejo, Alcalá de Los Gazules, 1950) sustituía a su maestra en la escuela rural de El Rocinejo. Y lo mismo una hermana de Camila Jiménez Trujillo (cortijo de Las Piñas, 1927):

Cuando mi padre murió, mi hermano Pepe, que vivía en Salaviciosa, le hizo allí una casita a mi madre. Mis hermanas aún estaba solteras y se fueron con ella a esta casa. La maestra titular que daba clases se llamaba Josefina y venía de Ceuta. A una hermana mía le gustaba mucho leer y aunque ya era mayor seguía yendo a la escuela. Josefina tuvo que irse una temporada y la dejó a cargo de la escuela. Y ella, ¡poco contenta que estaba de dar clases!

Sabemos de madres y abuelas que enseñaron a sus hijas, y de mujeres del campo que tomaron la iniciativa de organizar grupos de enseñanza para niños y niñas vecinos. Entrados los años sesenta, María Trujillo Gil enseñaba a un grupo de niños y niñas en su casa de Arroyo Viña; y Francisca Delgado Cote hacía lo propio en La Ahumada a finales de los años setenta. Los cinco hijos de Antonia Delgado Gómez (La Ahumada, 1939), nacidos entre 1967 y 1971, antes de ir al internado estudiaron con ella. Antonia le pidió a Francisca, «¿por qué no das unas clases a los niños, para que cuando vayan al colegio lleguen *arrancaítos?*». Manoli Delgado detalla:

Mi prima Francisca Delgado aprendió con el maestro de campo José Pecino Ríos. Cuando fue algo mayor daba clases en la cocina de la casa a unos quince niños de edades variadas. El más pequeño tendría seis años, yo tendría siete u ocho, y los mayores tendrían doce o trece años. Se sacaba un dinerillo y al tiempo nos ayudaba. Nos preparó duro. Sabíamos escribir y leer del tirón (sin puntos ni comas), sumar, restar, dividir por todas la cifras... ¡Yo no he hecho en el colegio problemas tan difíciles como los que me ponía mi prima!

La existencia de mujeres de cultura adquirida por su cuenta que enseñan a leer y escribir rompe la norma social que prioriza la educación de los hombres frente a la de las mujeres y que exige preparación formal para enseñar. Hemos conocido también a mujeres enseñando a niños y niñas en las escuelas particulares y *migas* de los pueblos, adaptándose durante su vida laboral a las necesidades educativas de su comunidad y a las circunstancias históricas. Su afán de compartir saber y de dar oportunidades a su gente les impulsó a ejercer una triple transgresión: avanzaron en su formación por su cuenta, no siguieron el modelo estándar de familia y fueron autónomas económicamente.

6. DEL CAMPO A LA ESCUELA DEL PUEBLO

En la escuela el maestro le hizo un pequeño examen y el niño respondió a todo muy bien. Yo les expliqué que mi hijo había aprendido con un maestro de campo.

NINA CAMPANO RÍOS
Facinas, 1937

A partir de los años setenta los maestros ambulantes se hicieron menos necesarios, debido a la crisis del campo que provocó la migración a las ciudades. Entre las causas concretas de esta crisis migratoria, las personas entrevistadas mencionan el empobrecimiento de los pastos por la siembra de eucaliptos, la persecución al ganado cabrío, la peste porcina, la reducción del uso del carbón, el uso de herbicidas, el vallado de las fincas, el abandono de las pequeñas explotaciones ganaderas... y la mecanización de la agricultura²⁵⁹.

María Dolores Lobón Jiménez (Los Algarbes, 1928) recuerda aquellos años: «La gente decía de irse porque aquí entonces no había trabajo. Mis hermanos cuando tenían veintitantos años levantaron alas. Cuatro se fueron a Jaca, otro a Zaragoza y el mayor al Brasil». Y Manolo Lara Ríos (Los Majales, 1936) rememora:

Llevaba once años *hablando* a mi mujer y ya me quería recoger. Yo estaba trabajando con mi padre en el campo pero mi padre no me pagaba. Cuando me fui no me despedí de mi padre ni de mi novia. En 1962, en Barcelona, el que menos ganaba ochenta pesetas. Era una diferencia muy grande con Tarifa. Yo buscaba trabajo a destajo para ganar más. Me dediqué a cortar madera. Eran trabajos duros. Y cogíamos domingos para hacer la cimentación de una casa, por ejemplo, que lo pagaban bien. Había días en que ganaba seiscientas pesetas. En el año que

259 Quero González, Juan (1997). *Historia de Facinas y campiña de Tarifa, según Juan Quero*. Editan Agrupación Socialista de Tarifa y Diputación de Cádiz. Págs 101-102.

estuve allí ahorré veinte mil pesetas. Como con eso ya podía casarme, y me vine a Tarifa de nuevo.

A finales de los años sesenta se abrió en Tarifa la Residencia Escolar o Escuela Hogar, y lo mismo en otras localidades de El Campo de Gibraltar. En la provincia de Cádiz las residencias escolares fueron especialmente necesarias, dada la numerosa población rural que vivía en zonas montuosas y fincas agrícolas, y las precarias comunicaciones rodadas y accesos. Pedro Sánchez Godino, director de la Escuela Hogar de Tarifa, explica:

Durante los primeros años las residencias escolares convivían con las escuelas rurales. Una plaza en una residencia representa una beca o apoyo para alojamiento y comida. De momento se llenó: la gente tenía inquietud por que sus hijos aprendieran y, antes como ahora, se pensaba que en una ciudad se enseña mejor que en el campo. Había muchísima demanda y se dormía en literas de tres. Era un alumnado con un carácter muy agradable, que gustaba a los maestros y a cualquiera. Ahora mismo la parte de población rural en estas residencias es mínima.

La Residencia Escolar daba ciertas posibilidades a las familias que escogieron permanecer en el campo. Pero pasarían años hasta que contaron con transporte escolar. Pepi Pacheco España (Los Boquetillos, 1965) subraya el esfuerzo que suponía a las familias el desplazamiento a Tarifa:

Muchas niñas y niños de mi edad que vivían donde nosotras, entre ellos algunos primos míos, fueron a estudiar a la Escuela Hogar en Tarifa. El trayecto no era sencillo. Los padres los llevaban en caballo o en burro hasta San José del Valle y desde allí iban en el autobús de línea a Tarifa. Se quedaban dos semanas en la residencia. Allí entonces no había teléfono, así que esas dos semanas no tenían comunicación con la familia. Mi madre no quiso que fuéramos a esta escuela; le daba mucha pena que nos separásemos de ella.

Eduardo del Río (Tarifa, 1944) internó a sus hijos en la Escuela Hogar para que pudieran estudiar. Su suegro no entendió su opción:

Mi hija mayor nació en 1967 en Ribera de los Molinos. Estuvo yendo a la escuela rural del Santuario y no quiso estudiar más. Los demás, nacidos en 1974, 1977 y 1980, estuvieron internados en Tarifa desde que tenían seis años. Iban en un Land Rover que llevaba a unos cuantos chiquillos los lunes por la mañana. El viernes almorzaban en casa de los abuelos y yo los llevaba para arriba. Hasta que tuve el carné y yo mismo los traía y los recogía. Llegaba mi suegro a casa y me decía, «¡Yo no he visto

otra cosa igual! ¿Para qué los tienes metidos en esa escuela si te hacen falta aquí en el campo? Uno para las cabras, otro para las ovejas y otro para las vacas». Los *antiguos* iban a lo suyo.

Una minoría de las familias podían llevar a sus hijos e hijas personalmente y a diario. Quien tenía familiares en el pueblo o en un núcleo cercano a una escuela rural los mandaban con ellos. Por ejemplo, a la hermana pequeña de Mari Luz Araújo del Río (cortijo de Perico Núñez, 1948) la llevaron con su abuela, de modo que pudiese asistir a la nueva escuela rural de Betis.

Algunas familias se trasladaron al pueblo más cercano donde sus hijos e hijas pudiesen estudiar. En los años sesenta Curro Gutiérrez (Guadalmesí, 1934) decidió dejar el campo y como no le convenía la opción del internado en Tarifa se trasladó a Algeciras. Los hijos de Juan Díaz (Oliveros, 1931) empezaron a estudiar en la Escuela Hogar de Tarifa y con el tiempo la familia se trasladó a Tarifa:

Para hacer los *mandaos* teníamos que ir a Tarifa con un burro, porque no había camino. Mi primer hijo nació en 1961. Entonces llovía mucho, yo no tenía coche y como yo, los demás vecinos del campo. El niño iba a Tarifa solo, montado en un burro. Llegaba lleno de barro y mi madre, que estaba en Tarifa, le tenía preparada ropa limpia para ponerse antes de entrar en el internado. Pero a él no le gustaba. Cuando lo prepararon para hacer la primera comunión me dijo, «yo no voy más a la escuela». Entonces lo puse con el maestro don José el Gordo. A los demás hijos iba a recogerlos a Tarifa los fines de semana y me los llevaba para el campo. Y hacia 1980 decidimos venir a vivir a Tarifa.

Hacia 1974 Petra Ballesteros Ballesteros (molinos de Puertollano, 1962) empezó a ir a la Escuela Hogar de Tarifa con vecinos que tenían coche. María Gil Gil, nacida en los años treinta en los molinos de Puertollano, durante muchos años llevaba en su Land Rover hasta Tarifa a los niños y niñas de la zona. Compaginaba esta tarea con el amasado del *pan macho* y con la atención al huerto y al ganado.

En La Ahumada y en La Costa la situación era similar. Los hijos de Juan Atanasio (La Ahumada, 1938) empezaron a estudiar con el maestro José Pecinos Ríos y después fueron a la Escuela Hogar. Un vecino llamado Chan Delgado recogía a los niños en su Land Rover los lunes por la mañana y los traía de Tarifa los viernes.

Manoli Delgado Ortiz (La Ahumada, 1970) repasa su transición del aprendizaje en el campo al aprendizaje en la escuela:

A finales de los setenta la mayoría de los niños del monte Ahumada iban a la Escuela Hogar, porque ya no les requerían para ayudar en casa. Algunos no acababan el graduado por falta de motivación. Recuerdo a un vecino que salía corriendo por el monte porque no quería ir a Tarifa y el padre iba detrás de él. Otros sí: mi vecino hizo Graduado Social, otra Formación Profesional en Agraria y otro Mecánica.

Yo lloraba porque no quería ir al internado. En 1979 mi padre decidió sacarse el carné de conducir y se compró un seiscientos de segunda mano para llevarnos a mi hermana y a mí a diario a la escuela de Los Pastores, en Algeciras. Más adelante se sumaron mi hermano y dos vecinos.

El exámen de ingreso lo hice bien, menos la geometría: me pidieron dibujar «un cubo», ¡y yo pinté un cubo de fregar! Por eso me metieron en segundo. Me ponían trabajo complementario para avanzar. Cuando te has criado en el campo, acostumbrada a unas relaciones de vecindad muy sanas, separarte de tu gente con esa edad es un choque. Recuerdo un niño que me llamaba *campera* y se metía con mi forma de vestir. Luego te adaptas, disfrutas de las novedades...

Actualmente La Ahumada y los diseminados al este del término municipal no disponen de transporte escolar. Esperanza Sánchez (Tarifa, 1938) señala que todavía la gente del campo tiene que ponerse de acuerdo para compartir coche si quieren ir al mercadillo local de los martes o hacer otras gestiones. Lejos de mejorar, las opciones de transporte público se han reducido en las últimas décadas al albur de los recortes sociales.

¿Cómo se adaptaron a la escuela esos niños y niñas que habían iniciado su aprendizaje con maestros de campo? Chari Gutiérrez (El Rocinejo, Alcalá de los Gazules, 1950) estudió con el maestro Fausto Ruiz y llegada la edad convenida entró en un colegio de monjas de Alcalá para poder hacer la comunión; pronto se dio cuenta de que iba más avanzada que sus compañeras. Juan Antonio Canto Pérez (Villamartín, Cádiz, 1955), que también aprendió con Fausto Ruiz, tuvo igual sensación cuando llegó a la escuela rural de Las Abiertas (Arcos de la Frontera, Cádiz).

Gloria Tejado Campos (El Chaparral, 1960), hija del maestro José Tejado Navarrete, entró en la Escuela Hogar hacia 1968: «Tenía ocho años. Como había aprendido bastante de escuchar a mi padre dar las clases, sobre todo matemáticas y escritura, me metieron en tercero directamente. Esto pasaba con muchos niños que habían aprendido con maestros de campo». Lo mismo le sucedió a Javiera Gutiérrez Delgado (Guadalmesí, 1963), que aprendió las primeras letras en una escuela improvisada con Juan Trujillo.

Nina Campano Ríos (Facinas, 1937) recuerda la buena adaptación de sus hijos Domingo y Cristóbal cuando fueron a la Escuela Hogar:

Yo vivía donde está el pantano de Almodóvar y hasta allí venía Alfonso Santander a dar clases a mis hijos mayores, que nacieron en 1963 y 1965. Mi Domingo se sabía las tablas de multiplicar estupendamente y leía y escribía sin faltas. Hacia 1972, cuando el maestro dejó de venir, empezamos a mandar a los niños a la Escuela Hogar. Domingo, que nunca se había despegado de mí, me decía, «si tú no lloras, mamá, yo tampoco lloro». El profesor le hizo un pequeño examen y él respondió a todo muy bien. Yo le expliqué que el niño había aprendido con un maestro de campo.

La enseñanza de adultos sufrió también una transición. Durante los cursos 1934-1935 a 1936-1937 en todas las escuelas rurales de Tarifa se daban clases de adultos en horario de tarde o noche²⁶⁰. Tras el final de la guerra se organizaron «cruzadas contra el analfabetismo», como eran denominadas, de tres meses de duración, y los maestros y maestras que participaron recibían un estipendio añadido por cada adulto matriculado. En los años setenta se intensificó el esfuerzo de la administración por la alfabetización de adultos. Algunos maestros de campo y maestras particulares se sumaron a esta misión: el maestro José Tejado participó de la enseñanza a adultos en Betis y la maestra Leonor Alba dio clases en las recién creadas «escuelitas de mayores» en Tarifa.

Con la creación de los Centros de Educación Permanente de Adultos a principios de los años ochenta, asistieron muchas personas mayores que en su niñez habían ido a la escuela o habían tenido maestro de campo; en unos casos con mejores resultados que otros. Al centro de Facinas fueron María Márquez, que había aprendido algo en las clases de su tío, Luz Manso, que no había obtenido provecho en la escuela pública, y Chán Álvarez, que recibió bastante preparación en la escuela particular de las Porronas y por su cuenta. Juan Antonio Canto acudió al de Cádiz y Lucrecia Marín al de Tarifa; ambos habían tenido maestros de campo en las fincas donde se criaron.

260 La documentación de archivo no alcanza a cursos previos a 1934-1935.

7. IMPACTO DE LOS MAESTROS DE CAMPO

El maestro de campo le dijo a mi abuela: «Yo no puedo enseñar más a tu hijo». Y se dirigió a mi padre: «Dar clases es tu trabajo; un día yo me voy a morir y tú tienes que seguir aquí de maestro».

ANTONIO MORANDO RUIZ
Betijuelo, 1931

Los testimonios expuestos no dejan lugar a dudas: la mayor parte de la población rural en Tarifa tuvo uno o varios maestros de campo durante su vida. Sus padres los buscaron expresamente o bien los aceptaron cuando éstos se ofrecieron a dar clases. Pagaron por ello en moneda, en especie o trabajaron para atenderlos en trueque por sus clases.

La necesidad y motivación para aprender, el interés por enseñar y la cultura comunitaria de apoyo y autogestión derivaron en una amplia cobertura de enseñanza no formal en el campo. Las habilidades lectoescritoras se concebían en el grupo familiar o de vecindad: la persona que sabía aportaba al grupo y cada miembro se beneficiaba de su saber. Esta enseñanza permitió la alfabetización funcional de varios miembros en cada familia y aportó herramientas para la cultura y la autonomía de la población rural.

La vida y el trabajo en el campo requería tramitar documentos y hacer cálculos para pesadas, para la compra venta de la producción, la planificación de los cultivos, la gestión y cuidados del ganado, el uso de productos químicos... La lectoescritura permitía arreglarse en estas cuestiones y en gestiones burocráticas como reclamar multas, tramitar bajas por maternidad, pedir ayudas para el campo, becas escolares o pensiones no contributivas. Muchas personas lograron sacarse el carné de conducir y acceder a plazas como guardias civiles, policías o jardineros municipales, con un salario mensual.

De una persona que sabía lo necesario se decía que «se defiende»: se defiende ante la burocracia administrativa. En esos trámites complejos pero imprescindibles

para tener ciertas opciones en la sociedad, de quien apenas sabía arreglarse se decía que «no sabe ni poner su nombre» o que «firma con el dedo (o *deo*)». Poner el nombre propio o firmar es y era una forma de afirmar la identidad. Por el contrario, tener que firmar con el dedo era un exponente simbólico del sentimiento de indefensión²⁶¹.

El afán de saber y la motivación de aprender

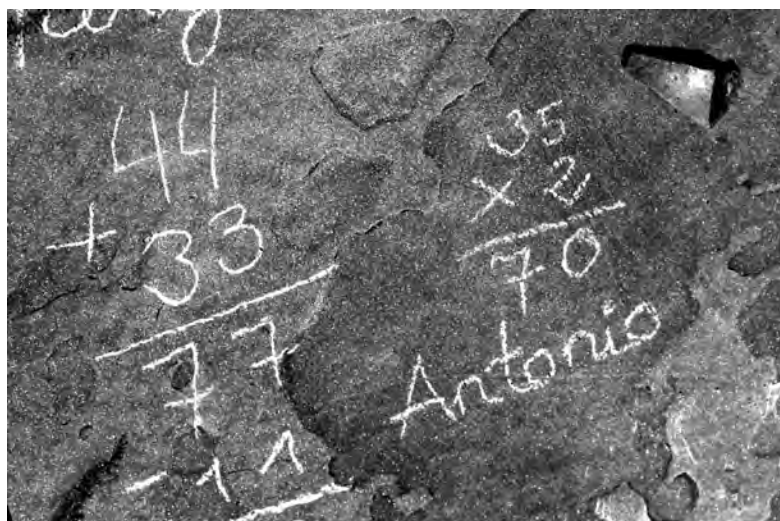
En general las personas entrevistadas, sus conocidas y familiares, han aprendido con un maestro de campo más o menos tiempo, en un contexto más o menos favorable. Algunas personas no estudiaron porque a sus padres no les preocupaba o porque en ese momento ellas mismas no lo valoraban. Y algunas familias no dieron iguales oportunidades a sus hijas.

Tanto los niños como las niñas eran necesarias en las faenas del campo y de la casa. La mayoría no podía estudiar con horario de mañana en una escuela rural (si es que existía en un radio de pocos kilómetros), pero sí podían contar con un maestro que les diera clases a su regreso del trabajo, incluso mientras guardaban el ganado. Las familias eran conscientes de su falta de oportunidades. Sus testimonios nos hablan de múltiples formas de sortear la imposición de la ignorancia en busca de las posibilidades que da el saber.

Escribir en las piedras o en la tierra mientras se guardaba el ganado, esa primaria forma de autoaprendizaje mencionada por Manolo Lara Ríos y por Luz Alba Gómez, pone en valor la gran motivación de las niñas y los niños del campo. Gaspar Reyes Fernández, que nació en el Puntal del Alamillo en los primeros años treinta, me escribió por correo lo siguiente: «Nací debajo de dos chaparros y me crié en La Canchorrera, hijo de Andrea Fernández y de Miguel Reyes. Yo fui uno de los que tuvo que aprender en el campo guardando vacas, ovejas, cochinos... escribiendo en las losas de piedras y pizarras, en la tierra y donde se podía; y con la generosa ayuda de personas que sabían leer, escribir y las cuatro reglas».

En el recorrido educativo se iban sumando opciones: la enseñanza por los padres y hermanos (cuando no pasaban maestros por la zona), el autoaprendizaje, los maestros de campo, la escuela rural (si existía) o las clases particulares, siempre con el apoyo de familiares o personas cercanas. Antonia

261 Fimar imprimiendo la huella digital del dedo índice.



«Escribiendo
en las losas...».
FOTOGRAFÍA
DE BEATRIZ
DÍAZ MARTÍNEZ.

Gil Serrano lo explica así: «Éramos siete hijos, tres varones y cuatro *hembras*. Nosotros sabemos todos; algo aprendimos. Venía un maestro a mi casa pero mi padre decía, ¿cómo voy a tener suficiente para ponerlos a todos con el maestro? Aprendíamos unos con otros. Los mayores que sabían nos enseñaban a los demás».

La gente de otras localidades que pudo prepararse en escuelas, cuando fue a trabajar al campo constató las necesidades educativas de la población local y participó en su enseñanza. Éste es el caso de forestales y guardas de montes como José Ojeda Aldaya, José Parralo y Juan Pérez, que fueron también maestros en el campo. Manolo Lara conoció a Juan Pérez trabajando como guarda municipal de montes en La Peña en los años sesenta. Don Juan, como era conocido, preparó a muchos lugareños para los exámenes de ingreso en la Guardia Civil y en la Policía.

Hubo soldados de destacamentos y guardias civiles destinados en zonas aisladas que dedicaron sus tardes a enseñar a las familias. Y en los mismos cuarteles se enseñaba a los niños y niñas de la zona. Antonio Morando explica: «Los carabineros daban clases en los cuarteles de Casas de Porro, La Peña, Bolonia... El mando decía, “que vengan los niños aquí”». Aprovechando sus viajes a zonas urbanas, los militares compraban por encargo libros, cuadernos y material de escritura para la gente del campo.

Mari Luz Araújo del Río sabe que su padre buscó para sus hijos las oportunidades que él no tuvo: «Cuando mi padre era joven se vio en Melilla enfermo sin poder escribir una carta a su madre. Un amigo suyo le escribía las cartas y se las leía. Por eso se dijo que sus tres hijos tenían que saber leer y escribir, y se

esforzó por conseguirlo». El padre de Candelaria Ibáñez trataba de motivarla: «Él quería echarse a la *recova* en una bestia. Para animarme a estudiar me decía que yo tenía que ayudarlo ajustando las cuentas. Como yo no quería estar todo el día fuera de casa, él me decía que íbamos a conocer muchos lugares y a mucha gente».

El padre de Manolo Lara se preocupó siempre de que sus hijos y convecinos contaran con alguien que los enseñase. Cuando un maestro dejaba de venir por la zona, quizás por su avanzada edad o porque cambiaba de ruta o de trabajo, él buscaba a otro que lo relevase. Manolo Lara explica:

Mi padre, como llevaba algunas dehesas del Ayuntamiento, iba todos los días a Tarifa con la bestia. La gente dejaba las bestias en las posadas mientras vendían la verdura o los huevos y con lo que sacaban compraban azúcar, el cafelillo, el tabaco... Mi padre llegaba a una posada, se liaba a charlar con uno que buscaba trabajo y si veía que sabía un poco más le animaba, «vente con nosotros, te dejamos una casa y das clases a los chiquillos». Así ellos conseguían *escapar* por un tiempo y nosotros siempre teníamos quién nos enseñase.

La transmisión del saber en generaciones y décadas

Las referencias orales sitúan esta forma de enseñar extensamente en la línea del tiempo y en el espacio. No es circunstancial a un lugar o época. La enseñanza o alfabetización no formal no se instauró sólo ante la ausencia de escuelas rurales; al contrario, surgió antes que éstas y convivió con ellas, completando la cobertura de enseñanza o cubriéndola por completo, allí donde las escuelas se abandonaron. Como concluye Narciso de Gabriel respecto a las *escolas de ferrado* en Galicia, el sistema de escuelas públicas se implantó en un contexto donde ya existía escuela²⁶².

En Tarifa los maestros de campo trabajaron hasta los años sesenta y, allí donde fueron necesarios y hubo demanda, hasta los ochenta. Cien años después de crearse la norma y la institución educativa, en una parte considerable del mundo rural se aprendía sin éstas.

Se dio en diseminados montuosos menos accesibles y también en valles bien comunicados. En cada zona varias personas más o menos preparadas asumieron la tarea, se repartieron caseríos y se sucedieron en el tiempo. Antonio Iglesias

262 Ver: De Gabriel, Narciso (2009). «A cultura escolar popular e as escolas de ferrado». *Eduga* 55. *Revista galega do ensino*. Págs 66-72. Xunta de Galicia.

enumera los maestros que tuvo en su infancia y juventud: «Mi padre, que había aprendido con maestros de campo, fue quien primero me enseñó a leer. Cuando empecé a ayudar en casa el maestro Ángel Morando me daba clase una hora y después ya me iba con los animales. Luego aprendí con Tejado Navarrete, otro tiempo con Juan Ruiz Ríos y por último con José Pozo, que me preparó para el examen de la Guardia Civil, donde ingresé con veintitrés años».

Las familias que trabajan al servicio de terratenientes y se desplazaban con frecuencia, en general contaban con maestros ambulantes allí donde eran destinadas. Éste es el caso de Mari Luz Araújo del Río: «Mi primer maestro se llamaba don Juan y lo tuve con seis años, hacia 1955, en la Huer-ta de don José (Cuatro Vientos). Le dejaron una habitación muy grande del cortijo y allí íbamos todos los niños de La Palmosilla, Cuatro Vientos, La Peña, El Torrejón... Nos fuimos a un cortijo de Mijas comprado por el dueño de Cuatro Vientos y allí nos daba clase uno que se llamaba Antonio, muy calladito».

La función y oficio de maestro de campo se conformó, como es natural, con las mismas pautas de organización de la comunidad rural en el contexto de aislamiento y supervivencia: autonomía, apoyo entre iguales, red de comunicación y confianza, acogida y trueque... Y con una ética de respeto y sociabilidad en pro de la convivencia.

La vecindad y la amistad, canalizadas por estos valores ligados a la necesidad, se fundía con la red familiar. Así, los maestros de campo que llegaron de otros lugares forzados por la represión o por el estigma y en busca de un jornal se hicieron amigos de las familias del lugar y contaron con su protección. Muchos se casaron con vecinas del lugar. Gracias a esta acogida que se refuerza con la confianza y la conversación, las alumnas y los alumnos entrevistados conocen de sus maestros mucho más que su nombre y apellidos. Por eso precisamente hemos podido seguir el rastro de muchos maestros y conocer una parte de sus vidas.

En cada valle, dehesa, monte o finca, en cada cortijillo o choza, y a lo largo de las décadas en que tenemos referencias orales, las personas que han vivido allí han sabido de maestros de campo. Y cada persona entrevistada ha conocido a lo largo de las décadas a varios maestros de campo.

Respecto a los padres y abuelos que se habían criado en la zona, alguno entre ellos sabía leer y escribir. Lo que significa que habían aprendido con maestros de campo, o bien por su cuenta y con el apoyo de vecinos y familiares. Manuel Reiné hace repaso: «Mi padre, nacido en 1901, vivía en Barranco Hondo. Su

familia y otros vecinos habían aprendido a leer y escribir con un maestro de campo. El hermano de mi padre, que era un amante de la cultura de los libros, tuvo también maestro de campo desde 1908 en adelante».

Los abuelos paternos de Juana Iglesias, criados en la cañada de Matatoros, sabían escribir. También su abuela materna, criada más abajo de Arroyo Viñas. Y los abuelos de Pepa Muñoz Trujillo: «Mi abuela paterna, que nació hacia 1874, y mi abuelo, sabían leer y escribir. Mi padre nació en 1911 en el cortijo de la Ese o de la Curva, y mi madre nació en 1910 y se crió en Arroyo Viña. Ambos sabían leer y escribir».

La enseñanza de los maestros de campo fue suficiente para que algunos alumnos o alumnas pudiesen a su vez dar clases. Dolores Ruiz aprendió con el maestro Navarrete y enseñó después en la escuela ermita La Gloria. Antonio Escribano aprendió con su madre, que a su vez había estudiado con el maestro Diego Lozano. Leonor Alba Lozano, que se dedicó a la enseñanza toda su vida adulta, se alfabetizó con su tía, que había aprendido a finales del siglo XIX escuchando «por detrás» al maestro José Castillo Noria, mientras éste enseñaba a sus hermanos.

Esta forma de enseñanza no necesitaba de propuesta o impulso externo: la comunidad local la promovía y la sostenía. Aquellas personas que sabían más podían escoger la enseñanza como forma de sustento, ya que «era una forma menos dura de ganarse el pan». Y ese saber, por otra parte, les generaba el compromiso de ejercer en su comunidad, para que siempre hubiese quien enseñase a las familias. El maestro Iluminado, que enseñaba a Ángel Morando, le dijo: «Dar clases es tu trabajo; un día yo me voy a morir y tú tienes que seguir de maestro».

Parece claro que los maestros anarquistas y socialistas que enseñaban en diseminados y cortijos a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX imbricaron su compromiso político en un oficio ya existente. Ellos, que eran parte del pueblo, escogieron transmitir sus ideas y mejorar el saber y la cultura de su gente trabajando como maestros ambulantes o creando escuelas particulares.

El oficio se heredaba de padres a hijos o de yernos a suegros. Se ejercía en familia. Se traspasaba: unos maestros llegaban a trabajar a una nueva zona de la mano de otros. La enseñanza podía asentarse en la convivencia laboral: es el caso de maestros que enseñaban a sus compañeros de trabajo, *segaores* o carboneros. ... Y podía vincularse a otros oficios ambulantes: Juan el Jopúo y Antonio Gómez eran barberos. Wenceslao Corral Sierra y Fernando Ovalle eran practicantes; una función muy demandada en esos

tiempos, pues muchos medicamentos se ponían por vía inyectable. Y José Pecino Ríos y José Tejado Navarrete hacían trabajos de carpintería.

Una enseñanza integrada

Esta forma de enseñanza se adaptaba a la realidad social del entorno: un territorio montañoso con deficientes comunicaciones y poblamiento disperso, de vida familiar vinculada a la agricultura y ganadería, y por lo tanto con horarios de disponibilidad de estudio variables según la edad del alumnado y la época del año, y necesidades de aprendizaje diversas.

El maestro ambulante atendía a personas de todas las edades. Llegaba hasta el lugar donde hubiese demanda. En un contexto de supervivencia precaria sabía que podría comer y tendría un camastro donde dormir allí donde le coincidiese en su ruta, fuese un cortijillo o una choza. La ausencia de mobiliario no impedía dar las clases. Se aprendía en grupos mixtos, se requería el apoyo mutuo entre alumnos de diferentes edades y niveles, y se optaba por el pequeño grupo.

Cuando las clases se daban en el espacio de vida familiar o cerca de éste, era posible cierta flexibilidad de horarios y atención. Padres o madres supervisaban y a veces se animaban a aprender mientras hijos e hijas hacían la tarea para el día siguiente. Otros se alfabetizaron tiempo después, con la ayuda de sus propios familiares, en clases particulares o en Centros Públicos de Adultos. Para compaginar el pastoreo en el campo con el aprendizaje, ciertos maestros se acercaban allí donde los niños guardaban el ganado. En algunos diseminados se ayudaban entre varios niños y niñas para atender a las clases sin descuidar el ganado.

Algunas personas entrevistadas recuerdan a maestros que intentaron abusar sexualmente de niños que guardaban el ganado en el monte. Al tener conocimiento, las familias dejaron de retribuir al maestro y suspendieron las clases, y el maestro dejó de frecuentar la zona. No he recibido referencias de abusos a niñas: ellas estaban más vigiladas y en ocasiones, como medida preventiva, no las dejaban asistir a clases fuera de casa. De cualquier modo, la vergüenza y la culpa impuestas en la moral de la mujer condicionan aún el silencio respecto a esta realidad.

Manuscritos y enciclopedias marcaban casi siempre la pauta de las clases; la mayor parte de los maestros seguían el método tradicional que habían conocido de niños; el mismo que era empleado en la escuela formal. Ciertos maestros ambulantes pegaban o imponían castigos a los niños y niñas. Algunas personas

subrayan que su maestro nunca les levantó la mano. Situaciones que también se comentan respecto a la enseñanza en la escuela pública.

Algunos maestros más motivados y preparados como Lorenzo Vázquez, Fausto Ruiz, José Tejado Navarrete y Andrés Señor, buscaron fórmulas de enseñanza más abiertas y adaptadas: lecturas y debates en grupo, ejercicios al aire libre vinculados al entorno y atención específica a cierto alumnado con necesidades especiales. Éste fue el caso de Carmen Jiménez (de El Chaparral), afectada de poliomielitis, y de Andresillo (de El Conde), que era sordo.

Una enseñanza laica

Avanzada mi investigación añadí estas preguntas en el largo guión de entrevista: ¿Los maestros de campo incluían la religión católica en su enseñanza? ¿Enseñaban a rezar? ¿Preparaban a niños y niñas para la comunión? En general las respuestas fueron similares. La mayor parte de los maestros ambulantes no enseñaban religión católica, ni antes de la guerra de 1936-1939 ni durante el franquismo. A muchas personas les resultaba tan obvio que se sonreían ante mis preguntas.

Históricamente la religión católica ha tenido importante peso en la vida social del país, lo que incluye la educación. Durante el franquismo tanto en las escuelas públicas como en las privadas la enseñanza de la religión católica se hizo obligatoria y los valores nacional patrióticos fueron una rígida imposición. Pero en el mundo rural aislado no existía tal obligación, según explica Antonio Escribano Pacheco:

En el campo en aquellas fechas no había ninguna formación religiosa. La formación religiosa no venía de los abuelos ni de los padres. Ellos no la tenían, así que no podían transmitirla.

La gente del campo iba a las romerías pero no tanto por la cuestión religiosa sino por la costumbre de la fiesta que se hacía en torno a aquello. Como había cierta distancia entre los ranchos, en las romerías la gente joven aprovechaba para conocer a alguna chavala o algún chaval. En el campo, las fiestas tenían ese objetivo: bailaban y cantaban el *chacarrá*, y muchas veces las declaraciones de amor se hacían cantando. La chica ya sabía que la copla iba destinada a ella y así empezaban las relaciones.

En este contexto, sólo contados maestros enseñaban religión. Carmen Jiménez recuerda: «El maestro Pozo nos preparó para la comunión cuando

éramos bastante mayores. Llegaron y dijeron que teníamos que hacerla». En El Hornillo (Arcos de la Frontera, Cádiz) el maestro Fausto Ruiz enseñaba el catecismo los sábados a petición de los padres. En otras zonas donde enseñó no incluyó esa disciplina. A Alfonso Santander le encomendaron preparar a los niños y niñas de El Pedregoso para la comunión, y recibía parte de su salario del cura de Facinas. Lo cierto es que él enseñaba a quienes lo necesitasen, niños o adultos, y que sus clases se centraban en la lectoescritura y en las operaciones básicas.

Antonia Delgado Gómez explica que los maestros que ella conoció no tomaban esa iniciativa y que las familias no solían demandarla: «Vino un cura para darnos la comunión a todos los mayores de La Ahumada. Aquí no se escuchaba nada de oraciones hasta que llegó el cura. Ni sabíamos ni había tiempo para eso. Si había misa de difuntos se iba a la misa pero nada más».

Juan Trujillo Cazalla, que enseñaba en Guadalmesí a finales de los años sesenta, recuerda que muchos adultos que acudían a sus clases no habían hecho la comunión. Ésto era relativamente común entre personas nacidas en los años veinte y treinta en el campo. José Cózar Valencia comentó, «cuando tenía que haber hecho la comunión estaba con mi tío guardando cochinos, cuando me casé no me dijeron nada y ahora, ¿para qué?». Y Luz Alba Gómez aclara:

Yo no hice la comunión. El que la quería hacer de mayor, si era hombre, cuando iba a la mili la hacía. Allí nosotros no la hemos hecho. No se podía, porque estábamos en el campo. No éramos sólo nosotros, había mucha gente que no la hacía. Mi madre tenía devoción por la Virgen y nos enseñaban alguna oración: el Padre Nuestro y el Ave María. Yo me he criado en eso y ya está.

Cati Silva Iglesias (La Costa, 1946) aprendió a leer y escribir desde muy pequeña con un maestro ambulante que pasaba por su casa en días alternos. Para hacer la comunión se preparó con la esposa de un teniente que estaba en un destacamento cercano: «Iba junto con cuatro niñas más a su casa. Muchas tardes nos daba la merienda. Yo no había cumplido los siete años. Mi madre me hizo el traje de comunión y la diadema para el pelo, que después sirvió para mis hermanas. La hicimos en la Batería de Costa. El padre Flores todos los domingos iba a decir misa. Ese día nos dio la comunión y allí mismo tomamos un desayuno».

En los espacios de población concentrada la religión se impuso a través del control y la obligación, ejercidos en un ambiente de denuncia y sospecha, pero ésto no era posible en el ámbito rural aislado. Por otra parte, los maestros

ambulantes en general no participaron de esta imposición: su enseñanza se centraba en dar herramientas resolutivas para la vida en el campo, para nuevas posibilidades laborales y para ampliar la cultura.

La represión a los maestros ambulantes

Muchos maestros de campo que trabajaron en el término eran de izquierdas. A pesar de la represión ideológica inmersa en la vida cotidiana, especialmente incisiva en pueblos y ciudades, trabajaron y vivieron enseñando en el campo durante décadas gracias al respeto y a la cobertura de las familias a quienes enseñaban.

Algunos alumnos y alumnas recuerdan que sus maestros mantenían cierto diálogo con sus padres y abuelos. Sus padres los echaban del lugar cuando conversaban con el maestro, pues trataban asuntos comprometidos en ese tiempo de control ideológico.

Vicente Santana y su hijo Salvador Santana, maestros de Los Majales, eran sensibles a la realidad social de su tiempo, cuestión que su alumno Manolo Lara supo captar a través de sus enseñanzas. Antonio López, Requena, que enseñaba en Las Higuerillas, fue interventor en las elecciones de 1936. José Pecino, maestro en La Ahumada, posiblemente participó en reuniones para crear una sección del Partido Comunista en Los Barrios. Juan el Tío de los Fideos había sido piloto de aviación con el bando gubernamental durante la guerra de 1936-1939...

La historia de Diego Lozano o Diego Canastos nos muestra el alcance del compromiso ideológico en el contexto de la represión. Fue maestro ambulante desde los años veinte; como era del sindicato socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y sus intervenciones en los cortijos habían sido conflictivas huyó al monte y sobrevivió escondido por más de dos años dando clases por las noches y con la protección de las familias que vivían cerca.

En el proceso militar que Lozano sufrió tras su detención no se sugiere que tuviese relación con guerrilleros antifranquistas: cierto es que éstos sobrevivían en grupo y armados, y Lozano siempre estuvo solo y desarmado. Es posible que Juan el Jopúo estuviese por un tiempo vinculado a una agrupación guerrillera, como lo estuvo Manuel Ojeda, el hermano del maestro y trabajador del carbón Antonio Ojeda.

Hay constancia de la represión por su participación en el frente gubernamental a Antonio Ojeda Benítez y Pepe Rondón Pelayo, que después enseñan-

ron entre El Pedregoso y Saladavieja. También a maestros que trabajaron entre Puertollano y La Ahumada como Francisco Salmerón, Sebastián Romero y Andrés Señor. En los años cuarenta, a su regreso del frente y tras salir de la prisión, buscaron el sustento en dehesas municipales y sierras rocosas apartadas, alejados del control y del señalamiento en el pueblo. La vida de Andrés Señor es un ejemplo de lucha por salir del persistente aislamiento laboral al que fue sometido hasta el final de sus días.

Lorenzo Vázquez y Fausto Ruiz, que se sucedieron enseñando por la Sierra de Retín y la campiña de La Janda, probablemente tuvieron relación con el Partido Comunista de España. Ambos conversaban con las familias de sus alumnos sobre su vida y su mirada del mundo, y les leían relatos de escritores con influencias socialistas.

Los maestros de izquierdas que habían sido represaliados de modos diversos no eran vistos por las gentes del campo como una amenaza. Juan Gámez (Las Cabrerías, Córdoba) comenta que su maestro, llamado Rosillas, había estado preso dos veces: tras acabar la guerra, por participar en el bando gubernamental, y años después, por reunirse con *los de la sierra*: «Rosillas era un hombre muy respetuoso. La gente sabía de su ideología, pero en un ambiente rural con preocupación por la formación de los hijos eso no era un inconveniente». Los mismos señoritos los contrataron como maestros, aunque ellos no ocultaban su desacuerdo con la dictadura.

En el caso de los maestros declaradamente homosexuales (Trujillo, Diego Lozano y Jerónimo Rodríguez) no hubo rechazo frontal hacia ellos por las familias de los estudiantes, pero había casas donde no trabajaban porque eran mal recibidos.

Antonio del Castillo, que fue maestro en un amplio arco de la campiña y los montes en torno a Facinas, había sido previamente expulsado de otros espacios de trabajo. Del Castillo no sólo es recordado como enseñante sino por su espíritu rebelde, que le impulsaba a apoyar a las familias del campo para sortear la burocracia y las normas injustas. Y por eso mismo fue vetado como maestro idóneo.

Ciertos maestros tuvieron una gran influencia en las vidas de sus alumnos e influyeron en su propio compromiso político. Manolo Lara Ríos es consciente de que las enseñanzas de Vicente Santana le impactaron mucho, cuando otros no reparaban en ello. Fausto Ruiz Galán sembró la semilla de la militancia política de los hermanos Blanco Romero, y Lorenzo Vázquez Zardain marcó también la opción de izquierdas de los hermanos Salado y de los hermanos Casas.

Aquellos que venían de otros lugares y por un motivo u otro empezaron a dedicarse a la enseñanza quedaron impactados profundamente por su experiencia con la comunidad local. Estos maestros dejaron constancia de ello en sus memorias manuscritas (es el caso de Salvador Santana Escalona), se lo transmitieron a sus hijos y nietos (Fausto Ruiz Galán y Sebastián Muñoz Sevilla) y quedó reflejado en los escritos que redactaron en demanda de escuelas para zonas desatendidas, plazas o salarios (como los de Andrés Señor Gallego y José Tejado Navarrete).

Al cabo del tiempo los aprendices de hombres y mujeres que estudiaron con afán y por necesidad no olvidan sus últimos encuentros con sus maestros de campo: Lucrecia Marín coincidió con Antonio del Castillo en la feria de Tarifa, Miguel Blanco vio a su maestro Fausto Ruiz vendiendo lotería en una gasolinera y Alfonso Alba fue a buscar a su maestro Pepote cuando vivía en Barcelona.

Todas las personas relatan con emoción su experiencia de aprendizaje y conservan un intenso recuerdo agradecido de esas personas que dejaron huella en sus vidas. Pedro Sánchez Godino, maestro en escuelas de la comarca, confiesa: «Mucha gente de las zonas donde he trabajado ha tenido maestro de campo. Y me han contado anécdotas de su maestro con tal afecto que yo siempre pensaba, “¡ojalá algún niño hable de mí como esta gente me habla de su maestro de campo!”».

Maestros que eran libres en su método, que ejercían según su conciencia y sus capacidades, con muchas limitaciones y con resultados diversos. Maestros de izquierdas y maestros sin ideas manifiestas, maestros identificados como homosexuales, hombres con pasado conocido y otros de quienes sólo sabemos su apodo. Maestras en su casa del campo o en escuelas improvisadas... En un ambiente de abandono y desprecio a la educación, todos representaron una pequeña tabla de salvación para la población rural.



Personas entrevistadas para la investigación en memoria oral sobre la alfabetización en el campo (Tarifa, siglo XX).



Personas entrevistadas para la investigación en memoria oral sobre la alfabetización en el campo (Tarifa, siglo XX).

VOCABULARIO

Palabras de uso local o en desuso

Ajogao. Ahogado.

A lo primero. Al principio.

A lo último. Al final. En los últimos tiempos.

Abujita. Albujita. Agujita. Dicho de una persona: que sabe mucho, aunque lo disimula.

Acebuchita. Acebuche. Olivo silvestre. *Olea europaea*.

Aguaor. Aguador. El que reparte agua a los trabajadores en el tajo.

Aljofifa. Jofifa. Bayeta o trapo de fregar. Y por extensión, fregona de palo.

Alpargate. Alpargata.

Amasar. Hacer pan.

Antiguo. Referido a personas: anciano. En oposición, alguien nuevo es alguien joven.

Apartado de la mujer. Separado.

Arado de palo. Arado romano.

Arate. Ser buen arate. Ser buena persona. Tener buena sangre.

Arrancaíto. Arrancadito. Iniciado en un saber.

Arroblar. Arroblar los boniatos. Separar uno de otro los rejos o tallos que echa el boniato y ponerlos en el surco.

Avellanas. Cacahuetes.

Avío. Arreglo, solución.

Barrón. Junquillo de la familia de las gramíneas que crece en sistemas dunares. *Ammophila arenaria*.

- Barrunta.** Barruntar. Prever o presentir algo, por una señal o indicio.
- Bregar.** Bregar en la casa. Hacer en la casa y espacios aledaños los trabajos considerados de la mujer.
- Brociscal.** Matorral denso intransitable.
- Bujo.** Buho.
- Buscar la peseta.** Buscar la comía. Buscarse la vida.
- Cabezalero.** Persona que se encargaba de recoger los pagos de los agricultores arrendatarios para entregar al propietario de la tierra.
- Campero.** Campesino. En Tarifa esta palabra puede tener tono peyorativo.
- Capacha.** Capacha de empleita. Cesta o bolso tradicional de palma (hoja del palmito silvestre o palmera enana, *Chamaerops humilis*).
- Carguero.** Arriero.
- Caricato.** Payaso.
- Carrasqueño.** Variedad de acebuche (olivo silvestre, *Olea europaea*) que toma porte arbustivo y apretado, por la densidad del matorral y el ramoneo del ganado.
- Casa de la candela.** Casita de la candela. Una de las dos piezas que constituyen la vivienda tradicional en los montes de Tarifa, construida con muros de piedra y techo de castañuela u otro material vegetal, y donde se cocina.
- Castañuela.** Herbácea de tallos estrechos y fibrosos que crece en humedales. *Scirpus sp.*
- Cobujón.** Cogujón. Hueco en la geografía en forma de cono.
- Cojollos.** Cogollos. Cogollos de palmito o palmera enana (*Chamaerops humilis*), que se cosechan y comercializan para hacer trabajos de cestería.
- Colorao.** Colorado.
- Comía.** Comida.
- Corcha.** La corcha. Las corchas. Trabajo de descorche del alcornoque, o saca de su corteza.
- Correrse.** Salir o escapar de un lugar o situación.
- Correo.** Autobús de línea regular.
- Corruca.** Canutero o cilindro hueco de corcho de las ramitas secas del alcornoque.
- Costo.** Comida que se lleva al campo en la jornada diaria.
- Croché.** Ganchillo.
- Chalao.** Chalado.
- Chozo.** Choza de forma cónica construida con material vegetal (paja, retama, brezo, castañuela...), normalmente para alojar a trabajadores temporeros.

De balde. Escuela de balde. Escuela pública y por lo tanto gratuita.

Deo. Dedo.

Desarrollo. En las mujeres, menarquia o primera menstruación. Desarrollar, referido a una mujer: tener la primera regla.

Ditero. Vendedor ambulante que cobra a plazos o ditas.

Echar carbón. Echar un horno. Hacer un horno de carbón.

Echar arados. Arar.

El otro lado. En el contexto de la guerra de 1936-1939 y dicho en el territorio ocupado por los golpistas, zona controlada por el gobierno legítimo.

Embarcado. Estar embarcado. Trabajar en un barco.

Empicarse. Aficionarse.

Encartar. Surgir la ocasión. Coincidir. Venir al caso.

Endeblez. Falta de fuerzas. Anemia. Desnutrición.

Escapar. Escapar de la pobreza. Salir adelante.

Era mujer. Tenía la regla. Le había llegado la menarquia.

Esparte. Esparto.

Falange. 1. Miembro del partido Falange Española. 2. Patrullas paramilitares del partido Falange Española.

Faltó. Murió.

Fogarín. Fogaril. Hogar de la cocina. Lumbre. Fogón.

Fritito. Frito. Sin dinero disponible.

Fueraparte. Aparte.

Ganaderillo. Asistente o aprendiz de ganadero.

Gañanía. 1. Parte del cortijo donde dormían los gañanes o trabajadores del campo. 2. Casa de la candela o cocina de piedra y techumbre vegetal, donde dormían los gañanes en la temporada de trabajo.

Garrotillo. Difteria laríngea.

Gente. Mi gente; su gente. Mi familia; su familia.

Había poco y ná. Había ná y menos. Había muy poco.

Hablar. Hablar a un chico o a una chica: relacionarse, salir, mantener un noviazgo.

Hacho. Jacho. Antorcha elaborada con hoja de palma, que se usaba para alumbrar.

Hato. Instalación de uso ganadero.

Hembra. Referido a las personas, mujer.

Higos pasaos. Higos secos.

Hombre. Era un hombre. Era adulto. Era mayor.

Hueca. Hueco, oquedad.

- Huído.** Juído. Que huyó del lugar para evitar la represión.
- Iguala.** Pago mensual acordado por ciertos servicios.
- Jaba.** Haba.
- Jábega.** Red de pesca de cerco o boliche.
- Jabegote.** El que echa la jábega. Marinero.
- Jérguen.** Érguen. Hérguen. *Calicotome villosa*. Arbusto asociado al matorral con palmito (*Chamaerops humilis*) y al sotobosque del alcornocal (de alcornoque, *Quercus suber*).
- La gente de la sierra.** Los de la sierra. Los maquis. Los rojos. Los guerrilleros antifranquistas, que vivían escondidos en las sierras.
- Laja.** Roca plana y lisa. Losa.
- Lámpara de carburo.** Lámpara que utiliza carburo de calcio, que en reacción con el agua origina gas acetileno.
- Levantera.** Gran ventolera con viento fuerte de levante.
- Macho.** Referido a las personas: hombre.
- Maestro escuela.** Maestro de escuela. Maestro de enseñanza primaria.
- Maestrillo.** Maestrito. Maestro pedáneo. Maestro de campo.
- Mandaítos.** Mandaos. Recados. Encargos de cosas o de tareas; o las mismas cosas encargadas.
- Manijero.** Capataz.
- Matagallo.** *Phlomis purpurea*. Arbusto de poca altura densamente piloso, asociado al matorral con palmito (*Chamaerops humilis*) y al sotobosque del alcornocal (de alcornoque, *Quercus suber*).
- Matalaúva.** Matalaúga. Anís.
- Matón.** Matones. Matorral muy denso, de matas grandes.
- Me puse en treinta y una.** Me planté.
- Metido en quintas.** Tallado para ir al servicio militar obligatorio.
- Miga.** Miguita. Miguilla. Amiga. Escuela de amiga. Escuela particular mixta de niños y niñas de edades diversas. En ellas se enseñaba lectoescritura, operaciones sencillas y, en algunos casos, labores de costura consideradas femeninas.
- Mijita.** Un poquito.
- Mijitilla.** Un poquitillo.
- Ná.** Nada.
- Ná y menos.** Muy poco.
- Naide.** Nadie.
- No estaba de Dios.** Referido a un hecho: no era ese el destino.
- Nuevo.** Joven.

- Opá.** Interjección que expresa advertencia o preocupación.
- Palillos.** Castañuelas. Instrumento de madera, de percusión.
- Pan macho.** Pan elaborado con harina que lleva parte de la cáscara de trigo, molido en molino hidráulico tradicional, de masa madre y fermentación lenta.
- Pañuelo de hierbas.** Pañuelo de rayas de varios colores, entre las que sobresalía el verde.
- Paralís.** Parálisis. Poliomiélitis.
- Parar.** Habitar, alojarse.
- Pasá.** Pasada.
- Pasar.** Pasarlo mal. Pasar penalidades o dificultades.
- Pechá.** Pechada. Hartada. Actividad en exceso.
- Pelao.** Propietario de ganado y tierras en un pueblo donde la mayoría no tiene propiedades.
- Peoná.** Peonada.
- Periquillo.** Perico. Lamparita de petróleo o de aceite.
- Pescaíto.** Pescadito. Pescado.
- Petromán.** Petromax. Marca de lámpara que usa parafina como combustible y tiene una pequeña bomba de aire a presión.
- Picapedrero.** Oficio de partir las piedras en pedazos pequeños.
- Picón.** Carbón de baja potencia calorífica, hecho con ramajes.
- Pijualito.** Pegujalito. Pegujal. Una pequeña porción de tierra.
- Pita.** Ágave. Planta de hojas suculentas originaria de mesoamérica y naturalizada en la cuenca mediterránea. *Agave americana*.
- Pizarrín.** Barra pequeña de pizarra poco dura, que se usa para escribir en la pizarra.
- Plana.** Tarea en la pizarra o en el cuaderno, para practicar lectoescritura y operaciones matemáticas sencillas.
- Político.** Ser político. En el contexto de la época, ser de izquierdas.
- Por el dinero.** Por lo privado (atención sanitaria o educativa). Pagando.
- Presente.** Producto de la matanza del cerdo que se acostumbraba a repartir entre la vecindad, especialmente entre familias con necesidad.
- Puede ser.** Puede ser algo. Puede tener un trabajo con reconocimiento social.
- Rebozo.** Pago por el uso de una dehesa municipal en función del número de animales y del tiempo de uso.
- Recoger.** Acoger o atender en la crianza.
- Recovero.** Persona que se dedicaba a intercambiar productos del campo por otros que escaseaban allí. Con frecuencia se desplazaba a caballo.

Relatar. Quejarse. Hablar en contra de algo o de alguien.

Segaor. Segador.

Seguro. Por el seguro. 1. Seguridad Social. 2. Sanidad Pública.

Sequita. Muy delgadita.

Servir. Referido a las mujeres, trabajar como empleada de hogar en una casa.

Servir amos. Servir amo. Trabajar en condiciones serviles, a cambio de techo y comida, para los amos o dueños del ganado o de las tierras.

Temporil. Temporero.

Tenía mucha letra menúa. Era detallista en las discusiones; iba al fondo de la cuestión.

Tagarnina. Cardillo comestible. *Scolymus hispanicus*.

Tajo. Corte vertical rocoso. Piedra o roca plana.

Tocas. Ponerse tocas. Hacer turnos.

Tonisa. Toniza. Cuerda de palma u hoja del palmito o palmera enana (*Chamaerops humilis*).

Torcía. Torcida. Mecha de algodón o de trapo retorcido, que se usa en los candiles.

Torta carda. Torta aplanada de masa de pan con aceite y matalaúva que se cuece en las brasas del horno sobre una hoja de palma (palmito silvestre, *Chamaerops humilis*).

Trabajador. Persona que vive de su trabajo; en oposición a quienes viven de rentas familiares o de la renta de propiedades.

Trompezaron. Tropezaron. Coincidieron.

Tunal. Matorral de tuna o chumbera (*Opuntia ficus-indica*; cactácea).

Un poner. Un ejemplo.

Unos pocos. Muchos.

Vecera. Vecera del ganado. Gestión por veces o turnos, en este caso del ganado.

Vivir de renta. Vivir arrendando tierras y vivienda.

Voltear. Se lo volteaba. Lo superaba, le daba mil vueltas.

Zagal casero. Joven que trabaja para los dueños de una casa.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ABC (diario)*, edición de Andalucía, 22 de diciembre de 1960. «Hoy hace 25 años».
- Abhotsak*, web. «Ahotsak, Archivo Oral Vasco».
- ALGARBANI, JOSÉ MANUEL (2012). «La justicia franquista en Tarifa a través de Diego Lozano Meléndez, Félix Pla Álvarez y José Chamizo Morando». Actas de las I Jornadas de Historia de Tarifa. *Al Qantir* 12 (198-209). Tarifa (Cádiz).
- Aljaranda* (1993). «Personaje tarifeño: Isidoro Otero Rodríguez». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 11 (28). Tarifa (Cádiz).
- Aljaranda* (2010). «María Ariza Sanabria». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 77 (41). Tarifa (Cádiz).
- Aljaranda* (2003). «Leonor Alba Lozano». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 48 (43). Tarifa (Cádiz).
- ÁLVAREZ CABEZA, SEBASTIÁN (2010). *Facinas. Cosas de nuestro pueblo*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cádiz. Cádiz.
- ÁLVAREZ CABEZA, SEBASTIÁN (2012). «Cristóbal Gutiérrez y los montes de Tarifa». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 86 (40-45). Tarifa (Cádiz).
- ÁLVAREZ ROLDÁN, ARTURO; MARTÍNEZ CASANOVA, NOELIA; y MARTÍNEZ ROSSI, SANDRA (2008). *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de Don Fadrique*. Ayuntamiento de Puebla de don Fadrique. Granada.

- AMIGO MOLINA, ANTONIO (2005). «Memoria de la educación en El Campo de Gibraltar. Reflexiones de una época». *Almoraima, revista de estudios campogibraltares* 32 (19-31). Instituto de Estudios Campogibraltares. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.
- APARCERO FERNÁNDEZ DE RETANA, JOSÉ MANUEL, LUIS MARIO y EDUARDO (1997). *Manuel Aparcero León (1919-1971)*. Chipiona (Cádiz).
- AZPILICUETA ASTARLOA, ENRIQUE (2004). *La construcción de la arquitectura de posguerra en España (1939-1962)*. Tesis doctoral. Universidad Politécnica de Madrid. Escuela Técnica Superior de Arquitectura.
- BARBOSA ILLESCAS, FELIPE (2012). «La extensión de la cultura a través de las bibliotecas públicas y populares (1812-1939). Los viajes de inspección de Juan Vicens por las bibliotecas públicas andaluzas». *Revista Periférica internacional* 13 (143-182). Editorial UCA.
- BARRANCO OTERO, ISIDORO y VERDEJO OTERO, CAROLINA (2015). «Biografía de Isidoro Otero Rodríguez». En: *Baelo Claudia y la familia Otero. Una relación centenaria*. Juan Blánquez Pérez, Lourdes Roldán Gómez, Darío Bernal Casasola y Ángel Muñoz Vicente (Editores Científicos). Págs 89-101. Editorial UCA y UAM Ediciones, Cádiz y Madrid.
- BELLO, LUIS (1998). *Viaje por las escuelas de Andalucía*. Edición y estudio introductorio de Agustín Escolano Benito. Edita Junta de Andalucía. Sevilla.
- BELLO, LUIS (2010). *Viaje por las escuelas de Galicia*. Edición y estudio de Antón Costa Rico. Ediciones Nigra Trea. Gaxate (Pontevedra).
- BIBLIOTECA TELLO TÉLLEZ DE MENESES. *Boletín de información*. Edición digital. Nº 118 (84-85), 2019.
- BLANCO ROMERO, JOSÉ LUIS (2013). «La Escuela rural: de los maestros de campo a las escuelas unitarias». *Apuntes Históricos y de nuestro patrimonio* (27-44). Delegación Municipal de Cultura, Ayuntamiento de Alcalá de los Gazules. Cádiz.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, JUAN; ROLDÁN GÓMEZ, LOURDES y BERNAL CASASOLA DARÍO (2015). «El Legado Documental de la familia Otero y Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz). Una lectura arqueológica y social de valor patrimonial» (103-124). En: *Baelo Claudia y la familia Otero. Una relación centenaria*. Juan Blánquez Pérez, Lourdes Roldán Gómez, Darío Bernal Casasola y Ángel Muñoz Vicente (Editores Científicos). Editorial UCA y UAM Ediciones, Cádiz y Madrid.

- BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE (1989). *La bodega*. Ed. Biblioteca de la cultura andaluza. Sevilla.
- Centro de Estudios Andaluces, web. «Fuentes de la Autonomía de Andalucía».
- CRIADO ATALAYA, JUAN ANTONIO; y MONTERO BARRADO, JESÚS MARÍA (2005). *La educación en Barbate durante la época franquista. Política municipal y acción del Estado (1938-1975)*. Tipografía La Nueva. Tarifa (Cádiz).
- CRIADO ATALAYA, JUAN ANTONIO (2019). «Maestros de primeras letras en Tarifa durante el siglo XIX: nombramientos y emolumentos». *Almoraima, revista de estudios campogibaltareños* (50:149-158). Instituto de Estudios Campogibaltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.
- CRIADO ATALAYA, FRANCISCO JAVIER (2003). «La situación de la iglesia tarifeña a principios del siglo XX. Los informes parroquiales de 1919». *Almoraima, revista de estudios campogibaltareños* (29:445-456). Instituto de Estudios Campogibaltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.
- DE AMICIS, EDMUNDO (1958). «El pequeño escribiente florentino». En *Corazón*. Editorial Molino, Barcelona.
- DE GABRIEL, NARCISO (2009). «A cultura escolar popular e as escolas de feirado». *Eduga 55. Revista galega do ensino*. Págs 66-72. Xunta de Galicia.
- DE GABRIEL, NARCISO (2014). «Official and popular culture in the schooling process». *Paedagogica Historica: International Journal of the History of Education*.
- DEL RÍO DIESTRO, CARMEN (2012). «La educación en Cantabria, 1800-1935». En: *Las fundaciones benéfico docentes en Cantabria. Siglos XIX y XX. Tesis doctoral*. Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Cantabria.
- DELGADO FERNÁNDEZ, ASCENSIÓN (2010). «La residencia normalista de Cádiz (1922-1936)». *Revista TAVIRA* núm 26.
- Diario Oficial del Ministerio del Ejército* (1966). Núm 251, 6 de noviembre de 1966. Biblioteca Virtual de Defensa.
- Diario Oficial del Ministerio de Marina* (1925). Núm 212, 22 de septiembre de 1925. Biblioteca Virtual de Defensa.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ y QUERO GONZÁLEZ, JUAN (2007). *He tenido la suerte de vivir esa época. Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor*. Asociación Litoral. Granada.

- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2008). *Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos. Atrapasueños y Asociación LitOral*. Sevilla.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2009). *Calle Tesón. Memorias de Diego García Chaves, empresario chiclanero*. Edición a cargo de Diego García Chaves. Cádiz.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2011). *Un Rosal de Flores Chiquititas. Represión y Supervivencia en Los Barrios (Cádiz)*. Editorial Tréveris. Ubrique (Cádiz).
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2011). *Camino de Gibraltar; Dependencia y sustento en La Línea y Gibraltar*. Delegación provincial de la Consejería de Salud. Junta de Andalucía. Cádiz.
- DÍAZ MARTÍNEZ, BEATRIZ (2018). *Muros de piedra y techo de castañuela. Vivir en chozas*. Dibujos y acuarelas de Rafael Pulido Jurado. Autoedición. Bilbao.
- DÍAZ RODRÍGUEZ, MARI LUZ (2003). *Mi infancia y juventud*. Documento multicopiado. Madrid.
- DIEGO PÉREZ, MARÍA DEL CARMEN (2011). «Las bibliotecas del Patronato de Misiones Pedagógicas en la provincia de Palencia: dotación y depuración de sus fondos». *Represura. Revista de Historia Contemporánea española en torno a la represión y la censura aplicada al libro*, 7.
- DOMÍNGUEZ GARCÍA, JOSÉ MANUEL (2011). «La enseñanza en Betanzos de 1833 a 1868». En *Anuario Brigantino* 34 (269-284).
- DOMÍNGUEZ SAMPALO, PAQUI (2006). *Memorias*. Cuaderno multicopiado. Tarifa (Cádiz).
- EGIDO LEÓN, ÁNGELES (2010). *La Represión del Magisterio en El Campo de Gibraltar*. Documento autoeditado.
- El magisterio español*, periódico de instrucción pública (1899). Número 2.314, del 25 de octubre de 1899. Madrid.
- El Sol, diario nacional* (1926). Ejemplares del 7 y el 9 de julio de 1926. Madrid.
- El Sol, diario nacional* (1928). «Homenaje nacional. La casa para Luis Bello». 18 de julio de 1928. Madrid.
- Escuela española* (1941-1943-). Revista digitalizada. Madrid.
- ESPIGADO TOCINO, GLORIA (1996). *Aprender a leer y escribir en el Cádiz de 1800*. Servicio de publicaciones Universidad de Cádiz. Pág 204.
- EXPÓSITO SOSA, MATILDE (1996). «Alumnas en los institutos sevillanos 1934-1939». *Pasado, presente y futuro de la educación secundaria en España*. María Nieves Gómez García (editora) (193-206), Sevilla: Kronos.

Facinas, web.

FLECHA GARCÍA, CONSUELO (2021). «Soñando el futuro. Mujeres estudiantes y profesionales en Cádiz en torno a 1900». *RESED, Revista de Estudios Socioeducativos* 9 (17-40).

FERNANDO BRAVO CONEJO (2008). «El frente noroccidental de Málaga. Batallones y milicias que defendieron el valle de Abdalajís. Las milicias malagueñas». Blog *fbravoconejo*.

Gaceta de Madrid (-1936). Madrid.

Gaceta de Madrid (1935). Ejemplar núm 330, 26 noviembre de 1935.

GÁMEZ COBO, JUAN (2010). *Cien años en Las Cabreras (El honor de los camperos)*. Caja Sur. Córdoba. Págs 115-117 y 303-304.

GARCÍA, CHARO; LAGUNA, SIRIA; RODRÍGUEZ, CÁNDIDA y SANZ, CARMEN (2015). *Yo no fui a la escuela. Mujeres de Níjar, 1915-2015*. Asociación de Amigos del Parque Natural Cabo de Gata-Níjar. Almería.

GARMENDIA LARRAÑAGA, JOXE (2004). *La enseñanza rural en Gipuzkoa. La labor de la Diputación y de los Ayuntamientos (1900-1950)*. Servicio Editorial de la UPV-EHU. Bilbao.

GÓMEZ CARRILLO, JOAQUÍN (2009). *Blog Parajes y vida en Cieza (Murcia)*. *Granadapedia*, web. «Los maestros de campo en Zagra (Granada)».

GROSSO, ALFONSO (1990). *A Poniente desde El Estrecho (Entre dos banderas), Carbonea y otros relatos*. Editor Rodríguez Castillejo. Sevilla.

GUTIÉRREZ MOLINA, JOSÉ LUIS (2005). *La tiza, la tinta y la palabra. José Sánchez Rosa, maestro y anarquista andaluz (1864-1936)*. Editorial Tréveris. Ubrique (Cádiz).

HERNÁNDEZ PALOMEQUE, GERVASIO (2005). «Características y peculiaridades de la educación en El Campo de Gibraltar». *Almoraima, revista de estudios campogibaltareños* 32 (9-18). Instituto de Estudios Campogibaltareños. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.

IBARRA BENLLOCH, PALOMA (1993). *Naturaleza y hombre en el sur del Campo de Gibraltar. Un análisis paisajístico integrado*. Junta de Andalucía, Agencia de Medio Ambiente. Sevilla.

JIMÉNEZ PEREA, FRANCISCO JAVIER (1997). «Tahivilla: el poblado» (I). *Revista de Estudios Tarifeños Aljaranda* 27. Tarifa (Cádiz).

JIMÉNEZ PEREA, FRANCISCO JAVIER (2003). *Tahivilla: de la política de colonización española al desarrollo rural de la Unión Europea*. Instituto de Estudios Campogibaltareños. Algeciras (Cádiz).

- La Línea en Blanco y Negro*, blog. «Conferencia sobre la Plaza de Toros de La Línea de la Concepción».
- La Verdad*, periódico. La Línea, 23 de julio de 2014.
- LARA GUILLÉN, MANUEL (2012). *La fuente del pueblo. Memoria de Cuevas Bajas (1940-1960)*. Ayuntamiento de Cuevas Bajas.
- LÓPEZ GARCÍA, MARIA CRISTINA; y GUTIÉRREZ MOLINA, JOSÉ LUIS (2018). *Informe de las depuraciones por los golpistas de 1936 del personal del Ayuntamiento de Cádiz*.
- LUENGO, J., LUZÓN, A., y MARTOS, J.M. (2007). «Voces en el olvido. Los Maestros Cortijeros en la provincia de Jaén a través del relato de sus alumnos». *Relaciones Internacionales en la Historia de la Educación. Junta para ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-2007)*. Guadalupe (Cáceres). Departamento de Ciencias de la Educación (Universidad de Extremadura), Vol I (425-436).
- MADOZ, PASCUAL (1845-1850). *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Edición de Madoz y Sagasti. Primer tomo, preparado en 1843.
- MAESTRE ALFONSO, JUAN (1968). *Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar*. Cuadernos Ciencia Nueva. Madrid.
- MARTÍNEZ SELVA, M.J. (1999). *Franquismo y educación en el Campo de Gibraltar (1936-1975)*. Instituto de estudios campogibaltareños. Algeciras (Cádiz).
- MATO DÍAZ, ÁNGEL (1992). «Las escuelas temporeras y de maestros ba-bianos». En: *La escuela primaria en Asturias (1923-1937). Los procesos de alfabetización y escolarización*. Oviedo : Dirección Provincial de Asturias, Ministerio de Educación y Ciencia.
- MELÉNDEZ MORALES, ANTONIO (2010). «Recuerdos en blanco y negro». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 79 (29-32). Tarifa (Cádiz).
- MORALES BENÍTEZ, ANTONIO (1995). «Informes sobre Facinas a fines del siglo XIX». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 19 (6-8). Tarifa (Cádiz).
- MORALES BENÍTEZ, ANTONIO (2001). «La expropiación de las tierras del duque de Lerma en 1936». *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 41 (24-28). Tarifa (Cádiz).
- MOYA QUERO, PEDRO JESÚS (2012). «La fortificación de la ciudad de Tarifa y término municipal y sus consecuencias sociales y económicas». *Al Qan-tir* 12 (220-223).

- NOJA RUIZ, HIGINIO (1996). *La armonía o la escuela en el campo*. Prefacio y presentación de Marianne Enckell y Vicente Martí. Editan Virus y Cira. *Ordenanzas concejiles de Lagunas de Somoza* (León). Fragmento del Cap. 121.
- PALACIOS, JESÚS (1989). «Contexto de crianza y educación de los niños españoles menores de seis años». *Revista Infancia y aprendizaje* 46 (83-116). Universidad de Sevilla.
- PANTOJA ANTÚNEZ, JOSÉ LUIS, y RAMÍREZ LÓPEZ, MANUEL (2000). *La Mano Negra. Memoria de una represión*. Ed. Quorum Libros. Cádiz.
- PARIS, PIERRE; BONSOR, GEORGE; LAUMONIER, ALFRED; RICARD, ROBERT; DE MERGELINA, CAYETANO (1923). «Fouilles de Belo (Bolonie, Province de Cadix) (1917-1921)». Tome I: *La ville et ses dépendances. Bibliothèque de l'école des hautes études hispaniques*. Fascicule VI. Bordeaux-Paris.
- PASCUAL TOLEDO, SEGUNDO (2011). «Los maestros itinerantes en La Axarquía. Las escuelas rurales». Entrada 1 de abril de 2011. *Blog Aldeademondron* (Málaga).
- PÉREZ GIRÓN, ANTONIO (2008). *San Roque, crónica del siglo XIX*. Asociación de la Prensa del Campo de Gibraltar. Cádiz.
- PETTENGHI LACHAMBRE, JOSÉ AQUILES (2005). *La escuela derrotada. Depuración y represión del magisterio en la provincia de Cádiz (1936-1945)*. Quorum Editores. Cádiz.
- PLA CARGOL, JOAQUÍN (1932). *Ideas, hechos y ejemplos. Segundo libro*. Edita Dalmau Carles, Pla. Gerona.
- PLAZA DE PRADO, ALICIA; y PASCUAL PASCUAL, MARÍA SOLEDAD (2000). *Los archivos de las Escuelas Normales de Cádiz, siglo XIX*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- QUERO GONZÁLEZ, JUAN (1997). *Historia de Facinas y campaña de Tarifa, según Juan Quero*. Editan Grupo Socialista, Agrupación Local de Tarifa y Diputación de Cádiz. Tarifa (Cádiz).
- Raíces de Grazalema, blog*. «Los maestros de campo o enseñaores. La historia de Blas Gutiérrez Benítez Blas El Maestro». Grazalema (Cádiz).
- REDONDO, ÁFRICA (2005). *Sencillamente ellas*. Imprime Tipografía A. Maza. Algeciras (Cádiz).
- REVUELTA GUERRERO, R CLARA y CANO GONZÁLEZ, RUFINO (2010). «Las escuelas de amiga. Espacios femeninos de trabajo y educación de párvulos y de niñas». *Revista Aula* 16 (155-185). Ediciones Universidad de Salamanca.

- RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO (1882). *Cantos populares españoles*. Edita Álvarez. Sevilla. Open Library, Toronto University.
- ROMERO DELAGO, SEBASTIÁN (1990). *La paloma en el olivo. No por la guerra, sí por la paz*. Ediciones Alba. Algeciras (Cádiz).
- RUÍZ, CARMEN; JIMÉNEZ, BLANCA; PÉREZ, MARÍA I.; FREIRE, JOSÉ MANUEL y CAMACHO, GODOFREDO (1985). *Escribir cosas bellas recuperando la palabra. Experiencia de alfabetización en el campo de Andalucía*. Editorial Revolución. Madrid.
- RUÍZ, MARI LUZ (1996). *Boletín de la cofradía La Oración del Huerto, Getsemaní*. Tarifa (Cádiz). Pág 10.
- SANTANA ESCALONA, SALVADOR (1996). «Otra cosa pasaría» y «La mar de bien». *Poemario Las cosas de un analfabeto andaluz*. Documento inédito.
- SANTANA ESCALONA, SALVADOR (2000). «Recuerdo a mi padre». *Poemario Como lo siento*. Documento inédito.
- SANTANA ESCALONA, SALVADOR. *Recuerdos latentes*. Manuscrito inédito con sus memorias de vida.
- SANTANDER DÍAZ, MANUEL (2005). «El desmantelamiento de la escuela republicana en el Campo de Gibraltar: la depuración del personal docente durante el curso 1936-1937». *Almoraima, revista de estudios campogibraltares* 32 (83-92). Instituto de Estudios Campogibraltares. Mancomunidad de Municipios del Campo de Gibraltar.
- SANTOS SILVA, ALEJANDRO (2022). *Aportaciones sobre la represión fascista en Vejer de la Frontera*. Beca de la Diputación de Cádiz para la recuperación de la memoria histórica en 2021.
- SEGURA GONZÁLEZ, WENCESLAO (2000). *Tarifa en la Segunda República*. Editorial Acento. Tarifa (Cádiz).
- SEÑOR LÓPEZ, JUAN JOSÉ (2010). «Las tribulaciones de un republicano en el franquismo» (I y II). *Revista de estudios tarifeños Aljaranda* 76 (39-44) y 77 (35-38). Tarifa (Cádiz).
- «Sesión Municipal del 1 de abril de 1910 en Jerez de la Frontera (Cádiz). Oficio de la Presidencia de la Junta provincial de Instrucción pública sobre la creación de una escuela en el barrio rural de El Mimbral». *El Guadalete, periódico político y literario de Jerez de la Frontera (Cádiz)*; sábado 2 de abril de 1910. Biblioteca Virtual de la Junta de Andalucía.

- Setenil rural, blog* (2011). «Una bisabuela de Setenil en 1981». Sábado 10 de diciembre de 2011. Cádiz.
- SÍGLER SILVERA, FERNANDO (2022). *Investigación y digitalización de los expedientes de los gaditanos prisioneros en la Prisión Central de El Puerto de Santa María (Cádiz) y en otras cárceles del país en la posguerra. Memoria final*.
- SOCIEDAD ESTATAL DE CONMEMORACIONES CULTURALES, Residencia de Estudiantes (2006). *Las Misiones pedagógicas (1931-1936)*. Madrid.
- Suplemento Escuela Moderna* números 828, del 9 de noviembre de 1904 y 1108, del 17 de julio de 1907. Archivo digital de la Biblioteca Nacional de España.
- TROYA (pseudónimo) (1927). «Cartas a un paisano. El problema escolar». *Revista Unión de Tarifa* 120. Tarifa, 26 de febrero de 1927.
- Unión de Tarifa, revista* (1926, 1927). Números 71, 89, 99, 100, 109 y 117.
- Unión de Tarifa, revista* (1927). «El maestro y la escuela en nuestro campo». *Unión de Tarifa* 125, del 2 de abril de 1927. Tarifa (Cádiz).
- VIÑAO FRAGO, ANTONIO (2005). «Tiempos Familiares, Tiempos Escolares (Trabajo Infantil y Asistencia Escolar en España durante la segunda mitad del Siglo XIX y el primer tercio del XX)». *Revista História da Educação*, vol. 9, núm. 17 (33-50). Associação Sul-Rio-Grandense de Pesquisadores em História da Educação Rio Grande do Sul, Brasil.
- ZAPATER CORNEJO, MIGUEL (2007). *Escuelas de indianos en La Rioja*. Edita Instituto de Estudios Riojanos.

ARCHIVOS CONSULTADOS

- ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN. Expedientes de depuración de maestros nacionales
- ARCHIVO GENERAL E HISTÓRICO DE DEFENSA EN MADRID. Tribunal Militar Territorial Primero
- ARCHIVO HISTÓRICO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA
- ARCHIVO MUNICIPAL DE CÁDIZ
- ARCHIVO MUNICIPAL DE TARIFA
- ARCHIVO DEL TRIBUNAL MILITAR TERRITORIAL SEGUNDO EN SEVILLA
- BASE DE DATOS TODOS LOS NOMBRES, DE VÍCTIMAS DEL FRANQUISMO EN ANDALUCÍA, EXTREMADURA Y NORTE DE ÁFRICA

BIBLIOTECA MUNICIPAL DE TARIFA

CENTRO DOCUMENTAL DE LA MEMORIA HISTÓRICA

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS. Universidad de Alcalá: Archivos del Movimiento Obrero

HEMEROTECA DIGITAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

HEMEROTECA HISTÓRICA DE TARIFA, DEL MUSEO FUNDACIÓN WENCESLAO SEGURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA

REGISTROS CIVILES DE ALGECIRAS, LOS BARRIOS Y TARIFA

ANEXOS

ENTREVISTA SOBRE MAESTROS DE CAMPO Y ESCUELAS PARTICULARES

GUIÓN DE ENTREVISTA ABIERTA

A. LA ALUMNA O ALUMNO (SU VIDA Y EL CONTEXTO)

1. Hilo de vida suyo y de su familia (detallar familia).
2. Fechas y lugares de nacimiento, primer trabajo, matrimonio, crianza...
3. De qué vivían. A qué se dedicaba cada miembro de la familia, hombre o mujer.
4. Cuántas personas vivían en el valle, diseminado, aldea; y de qué vivían.
5. Cómo era su vivienda (casa, choza). Construcción, espacios, cocinar, dormir...
6. Durante la guerra de 1936-1939, cómo vivió la familia y qué pasó en la zona.

B. LA MAESTRA O EL MAESTRO

1. Nombre y apellidos, apodo, edad. ¿Desde cuándo lo recuerdan enseñando?
2. Su historia: ¿de dónde venía? ¿Tenía familia? Otros trabajos y dedicaciones.
3. ¿Dónde se alojaba? ¿Cómo cobraba por las clases? ¿Cómo le pagaban?
4. ¿Qué recorrido hacía para enseñar? ¿De cuántos días?

5. Sus pertenencias, forma de vestir, útiles para enseñar (cuaderno, pizarra...)
6. Su forma de ser, sus consejos, sus ideas...
7. ¿Por qué enseñaba? ¿Cómo había aprendido lo que sabía?
8. ¿Enseñó también en una escuela oficial? ¿O en una escuela particular?
9. ¿Cuándo dejaron de verle o cuándo dejó de enseñar? Su vejez.
10. ¿Tiene familiares vivos? (pedir nombre y teléfono)
11. Alumnos o vecinos que conocieron al maestro.
12. ¿Hay fotos del maestro y/o de sus alumnos? ¿De su casa? ¿Del lugar donde enseñaba?
13. Otros maestros ambulantes en la zona (repasar guión si es posible)
14. ¿Qué relación había entre unos maestros y otros?

C. LA ENSEÑANZA / EL APRENDIZAJE

1. ¿Cómo aprendió la gente de tu familia?
2. ¿Por qué querían aprender? ¿De qué les sirvió?
3. ¿Aprendían los niños, los jóvenes y los adultos?
4. ¿Aprendían las niñas y las mujeres? ¿En las mismas condiciones que los hombres?
5. ¿Conoces a alguien que aprendió por su cuenta? ¿Cómo lo hizo?
6. En tu casa se leía? Quién? ¿Qué leía? ¿Se leía en grupo?
7. ¿Había en casa libros, suscripciones a novelas o periódicos? ¿Cuáles?
8. Quien no sabía leer o escribir, ¿cómo se las arreglaba?
9. ¿Qué enseñaba tu maestro? ¿Qué aprendiste tú?
10. ¿Enseñaba religión? Si no enseñaba: ¿por qué?
11. ¿Cuántos erais en el grupo?
12. Tener un maestro ha sido importante para tí? ¿En qué te ha ayudado?
13. ¿Cómo aprendieron tus hijos, o de familiares y vecinos, desde los años 60?
14. En esta zona hubo escuela rural? Desde cuándo hasta cuándo?
15. Si no la hubo, se reclamó? ¿Se habló de ponerla?
16. ¿Hubo transporte escolar? ¿De cuándo a cuándo?
17. Si no lo hubo, ¿cómo llegaban los niños a la escuela rural o del pueblo?
18. ¿Fueron los niños de la zona a la residencia escolar?

ENTREVISTAS REALIZADAS

Para esta investigación realicé 112 entrevistas; 78 entrevistas fueron grabadas y 34 fueron contactos informales. En total entrevisté a 131 personas, 56 mujeres y 75 hombres:

- 5 han sido maestros ambulantes, maestras de escuela ermita o maestros idóneos
- 21 son familiares de maestros ambulantes, de maestras de escuela ermita o de maestros idóneos
- 8 son o han sido enseñantes en la escuela pública

1. Isabel Aragón (Chiclana, 1939)

Octubre de 2005, entrevista grabada en su casa de Tarifa

2. Manuela Román Valencia (Tarifa, 1936)

Noviembre de 2005, contacto informal en el Centro de Mayores de Tarifa

3. Antonio Ruiz Giménez (Guadix, Granada, 1946) y Ana Giráldez Álvarez (Facinas, 1949)

Febrero de 2008 (I) y abril de 2013 (II), entrevistas grabadas en su casa de Tarifa

4. Curro Gil Serrano (molinos de Puertollano, 1931) (I)

Diciembre de 2009, contacto informal en Puertollano

5. Victoria (Lucrecia) Marín Delgado (Puertollano, 1939)

Mayo de 2010, contacto informal en Tarifa (I)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa (II)

6. Alfonso Rebolo Serrano (Santa Genoveva, 1932)

Agosto de 2010, contacto informal en su casa de El Pedregoso

7. Quisco Delgado (Puertollano)

Marzo de 2012, contacto informal en su casa de Puertollano

8. Cristóbal Pelayo Jiménez (Salaviciosa, 1943)

Marzo de 2012, contacto informal realizada junto con Juan Gámez en El Valle

9. Paco Díaz Castro (Matatoros, 1933) y Luisa González Lozano (La Ahumada, 1937)

Marzo de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa

10. Magdalena Muñoz Pelayo (Facinas, circa 1935)

Marzo de 2012, entrevista grabada junto con Juan Gámez en su casa de Facinas

11. Ángeles Camacho Muñoz

Marzo de 2012, contacto informal telefónico

12. Nina Campano Ríos (Facinas, 1937) y Antonia Ruiz Araújo (El Pedregoso, 1949)

Marzo de 2012, entrevista grabada junto con Juan Gámez en casa de Magdalena Muñoz

13. Juan Salvatierra Gurrea (Tarifa, circa 1952)

Abril de 2012, contacto informal por correo electrónico y por teléfono

14. Juan Navarro Cortecejo (Tarifa, 1950)

Abril de 2012, contacto informal en su bar de Tarifa

15. Juan Ramón Ojeda Coca (Facinas)

Abril de 2012, entrevista por correo electrónico y por teléfono

16. Paco Manzanero Trujillo (Tarifa, 1950)

Abril de 2012, entrevista por correo electrónico

17. José Antonio Campos Campos (Facinas)

Abril de 2012, entrevista por correo electrónico

18. Camila Jiménez Trujillo (Las Piñas, 1927) y Curro Castro Salvatierra (Tahivilla, 1927)

Abril de 2012, entrevista grabada en su casa de Tahivilla

19. Pepe Trujillo (Betín, 1935), Antonio González (Las Piñas, 1953) y Ana Iglesias

Abril de 2012, entrevista grabada en Salaviciosa

20. Sebastián (Chan) Álvarez Cabeza (Facinas, 1944)

Abril de 2012, entrevista grabada en su casa de Facinas

21. Rafael Meléndez Medina (Puertollano, 1934)

Abril de 2012, entrevista grabada en su casa de Puertollano

22. Manolo Lara Ríos (Los Majales, 1936)

Abril de 2012, entrevistas grabadas en su bar de Tarifa (I y II)

23. Miguel Esteban Trujillo (Tarifa)

Mayo de 2012, contacto informal

24. Antonio Casas Villalba (finca El Conejo, 1945)

Mayo de 2012, entrevista por correo electrónico y por teléfono

25. Alfonso Díaz Moreno (La Zarzuela, circa 1951)

Mayo de 2012, contacto informal por correo electrónico

26. Dionisio Casas Villalba (finca El Conejo, 1949)

Mayo de 2012 entrevista por correo electrónico

27. Manolo Salado (Venta de Retín, 1939)

Mayo de 2012, entrevista por teléfono

28. Segundo Pascual Toledo (Axarquía, Málaga)

Mayo de 2012, contacto informal por correo electrónico

29. Manoli Delgado Ortiz (La Ahumada, 1970)

Mayo de 2012, entrevista grabada en La Ahumada

30. Candelaria Ibáñez Atanasio (Longanilla, 1930)

Mayo de 2012, entrevista grabada en su casa de monte Ahumada

31. Josefa Calderón Bermúdez (Conil, 1928)

Mayo de 2012, entrevista con notas en la Residencia San José de Tarifa

32. Agustín Araújo Moya (Fuente Molin, circa 1950)

Mayo de 2012, contacto informal en Fuente Molín

33. Antonio Gil Marín (Puertollano, 1931) y M. García Domínguez (La Canchorrera, 1933)

Mayo de 2012, entrevista grabada en su casa de Puertollano

34. Eduardo del Río Delgado (Tarifa, 1944) y José Galindo (El Humero)

Mayo de 2012, entrevista grabada en el bar Casa Paco de Tarifa

35. Pedro Sánchez Godino (San Pablo de Buceite, 1950)

Mayo de 2012, entrevista grabada en la Residencia Escolar Guzmán el Bueno de Tarifa

36. Petra Ballesteros Ballesteros (molinos de Puertollano, 1962)

Mayo de 2012, entrevista grabada en la Residencia Escolar Guzmán el Bueno de Tarifa

37. Juan Lara Ríos (Los Majales)

Mayo de 2012, contacto informal en su huerto en La Peña

38. Manuel Trujillo Moya (cortijo de El Álamo, circa 1929)

Mayo de 2012, contacto informal en su comercio

39. Salvador Santana Escalona (Los Boliches, Fuengirola, 1931)

Mayo de 2012, entrevista grabada en casa de su hijo José María en Algeciras (I)
Agosto de 2012, entrevista grabada junto a su hijo Vicente en su casa de Tarifa (II)

40. Josefa Castro Lara (Las Corzas, Los Barrios, 1957) y Francisco Gil Guerrero (El Chivato, 1955)

Agosto de 2012, entrevista grabada en su casa de Las Higuierillas

41. Juan José Señor López (Las Higuierillas, 1950)

Agosto de 2012, entrevista grabada en su casa de Las Higuierillas

- 42. Manoli y Pepi Pacheco España (Los Boquetillos, 1956 /y 1965)**
Agosto de 2012, entrevista grabada en su comercio de Tarifa
- 43. Alfonso Santander Castilla (Facinas, 1940) y María Camacho (Facinas, años 1940)**
Agosto de 2012, entrevista grabada en su casa de Facinas
- 44. María Dolores Lobón Jiménez (Los Algarbes, 1928)**
Agosto de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa
- 45. Manuel Reiné Jiménez (Barranco Hondo, 1933)**
Agosto de 2012, contacto informal en Tarifa
- 46. Leonor Alba Lozano (Puerto de la Cruz, 1921)**
Agosto de 2012, entrevista grabada en la residencia San José de Tarifa
- 47. Miguel Villatoro Maestre (Espejo, Córdoba, 1924)**
Agosto de 2012, contacto informal telefónico
- 48. Inmaculada Villatoro Ruiz (Las Hermanillas, Los Barrios, 1962)**
Agosto de 2012, contacto informal telefónico
- 49. Francisco (Quisco) Trujillo Aguilera (Pedro Valiente, 1935)**
Agosto de 2012, contacto informal en Tarifa
- 50. María Reboló Marín (Huerto de Peinado, Puertollano, 1923)**
Septiembre de 2012, contacto informal telefónico
- 51. Dolores Ruiz Pacheco y Andrés Iglesias Gallego (Bolonia, 1941)**
Septiembre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa
- 52. María Márquez Sánchez (El Alburejo, Medina Sidonia, 1942)**
Septiembre de 2012, entrevista grabada en su casa de Facinas
- 53. Luz Peinado (Facinas, 1945) y su hijo David del Castillo Peinado (Facinas, circa 1980)**
Septiembre de 2012, entrevista grabada en su casa de Facinas

54. Antonio Ranea López (Axarquía, Málaga)

Septiembre de 2012, entrevista por teléfono y por correo electrónico

55. Chan Pelayo (Salaviciosa, circa 1950)

Septiembre de 2012, contacto informal telefónico y presencial

56. Mari Carmen Sánchez

Septiembre de 2012, contacto informal en Tarifa

57. Gaspar Pérez Romero (Las Cumbres, 1950) y Beatriz Iglesias Iglesias (Betis, 1953)

Septiembre de 2012, entrevista grabada con Mabel Carlos en La Lapa

58. Antonio Iglesias (El Chaparral, 1944)

Septiembre de 2012, entrevista grabada en su casa de El Chaparral

59. José María Sierra Moreno (La Palanca, Longanilla, 1965)

Septiembre de 2012, entrevista grabada en Tarifa

60. José Alba Gómez (Poblana, 1939) y Antonio Moreno Alba (Poblana, años 1950)

Septiembre de 2012, entrevista grabada junto a Mabel Carlos en su casa de Poblana

61. Juana Alba Lozano (Huerto del Cojo, Poblana, 1938)

Octubre de 2012, contacto informal en su casa de Tarifa

62. Juan Carpinter Brenes (Las Canteruelas, 1941)

Septiembre de 2012, entrevista grabada junto a Mabel Carlos en la Venta Carpinter

63. Gloria Tejado Campos (El Chaparral, 1960) y Manolo Flores (Tarifa, 1958)

Septiembre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa

64. Mari Luz Araújo del Río (cortijo de Pedro Núñez, 1948)

Septiembre de 2012, entrevista grabada en la finca de El Pedregoso

65. Javiera Gutiérrez Delgado (Guadalmesí, 1963)

Octubre de 2012, entrevista grabada en mi casa

66. Francisco (Curro) Gutiérrez Fernández (Guadalmesí, 1934)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su casa de La Caleta (Tarifa)

67. Paco Pérez Gómez (Tarifa, 1940)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su taller, en Tarifa

68. Mari Luz Román Muñoz (Tarifa)

Octubre de 2012, contacto informal a través de ejercicio escrito

69. Cati Silva Iglesias (La Costa, 1946)

Octubre de 2012, contacto informal

70. Juan Atanasio Moya (La Ahumada, 1938)

Octubre de 2012, entrevista grabada en Tarifa

71. Antonio Trujillo Gil (Arroyo Viña, 1952)

Octubre de 2012, contacto informal en Tarifa

72. Manuel Román Escibano (El Lentiscal, 1933) y Josefa Barrios Muñoz (El Almarchal, 1938)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa

73. Pepa Muñoz Trujillo (cortijo La Angostura, 1944)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa

74. Juana Iglesias Muñoz (cortijo La Tabla, 1941)

Octubre de 2012, entrevista grabada en su casa de Tarifa

75. Antonia Delgado Gómez (La Ahumada, 1939)

Diciembre de 2012, entrevista grabada en su casa de La Ahumada

76. Carmen Jiménez Trujillo (Las Coronillas, El Chaparral, 1959)

Diciembre de 2012, entrevista grabada en Tarifa

77. Miguel Ángel Ruiz García (Málaga, 1974)

Enero de 2013, entrevista grabada por teléfono y por correo electrónico

78. José Luis Blanco Romero (Alcalá de los Gazules, 1953)

Enero de 2013, contacto informal por correo electrónico

79. Miguel Blanco Romero (Alcalá de los Gazules, 1949)

Enero de 2013, contacto informal por teléfono y por correo electrónico

80. Antonio Escribano Pacheco (Cortijo de Ramos, 1927)

Enero de 2013, entrevista grabada en la residencia San José de Tarifa

81. Alfonso Alba Escribano (dehesa de Los Zorrillos, Valdrés, 1946)

Enero de 2013, entrevista grabada en el Casino de Tarifa

82. Chari Gutiérrez Blanco (El Rocinejo, Alcalá de los Gazules, 1950)

Febrero de 2013, entrevista telefónica grabada

83. Juan Díaz Vasallo (Oliveros, 1931)

Febrero de 2013, entrevista grabada junto a su primo Paco Díaz en su casa de Tarifa

84. Alfonso Barrios Manso (El Almarchal, 1922)

Febrero de 2013, entrevista grabada en la residencia de ancianos San José de Tarifa

85. Luz Ruiz Pacheco (La Gloria, 1929)

Febrero de 2013, entrevista grabada en la residencia de ancianos San José, de Tarifa

86. María Román Escribano (El Lentiscal, 1927)

Febrero de 2013, contacto informal telefónico

87. José Cózar Valencia (Salaviciosa, 1920)

Febrero de 2013, entrevista grabada en su casa de Tarifa

88. Luz Alba Gómez (Huerto del Cojo, Poblana, 1938)

Febrero de 2013, entrevista grabada en su casa de Tarifa

89. Antonio Morando Ruiz (Betijuelo, 1931)

Abril de 2013, entrevista grabada en su casa de Betijuelo

90. Antonia Gil Serrano y Curro Gil Serrano (II) (molinos de Puertollano, 1927 y 1931)

Abril de 2013, entrevista grabada en su casa de Puertollano

91. Juan Gámez Cobo (Las Cabrerías, Córdoba)

Mayo de 2013, entrevista grabada en mi casa de Tarifa

92. Mari Luz y Paqui Ruiz Araújo (Los Algarbes, 1943 y 1952)

Mayo de 2013, entrevista grabada en su casa de Los Algarbes

93. Pepe Serrano (El Almarchal, 1960) y Paco Barrios

Mayo de 2013, contacto informal junto a Mabel Carlos en El Almarchal

94. Josefa Cote Rodríguez (El Realillo, 1941)

Mayo de 2013, entrevista grabada en su casa de El Realillo

95. José Manuel Fernández (La Canchorrera, 1956)

Junio de 2013, entrevista grabada en el poblado de La Canchorrera

96. Manolo Lara Guillén (Cuevas Bajas, Málaga, 1941)

Julio de 2013, contacto informal por correo electrónico

97. Servanda Bustelo García (circa 1923)

Agosto de 2013, entrevista grabada por Begoña Isusi y Carlos Alberdi en su casa en A Ovellariza, Vilanova d'Ozcos, Asturias

98. Juana Alcaraz Gómez (El Bujeo, 1946) y José Pichardo Manzano (Caña Jara, años 1940)

Septiembre de 2013, entrevista grabada por Paco Guirola e Isabel Sales en su casa de El Bujeo (I). Octubre de 2021, entrevista grabada junto a Isabel Sales en su casa de El Bujeo (II)

99. Josefina Pérez del Blanco (Barniedo de la Reina)

Septiembre de 2013, entrevista grabada en su casa de Bilbao

100. Emilio López y María Valiño Ramos (Sobrado dos Monxes, A Coruña, 1932 y 1933)

Diciembre de 2013, entrevista grabada en su casa de Barakaldo

101. Ana y Adolfo Trujillo Pelayo (El Puntal del Alamillo, 1935 y 1943)

Agosto de 2014, entrevista grabada junto con Ana Gomar en casa de Ana en Pelayo

102. Ana María Muñoz Serrano (La Zarzuela, 1960)

Agosto de 2014, entrevista grabada en el ferry Tánger Tarifa

103. Juan Serrano Cazalla (La Zarzuela, 1934)

Agosto de 2014, entrevista telefónica

104. Gaspar Reyes Fernández (El Puntal del Alamillo, años 1930)

Octubre y noviembre de 2014, contacto informal por correo electrónico

105. Juan Antonio Canto Pérez (Villamartín, Cádiz, 1955)

Abril de 2016, contacto informal por correo electrónico

106. Mariano García Pavón (Betis)

Febrero de 2020, contacto informal por correo electrónico

107. Pepa Iglesias Canas (Matatoros, 1943)

Noviembre de 2021, entrevista grabada en Tarifa

108. Antonia Ruiz Pelayo (La Zarzuela, 1953) y Juan Barrios Barrios (Tarifa, 1943)

Diciembre de 2021, contacto informal en su casa de El Almarchal

MAESTROS DE CAMPO EN EL TÉRMINO DE TARIFA

Maestras que la gente recuerda enseñando en el ámbito rural del término de Tarifa en ermitas escuela o bien en su propia casa (6) y maestros que enseñaban por su cuenta de forma ambulante, listados por orden alfabético (63), con fechas aproximadas y lugares en que hay referencias de su actividad como enseñantes.

Mujeres que enseñaron en ermitas escuela o en su propia casa, en el campo

Antonia Ballesteros Gil	años 40	Puertollano
Antonia Jiménez Rodríguez	1967-	Escuela ermita La Gloria
Dolores Ruiz Iglesias	1967-	Escuela ermita La Gloria
Dolores Ruiz Jiménez	1962-1967	Escuela ermita La Gloria
Francisca Delgado Cote	1978-	La Ahumada
María Trujillo Gil	años 60	Guadalmesí

Hombres que enseñaron de forma ambulante por el campo

Alfonso Rebolo	años 40	Puertollano
Alfonso Santander Castilla	1968-1972	El Pedregoso
Andrés Señor Gallego	1943-1959	Las Higuierillas, de La Ahumada a La Costa
Ángel Morando España	1924-1958	El Chaparral, Betis, Betijuelo
Antonio Cárdenas López	1942-1962	Guadalmesí, Arroyo Viña
Antonio del Castillo Altemburg	1942-1962	La Canchorrera, Aciscar, Arraéz, Puertollano
Antonio Cortés Ripoll	1935-1955	El Chaparral, El Lentiscal, Bolonia, La Gloria
Antonio Gómez el Barbero	1934	Las Piñas
Antonio López Núñez	1955-1965	Las Higuierillas
Antonio Ojeda Benítez	años 40-70	Saladavieja, El Pedregoso
Diego Lozano Meléndez	1920-1944	Puertollano, Ramos, Poblana, La Ahumada
Esteban Fernández el Melero	años 50	Los Zorrillos, Ramos y El Pozuelo
Eugenio Cabrera	años 50	Guadalmesí
Fausto Ruiz Galán	1964-1966	Tahivilla, Retín, Las Canteruelas
Fernando Ovalle	años 50	Saladavieja
Ferrando	años 50	Las Canteruelas
Francisco García Gavira	años 60	parte de la Sierra de la Plata
Francisco Jiménez Rodríguez	años 50-60	Bolonia, Las Cumbres, Sierra de la Plata
Francisco Morando Bravo	1906-1916	Betis, Betijuelo
Francisco Salmerón Fernández	años 45-60	entre Puertollano y La Ahumada
Francisco Trujillo	años 30-40	Puertollano, cortijo de Ramos
Iluminado Rodríguez	1915-1937	Bolonia, Betis, Betijuelo

JUNTAR LAS LETRAS

Isidoro Otero Rodríguez	años 50	Bolonia, Las Cumbres, El Realillo y La Gloria
Jerónimo Caramé Iglesias	años 30-50	Guadalmesí
Jerónimo Rodríguez Cabrera	años 20-50	Puertollano a Matatoros y La Costa
José (de Cádiz)	años 50-60	Huerta del Pedregoso, El Ventisquero
José Adama Reyes, Pepote	años 50	Puertollano, Los Zorrillos, El Pozuelo
José la Albujita	1945-1955	Puertollano, Saladavieja
José Araújo Marin	años 45-55	Los Majales, Puertollano
José Castillo Noria	años 20-30	Cortijo Iruela, Puertollano, Fuente Molín
José la Liebre	años 50	Poblana
José Ojeda Aldaya	años 50	Los Zorrillos
José Pecino Ríos	años 50-1978	Las Corzas, Zanona, La Ahumada
José Pérez Barranco	años 50	Poblana, Los Zorrillos, Ahumada
José Pozo	años 50-60	Bolonia, El Lentiscal, El Chaparral, Las Canteruelas
José (Pepe) Rondón Pelayo	1940-1972	El Pedregoso, Venta de Ojén
José Tejado Navarrete	1946-1985	zonas Bolonia, El Chaparral, Betis, Betijuelo
José Vázquez Fernández	años 40-50	Los Algarbes, cercanías de Facinas
Juan Mena	años 10-40	Oliveros, Guadalmesí y La Costa
Juan Pérez	años 60	La Peña a Puertollano
Juan Rodríguez Pérez	años 50	Las Higuerillas, La Palmosilla
Juan Ruiz Camacho	años 40	Betis
Juan Ruiz Ríos	años 50-60	Los Majales, Aciscar, El Chaparral
Juan, el Tío de los Fideos	años 40	La Ahumada
Juan Trujillo Cazalla	años 60-80	Guadalmesí, Tarifa
La Valenciana	años 30-40	Puertollano, La Ahumada, de Cantos a La Costa
Lorenzo Vázquez Zardaín	1949-1956	El Águila y El Conejo, Zahara, Tapatana
Manuel Flores González	años 50	La Peña, Santuario de Nuestra Señora de la Luz
Manuel Sánchez	1939	Las Piñas
Miguel Sánchez	1946-1948	La Ahumada
Miguel Visuara Castro	años 50	zona Facinas
Narciso Álvarez Mora	años 50	Los Majales
Pedro Gómez Opellón	1905-1915	Betis, Betijuelo
Pepe Chico	años 30-40	Zahara y Barbate
Pepe Serrano Guerrero	años 30-70	La Zarzuela, Retín, Puerto Viejo, Aciscar
Rafael Araújo	1932	Las Piñas
Salvador Santana Escalona	1949-1951	De Los Majales a Puertollano
Sanabria	años 10-20	Bolonia, Las Cumbres, El Realillo y La Gloria
Sánchez	años 10-20	La Campana (Puertollano)
Sebastián Muñoz Sevilla	1910-1945	Sierra de la Plata, Zahara, Facinas
Sebastián Romero Delgado	años 40-50	Puertollano
Vicente Santana Sánchez	1946-1949	De Los Majales a Puertollano
Wenceslao Corral Sierra	años 40	Betis



A lo primero no había escuelas y cuando hubo no eran suficientes; lo que había era ir de casa en casa dando clases, y entre nosotros también nos enseñábamos. Unos aprendieron más y otros menos; las cuatro reglas y leer amontonando las letras, que es lo que hace uno.

ANTONIO GIL MARÍN

Cuando guardaba las vacas, con una lasquita de piedra en todos los tajos yo ponía mi nombre, ponía otro nombre... ¡Hasta cuentas hacía en las piedras! Así aprendí, malamente o como fuera.

LUZ ALBA GÓMEZ

El afán por aprender, el apoyo mutuo y la autogestión facilitaron una amplia cobertura de enseñanza en el mundo rural aislado. Maestros que eran libres en su método, que ejercían según su conciencia y sus capacidades, con muchas limitaciones y con resultados diversos. Maestros de izquierdas y maestros sin ideas manifiestas, maestras en su casa del campo o en escuelas improvisadas... En un ambiente de extremo abandono, todos representaron una pequeña tabla de salvación para la población rural.

